

DAD A
CIÓN G



LOS

MARTIRES

DEL JAPON

BR1608

.J3

B6

c.1

272



1080047050



Co # 4 Co # 94

~~2009~~

272

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS
DOSCIENTOS CINCO
MARTIRES DEL JAPON.

RELACION
DE LA GLORIOSA MUERTE DE LOS MARTIRES,
BEATIFICADOS
POR EL SUMO PONTIFICE PIO IX,
EL DIA 7 DE JULIO DE 1867.

Escrita por el R. P. Boero de la Compañía de Jesus,
y traducida del francés al español, por el R. P. Pablo Antonio
del Niño Jesus, Carmelita.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1869.

58621

DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA PÚBLICA
9805

Brigos
13
6



COLECCIÓN
BIBLIOTECA

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

J. M. J.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

El día 7 de Julio del año de 1867, el inmortal y célebre Pontífice Pio IX, agregó al catálogo de los bienaventurados á doscientos cinco ilustres católicos, que por la confesion pública de su fé, hace dos siglos fueron martirizados y murieron heroicamente en el Japon. El Breve, en que Su Santidad anuncia al órbe católico esta nueva de grande gozo, fué publicado solemnemente en dicho dia, con toda la pompa y majestad acostumbrada por la Iglesia Romana, en actos tan remarcables é importantes. Una copia fiel y verdadera se hallará al fin de esta ligera historia, imprimiéndole el sello de la autenticidad.

¿Qué significa hoy dia este acontecimiento? ¿Qué bienes se derivan de él para la sociedad en general? ¿Qué importancia particular puede tener entre nosotros? He aquí tres preguntas que desde luego ocurren, y cuya respuesta será el asunto de mi prólogo. Someramente las satisfare, preparando

de esta suerte los ánimos cristianos, para que lean y mediten con fruto la relacion histórica del triunfo de esos gloriosos mártires, que examinada á la luz de la razon y de la fé, no es otra cosa que la continuacion de esa grande y magnífica epopeya cristiana, que comenzó en Jerusalem en la noble y simpática persona de San Estéban diácono, y que terminará en los remotos tiempos cuya noticia se ha reservado Dios.

La beatificacion de esos doscientos cinco mártires, entre los que se cuentan religiosos, sacerdotes seculares, hombres de gerarquía elevada, delicadas mujeres, ancianos octogenarios de ambos sexos, bizarros jóvenes y hasta niños tiernísimos que apenas tenían conciencia de su propia existencia, es un nuevo é insoluble argumento de la divinidad de la fé católica, que jamas podrán destruir con sus titánicos esfuerzos esas *bellas inteligencias*, que llamándose filósofos, ó deistas, ó racionalistas, se han impuesto la innoble tarea de combatir toda verdad por evidente que sea, y toda doctrina, aun la mas hermosa y humanitaria, con tal que lleve el sello del catolicismo. Y dije, que es un nuevo é insoluble argumento, no porque antes de él no hubiera habido semejante, siendo que desde el sacrificio del glorioso Estéban, nuestros mártires se cuentan por millones; sino porque siempre es grato y consolatorio observar que en estos últimos siglos se renueven los milagros de abnegacion y de heroísmo que inmortalizaron los primitivos de la Iglesia.

Una doctrina que, por espacio de mil ochocientos años, invariablemente ha producido unos mismos efectos en las cinco partes del globo; que ha inspirado un mismo espíritu á hombres de diversas nacionalidades, de diferentes razas, de distintas condiciones y talentos, de costumbres varias, y hasta de intereses encontrados; y que por esa uniforme

inspiracion han sabido sacrificar con gusto cuanto hay de mas querido y grato al corazon; esa doctrina no puede menos que ser verdadera, y única celestial. Que los *filósofos*, que los *protestantes* en sus centuplicadas ramificaciones, que los *racionalistas* en fin, nos presenten un hecho semejante en los fastos de la humanidad, fuera de la Iglesia católica, y con solo esto les concederemos los honores del triunfo. Entre tanto, estamos en nuestro derecho de decir, que se estravian del camino de la verdad; estamos en nuestro derecho de lamentar y de compadecer la ceguedad ó mala fé de los que, despreciando la enseñanza católica, corrompen la sinceridad del lenguaje, desnaturalizan los derechos de la verdad, y cerrando voluntariamente los ojos á la luz esplendorosa de la revelacion, la combaten con injurias, con ódios y cruel persecucion.

He aquí, á mi modo de ver, lo que significa la solemne beatificacion de esos ínclitos héroes, realizada en este siglo tan sensualista como racionalista. La Providencia Divina por medio de la Iglesia Romana, le recuerda que hay un Dios y una sola religion verdadera; le convida al exámen filosófico y concienzudo de la verdad revelada; le invita á volver sobre sus pasos, y á gustar las dulzuras de la civilizacion católica; y por último, le pone en evidencia, porque, ó abraza la fé de la Iglesia Romana declarándose vencido, ó de lo contrario, se consignará en la historia de los siglos, que el *Décimo Nono* no quiso oír, por no verse obligado á obrar bien. ¡Pobre siglo!

Esta conclusion deja ya columbrar los bienes que para la sociedad se derivan de esa solemne beatificacion, tan desatendida de los espíritus superficiales y poco observadores. La sociedad, como los individuos, necesita lecciones, necesita ejemplos, necesita estímulos, recompensas y honores; y la sociedad cris-

tiana, la sociedad civilizada por el Evangelio, recoge todos esos bienes de la declaracion solemne hecha por el grande Pontífice Romano, mediante la cual consignó en los anales de la Iglesia con caracteres mas indelebles que los grabados en el bronce, que doscientos cinco católicos asiáticos, europeos y americanos gozan de la vision beatífica hace mas de dos siglos. Los que murieron generosamente en defensa de la revelacion y del noble ejercicio de la santa libertad humana; los que amaron á la humanidad al extremo de sacrificarse por civilizarla; los que al morir, con la imperturbable serenidad del justo, hicieron temblar á sus verdugos y confundieron á los tiranos opresores de la humanidad, á los enemigos de la verdad, de la libertad y de la civilizacion; sin disputa, merecen bien ser elevados á los santos altares, y dejarse ver desde tan sublime altura como maestros y ejemplos vivos de la sociedad; merecen bien esa recompensa, esa aureola de honor casi divino que ennoblece sus sienes, y que á un mismo tiempo es un estímulo para la virtud, y un consuelo para todos los corazones trabajados por la adversidad, y heridos por la injusticia de los hombres.

Ademas, siendo como es, la pasajera adversidad del justo, y la todavía mas pasajera prosperidad del impío, una palmaria y tremenda demostracion de la vida futura, de esa region eterna, donde se desarrolla en su magnífico conjunto el sistema divino de las penas sin término, y de las recompensas infinitas, la declaracion infalible de la gloria de nuestros santos mártires, angustiados hasta la muerte, viene á levantar el ánimo abatido por la persecucion anticristiana; viene á confirmar á los fieles en la fé de la Iglesia católica; viene en fin, á destruir ese sombrío argumento de la prosperidad de los malvados que aparece insoluble, y que se presenta con fuerza formidable en los momentos crueles en que el dolor

anubla la luz hermosa de nuestra inteligencia. ¿Qué bien mas apreciable que la confirmacion de las grandes verdades religiosas, que regeneran á la sociedad, y le colocan en un sendero que indeclinablemente conduce al fin de su alta institucion?

Diré todavía dos palabras. La glorificacion de los heroicos mártires tiene una importancia de aplicacion particular, á los intereses católicos de México. Tal vez algunos publicistas, tal vez algunos novelistas, ó folletinistas imberbes se burlen de mi apreciacion; esto no me sorprenderá, porque sé muy bien, que á esa clase de sábios, no les es dado computar el valor de aquel grande suceso en sus relaciones religiosas con nuestra sociedad. Pero el hombre de fé, el hombre de ilustrado criterio, que comprende lo que es la solidaridad de los méritos y de las virtudes sociales, el hombre en fin, que haya consagrado algunos momentos de su vida al estudio de la religion y de la filosofía de la historia, confesará que si no han de borrarse de nuestros fastos nacionales los hechos gloriosos de muchos mexicanos, seanlo por adopcion ó por el nacimiento, México siempre se honrará de haber contribuido con las luces, con los tesoros, y con la sangre de sus hijos, á la obra mas bella y mas humanitaria..... la difusion de la verdad, la propaganda de la civilizacion católica.

Pues bien, México, allá en sus remotas épocas de fé, aprontó sus tesoros, armando en los puertos del Océano pacífico bajeles que condujeran á las costas del Asia mil evangelizadores de la paz, de los que ha dicho un sabio, "que sin romper ninguno de los vínculos con que plugó á la Divina Providencia ligar al hombre al suelo que le vió nacer, y respetando religiosamente todas las condiciones que fundan la nacionalidad y la patria, al predicar el Evangelio, iban á enlazar al Nuevo Mundo

“con su cuna, dejando en pos de sí nuevos caminos
“abiertos al cambio de las producciones y de la in-
“dustria; preparando de esta suerte para un porve-
“nir mas ó menos lejano, el terreno á las transac-
“ciones políticas y comerciales que ligan y unifican
“los intereses de la humanidad.”

Quince de esos nobles apóstoles (después del pro-
tomártir mexicano Felipe de Jesus, que años atrás
les había señalado el camino de la inmortalidad)
pueden llamarse hijos de la patria, aunque no todos
hayan nacido en México. Si los bienaventurados
Bartolomé Gutiérrez y Bartolomé Laurel, francis-
cano éste, y agustiniano aquel; nacieron entre no-
sotros, y la primera luz que vieron, fué la misma
hermosísima que nosotros vimos, los trece restantes
vivieron en nuestras ciudades, recorrieron nuestras
calles y nuestros caminos, nos enseñaron su doctri-
na, nos edificaron con sus ejemplos, y entonces co-
mo hoy, nos hicieron participantes de su gloria.
Nacieron en Europa, pero sus virtudes se desarro-
llaron en México, y amaron á esta patria, siquiera
como el valiente veterano ama al suelo en que lu-
ció sus armas y conquistó su honor. Esto, ¿signifi-
ca algo? ¿tiene algun valor digno de la estimación
de los hombres que aman la verdad y admiran la
virtud?

Si los altos honores del culto decretados en favor
de estos héroes, si las virtudes teológicas, morales,
y sociales de que son bellissimo modelo, si el acceso
fácil que por sus grandes méritos, tienen ante la
Majestad de Dios, no son palabras vanas, ni hechos
sin relacion alguna con la sociedad, ni creencias
destituidas de fundamento sólido, México como na-
cion católica, y como patria de los ínclitos márti-
res, debe estar santamente enorgullecida de poder
presentar en su historia, un número considerable de
sus hijos, que honrándole sobre todos lo que hon-

rarle pudieran, cuidarán además de sus destinos re-
ligiosos en la presencia del Señor.

Este interés, el principal y mas noble á la vez
para todo católico, inspiró el saludable designio de
publicar los interesantes pormenores de su gran sa-
crificio, y de renovar la memoria de sus virtudes y
su fé; y para esto además de las noticias que nos
suministra el honorable escritor europeo en su com-
pendio histórico, cuya traducción ofrezco al públi-
co cristiano, en un apéndice ligero añadiré muchas
otras dignas de estimación é ignoradas casi gene-
ralmente hasta hoy.

Escribiré con verdad, porque mis datos son au-
ténticos, pero con timidez, porque me asiste la con-
ciencia de no poseer los dotes de escritor; escribiré
con tristeza, porque la filosofía de la historia me
obliga á parangonar tiempos con tiempos, pero esto
no impedirá que escriba con satisfacción muy cum-
plida, porque, séame lícito decirlo, mi corazón ca-
tólico, mi corazón mexicano, se entusiasma con los
triumfos del Evangelio, y con las positivas glorias
de su patria. ¡Qué Dios bendiga y fecunde mi pe-
queño trabajo para bien de la Iglesia de México!

Pablo Antonio del Niño Jesus,

Carmelita.

LOS DOSCIENTOS CINCO MARTIRES.

CAPITULO I.

Persecuciones contra la religion cristiana en el Japon; atrocidad de los tormentos, y gran número de mártires.

La Iglesia del Japon, aunque de fundacion reciente, ha sido una de las mas ilustres por los ejemplos que nos ha dado de su inquebrantable constancia en la fé. El Apóstol San Francisco Javier, fué el primero que en 1549, llevó la luz del Evangelio á ese tan apartado imperio. Durante veintisiete meses recorrió las ciudades principales, penetró hasta Méaco su capital, y al través de mil peligros y con fatigas inauditas, logró convertir á la religion cristiana un gran número de prosélitos, cuyo cuidado confió al celo de sus sucesores. Bajo el reinado de Nobunanga, y en los cinco primeros años del de Taicosama, tuvo tal incremento el cristianismo, que el número de los fieles diseminados en los diversos reinos de estas islas, ascendió á doscientos mil. Empero Taicosama abrió la era de las persecuciones en 1596. En esta primera persecucion general obtuvieron la palma del martirio veintiseis cristianos que murieron crucificados en Nangasaki, el 5 de Febrero del año 1597. (*) Su muerte fué seguida de algun reposo, de suerte

(*) Entre esos mártires figura en primer término el glorioso mexicano San Felipe de Jesus, canonizado por el Sr. Pío IX el dia 8 de Junio de 1862. N. d. T.

que, segun las relaciones de los misioneros de la Compañia de Jesus, en los ocho años siguientes, se convirtieron y fueron bautizados hasta doscientos cuatro mil infieles.

Despues de la muerte de Taicosama, Daifusama, tutor de Findeiori, heredero legitimo de la corona, se apoderó del poder, y con el terror de sus armas avasalló á todos los principes del Japon. Este emperador no se manifestó de luego á luego enemigo de los cristianos, y hasta parecia que les era favorable; pero desde que se vió solidamente sentado sobre el trono, se declaró abiertamente su perseguidor. En el año de 1614, despues de haber arrojado de su corte, y despojado de sus bienes á los principes y señores cristianos, publicó un edicto en todo el Japon, segun el cual, inmediatamente debian ser arrasadas las Iglesias, las casas religiosas, los hospitales y otros lugares semejantes; debian ser quemadas las Cruces, las imágenes de los santos, y todos los libros que tratasen de religion. Los ministros del Evangelio eran obligados á salir del país en un término dado; y todos los que profesasen la ley de Jesucristo debian abandonarla, y profesar de nuevo el culto de los dioses del imperio. El que resistiese ó fuese contumaz seria condenado irremisiblemente á perder sus bienes y la vida; su casa seria arrasada y destruida su familia. La misma pena se hacia estensiva á todo el que diese asilo á los sacerdotes y á los cristianos, y aun á los que teniendo conocimiento del hecho no le denunciassen. Xongun, su hijo, y Toxongun, su nieto, que uno despues de otro le sucedieron, confirmaron estas leyes, y aun añadieron algunas todavia mas crueles.

Esta persecucion duró mas de treinta años, y terminó por arruinar casi enteramente esta floreciente

cristiandad. A medida que los tiranos inventaban los suplicios mas bárbaros, los fieles manifestaban un mas grande valor para soportarlos. Fué cosa muy comun aplastar al mártir á golpes dados con una maza, cortarle las carnes con un hierro ardiendo, suspenderle de una cruz, y hundirle media cabeza. Los verdugos añadian á esto unos increíbles refinamientos de barbarie: arrancaban al paciente con unas tenazas la piel, los miembros, los músculos y los nervios; les cortaban las carnes en muy pequeños fragmentos, con cuchillos sin afilar; hundian desnudos á unos en agua helada hasta que perdian el calor vital, quemaban á otros á fuego lento por espacio de dos ó tres horas; á estos se les colgaba de los piés durante muchos dias, teniendo la cabeza hundida en una fosa infecta; y á aquellos se les sumergia poco á poco en aguas sulfurosas é hirvientes que corrompian la carne, la llenaban de gusanos, y vivos aun, les convertian en cadáveres.

Pero, á pesar de estos horribles tormentos, los cristianos ofrecian el maravilloso espectáculo de un valor superior á toda prueba. Se les veia prepararse al martirio, considerándose felices si llegaban á sacrificar su vida por la ley de Jesucristo. Y no solamente las clases inferiores y los hombres robustos ó valerosos daban estos ejemplos de intrepidez; tambien los dieron hombres nobles que pertenecian á familias reales, y que habian sido educados en medio de las comodidades y las delicias de la vida; mujeres de avanzada edad, jóvenes delicadas, y hasta los mismos niños.

A la cabeza de esta noble carrera marchaban los ministros de Dios, los predicadores del Evangelio que de Italia, España, Portugal y México habian ido al Japon para ganar almas á Jesucristo, y procurarse

despues de infinitas fatigas, un tan doloroso martirio. Estos apóstoles pertenecian á las órdenes religiosas de Santo Domingo, de San Francisco, de San Agustín y de la Compañía de Jesus; y entre ellos habia muchos que eran singularmente recomendables por la nobleza de su sangre, por su eminente saber, y sobre todo, por el heroismo de sus virtudes, y por los penosos trabajos de su apostolado. Ademas, todos, tanto los religiosos como los laicos, lo mismo los japoneses que los extranjeros, los cristianos, en fin, mas ó menos antiguos, lejos de espantarse á vista de los tormentos, corrían digámoslo así como á encontrarlos. Se les veía que con apresuramiento se hacían inscribir en el número de los condenados á muerte, y entonces seguros de morir por Jesucristo, se adornaban con sus mejores vestidos, comparecían ante los jueces con alegría é intrepidez, les respondían con santo atrevimiento, daban las gracias á sus verdugos, y desde lo alto de la cruz, predicaban y cantaban alabanzas á Dios en medio de las llamas. Se vieron hasta las mismas madres ofrecer á sus hijos á la muerte, y luego pedir para ellas los mas grandes suplicios.

Estas admirables maravillas han sido milagros evidentes de la gracia divina, semejantes á los que Dios obró en los mártires de la primitiva Iglesia en confirmación de nuestra fé. Por lo mismo los escritores de la historia eclesiástica y los apologistas de la religion, no vacilarán en presentar, como prueba de la divinidad del catolicismo, la constancia de los mártires del Japon.

La persecucion hizo muchos millares de mártires de uno y otro sexo; pero no ha sido posible recoger sobre todos las informaciones jurídicas. Y como los procesos verbales tuvieron que hacerse fuera del Ja-

pon, en Manila capital de las Filipinas, en Macao ciudad de China, y en Madrid corte de España, solo pudieron recibirse las deposiciones de los Japoneses desterrados, y de los comerciantes portugueses y españoles. Por otra parte, ellos no habian podido ser testigos oculares, ó al menos estar instruidos con ciencia cierta de la muerte de todas estas heroicas víctimas de la fé. Sin embargo, sus deposiciones comprendían á mas de doscientos mártires; y ha sido una particular providencia de Dios, que pudiesen reunirse fuera del Japon, mas de ochenta testimonios dados, tanto por testigos oculares, como auriculares, que se habian procurado, mientras estuvieron en el Japon, unas relaciones exactas de estas muertes gloriosas. De estos testimonios contenidos en los procesos verbales; de las relaciones auténticas enviadas á Europa desde aquella época, por los obispos del Japon ó los administradores de este obispado; de las historias contemporáneas, y especialmente del Padre Daniel Bartoli, es de donde extractaremos, ora palabra por palabra, ora en compendio, las relaciones separadas de los martirios que nos limitamos á publicar para la edificacion de los fieles. Fácil cosa sería estenderse sobre la vida, las virtudes y las fatigas de un gran número de estos bienaventurados mártires, sobre todo de los que fueron sacerdotes; pero preferimos ser cortos. Mas si se desea saber mayores pormenores, puede satisfacerse este deseo consultando las voluminosas historias que han escrito Daniel Bartoli, Juan Crasset, Melchor Manzano, Tiburcio Navarro, Francisco Macedo, Jacobo Aduarte y otros autores.

Vivimos en unos tiempos bien calamitosos para la Iglesia de Jesucristo. La persecucion suscitada por sus enemigos, ¿no es, bajo mas de un respecto com-

parable á la de Daifusama y otros emperadores del Japon? ¿No vemos á los impíos combatir de todas maneras á la Iglesia católica y á su fé? Pero no lo dudemos, la fuerza del ejemplo, y la proteccion eficaz de nuestros mártires servirán á un gran número de cristianos, para mantenerse en guarda contra las emboscadas del impío, y permanecer fieles en la práctica de esta religion, única que nos conduce á la salud eterna.

CAPITULO II.

Martirio del bienaventurado Pedro de la Asuncion, sacerdote de la Orden de San Francisco, y del bienaventurado Juan Bautista Machado de Tavora, sacerdote de la Compañía de Jesus, en 22 de Mayo de 1617.

El martirio de estos dos bienaventurados tuvo lugar el 22 de Mayo de 1617. Estaban en Nangasaki, cuando por escapar de D. Miguel, apóstata príncipe de Omura, que hacia buscar por todas partes á los ministros del Evangelio para condenarles á muerte, tuvieron que salir de la ciudad. El primero fué á ocultarse á los campos inmediatos, y el otro se fué á las islas de Goto, que hacia tiempo estaban confiadas á su ministerio. Apenas el Padre Pedro llegó á Kikitsu, lugar pequeño del Isafai, cuando cayó en manos de un espía, que simulaba buscar un sacerdote que asistiese á un apóstata arrepentido. El buen Padre, sin sospechar cosa alguna, se dió á conocer; los guardias que estaban sobre las armas le prendieron al momento, le condujeron á Omura, y de allí á una de las prisiones de Cori.

El Padre Juan Bautista despues de haber escapado

de un naufragio, llegó el 21 de Abril á una de las islas de Goto. Al dia siguiente, despues de haber celebrado el Santo Sacrificio, se puso á oír las confesiones, cuando un cristiano conocido suyo, engañado por traidores de quienes no desconfiaba, vino á preguntarle si podia descubrirlo á esos hombres, que segun decian buscaban un confesor que reconciliase á un cristiano moribundo. El santo religioso, ofreciendo interiormente á Dios el sacrificio de su vida, respondió: "Sí, decidles que soy sacerdote; esto puede ser traicion, pero no importa; sacrifiquemos "nuestra vida antes que faltar á nuestros deberes." Al momento uno de aquellos miserables entra en la casa, observa atentamente al misionero, y corre á denunciarle ante el gobernador. Este poco despues, le sorprende en el acto en que absolvía á un penitente, y le prende como prisionero del príncipe de Omura, por haber permanecido en el Japon para predicar la ley cristiana, contra las órdenes del emperador.

Los satélites se apoderaron de él, y de su catequista Leon Tanaca, les embarcaron en un barco pequeño, se dirigieron á Cori, donde llegaron despues de tres dias de navegacion, y condujeron á sus cautivos á la misma cárcel en que ya estaba preso el Padre Pedro de la Asuncion. Como entrasen de noche y con gran ruido de soldados y armas, el Padre Pedro creyó que iban á conducirlo al suplicio, por lo que se hincó para ofrecer á Dios el sacrificio de su vida; pero luego que vió entrar al Padre Juan Bautista, su amigo, se levantó: los dos confesores de la fé se abrazaron con ternura, y por respeto quisieron besarse mutuamente los piés. La vida que llevaron estos dos santos religiosos desde el 29 de Abril hasta el 22 de Mayo, dia en que recibieron la corona del martirio,

fué una continua preparacion para la muerte: su penitencia era rigorosa, sus oraciones prolongadas, y sus conversaciones de Dios y del martirio. Celebraron el santo sacrificio en su prision, desde la fiesta de Pentecostés hasta el lunes siguiente á la Santísima Trinidad, en que Dios separadamente les hizo conocer que seria la última vez que celebrasen: y en efecto, pocas horas despues, dos jueces, el uno de Nangasaki y el otro de Omura, vinieron á anunciarles que á la entrada de la noche serian ejecutados. Esta noticia llenó á los Padres de alegría. "Esta gracia, dijo el Padre Pedro, es la que yo he pedido á Dios en la Santa Misa en estos nueve dias." "Y yo, respondió el Padre Juan Bautista, en mi vida he tenido tres dias que me son singularmente gratos: el primero quando entré en la Compañia de Jesus; el segundo quando fui preso en Goto; y el tercero este en que soy condenado á muerte." El resto del dia le consagraron á los ejercicios de la oracion y de la caridad; dirigieron elocuentes exhortaciones á los cristianos, que al saber la sentencia fueron á visitarles, y escribieron algunas cartas llenas de fervor. En seguida se confesaron uno al otro, tomaron disciplina, y luego reunidos cantaron los salmos y oraciones.

Venida la noche, los ministros de justicia dieron órden de que se les preparase una cena, pero la rehusaron los mártires. De nuevo se confesaron; rezaron las letanias, y avanzaron en medio de las guardias al lugar del suplicio, situado á milla y media de la prision. Llevaban en las manos un crucifijo, y exhortaban á los cristianos que se apiñaban á su paso á permanecer firmes en la confesion de la fé. Llegados al lugar del suplicio oraron en silencio por algun tiempo, se dieron el ósculo de paz, se despidieron en alta voz de los cristianos, y separándose un

poco, se colocaron de rodillas uno enfrente del otro, y con las manos y los ojos elevados al cielo, esperaron con intrepidez el golpe mortal. La cabeza del Padre Pedro cayó al primer golpe; pero el Padre Juan recibió tres. Al primer golpe cayó en tierra, pero tranquilamente volvió á hiucarse repitiendo dos veces el santo nombre de Jesus. Acabada la ejecucion, los cristianos derramando lágrimas, y sin ninguna consideracion humana, se arrojaron sobre los cuerpos de los mártires; los besaban, arrancaban fragmentos de sus vestidos y de sus cabellos; y recojieron las piedras, las yerbas y la tierra empapada en su sangre. El buen Leon Tanaca, catequista del Padre Juan Bautista, no le abandonó un solo instante hasta la muerte; y en seguida se acercó al cadáver, y con un lienzo procuró, quanto le fué posible, recoger la sangre que corria en abundancia. Estaba desolado por no haber muerto con su querido Padre. Pero Dios solo le diferia esta gracia por algunos dias, como ya veremos. Los cuerpos fueron colocados en dos ataúds, y sepultados en el mismo lugar al dia siguiente, dejando guardias que los custodiasen, por temor de que los cristianos les exhumaran.

El bienaventurado Pedro de la Asuncion nació en España, en Cuerva pequeña ciudad del Arzobispado de Toledo; y ya jóven entró á un convento de franciscanos descalzos de la provincia de San José. Sus rápidos progresos en la perfeccion religiosa, fueron causa de que á poco tiempo de presbitero se le confiase el cargo importante de maestro de novicios. En este tiempo el Padre Juan, llamado el Pobre, recorria la España buscando misioneros para las lejanas regiones del Asia. El Padre Pedro de la Asuncion, deseoso de ganar almas para Jesucristo, respondió á su llamamiento, y partió de España para Manila en

las islas Filipinas en el año 1600, con cincuenta religiosos de su misma orden. De las Filipinas se embarcó para el Japon en 1601 donde fué superior del convento de Nangasaki. Era un hombre verdaderamente apostólico, elevado á un alto grado de oración y grande mortificación. Frecuentemente rehusaba tomar el alimento ordinario, por no interrumpir los trabajos de su ministerio. Despues de publicado el edicto de 1614 que desterraba á todos los religiosos, continuó, sin embargo, vestido en hábito seglar trabajando por la salud de los cristianos perseguidos, corriendo sin cesar el riesgo de morir por la fé. Por lo demas, todo su deseo era morir mártir.

El Padre Juan Bautista Machado, nombrado tambien de Tavora, descendiente de una rica é ilustre familia, nació en Tereceira una de las islas Azores, cercanas á Portugal. En 1597, cuando aun no cumplía los diez y siete años de edad, entró en la Compañía de Jesus, en la ciudad de Coimbra. Y como la vocacion religiosa le habia sido inspirada por la lectura de las cartas del Japon, luego hizo vivas instancias para que le mandasen á predicar la fé en aquel país. En consecuencia, habiendo acabado sus estudios de filosofia en Goa, y los de teología en Macao, partió para el Japon donde desembarcó en 1609.

El campo de sus trabajos desde luego fueron las cortes de Méaco y de Fuximi; y despues los reinos de Cicongo y de Bugen. En ellos convirtió un gran número de idolatras, tanto con el ejemplo de sus virtudes, como con el fervor de su celo. Cuando Dairusama en su persecucion última desterró del Japon á los Padres, él fué uno de los designados para que abandonase el país; pero con sus oraciones y sus lágrimas hizo violencia al cielo, y los superiores mudando de parecer, le permitieron que permaneciera

en el Japon y le encargaron el cuidado de las islas de Goto. En fin, fué aprisionado, y esto le valió la palma del martirio. Murió á la edad de treinta y siete años, de los que pasó los veinte últimos en la Compañía de Jesus. Se refiere que tuvo el don de profecía y otras gracias sobrenaturales. (*)

CAPITULO III.

Los bienaventurados. Alfonso Navarrete sacerdote dominico; Fernando de San José, sacerdote agustino, y Leon Janaca, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus, 1.^o de Junio de 1617.

La muerte gloriosa de los confesores que acabamos de referir, encendió un ardiente deseo del martirio en el corazon de otros dos misioneros, el Padre Alfonso Navarrete, dominicano, vicario provincial de su orden; y el Padre Fernando de San José, religioso agustino. El primero, sabiendo la impresion profunda que habia causado en los fieles de Omura la muerte de los dos mártires, creyó que resultaria un gran bien, si públicamente entraba en lucha y trabajaba, aun á riesgo de la vida, en confirmar á los cristianos en la fé, y en escitar á penitencia á los que habian caído. Comunicó su proyecto al Padre Fernando de San José, suplicándole fuese su compañero en esta bella obra. Este, que era el único de su orden que habia quedado en el Japon, se abandonó enteramente á la direccion del Padre Navarrete. Entonces para mejor conocer la voluntad de Dios, el Padre provincial se puso en oración, y se cuenta que

(*) *Historia del Japon* lib. IV, n. 3 y 4 por Bartoli.

se le vió en éxtasis, y elevado de la tierra. Concluida su oracion, ordenó al Padre Fernando que le siguiera, y los dos, no dudando de la inspiracion divina, luego dieron parte de su determinacion á sus amigos, en unas cartas llepas de piedad y de celo.

Abandonaron á Nangasaki para ir á Omura, y en la noche se detuvieron en la casa de un buen cristiano, donde se abocaron con el Padre Francisco de Morales, dominico. Allí vino á encontrarles una multitud de las cercanías y aun de Nangasaki, y ellos correspondiendo á esta manifestacion, consagraron largas horas á confesar, predicar y bautizar. Llegados al territorio de Omura, su primer cuidado fué visitar el sepulcro de los dos primeros mártires, y vestir su hábito religioso; despues se detuvieron cuatro dias en Nangoia, á causa de la multitud de fieles que ocurrían á recibir los sacramentos.

La noticia de esto pronto llegó á Omura, y el gobernador al momento mandó en tres barcas comisarios y soldados que aprehendiesen á los Padres. Aquellos llegaron á Nangoia como á las siete de la noche, y apresaron á los Padres, empero tratádoles con mucho respeto. El bienaventurado Alfonso entregó á uno de los comisarios una carta para el principe de Omura, en que le reprochaba su apostasia, y la muerte de los Padres Juan Bautista Machado y Pedro de la Asuncion.

Al dia siguiente, considerando los siervos de Dios que seria el último de su vida, quisieron celebrar la Santa Misa, pero se les negó esta gracia, y fueron conducidos á la playa en que debían embarcarse para Omura. Los fieles les acompañaron llorando; una multitud, á pesar de las guardias, se acercaban á ellos, les besaban la mano, les pedían su bendicion, y les cortaban pedazos de sus vestidos. Se les detu-

vo en una pequeña isla, situada bajo la fortaleza de Omura; pero un buen número de cristianos que estaban sobre las armas, se reunieron allí prontamente, entre ellos la abuela y la tia del principe, que quisieron confesarse con el Padre Alfonso, y guardar como una reliquia una imágen de Nuestra Señora que el Padre llevaba al cuello.

Como la afluencia crecia por instantes, los ejecutores se decidieron á decapitar á sus víctimas en una playa desierta. Se les hizo entrar en una barca con el buen Leon Tanaca, catequista del Padre Juan Bautista, que preso desde la muerte de aquel, ahora fué condenado á morir con ellos, y así los tres fueron conducidos á algunas millas mas lejos. Durante la travesia, los tres confesores dejaron ver el gozo que inundaba sus corazones, y caminaron con intrepidez al lugar del suplicio: los Padres Alfonso y Fernando llevaban la cruz en una mano, y en la otra el rosario y un cirio encendido. El Padre Fernando quiso besar el sable con que iba á ser decapitado; y como hablaba perfectamente la lengua japonesa, dió cuenta á los asistentes de los sentimientos de que estaban animados, y exhortó á los fieles que se habian mezclado entre los marineros, á que permaneciesen firmes en la fé. En seguida se hincaron los tres mártires á cierta distancia uno de otro, y sucesivamente fueron decapitados. Su gloriosa muerte tuvo lugar el dia 4.º de Junio de 1617.

Para impedir que los cristianos visitasen el sepulcro de los dos primeros mártires, el principe de Omura habia hecho trasportar los féretros en el barco en que venian estos otros tres. Despues de la ejecucion se abrieron; y el cuerpo del Padre Navarrete fué colocado en el féretro del Padre Machado, y el cuerpo del Padre Fernando de San José, en el del Padre Pe-

dro de la Asuncion: los cerraron inmediatamente, y aláñdoles unas piedras muy pesadas, los arrojaron á la mar, á doscientos cincuenta palmos de profundidad; en seguida envolvieron en una estera, tambien con grandes piedras, el cuerpo de Leon Tanaca, y en la misma direccion fué arrojado á la mar. Y para impedir que los cristianos fuesen á buscarlos, los ejecutores hicieron juramento de jamas revelar el lugar en que fueron sumergidos. Sin embargo, los cristianos llegaron á saberlo: mas de trescientas barcas vinieron de Nangasaki, y durante tres meses hicieron toda clase de investigaciones, pero sin resultado alguno. Solamente despues de seis meses, uno de los féretros inopinadamente se vió flotar sobre el agua; lo condujeron á la playa, y se encontraron los dos cuerpos de los Padres Pedro y Fernando sin ninguna alteracion, conservándose intactos hasta los vestidos. Estos fervorosos cristianos guardaron tan preciosas reliquias con el respeto y devocion que merecian.

Digamos algunas palabras sobre cada uno de estos mártires. El bienaventurado Alfonso de Navarrete, nació de una familia noble, en Valladolid, ó segun refiere el bienaventurado Padre Orfanel, en Logroño, pequeña ciudad de Castilla. Tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de San Pablo de Valladolid. Cuatro años despues partió para las Filipinas, donde durante muchos años se consagró á la santificacion de los indios. En seguida volvió á España en solicitud de nuevos misioneros, y en 1611 finalmente pasó de Filipinas al Japon. Este infatigable misionero, desde luego dedicó sus cuidados al través de mil peligros, á la salud de las almas, en la ciudad de Méaco, en compañía del Padre Jacinto que estaba allí de vicario: despues se reunió á los Padres Apolinario Franco, franciscano, y Fernando de San José,

agustino. En la ciudad de Nangasaki fundó y dotó dos cofradías encargadas del cuidado de los niños espósitos y de los pobres enfermos: estableció otra tercera bajo la invocacion del Nombre de Jesus, cuyo objeto era fomentar la piedad entre los fieles. Era un hombre de un ardiente celo, y de una fuerza de alma invencible. Un dia que vió á unos sacerdotes idólatras que ultrajaban á unas mujeres cristianas, y que arrojaron al fuego cruces y otros objetos piadosos, no temió reprocharles con vehemencia su conducta indigna, y se arrojó al fuego para salvar las cosas sagradas, arrostrando sus ultrajes y golpes. Tenia cerca de cincuenta y un años cuando fué decapitado en odio de la fé.

El bienaventurado Fernando de San José, de la noble familia de Ayala, nació á fines de Octubre de 1575 en Ballesteros, tierra de su familia, en el arzobispado de Toledo. Tomó el hábito de San Agustín á la edad de diez y siete años, en el convento de Mentilla, é hizo su profesion solemne el 9 de Mayo de 1594. Enviado á hacer sus estudios en Alcalá, fué allí considerado como un hombre superior. A poco enseñó la filosofia, y despues se le instó para que se encargase de un curso de teología, pero él prefirió dedicarse á la predicacion. En 1605 se embarcó para México con otros religiosos, al año siguiente pasó á las Filipinas, y en 1605 fué al Japon con el cargo de vicario provincial. Antes de la primera persecucion ya era uno de los mas laboriosos obreros de esta mision, y sus trabajos apostólicos se estendian á un gran número de reinos. Mientras que la guerra de Daifusama contra Fondeiori ponía á Oza-ca á fuego y sangre, el bienaventurado Fernando, despreciando todos los peligros, se introdujo en la plaza para emplearse en la salud de las almas: poco

faltó para que allí fuese ó consumido por las llamas, ó aplastado por las ruinas de una casa. Y se cuenta que habiendo sido atacado calumniosamente en su honor por un portugués, el fiel siervo de Jesucristo, fué á la casa de su enemigo, celebró en ella el Santo Sacrificio de la Misa, y le abrazó tiernamente perdonándole todas sus ofensas.

El bienaventurado Leon Tanaca era japonés y de una familia cristiana. En su infancia recibió el bautismo de mano de los Padres de la Compañía de Jesus, á cuyo servicio se consagró enteramente en el empleo de catequista.

Para que se comprehenda bien cuál era el estado de catequista en el Japon, empleo de que hablaremos con frecuencia, necesario es saber que los misioneros, para que los Japoneses estimasen mas este ministerio, habian establecido una forma solemne de consagracion para aquellos á quienes confiasen este cargo. Era una ceremonia análoga á la toma de hábito de los religiosos. Se escogian niños de diez años ó menos, aunque tambien se aceptaban jóvenes, y aun hombres de edad madura, cuando por su regularidad, su fervor, su juicio y su talento de la palabra, podian llenar útilmente las obligaciones de este empleo. La ceremonia se hacia en la Iglesia, en una de las más grandes fiestas del año, del modo siguiente: un padre misionero celebraba la Misa en presencia de todos los cristianos; despues del Evangelio, otro Padre subia al púlpito y daba á conocer toda la grandeza del ministerio divino de instruir á las almas en la fé. En seguida los nuevos catequistas se arrodillaban al pié del altar, y se les cortaba la guedeja de cabellos que los Japoneses llevan en la coronilla de la cabeza, y que les cae sobre la espalda, porque para ellos, el despojarse de esta trenza de cabellos; es una señal de que

ya no pertenecen al mundo. Acto continuo, dejaban su casa, su familia y el hábito secular, para vestir una ropa talar, poco diferente de la de los Padres. Desde entonces vivian en las casas de éstos, empleandose en la instruccion de los nuevos cristianos, y acompañando al misionero á quien especialmente estaban agregados como catequistas. Así se les probaba, y se observaba su conducta, para despues al tiempo oportuno recibirles en la órden. Los que por impedimentos invencibles no podian hacerse religiosos, podian sin embargo permanecer hasta su muerte en el estado de catequista.

Tal era el ministerio del bienaventurado Leon Tanaca. Dado por catequista al Padre Juan Bautista Machado, fué su inseparable compañero en sus viajes, en sus peligros y en su prision. Despues de haber asistido al martirio del Padre Juan Bautista, fué de nuevo llevado á la prision, donde los guardias le amarraron tan estrechamente, que el carcelero mismo aunque idólatra se indignó, y les dijo: “¿Pues qué temeis que este hombre se huya, cuando él se ha constituido prisionero voluntariamente y cuando de sea la muerte tanto como vosotros deseais la vida?” A estas palabras aflojaron un poco los lazos del paciente. Y segun las relaciones de los Padres Orfanel y Mena, rogó al verdugo, ya en el lugar del suplicio, que le decapitase á lo último, pues no se juzgaba digno de recibir este honor, antes que los dos ministros de la religion.

CAPITULO IV.

Los bienaventurados Gaspar Fisogiro, y Andrés Gioxinda, Japoneses, decapitados en 1.º de Octubre de 1617.

Luego que los Padres Alfonso Navarrete y Fernando de San José fueron arrestados, sus huéspedes Gaspar Fisogiro, y Andrés Gioxinda se ofrecieron á compartir su suerte. La injusta ley del emperador les condenaba tambien á muerte; pero los guardas, ocupados enteramente de la captura de los Padres, les dejaron por su lado.

Despues de la muerte de los Padres, el príncipe de Omura se trasladó á la corte del emperador Xongun, y desde aquí mandó á Gonrocu, gobernador de Nangasaki, las órdenes mas apremiantes, para que sin ninguna tardanza hiciese morir á los dos huéspedes de nuestros mártires. Luego se apoderaron de sus personas y fueron confiscados sus bienes. Tres Padres dominicos que se encontraban en la casa de uno de ellos, cuando los guardas se presentaron en ella, tuvieron tiempo para refugiarse en otra parte. Gonrocu queria deshacerse pronto de sus prisioneros, pero se contuvo por temor de los cristianos, que habiendo sabido la prision de los dos huéspedes de los Padres, se reunieron al derredor de la cárcel en número de cerca de seiscientos, y todos se ofrecian al martirio: dejó por tanto pasar algunos dias y en una noche hizo conducir á su presencia á los dos confesores de Jesucristo, y á fuerza de promesas y de amenazas quiso obligarles á que abandonasen la fé y volvieran al culto de los ídolos. Pero estos cristianos verdaderos, que deseaban morir por su divino Maestro, no escucharon sus palabras; y en consecuencia

fueron llevados á una playa desierta, que distaba ocho millas, y el 1.º de Octubre de 1617, les decapitaron y arrojaron al mar.

Gaspar habia alojado al Padre Alfonso, y Andrés al Padre Fernando, durante tres años: los dos eran hombres de una vida muy ejemplar, y el segundo desde su tierna infancia, fué educado en los seminarios de la Compañía de Jesus.

CAPITULO V.

El bienaventurado Juan de Santa Marta, sacerdote del Orden franciscano, decapitado en Méaco el 16 de Agosto de 1618.

Hacia tres años que el Padre Juan de Santa Marta, religioso franciscano, estaba prisionero en Méaco. En 1607 habia llegado al Japon, y al primer rumor de la persecucion general, pidió permiso para ir á Nangasaki en el Estado de Omura. Allí pudo, por algun tiempo, entregarse á los trabajos apostólicos, y convertir un gran número de idólatras, entre los que se encontró un bonzo; pero apresado por la gente del príncipe de Omura el 24 de Junio de 1615, fué enviado á Méaco, donde se le prometió la libertad, con tal que dejase de predicar el Evangelio y saliese del Japon, promesa que rehusó. Entonces fué encerrado en la cárcel pública, en la que tuvo que sufrir los mas indignos tratamientos de parte de los malhechores infieles que estaban presos. Al cabo de tres años se le condenó á ser degollado, en su calidad de predicador y de ministro del Evangelio; cuya sentencia se ejecutó fuera de la ciudad, el dia 16 de Agosto de 1618.

Este santo religioso español nació en 1578, en Prados, cerca de Tarragona, en la provincia de Cataluña. A la edad de ocho años fué puesto en la maestría de la catedral de Zaragoza, donde estudió la lengua latina y la música: despues tomó el hábito religioso, y profesó la regla de San Francisco en la provincia de Santiago. Ordenado de presbítero, pidió licencia á los superiores para ir á las misiones del Japon, y obtenida, salió de España en 1606. Al año siguiente fué encargado de la cristiandad de Tuximi. Hablaba con perfeccion la lengua japonesa, y predicaba con mucho celo: todavía existen muchos escritos suyos contra los errores de algunas sectas. Las gentes mas pobres eran el objeto especial de sus cuidados, y las buscaba en los campos y en las montañas: su corazon se consumia con el deseo del martirio, y en su prision de Méaco, su temor único era, que le desterrasen como lo habian hecho con otros muchos religiosos. Empero Dios le concede la gracia que tanto habia deseado, y cuya noticia le llenó de una alegría inesplicable. Al marchar al suplicio, habló al pueblo con un fervor extraordinario; y cuando llegó á él, entonó el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y exhortó á los cristianos que se hallaban presentes, á rogar á Dios por el emperador y sus ministros, á fin de que se convirtiesen á la fé de Jesucristo, por cuyo amor daba voluntariamente su vida. (Así consta de los *procesos apostólicos*.)

CAPITULO VI.

Muerte del bienaventurado Juan de Santo Domingo, sacerdote dominico, en la prision de Suzuta, el 19 de Marzo de 1619.

Mientras que estas victimas eran inmoladas á la gloria de Dios, se preparaban otras al mismo sacrificio en la prision de Suzuta, ciudad del reino de Omura, que estaba henchida de un gran número de ilustres confesores de la fé, padeciendo un continuo martirio de privaciones y sufrimientos. En el Japon no hay prisiones públicas como las nuestras: allí se construyen segun la necesidad y á cielo descubierto, con gruesas estacas y enramadas; y en ese cerco, y espuestos á todas las inclemencias de las estaciones, se encierran los criminales hasta el dia de su ejecucion. Tal era la prision de Suzuta, que mas tarde se cambió en otra todavía peor. Se necesitaba por lo mismo un milagro, para que los prisioneros no pereciesen de miseria; y sin embargo, solamente dos murieron por la fé, siendo el primero el bienaventurado Juan de Santo Domingo, sacerdote de la Orden de los Predicadores.

Nació en España en Castilla la Vieja; pasó á las Filipinas, y de estas en 1618 pasó al Japon con el Padre Angel Orsucci, y el 15 de Diciembre del mismo año fué preso en Nangasaki. Véamos el testimonio relativo que rindió Gerónimo Diaz de Barreda, en el proceso verbal hecho en Macao: "El testigo dice saber con certeza, que el Padre Juan de Santo Domingo, fué preso en la ciudad de Nangasaki, por orden del emperador del Japon, en odio de la ley de Cristo, y de los religiosos que la predicaban, como lo hacia este siervo de Dios: que fué encerrado en

una espantosa prision, designada por el emperador, en la provincia de Omura, para encerrar en ella á todos los religiosos: que los carceleros infieles, por odio de la fé, trataban con tanta crueldad al siervo de Dios, que agotadas las fuerzas por sus brutalidades, y por la privacion de lo mas necesario para la vida, cayó gravemente enfermo: que faltándole medicinas y otras cosas indispensables, murió de miseria en la prision; y que esta gloriosa muerte acaeció el día 19 de Marzo de 1619. Además, el testigo declara, saber esto con certidumbre, porque la muerte del siervo de Dios y su prolongado martirio en la prision, fueron hechos enteramente públicos y notorios á toda la cristiandad de Nangasaki, donde el testigo residía entonces, y porque él mismo se halló presente en el acto en que fué arrestado el siervo de Dios, en la misma ciudad, por los ministros infieles, y que vió que cargado de cadenas le conducian á la prision de Omura. Declara tambien, que en esta prision, tanto el Padre Juan, como los otros, religiosos todos, de la Orden de Santo Domingo, de la Compañía de Jesus y franciscanos, le escribian diversas cartas, en que le daban parte de las crueldades atroces que les hacian sufrir los guardias infieles, y que el Padre Juan de Santo Domingo habia muerto víctima de esos malos tratamientos y de la enfermedad que por ellos contrajo: que despues de su muerte los religiosos dominicos, compañeros de su cautividad, le enviaron un dedo del siervo de Dios, para que le conservase como reliquia de un santo, lo cual habia hecho; y que el resto de su cuerpo fué quemado por los infieles en odio de la fé, para que los cristianos no pudiesen honrarle como á cuerpo de santo!

El bienaventurado Jacinto Orfanel, cuyo martirio referiremos adelante, en la Historia que escribió de

los sucesos del cristianismo en el Japon, desde 1602 hasta 1620, hablando del Padre Juan de Santo Domingo, dice: "Este escelente Padre era un gran trabajador, muy religioso y muy humilde, segun se ha visto durante los muchos años que fué ministro en las Filipinas. Su paciencia era estrema, y su desprendimiento de las cosas de este mundo tan completo, que si se deseaba tener alguna cosa que fuese de su uso, bastaba solo el manifestárselo."

CAPITULO VII.

Cinco mártires, quemados vivos en Nangasaki, el 18 de Noviembre de 1619.

El día 17 de Noviembre de 1619, el gobernador Gonrocu hizo conducir á su tribunal, de la prision de Nangasaki, donde hacia mucho tiempo que estaban encerrados, los cinco siguientes confesores de la fé: Leonardo Kimura, jesuita, Domingo Jorjes, portugués, Andrés Tocuan y Juan Xoum, japoneses, y Cosme Taquea, natural de la Corea.

Leonardo Kimura fué citado primero, y preguntándole si era religioso de la Compañía de Jesus, respondió: "Si lo soy, y vos debéis saberlo bien, pues frecuentemente estuve en vuestra casa, con este hábito, por orden de mis superiores." El gobernador replicó: "¿Y por qué habeis permanecido en el Japon contra la voluntad y los edictos del emperador?" "Por hacer conocer al verdadero Dios, respondió Leonardo, y por predicar su santa ley: así lo he hecho hasta hoy, y no cesaré de hacerlo mientras viva."—Pues por esto precisamente, concluyó el

“juez, os condeno á nombre del emperador, á ser quemado vivo.” Entonces Leonardo, lleno de alegría, elevó los ojos al cielo y bendijo al Señor; despues dió grandes gracias al gobernador, y volviéndose á los circunstantes que eran muy numerosos, les dijo: “Sabedlo bien, y decidlo así á los ausentes: solo por el amor de mi Dios y de su santa ley, que he predicado, se me condena al fuego; yo me glorio de esto, como de una cosa que he deseado hace mucho tiempo.” En seguida continuó hablando, procurando, sobre todo, fortificar á los cristianos en la fé.

Despues de Leonardo, compareció Domingo Jorjes, que habia dado asilo al Padre Spínola y al hermano Fernandez, á pesar que conocia muy bien las órdenes del emperador. Incontinenti lo confesó, y añadió, que precisamente por esta causa hacia mas de un año que estaba preso. Andrés Tocuan, Juan Xoum y Cosme Taquea, confesaron con la misma generosidad haber hospedado, el primero al Padre Francisco de Morelos, el segundo al Padre Alfonso de Mena, y el tercero á los Padres Angel Orsucci y Juan de Santo Domingo. El juez los exhortó á que renunciassen la fé, con lo que salvarian sus vidas, y alcanzarian la benevolencia del emperador. Pero ellos respondieron que mejor querian morir; con lo que terminado el proceso, se les volvió á la prision.

Algunas horas despues se le dió á Leonardo Kimura la inesperada y para él triste noticia, que solo se habian preparado cuatro postes y cuatro hogueras, y que él quedaba escludido del número de los mártires. Esto era cierto; pero cualquiera que haya sido el motivo que para esto tuvo el gobernador, creemos que fué una particular disposicion de la divina Providencia, pues no teniendo Leonardo que ocu-

parse ya de sí mismo, consagró la noche entera á sus compañeros, inflamando su corazon, é inspirándoles el valor necesario para morir con firmeza en ese cruel suplicio. Cuando he aquí, que al rayar el alba del siguiente dia, fué enviado á toda prisa un mensajero, que avisase al Padre Mateo de Curos, provincial de la Compañía de Jesus, que ya se habia dispuesto un quinto poste con su correspondiente hoguera. Este Padre avisó inmediatamente á Leonardo, quien en su alegría corrió á abrazar á sus compañeros, y en alta voz entonó el Salmo: *Laudate Dominum omnes gentes.*

De la prision se les condujo á una pequeña colina que domina al mar, aislada por tres lados, y que en 1597 fué elegida tambien para lugar del suplicio de los veintiseis mártires que murieron crucificados. Mas de veinte mil personas ocurrieron de Nangasaki y de las cercanías á presenciar este nuevo y conmovedor espectáculo: unos se detenian en el camino para ver pasar á los confesores de la fé, otros se agolpaban sobre la colina al derredor de las hogueras, y multitud de barcas llenas de gente cubrian la mar á una distancia inmensa. Nuestros santos saludaban afectuosamente al pueblo, y escitaban á los cristianos al amor de su santa religion: á vista de las hogueras se detuvieron, se inclinaron para saludarlas, y luego se saludaron mutuamente separándose cada uno. Cuando fueron ligados á sus respectivos postes, elevaron los ojos al cielo, y permanecieron así hasta el último suspiro. Durante el suplicio, no se les vió moverse, guardaron la misma postura y el mismo semblante, y se hubiera dicho que no espermentaban dolor alguno. Leonardo Kimura, el único predicador entre ellos, tomó la palabra para decir lo que su corazon inflamado en el amor de Dios le sugeria. Tan luego como la hoguera fué encendida, sus ligaduras se re-

dujeron á cenizas y se encontró con las manos libres; entonces las metió entre las llamas, como para asirlas y llevarlas sobre su cabeza, diciendo en alta é inteligible voz: "¿Qué clase de llamas son estas? ¿qué fuego es este que no quema, ni me hace sufrir?" y continuó atrayéndolas hácia sí.

Durante la ejecución, los jóvenes de ambos sexos, miembros de la congregación de la Virgen Santísima, que estaban en una barca próxima á la ribera, cantaban los Salmos en coro; y cuando la multitud de fieles, colocados sobre la colina, vió que todas las malezas se encendieron, invocó á grandes gritos los Nombres de Jesús y de María. Todos los cristianos derramaban dulces lágrimas, y se animaban mutuamente á morir por la fé. Entre otros, hubo un chino que, si se le hubiera dejado en su buena fé, se habria precipitado en medio de las llamas, para ganar la palma del martirio; y un marido hubiera hecho lo mismo en unión de su muger, si no se hubiera persuadido que no era cosa lícita. Las llamas solo dejaron los huesos de los mártires, que amontonados y quebrantados en pequeños pedazos, fueron arrojados á la mar. Sin embargo, los fieles recogieron algunos, pero con el sentimiento de no poder discernir á cuál de los cinco bienaventurados pertenecía cada reliquia. Este glorioso martirio se verificó el 18 de Noviembre de 1619.

Leonardo de Kimura nació en Nangasaki, y desde su tierna infancia fué educado por los Padres de la Compañía de Jesús. A los trece años se unió á los mismos Padres á título de catequista; á los diez y siete vistió su hábito, y en seguida hizo los votos de la religión. Aunque habia estudiado mas de lo que era necesario para recibir los sagrados órdenes, él, por humildad, eligió el estado de coadjutor tempo-

ral. Dios le premió: además del mérito de la humildad, tuvo el consuelo de engendrar á la fé con sus predicaciones tantos hijos espirituales como lo hubiera hecho siendo padre y sacerdote. En los dos años y medio de su prision, y en medio de mil dificultades y embarazos, convirtió y bautizó con sus propias manos noventa y seis idólatras que, de hombres criminales y perdidos que eran, aprendieron de él á ser buenos cristianos.

Domingo Jorjes fué natural de Aguiar de Sousa en Portugal. Pasó á las Indias, sirvió por algun tiempo de soldado, y dió pruebas de valor. Despues, habiendo ido al Japon, se casó con Isabel Fernandez, de quien tuvo un hijo, que se llamó Ignacio, y despues de él murieron los dos, tambien mártires de la fé. Por espacio de un año soportó las penalidades de la prision con una paciencia invencible, y luego que se le intimó el decreto que le condenaba al fuego, dijo: "Me es mas agradable recibir esta sentencia, que entrar en posesion del Japon todo entero." Cuando volvió á la cárcel dirigió al Padre Mateo de Curos, Provincial de la Compañía de Jesus, la carta siguiente: "Yo escribo la vispera de mi muy grata salida de este mundo, para recordaros mi tierno amor á V. R. y á toda la Compañía: os abrazo en el amor de Jesucristo. El Dios de todo consuelo y Padre de las misericordias, se ha dignado elegirme para un tan feliz fin, á pesar de toda mi indignidad. ¿Cómo habia yo de esperar el sufrir una muerte tan gloriosa por mi Redentor? No puedo escribir á todos los Padres y hermanos; pero les suplico que por mí den á Dios y á la Virgen Santísima las acciones de gracias convenientes." Luego que fué amarrado á su poste, rezó el *Credo* en alta voz, y al llegar á estas palabras: *Nació de Santa Maria Virgen*, como in-

elinase la cabeza en señal de respeto, fué su rostro cubierto con tan grandes oleadas de llamas, que ya no se oyó palabra, bien que pudo observarse el movimiento de sus lábios que continuaron la profesion de fé, hasta el último aliento.

Andrés Tocuan, hijo de una noble familia de Nangasaki, hacia algun tiempo que estaba separado de sus deudos por llevar una vida mas piadosa y dar asilo á los religiosos, deseando sobre todas las cosas, morir mártir. Así, cuando fué preso y encadenado, besó sus cadenas, y por respeto las colocó sobre su cuello. El gobernador empleó cuantos recursos pudo para hacerle abjurar la fé: aun en la prision y en el mismo lugar del suplicio se le ofreció de nuevo la vida, si abjuraba; pero este hombre valeroso rechazó con horror todas estas proposiciones.

Juan Xoun, nacido en Méaco, siendo jóven, vino á Nangasaki, donde los Padres de la Compañía le bautizaron. Despues casó, y tanto su muger como sus hijos, fueron tambien mártires. Habiendo oido decir que el Padre Alfonso de Mena, no sabiendo donde albergarse, habitaba miserablemente en un bosque vecino, al momento fué á buscarle y á traerle á su casa. Tal fué el motivo de su prision; y como ademas permaneciese firme en la fé, fué condenado á muerte.

Cosme Taquea, siendo de once años, fué llevado de la Coréa al Japon, como prisionero de guerra, y allí fué bautizado. Despues de haber estado por mucho tiempo sirviendo á un gran señor, recibió como premio de su fidelidad una casa con algunas tierras, lo que le permitió emplearse desde luego completamente al servicio de la fé, y al sostén de los religiosos. En su casa se alojaron los Padres Angel Orsucci y Juan de Santo Domingo, cuando llegaron de

Manila, y él les enseñó el idioma y los caracteres japoneses. Recibió su sentencia de muerte cantando el *Laudate Dominum omnes gentes*, y las Letanias de los Santos. Sin duda alguna puede considerarse como el primer mártir de la Coréa, de ese país que despues ha dado á la Iglesia tan ilustres héroes. (*)

CAPITULO VIII.

Once mártires, decapitados en Nangasaki, el 27 de Noviembre de 1619.

Nueve dias despues del coronamiento de nuestros cinco mártires, el gobernador Gonrocu hizo cortar la cabeza en el mismo lugar á otros once fervorosos cristianos, el miércoles 27 de Noviembre. Su crimen fué vivir cerca de las casas en que habitaban los religiosos de Santo Domingo y de la Compañía de Jesus, que fueron presos, en virtud de esa ley mas que bárbara, por la que se presumia que estaban instruidos de la presencia de los proscritos en dichas casas. Pero que lo supiesen ó no, Dios dió á su muerte un muy alto grado de mérito; pues habiéndoles Gonrocu prometido la vida, y aun la devolucion de sus bienes, ya confiscados, siempre que renegaran de la fé, entre doce que eran, solo se encontró un nuevo Júdas que apostatase. Los once restantes dirigieron al Provincial de la Compañía, que les habia enviado un sacerdote para que les asistiese, una promesa escrita de permanecer fieles á Dios, cualquiera que fuese la muerte que les esperase. Y no

(*) *Cartas anuales* por Bartoli, lib. IV. núm. 18.

faltaron á su compromiso: todos, vestidos de gala, con el rostro radiante de valor y alegría, y acompañados de una multitud de fieles, fueron al lugar del suplicio, que siempre era el mismo para los cristianos, por cuya causa se llamaba el *Lugar santo de los mártires*. Uno, despues de otro, fueron decapitados, en medio de los cánticos de los niños y de las lágrimas de los cristianos.

El mas ilustre de todos por su nacimiento y por sus virtudes, era Tomás Cotenda Kiumi, hijo de D. Gerónimo Kiumi, señor que fué de dos islas, y pariente cercano del rey Firando. Ocho dias despues de su nacimiento, fué bautizado por los Padres jesuitas, en cuyo Seminario se educó, en union de otros jóvenes nobles. Desde el principio de la persecucion, á fin de mantenerse fiel al servicio de Dios, hizo voluntariamente el sacrificio de sus parientes y de sus numerosos amigos, alejándose de su patria con su padre, y llevando en Nangasaki una vida privada. Durante su destierro de veinte años, fué un modelo de todas las virtudes. Ayunaba y tomaba disciplina tres dias á la semana; llevaba á raiz de su carne un áspero cilicio, y frecuentemente pasaba la noche delante del Santísimo Sacramento. Su corazon ardia en deseos del martirio, y cuando tuvo certeza de alcanzarlo, estalló en increíbles trasportes de alegría. Solamente sentia morir de un simple golpe de sable; hubiera querido ser quemado á fuego lento. Recibió su gloriosa corona de mártir á los cuarenta y un años de su edad.

Antonio Kimura, joven de veintitres años, y pariente del hermano Leonardo Kimura, jesuita, de quien ya hemos hablado, merece tambien una especial mencion. Mucho se trabajó por hacerle abjurar la fé; pero él respondia: "Mejor renunciaré al impe-

rio del Japon." Luego que estuvo en el recinto en que debia ser ejecutado, preguntó á los verdugos, cuál era el lugar exacto en que Leonardo su pariente habia muerto: ellos se lo enseñaron. Entonces Antonio se arrodilla, inclina su frente sobre el lugar sagrado, le besa muchas veces, regándole al mismo tiempo con las mas dulces lágrimas, y levantándose despues presenta su cuello al verdugo.

Los otros nueve fueron Matias Nacano, Roman Matevoca y Matias Cozaca, naturales de Omura; Juan Montañana y Alejo Nacamura, del reino de Figen; Leon Nacanixi de Amanguchi, de cuarenta y tres años de edad; Bartolomé Xeki de Usuki, del reino de Bungo; Juan Ivananga, anciano sexagenario, de Civiga; y Miguel Takexita, joven de veinticinco años, que entre todos los cristianos tenia una gran reputacion por su pureza virginal, y por la dulzura y amenidad de su carácter. (*)

CAPITULO IX.

El bienaventurado Ambrosio Fernandez, jesuita, muerto en la prision, á consecuencia de los malos tratamientos, el dia 7 de Enero de 1620.

Los sufrimientos de los confesores de Jesucristo, encerrados en la prision de Suzuta, eran mayores cada dia; y como habia llegado á ser demasiado pequeña para el gran número de presos, el gobernador de Nangasaki hizo construir otra allí cerca, que era diez veces peor. Tenemos de ella una descripcion

(*) *Cartas anuales de Bartoli*, lib. IV, núm. 18.

exacta en una carta del Padre Carlos Spínola. "Nuestra prision, dice, larga de veinticuatro palmos, yancha de diez y seis, parece absolutamente una jaula de pájaros. Está formada toda de vigas cuadradas, dos dedos distantes unas de otras; el techo, además del enverjado, tiene tejas, y el suelo atravesado con muchas vigas y sobre de ellas grandes tablas clavadas. Hay una pequeña puerta, por la cual apenas puede pasar una persona, y siempre está cerrada con llave: cerca de ella hay un agujero del tamaño y forma de la escudilla de arroz que se usa en el Japon, y en la que se nos da de comer. Al derredor hay un camino ancho de ocho palmos, que está cercado por una doble línea de estacas tupidas, altas y terminadas en punta, cuyo intervalo está lleno de espinos: esta palizada tiene una pequeña puerta frente á frente de la de la jaula, que solo se abre á la hora de almorzar y de comer: en la misma hay dos divisiones y dos departamentos, uno para los soldados de la guardia diurna y nocturna, con un sargento que les obliga á rondar frecuentemente y les impide ser negligentes en su servicio, y el otro para la cocina. En fin, todo el resto del sitio está rodeado de otra fuerte palizada, donde está la fuerza principal, de manera que hace mucho tiempo que estamos sin poder comunicarnos, ni escribir á Nangasaki, y sin recibir ninguna clase de provisiones. Nuestro alimento ordinario se compone de dos escudillas, una de arroz simplemente cocido en agua, y otra de yerbas mal sazonadas, y de algunos nabos crudos ó salados; ó de dos pequeñas sardinas saladas, y de agua caliente y fria para apagar la sed; y como muchos de nosotros jamas se han sujetado á semejante régimen, no se acostumbran al arroz y á la sal. No se nos permite el uso de cuchillos y tijeras, y para no comprometer

á los que nos les han proporcionado, llevamos las barbas y el cabello como ermitaños: tampoco se quiere que lavemos nuestra ropa fuera de la prision, ni que la sequeamos al sol. La impropiedad de todo es extrema; y como todas las otras necesidades naturales deben indispensablemente satisfacerse en el interior de la prision, la fetidez es muy grande. Durante la noche, no se nos permite luz, de aquí es, que cada sentido tiene su suplicio. El verano se ha pasado bien, á pesar del viento y del aire frio de las noches, que penetra por todos lados; pero cuando vinieron las lluvias y las tempestades, y les sucedieron los frios y las nieves, como no teniamos náda que nos defendiese, ya tuvimos mucho que ofrecer al Señor." Treinta y dos confesores de la fé permanecieron cerca de cuatro años en esta horrible prision. La mayor parte sufrieron frecuentes y graves enfermedades, y dos murieron en ella. Fué la primera víctima el Padre Juan de Santo Domingo, de quien ya hemos hablado; y la segunda el hermano Ambrosio Fernandez, cuya muerte refiere el Padre Spínola en una de sus cartas al Padre provincial. Citaré testualmente las palabras de este testigo ocular: "Muchos y graves motivos me obligan á escribir á V. R.; pero el principal es, la muerte de nuestro muy virtuoso anciano Ambrosio Fernandez. Todos están maravillados de haber visto cuan pronto se desató de los lazos de esta vida. Comia con mucha dificultad y muy poco, porque no se le daba cosa comible: sobrevino un frio tan glacial, que le hizo perder la voz y el movimiento, y fué además atacado de apoplejia. No ha faltado quien crea que fué envenenado, á juzgar por la cantidad de sangre que vomitó. Espiró hácia la media noche, y conservó el calor natural, de suerte que parecia mas vivo que cualquiera otro. Tan pron-

to como fué herido por la enfermedad, no obstante que ese mismo día se habia confesado y comulgado, yo le pregunté en alta voz si se arrepentia sinceramente de todos los pecados de su vida: él hizo seña que sí, y yo le di la absolucion. En seguida le pregunté si voluntariamente moria de hambre por amor á Jesucristo, y pudo responder: "Que se haga en mí lo que Dios quiera." Volví á preguntarle, si queria recibir la Extrema-Uncion para fortalecerse en el último combate, y pronunció su último sí muy inteligiblemente. Esto pasaba á media noche. Viéndole tocar á su término, pedí á los soldados, por piedad, una luz para poder administrarle los santos óleos, pero no pude conseguirla; entonces me decidí á encender una mecha de arcabuz, con lo que pude darle las unciones sagradas. El se ha ido, como lo creemos, á la mansion de los ángeles, con un semblante angélico, acompañado del canto de los salmos y de las letanias, y en medio de estos buenos religiosos. Uno de ellos, que hacia las funciones de corista de semana, entonó el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, en accion de gracias: todos lloraron de alegría á mi derredor, y me manifestaron envidia porque tenia un compañero mártir, que habia salido de este mundo fortalecido con todos los sacramentos; y esperaban, que quien en la tierra habia sido tan amable y tan amado, en el cielo seria su intercesor comun. En cuanto á mí, aun no ha llegado mi hora; pero tengo grande confianza en la bondad divina que no tardará: espero que seré juzgado y condenado á pena capital dentro de dos ó tres días. Y regocijándome infinitamente de tener ya en el paraíso á mi muy dulce compañero, me aflijo interiormente de no haberle servido y tratado como merecia."

El provincial, informado de estas circunstancias,

dió orden al Padre Spinola, en su cualidad de vicario y administrador del obispado, que hiciese las informaciones jurídicas; y por tanto, nueve de los bienaventurados compañeros del hermano Ambrosio Fernandez, dieron su deposicion sobre sus virtudes y sobre la santa muerte que sufrió en odio de la fé. Algunos tomaron como reliquias parte de sus cabellos, y el Padre Spinola envió un diente á Roma para el Padre general. Su cuerpo permaneció en la prision tres días, sin que los guardias cuidasen de sepultarle; al fin le sacaron y enterraron cerca de la última de las palizadas.

Ambrosio Fernandez era portugués, nacido en Sisto, en el obispado de Porto. En su juventud pasó al Oriente para buscar fortuna, y la encontró mejor que la deseaba; pues habiendo desembarcado en el Japon, despues de una furiosa tempestad, ya no quiso tener nada de comun con el mundo, y se abrigó en el puerto de la religion, entrando en la Compañía de Jesus, donde fué recibido en 1577, á la edad de veintiseis años. Vivió en ella cuarenta y tres, sin descansar jamas de las fatigas y de los padecimientos que tenia que sufrir en esta mision. Era coadjutor temporal, y habia hecho sus últimos votos en 1591. Murió el 7 de Enero de 1620. (*)

(*) *Cartas anuales de Bartoli*, lib. IV. núm. 24.

CAPITULO X.

Muere en los suplicios de Nangasaki el día 22 de Mayo de 1620, el bienaventurado Matías de Arima, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus.

El Padre Mateo Curos, provincial de los Padres jesuitas, y administrador del obispado, tenia consigo para que le ayudase en el mas peligroso ejercicio de su doble gobierno de la cristiandad y de los religiosos, á un valeroso cristiano, Matías de nombre, y nacido en Cazusa del reino de Arima. Este hombre, de una ardiente caridad, dado á la oracion, y despreciando la vida en el ejercicio de su empleo, se habia consagrado al servicio de la Compañía desde la edad de catorce años, deseando vivamente ser recibido en ella, cuya gracia merecia bien por su abnegacion y fidelidad. El Padre provincial se servia de él principalmente para que por la noche llevase sus órdenes y sus cartas tanto á los Padrés, como á los cristianos mas perseguidos, cosa que se ofrecia casi continuamente. Siempre que le daba estas comisiones, y aun en la noche que fué la última de sus viajes y de su vida, le preguntaba, si entregaria á los Padres, cuya habitacion conocia, en caso que fuese preso, reconocido como servidor de la Compañía y puesto en tortura, á lo que él respondia: "Mas bien me dejaré arrancar á bocados la carne viva, y quebrantar los huesos, que entregar por mis revelaciones á un solo ministro del Evangelio." Y de esta fidelidad dió la mas fuerte prueba. Habiendo una noche caido en manos de los agentes que estaban emboscados para apoderarse de los religiosos cuando saliesen de casa, y encontrando que debajo de sus vestidos llevaba un

hábito de sacerdote, le apresaron como hombre que pertenecia á la Iglesia, y atándole muy fuertemente, le llevaron ante el presidente. Comenzaron por colmarle de golpes con los piés y con el puño, pero él permaneció no menos inmóvil que mudo. Entonces le tendieron en tierra, y por fuerza le hundieron en la garganta un embudo, y llenaron el cuerpo de agua hasta donde les fuese posible: en seguida, todos le pusieron las rodillas sobre el vientre, y le aprensaron hasta hacerle arrojar el agua con una violencia tal, que le salió por todas las vías y hasta por los ojos. Volvieron á llenarle de agua el vientre y hacerla salir por fuerza. ¡Tortura horrible, que renovaron muchas veces, y que debian padecer igualmente otros muchos cristianos! Al fin Matías les dijo: "Pues que vosotros mismos estais cansados, dejadme respirar, y os haré conocer á uno en quien menos pensais; él debe seros muy querido, porque es sacerdote, llegado de Europa, y aun de Roma, que es la grande Méaco de los cristianos." Compelido á explicarse, añadió: "Este sacerdote está en Firando," y nombró á Tomás Araki, que poco antes habia dado á los fieles el horrible escándalo de apostatar. "Este sí, continuó sonriéndose, merece bien que hagais con él lo que quereis hacer con los buenos, cuyos nombres jamas diré, ni tampoco cuál sea su habitacion. No, jamas por la vida que me ofreceis, imitaré á ese pérfido que renegó de Jesucristo." Gonrocu, pasando del desprecio á la cólera, ordenó que se redoblaran sus tormentos: se repitieron muchas veces las inyecciones de agua, se le hizo correr por la caña de la espalda plomo fundido, y se le dieron golpes tales, que á fuerza de pegarle en la barba, se cortó con los dientes la mitad de la lengua. Entonces le dejaron volver en sí, reservándose someterle al dia

siguiente á los mismos tormentos, y despues crucificarle ó quemarle á fuego lento; pero al terminar el dia 22 de Mayo, escapó de sus manos, entregando su espíritu en las de Dios. Tenia cuarenta y nueve años de edad.

Los verdugos, viéndole muerto al dia siguiente, llevaron su cadáver al lugar de las ejecuciones, le cortaron la cabeza, la fijaron en la punta de una pica, y abajo pusieron un cartel con la sentencia que le condenaba á muerte, por cristiano, y porque sabia donde residian los Padres; pero en realidad, al ver ese valor, superior á todos los tormentos, creyeron que era religioso de la Compañia de Jesus, y suponían que el hábito de que era conductor era el suyo propio: como tambien es cierto que si hubiera vivido algun tiempo mas, el provincial le hubiera concedido esa gracia, que ningun otro deseaba tanto como él. Su cuerpo fué arrojado á la mar; pero los cristianos pudieron sacarle, y lo guardaron con el respeto que le era debido. (*)

CAPITULO XI.

Cinco cristianos crucificados en Cocura, en el reino de Bugen, el dia 16 de Agosto de 1620.

Este año de 1620 seria poco glorioso, comparado con los precedentes, si á las dos coronas alcanzadas en Suzuta y en Nangasaki, no se reuniesen las adquiridas por cinco mártires crucificados en Cocura en el reino de Bugen. Su gefe fué Simon Quiota Bocu-

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 29.

sai, de familia noble y miembro de la antigua cristiandad de Bungo. Los Padres jesuitas le habian confiado el empleo de *cambo*, es decir, estaba encargado de la instruccion de los fieles. Este santo anciano, de edad de sesenta años, habia recibido de Dios el don especial de lanzar los demonios. El y la compañera de su vida, Magdalena, con sus tres huéspedes, Tomás Guengoro, María su muger, y su hijo Jacobo, fueron denunciados por Gietciundono. Se pusieron guardias en su casa, y se trabajó de muchas maneras, tanto con amenazas como con promesas, por hacerles renegar de la fé: ellos respondieron sencillamente, segun la filosofia del Evangelio y la enseñanza de Jesucristo, que para asegurar la vida no habia mejor medio que perderla, en caso que pudiera llamarse pérdida, el cambiar esta vida temporal y miserable por otra eterna y feliz, en cuya posesion solo podian entrar los cristianos. Y estaban tan firmemente apoyados en este principio, que Jacobo siendo como era un pequeño niño, no se alligió ni lloró mientras los verdugos le azotaban cruelmente; al contrario, se regocijaba en sus dolores presentes, y como si esto fuese demasiado poco, se ofrecia con gran corazon á la muerte. No tardó mucho su sentencia, la que les fué tanto mas grata, cuanto que les condenaba á un género de muerte mas sagrado, es decir, mas semejante á la muerte de nuestro Redentor, puesto que debian ser crucificados. Y para que su deshonor y su suplicio fuesen mas grandes, debian como San Pedro, tener la cabeza abajo y los piés en lo alto, circunstancias que á sus ojos era un nuevo honor y una ventaja mas.

Simon, en el exceso de su alegría, dió desde luego aviso al Padre provincial en una carta llena de humildad y de generosidad. A mediados del mes de

Agosto, Simon y Magdalena á su lado, seguidos de Tomás y María, con su valeroso y pequeño Jacobo, que iba en medio de los dos, cubiertos con sus mas ricos vestidos, encadenados muy estrechamente, y rodeados de verdugos y soldados, se encaminaron al lugar ordinario de las ejecuciones. Delante de ellos, en lo alto de una pica llevaban escrita en gruesos caracteres la sentencia que les condenaba á ese infame suplicio, por no haber renunciado á la fé de Jesucristo. Los santos confesores, al ver el escrito, se llenaron de un consuelo inesplicable, y marchaban dando gracias á Dios y á su denunciante. Simon y Magdalena, como de mas avanzada edad, no estuvieron vivos sobre la cruz, sino hasta la noche del dia siguiente. María resistió algun tiempo mas: Tomás y Jacobo aun vivian al cabo de tres dias, por lo cual los verdugos, ó por piedad ó por impaciencia, les abrieron los costados á golpes de lanza. Al fin, les bajaron de las cruces, que fueron quemadas con los cinco cuerpos, y arrojaron las cenizas al aire y á la mar. (*)

CAPITULO XII.

El bienaventurado Agustín Ota, jesuita, decapitado en 10 de Agosto de 1622.

El año de 1622 es uno de los mas memorables del Japon, por el número y calidad de los mártires, de manera que, se le ha llamado el año del gran martirio. El primero que se nos presenta es el hermano

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 29.

Agustín Ota, de la Compañía de Jesus, que fué preso el 24 de Abril con el Padre Camilo Costanzo, y con Gaspar Cotenda, catequista. Conducidos los tres á Firando, presentados al juez, y sustanciada prontamente su causa, fueron enviados á la prision de Iki, donde ya estaban encerrados el Padre Luis Flores, dominico, y el Padre Pedro de Zúñiga, agustino, de quienes adelante hablaremos.

La primera corona recayó en Agustín, que tocaba á los cincuenta años de edad. Había pasado treinta y cinco en la Iglesia de Jesucristo, consagrado al servicio de la Iglesia y al de los Padres de la Compañía de Jesus, lo que seguramente le mereció bien la gracia de morir religioso de nuestra Orden; sobre todo, porque él no esperaba otra recompensa. Y en efecto, se hizo muy memorable la accion de la Providencia en su favor, pues entre tantas cartas enviadas por el Padre provincial Francisco Pacheco, de Nangasaki para Iki, solo una llegó á manos del Padre Camilo Costanzo, y fué precisamente la en que le daba poder para que le admitiese en la Compañía. Había nacido en Ogiza, isla de Goto, dependiente del principado de Firando. Era del mejor carácter que se puede imaginar; de tal manera, que aun siendo pagano y jóven todavía, no conocia la conducta viciosa de los bonzos, en cuya compañía fué educado. Despues que recibió el bautismo y fué bien instruido en las cosas de Dios, se le confió una iglesia, que es lo que en este país se llama ser cambó; pero destruida ésta en tiempo de la persecucion, se fué á Firando.

Largo seria de referir todo lo que en Firando hizo en bien de los fieles, y cuán santa vida llevaba. Luego que el Padre Camilo llegó allí, se le ofreció por compañero de sus trabajos: con él fué aprehendido en Ucu, despues aprisionado con él por espacio de cuatro

meses en Iki, hasta que el día 10 de Agosto de este mismo año de 1622, despues de haber hecho los primeros votos religiosos á los piés del Padre Camilo y en presencia de los Padres Zúñiga y Flores, fué sacado de la prision, y decapitado en la playa, á vista de sus tres compañeros de cautividad. Su cuerpo fué arrojado á la mar. (*)

CAPITULO XIII.

Tres mártires quemados vivos, y otros dos decapitados en Nangasaki el 19 de Agosto de 1622.

El año de 1622, navegaba un navío de las Filipinas para el Japon, bajo las órdenes del capitan Joaquin Firaiama, hombre de familia noble y de grande virtud. En Méaco se había convertido al cristianismo, y recibido el bautismo de mano del Padre Baltasar Torres, jesuita. En seguida se estableció en Manila, donde tomó el apellido español de Diaz. Leon Sukeiemon, piloto, Juan Foiamon, escribiente del navío, y otros diez, entre pasajeros y marineros, eran tambien de los habitantes de Manila; pero á quienes el amor á su patria les hacia volver al Japon. Sorprendidos en el camino por una tempestad, se vieron obligados á arribar al puerto de Macao, hasta que la calma les permitiese volver á alta mar. El día 2 de Mayo, hallándose entre la isla Formosa y la China, fueron repentinamente atacados y capturados por un navío, montado por herejes holandeses. El

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 55.

reconocimiento de sus prisioneros dió al capitan pirata un escelente medio de paliar su piratería, y manifestarse á los ojos de los japoneses, no como corsario, sino como su aliado. Dos pasajeros fueron la ocasion inocente de esto. Iban vestidos de comerciantes, pero eran religiosos, y el celo de las almas les llevaba á las misiones del Japon: uno se llamaba Luis Flores, de la Orden de Santo Domingo, y el otro, Pedro de Zúñiga, del Orden de San Agustin. Encantados los herejes con su descubrimiento, condujeron su presa á Firando, y no tuvieron ni vergüenza ni escrúpulo de entregar sus cautivos á sus perseguidores. Los dos religiosos fueron reconocidos por tales y por sacerdotes, aun por su propia confesión, y en consecuencia se despachó un correo á la corte para dar aviso. El emperador, escitado por las pérdidas sugestiones de los herejes, se enfureció, y al momento dió orden á Gonrocu, gobernador de Nangasaki, para que hiciese morir á los dos religiosos y al capitan Joaquin, con el tormento del fuego, y que decapitase á todos los demas que se encontrasen á bordo del mismo navío. Ademas, mandó que se buscasen las mugeres y los hijos de los que habian sido sentenciados á muerte hacia tres años, por haber hospedado á los religiosos; y que se agregasen otros treinta y dos prisioneros de Suzuta, y que todos muriesen unos á filo de la espada, y otros á fuego lento.

Esta sentencia llegó á Nangasaki el 27 de Julio, y Gonrocu no tardó en ponerla en ejecucion. Desde la aurora del siguiente dia hizo prender y conducir en su presencia agarrotados á diez y nueve cristianos, que como marineros ó como comerciantes, volvian de Manila al Japon en la fragata del capitan Joaquin. Les preguntó que tiempo hacia que eran cristianos, y oida su respuesta, les dejó á su eleccion, ó salvar

su vida renegando de la fé, á lo que se les exhortó con calor, ó morir, si se obstinaban en su creencia. Entonces un apóstata llamado Féizo, que era uno de los mandarines, avanzó hácia ellos y procuró con mil razones persuadirles, que hasta allí habian vivido como insensatos, y que no debian morir así, con la esperanza quimérica de un bien que no existe para una alma que solo vive con el cuerpo; pero ellos le escucharon con desprecio.

El pensamiento de su muerte les llenó de alegría, pues la consideraron no como el término de los sufrimientos de su desgraciado viaje, sino mas bien como la recompensa de su fidelidad en profesar la fé. Se les volvió á la prision, á la que, en el mismo dia, fueron llevadas las mujeres y los niños que debian ser ejecutados con ellos. A esta sazón llegaron de Firando los dos religiosos, el capitán Joaquin, el piloto y el escribiente del navio. Por medida de seguridad, se habia construido sobre el puente de la barca que les conducia, una sólida prision de tablas, mientras doscientos soldados á bordo de muchos botes les custodiaban noche y dia. Así permanecieron en el puerto de Nangasaki hasta el 19 de Agosto, en que se envió á los tres primeros para que de boca de Gonrocu escuchasen su sentencia de condenacion al fuego. Comparecieron, seguido cada uno de su verdugo, que tenia en la mano una grande horquilla de fierro, de la que se servian para arreglar la hoguera y atizar el fuego. Por este signo se conoció luego que iban á ser quemados vivos. Los dos religiosos iban tonsurados y vestian el hábito religioso de su orden respectiva; y aunque iban estrechamente encadenados, su semblante respiraba la calma y el valor. Espectáculo que llenó de consuelo á los fieles.

Gonrocu eligió solamente á doce de los japoneses

aprisionados, y que con generosidad habian confesado la fé: les preguntó de nuevo si persistian en su primera resolucion, y recibida su respuesta afirmativa, les condenó á ser degollados, lo que se ejecutó fuera de Nangasaki.

Nadie empero igualaba en valor y en fervor al capitán Joaquin. En alta voz predicaba contra la adoracion de los ídolos, hasta que al cabo de algun tiempo los guardias, enfadados de sus discursos le mandaron callar; él inclinó humildemente la cabeza á este mandato, pero luego les rogó, que en los pocos instantes que le quedaban de vida, le dejasen decir lo que le era un motivo de consuelo. Hizo esta súplica de una manera tan persuasiva, que los bárbaros se conmovieron y le permitieron hablar: entonces continuó hasta que se entregó en sus manos para que le atasen al poste que se le habia designado. Aun aquí dió todavía una nueva prueba de su valor, porque viendo que el poste estaba mal clavado y que se movia, él mismo la afirmó cuanto pudo, amontonando con los piés tierra á su derredor. El fuego no se encendió hasta que dió testimonio de la muerte de sus compañeros, pues delante de los tres postes estaba un recinto demasiado pequeño, cercado de una palizada donde estaban los verdugos: los condenados fueron entrando sucesivamente, el escribiente del navio, el piloto, los demas empleados á bordo de la fragata, los pasajeros, y los comerciantes; y sin darles un momento para que se encomendasen á Dios, como hasta entonces se habia permitido, se les amputó la cabeza de un golpe de sable. En seguida se prendió fuego á la leña que con cuidado se habia puesto á una gran distancia de los postes, y cuya cantidad se disminuia cuando las llamas se desenvolvian con grande fuerza. Estos hombres valerosos sufrie-

ron un tan horrible tormento cerca de dos horas, hasta que rindieron el último suspiro. Ardiendo como estaban, permanecieron inmóviles con los ojos fijos en el cielo.

Consumado el sacrificio, los verdugos amontonaron los cuerpos unos sobre otros, y dejaron soldados armados que sin interrupción les custodiasen cuatro días con sus noches. Entonces, contra toda esperanza, Gonrocu permitió á los cristianos que los levantasen para darles sepultura; en consecuencia, dieron á estos restos sagrados todos los honores que merecen, los que prefieren entregar la cabeza al verdugo, antes que renunciar á su fé. El cuerpo del Padre Flores fué depuesto en la casa de una buena viuda, en donde los Padres dominicos acostumbraban reunirse para celebrar el Santo Sacrificio. D. Martin de Gova, noble portugués, rescató de los verdugos á un gran precio, el cuerpo del Padre Zúñiga; le puso en una caja decente, y le trasportó á Macao, donde fué colocado en la Iglesia de los Padres de la Compañía de Jesus.

El bienaventurado Padre Luis Flores, nació en Amberes, é hizo sus estudios en Gante. Ignoro qué razones le determinaron á pasar á México, donde renunció al mundo, y entró en la orden de los Padres predicadores. Despues de mucho tiempo y siendo ya sexagenario, se sintió inflamado de celo por la conversion de los infieles, y por el deseo de padecer y morir por Jesucristo. Por tanto, pasó de las Filipinas al Japon, en donde apenas puso el pié, cuando fué preso y quemado vivo, en odio de la fé.

El bienaventurado Pedro de Zúñiga, nació en Sevilla el año 1585, y sus padres fueron D. Alvaro de Zúñiga, sexto virey de México, y Doña Teresa Marquesa de Villamarina. Muy jóven era cuando renunció el siglo

para abrazar el instituto de San Agustin, donde llegó á ser un excelente religioso y un buen predicador. Sus superiores le permitieron que en union de otros muchos religiosos cohermanos suyos, pasase á Filipinas el año de 1610. A la noticia de la gloriosa muerte del bienaventurado Fernando de San José, y con la lectura de una de sus cartas, en que pedia obreros para esta dificultosa mision, no pudo contener su ardor, y pasó al Japon. Vió por vista de ojos las miserias, los sufrimientos y los diversos géneros de muerte de los fieles, mientras que por su lado él se empleaba enteramente en la gloria de Dios y en la salud de las almas. Las órdenes de su provincial le llamaron á Manila, á donde llevó las relaciones de las muertes admirables de un gran número de mártires. Lamenta la causa de esta cristiandad en un capitulo de su provincia, obtiene importantes socorros, y vuelve á tomar heroicamente el camino del Japon, en compañía del Padre Luis Flores.

Solamente poseemos los nombres de los doce mártires que fueron decapitados, y los inscribiremos en el catálogo general, y aquí solo daremos algunos preciosos detalles sobre el capitán Joaquin Jiraiama, célebre aun entre los idólatras. El Padre Antonio Ixida de la Compañía de Jesus, que perfectamente disfrazado penetró en la prision, para confesarle, lo mismo que á sus compañeros, refiere cosas maravillosas sobre el gozo que le causaba la bienaventurada muerte que esperaba de día en día; y como era bien conocida su energía y su valor, ved aquí los medios á que recurrieron los guardias para asegurarse de su persona, y conducirle á la prision. Le encadenaron, le pusieron grillos muy pesados, y le echaron sobre las espaldas, al derredor del cuello una especie de yugo hecho de fierro y de madera. Amaba tierna-

mente á San Ignacio, cuya vida, traducida al japonés, se habia impreso poco antes en Macao; y obtuvo que la Congregacion del Santo, erigida en Nangasaki, le recibiese en el número de los cofrades, juntamente con Juan el piloto, y Leon escribiente del navio; pues los tres tomaron al santo fundador, por su protector y auxiliar espiritual. Joaquin escribia á su mujer que estaba en Manila "que se reconocia deudor á San Ignacio de muy grandes gracias espirituales" y para disponerse mejor á su martirio, quiso hacer por espacio de ocho dias los ejercicios de San Ignacio. Al llegar á la hoguera, abrazó á los dos religiosos; y cuando fueron elevadas en el aire las cabezas de los doce cristianos decapitados, las saludó dirigiéndoles mil alabanzas. En fin, mientras que las llamas no le habian envuelto enteramente, predicó y oró en una voz tan fuerte, que se le oia de lejos sobre las barcas ocupadas por una multitud de espectadores.

CAPITULO XIV.

EL GRANDE MARTIRIO.

Veintidos confesores de Jesucristo quemados vivos, y otros treinta decapitados en Nangasaki el 10 de Setiembre de 1622.

El gobernador Gonroeu tenia que ejecutar aun la segunda parte de la sentencia, que recaia principalmente sobre los prisioneros de Suzuta. En consecuencia, desde principios de Setiembre de este mismo año, dió orden á Ficoiemon, primer mandarin de Omura, para que en un dia fijo le enviase á los con-

tesores que él debia hacer quemar en Nangasaki. El mandarin se apresuró á obedecerle. Una tropa numerosa de soldados y verdugos se dirigió á la prision: cuatro de estos últimos entraron al recinto interior, y apoderándose de los prisioneros uno por uno, les ataron estrechamente, y les sacaron fuera de las palizadas, en medio de un gran número de soldados formados en circulo y con las armas en la mano. Durante estas disposiciones, los siervos de Dios cantaban los salmos, y se despedian de su prision querida, que por espacio de cuatro años y por medio de grandes sufrimientos, les habia proporcionado los mas preciosos méritos, y que ahora, por último beneficio, se abria para dejarles llegar al término de sus deseos, que era la muerte por Jesucristo. Su alegría fué turbada algunos instantes con la noticia de que ocho de ellos aun quedarian prisioneros. Estos ocho eran, los Padres Tomás del Espíritu Santo, dominico; Apolinar Franco, franciscano descalzo; y seis Japoneses agregados á una ú otra de estas dos Ordenes. Sin embargo, no perdieron la corona del martirio, solo se les dilirió como veremos adelante.

Fueron colocados los veinticuatro prisioneros en una grande barca, escoltada por una multitud de pequeñas, cargadas de soldados, y así atravesaron un brazo de mar de cinco á seis leguas para llegar á Nagaia; pero no se detuvieron allí, porque en este lugar habia una fervorosa cristiandad, que hubiera salido al encuentro de los mártires, y á pesar de las guardias, les hubiera proporcionado toda clase de alivios; y así tomando los caballos que les esperaban, avanzaron acto continuo dos leguas mas adelante.

Merece ser referido el orden en que marchaban. Trescientos ó cuatrocientos soldados, tanto de infanteria como de caballería, les servian de escolta, y has-

mente á San Ignacio, cuya vida, traducida al japonés, se habia impreso poco antes en Macao; y obtuvo que la Congregacion del Santo, erigida en Nangasaki, le recibiese en el número de los cofrades, juntamente con Juan el piloto, y Leon escribiente del navio; pues los tres tomaron al santo fundador, por su protector y auxiliar espiritual. Joaquin escribia á su mujer que estaba en Manila "que se reconocia deudor á San Ignacio de muy grandes gracias espirituales" y para disponerse mejor á su martirio, quiso hacer por espacio de ocho dias los ejercicios de San Ignacio. Al llegar á la hoguera, abrazó á los dos religiosos; y cuando fueron elevadas en el aire las cabezas de los doce cristianos decapitados, las saludó dirigiéndoles mil alabanzas. En fin, mientras que las llamas no le habian envuelto enteramente, predicó y oró en una voz tan fuerte, que se le oia de lejos sobre las barcas ocupadas por una multitud de espectadores.

CAPITULO XIV.

EL GRANDE MARTIRIO.

Veintidos confesores de Jesucristo quemados vivos, y otros treinta decapitados en Nangasaki el 10 de Setiembre de 1622.

El gobernador Gonroeu tenia que ejecutar aun la segunda parte de la sentencia, que recaia principalmente sobre los prisioneros de Suzuta. En consecuencia, desde principios de Setiembre de este mismo año, dió orden á Ficoiemon, primer mandarin de Omura, para que en un dia fijo le enviase á los con-

tesores que él debia hacer quemar en Nangasaki. El mandarin se apresuró á obedecerle. Una tropa numerosa de soldados y verdugos se dirigió á la prision: cuatro de estos últimos entraron al recinto interior, y apoderándose de los prisioneros uno por uno, les ataron estrechamente, y les sacaron fuera de las palizadas, en medio de un gran número de soldados formados en círculo y con las armas en la mano. Durante estas disposiciones, los siervos de Dios cantaban los salmos, y se despedian de su prision querida, que por espacio de cuatro años y por medio de grandes sufrimientos, les habia proporcionado los mas preciosos méritos, y que ahora, por último beneficio, se abria para dejarles llegar al término de sus deseos, que era la muerte por Jesucristo. Su alegría fué turbada algunos instantes con la noticia de que ocho de ellos aun quedarian prisioneros. Estos ocho eran, los Padres Tomás del Espíritu Santo, dominico; Apolinar Franco, franciscano descalzo; y seis Japoneses agregados á una ú otra de estas dos Ordenes. Sin embargo, no perdieron la corona del martirio, solo se les dilirió como veremos adelante.

Fueron colocados los veinticuatro prisioneros en una grande barca, escoltada por una multitud de pequeñas, cargadas de soldados, y así atravesaron un brazo de mar de cinco á seis leguas para llegar á Nagaia; pero no se detuvieron allí, porque en este lugar habia una fervorosa cristiandad, que hubiera salido al encuentro de los mártires, y á pesar de las guardias, les hubiera proporcionado toda clase de alivios; y así tomando los caballos que les esperaban, avanzaron acto continuo dos leguas mas adelante.

Merece ser referido el orden en que marchaban. Trescientos ó cuatrocientos soldados, tanto de infanteria como de caballería, les servian de escolta, y has-

ta pudiera decirse de guardia de honor. A la cabeza, marchaba fieramente á caballo Tobinanga Giuzaiemon, uno de los primeros señores de la corte, y ministro del príncipe; iba seguido de veinte lanceros, y de dos líneas de otros tantos infantes, armados unos con fusiles y otros con arcos; luego venían los prisioneros en hilera. Soldados con el sable al costado, y con una caña ó baston nudoso en la mano, les rodeaban y tenían á cierta distancia; un oficial á caballo les mandaba. Y tres personajes, también á caballo y con su correspondiente retaguardia, cerraban la marcha.

El Padre Carlos Spinola era el primero de los confesores de la fé; al día siguiente en su entrada solemne á Nangasaki, quisieron los presidentes concederle todavía el mismo honor: los demás prisioneros fueron colocados indistintamente. Cada uno tenía una cuerda al cuello, y á su lado un verdugo que llevaba la estremidad de la cuerda enredada en el puño. Así llegaron á Uracami, distante una legua corta de Nangasaki; allí se detuvieron para pasar la noche, y fueron encerrados en una palizada, teniendo al cielo por techo, y por cama la tierra. Durante algunas horas llovió á torrentes, de suerte que el gefe de la tropa, compadeciéndose de los centinelas que estaban alrededor de la palizada, permitió que los presos fueran puestos debajo de techo, empero estrechándoles mas sus ataduras.

Al día siguiente, despues de una ligera colacion, montaron á caballo, y en el mismo orden avanzaron á Nangasaki. Todo el camino estaba cubierto de gente que venia de las cercanias y de mas lejos, para ver á esos héroes de la fé, para manifestarse á ellos, y saludarles y recibir su bendicion, recibiendo tambien el ejemplo mas importante de todos, el de perseverar

en la fé, hasta morir por ella. Pero en el lugar de la ejecucion habia una tan grande multitud de espectadores, que jamas se habia visto semejante. La ribera, cerca de Nangasaki, hace como una punta que se avanza hácia el mar; sus flancos unidos y bajos le dan á lo lejos el aspecto de una isla, y el costado por el cual se une á la tierra está situado al pié de una montaña. La playa no es precisamente baja, porque el terreno se eleva suavemente en proporcion que se adelanta al mar; y si parece baja, es á causa de su inmediacion á la montaña. Ningun lugar del mundo está mas bien dispuesto para dar un espectáculo visible á un mismo tiempo á la mas grande reunion de hombres que sea posible, pues la cima de esta eminencia se percibe en el mar por tres lados á la vez, y la montaña cuya base se prolonga hasta ella, va descendiendo con una pendiente muy suave.

Allí habia mas de treinta mil espectadores, y aun decirse puede que toda la ciudad de Nangasaki se habia trasladado á ese lugar. A la llegada de los confesores de Jesucristo, se levantó un rumor inmenso y confuso de gritos y gemidos, que sofocaban las voces, é impedían escuchar lo que los confesores predicaban. Desde luego, todas las miradas se fijaron en el Padre Spinola que iba á la cabeza; pero dificilmente pudieron conocerle, no obstante que por muchos años le habian visto con mucha frecuencia: cuatro años hacia que no le permitian cortarse el pelo ni hacerse la barba, y esto, unido á una enfermedad mortal que acababa de pasar, le tenía tan estenuado y pálido, que apenas ofrecia la imágen de uno de esos antiguos padres del desierto. Sin embargo, aun permanecia bello, pero con esa belleza que da la santidad; é inspiraba veneracion á cuantos le miraban. La serenidad y la alegría se habian difundido sobre

su noble rostro, y solo su vista predicaba tan elocuentemente, que hacia correr lágrimas de todos los ojos.

Fué necesario esperar mas de una hora la llegada de sus compañeros de suplicio que estaban encerrados en las prisiones de Nangasaki, y debian reunirse hasta cincuenta y cinco. Los primeros que llegaron veian con ojos llenos de la alegría que se desbordaba de su corazon, el glorioso teatro del sacrificio de su vida que iban á ofrecer por la fé de Jesucristo. Sobre la cumbre de la pequeña eminencia de que ya hemos hablado, se habian clavado veinticinco grandes postes en linea recta de la mar á la montaña; de cada uno de ellos colgaban dos cuerdas que debian servir para atar á los mártires. Una sola hoguera rodeaba esta hilera de postes á tres brasadas de distancia; y la leña no estaba amontonada, sino solamente esparcida, para que las llamas pasando de un trozo á otro, no se aproximasen á las estacas sino con mucha lentitud, y prolongasen así el tormento de los confesores de la fé. El feroz Gonrocu pensaba que el dolor de este horrible suplicio haria salir del fuego á algunos, ó que al menos les arrancaria algunos gestos que diesen ocasion de reirse y mofarse de los cristianos.

Una valla de gruesas cañas rodeaba la hoguera á una buena distancia, y se abria del lado de la montaña; dentro del mismo cerco de cañas se levantaba una pequeña eminencia colocada en el otro extremo hácia la mar, donde los comisionados para ejecutar la sentencia estaban sentados como en un tribunal.

Habia pasado una hora cuando llegaron los demas sentenciados. Eran catorce mujeres y diez y ocho hombres, entre ellos cinco niños pequeños de diferentes edades, de doce años, de siete, de cinco, de cuatro y el mas pequeño de tres. Cuatro de estas

víctimas eran condenadas al fuego por haber hospedado á los religiosos, y los otros á ser decapitados por ser las mujeres é hijos de los mártires que tres años antes habian muerto por la misma causa, ó bien porque habian permanecido cerca de las casas donde se alojaban los religiosos. Todos, pues, murieron en odio de la fé.

La vispera les hizo comparecer ante sí, Gonrocu, para exhortarles de nuevo á renegar de Jesucristo; pero todo fué en vano, y por tanto les condenó al suplicio para el dia siguiente.

Luego que los dos ejércitos de mártires se vieron, se saludaron mutuamente, pero no se les permitió hacer una mas larga manifestacion de sus sentimientos, porque los gefes de la justicia se habian retirado á ocupar sus lugares, y ademas llovía ligeramente.

Gonrocu no quiso presidir esta ejecucion capital; pero ciertamente no lo hizo por piedad, pues nombró para sustituirle á Sukendaia, mas inhumano que él, y prohibió espresamente que tuviesen consideraciones con los confesores de la fé, en lo que fielmente fué obedecido. Sukendaia entró en el primer recinto de las cañas y fué á tomar asiento en el lugar designado para tribunal; y á sus lados hizo sentar á los demas funcionarios de oficio que á nombre del emperador intervenian en este acto solemne. Los lanceros de Firando se formaron á un lado del recinto hácia el mar, y la infanteria de Omura, al otro lado al pié de la montaña. Entonces se hizo entrar á los treinta mártires condenados al degüello, y se les colocó directamente frente á los postes; despues entraron los veinticinco condenados al fuego, asignando á cada uno un poste donde fué atado por el verdugo que le acompañaba. Hasta esta fecha, los condenados al fuego, habian sido fuertemente amarrados, de

manera que no pudiesen desatarse ó huir; ahora sucedió lo contrario, solo se contentaron con atarles ligeramente las manos, y con cuerdas tan delgadas, que pudieran romperse al menor esfuerzo: y á fin de procurarles todavía la tentacion de huir del fuego, intencionalmente se habia practicado en la hoguera una abertura suficiente para salir de ese círculo abrazador.

En los cuatro primeros postes cercanos á la mar, estaban atados los habitantes de Nangasaki que habian hospedado á los religiosos, y eran: Pablo Nangaxi, Antonio Sanga, y Antonio el de la Corea, y una mujer, Lucia Freitas, japonesa, casada con un portugués; seguian luego los religiosos de la prision de Suzuta; en primer lugar el Padre Carlos Spinola, y luego indistintamente, los tres Padres dominicos Angel Orsucci, José de San Jacinto, y Jacinto Orfanel. Seguia el Padre Sebastian Kimura, y despues de él seis religiosos dominicos ó franciscanos, á saber, los Padres Ricardo de Santa Ana, Alfonso de Mena, Pedro de Avila, el hermano Vicente de San José, el Padre Francisco Morales y Leon de Satzuma; en pos de estos estaban cinco religiosos jesuitas, Antonio Kiuni, Gonzalo Fusai, Tomás Acafoxi, Pedro Sampo, y Miguel Xumpo; luego tres japoneses que se salvaron del fuego, y en fin, los hermanos Luis Carava, y Alejo que era el último, y corista profeso de la Orden de Santo Domingo. De esta suerte se les vé colocados en una pintura japonesa, hecha por un testigo ocular, que se ha conservado hasta hoy. Entre estos veintidos religiosos, habia nueve europeos de los que ocho eran sacerdotes, y un hermano lego de San Francisco; los otros eran japoneses, así como los tres que fueron decapitados, porque no hubo el número suficiente de postes: entre estos se cuenta nuestro

hermano Juan Ciungocu. Todos vestian el hábito de su Orden.

Solo faltaba desenvainar la espada para los unos, y encender el fuego para los otros, cuando el Padre Spinola entonó el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*. Todos los confesores le continuaron, dirigiendo sus miradas al cielo, y con una tan celeste armonia, que los fieles enternecidos derramaron lágrimas. Gonzalo Montero de Carvallo, que se hallaba presente, hizo con este motivo una deposicion jurídica, de la que damos un extracto, tomado de los procesos verbales de Manila. "El testigo dice que "estuvo muy atento á este cántico de los siervos de "Dios, y que hasta hoy no ha cesado de maravillarse "y preguntarse lo que esto podria ser; porque desde "su niñez ha oido muchas veces música sagrada y "profana, y jamas ha escuchado otra mas suave y "armoniosa. Así la ensaya todavía con admiracion "de sus amigos y la repite aun á otros; y estuvo persuadido que los ángeles se unieron á cantar con "estos santos que iban á entrar en posesion de Dios. "Otros muchos testigos oculares opinaban como él, "y cree que esto era una persuacion comun."

El Padre Carlos Spinola, que veia cerca de sí á Sukendai y á sus asesores, se volvió hácia ellos y les dirigió la palabra en muy buen japonés, procurando sacarles del error admitido en la corte, á saber, que los ministros del Evangelio venian á apoderarse de los espíritus por medio de la religion, para despues poner el gobierno en manos de los europeos; y manifestó, al terminar, que la alegría de todos estos sacerdotes en medio de tan horribles torturas era una prueba muy evidente de que ningun interés humano les habia conducido al Japon; que el solo motivo que les guiaba era la felicidad eterna, prometida á los

fieles siervos de Dios; despues de esta vida; que de otra suerte él mismo no hubiera podido soportar entre ellos veinte años de trabajos y sufrimientos. Lo que en seguida dijo á los portugueses en su propio idioma, impresionó tan fuertemente á uno de ellos, que escribió al Padre Benito Fernández, lo siguiente: "Las palabras del Santo hombre me llegaron de tal modo al corazon, que si en el Japon hubiera habido una casa de la Compañía de Jesus, yo me hubiera retirado á ella para abandonar al mundo, y consagrar el resto de mi vida al servicio de Dios." En fin, el Padre Spínola recordó á todos los presentes, que los hombres que iban á ser quemados á fuego lento, eran de carne y no de piedra, y que por lo mismo, no debían considerarse como efecto de una voluntad vacilante algunos signos de dolor que involuntariamente se escapasen á la naturaleza. Bien pronto veremos que tuvo mas de un motivo para espresarse así. Los Padres Francisco Morales, Angel Orsucci, Jacinto Orfanel, y José de San Jacinto tambien hablaron á su vez, pero apenas se han conservado algunas palabras confusas para ser referidas.

Entraron en seguida los verdugos y tiraron su sable sobre la cabeza de los treinta cristianos, que arrodillados en una sola línea, y con el rostro vuelto hácia los postes, orando esperaban el momento de su suplicio. Sukendaiu les hizo luego ejecutar, esperando que en vista de esta carnicería, los otros veinticinco se abalirían y no tendrían valor para sufrir el tormento del fuego.

Entre las treinta victimas decapitadas se hallaba Isabel Fernandez, viuda de Domingo Jorjes, que hospedó al Padre Spínola, y que por solo esto fué quemado vivo el mes de Noviembre de 1619, segun ya referimos. Isabel habia dado á luz un niño, algunos

meses antes de la prision de su marido, al que bautizó el Padre Spínola, y puso el nombre de Ignacio. Ahora debían morir el hijo y la madre, con arreglo á la ley de Xongun, el uno como hijo, y la otra como muger del huésped de los Padres. Isabel al ver á los ejecutores, se inclinó hácia el Padre Spínola, dirigiéndole el último adios: éste, al corresponder su saludo, no vió al niño, que de rodillas tras de la madre, y contando apenas cuatro años de edad, estaba oculto con la leña de la hoguera colocada entre los dos, por tanto, le pregunta: "¿Dónde está nuestro pequeño Ignacio?" "Aquí conmigo, respondió la madre, alzándole en sus brazos: y luego hablando con el niño, le dijo: Mira á tu Padre Carlos, que se acuerda de ti y pregunta dónde estás; inclínate hácia él y ruégale que te bendiga." Lo que Ignacio hizo del modo mas afectuoso. Entonces el Padre, que tenia las manos atadas, levantó la cabeza y los ojos al cielo, y luego la inclinó sobre el niño en señal de que le bendecía, quedando como lleno de un consuelo extremo. A este espectáculo los asistentes derramaron lágrimas, y prorumpieron en gritos de admiración al contemplar á esa madre y á ese hijo cuya belleza, modestia, tranquilidad y ricos vestidos habian atraído todas las miradas desde su entrada al lugar del suplicio. El niño Ignacio bien comprendia por qué se hallaba allí. Su firmeza tan valerosa no era efecto de su edad, era sí una gracia del Espíritu Santo, como se vió en el momento mismo de la ejecución; lo que no sorprende, sabiéndose lo que habia tenido lugar en los años anteriores, y de que tuvo noticia toda la ciudad de Nangasaki.

El dia del nacimiento de este niño, sus dignos padres Domingo é Isabel, de comun acuerdo le consagraron á Dios, desapropiándose de él, y donándole

al Padre Spinola, para que cuando llegase á la edad conveniente entrase á la Compañía de Jesus; y en memoria de este acto le pusieron el nombre de Ignacio. El Señor en este momento le concedió una gracia mejor, y fué, no la de vivir, sino la de morir con el Padre Spinola; y aun puede creerse que este niño predestinado tuvo una especie de revelacion, proporcionada á su edad. En efecto, despues del martirio de su padre, quemado á fuego lento, Ignacio, balbuciente todavia, comenzó á decir y lo repetía sin cesar, que él tambien seria mártir. Algunas veces añadía, hablando con la madre: "Yo seré mártir, y vos tambien lo sereis; pero mi hermana no lo será: prediccion que se cumplió á la letra. Cuando hacia pequeños regalos á los amigos y conocidos de su familia, segun la costumbre del Japon, siempre les decia: "Guardad con cuidado lo que os doy, porque un dia será reliquia." Y si se le preguntaba cómo seria esto, respondia: "es que yo seré mártir;" y contaba luego tres bellos sueños que á este respecto habia tenido y que vivamente le habian impresionado. Otras veces, cuando veía algun sable, decia: "una arma como esta me cortará la cabeza y me hará mártir," y entonces era su alegría tan grande, que los mismos idólatras no acababan de admirarla. Isabel su madre fué bautizada por el Padre Pedro Gomez, ocho dias despues de nacida, y vivió santamente hasta la época de su martirio, que recibió á los veinticinco años de edad. No dudando que su hijo estaba inspirado por Dios, se consideraba despues de sus anuncios, tan segura como él, de morir por la fé, y desde entonces trabajó para prepararse bien. Marchó al martirio con el alma fija en Dios, adornada con sus mas preciosos vestidos, como en un dia festivo, llevando en una mano un Crucifijo y un ro-

sario en la otra; y al entrar en la palizada, cantó en muy alta voz el *Laudate Dominum omnes gentes*. Se consideraba mucho mas feliz con la muerte de su Ignacio, que con la suya propia; y así, despues de haberlo mostrado en sus brazos al Padre Spinola, añadió: "Ved aqui la victima mas cara que yo puedo ofrecer á Dios, y yo la ofrezco muy voluntariamente á causa de su mismo precio." Cuando vió que el verdugo se le acercaba con el sable desnudo, levantó la mano, como lo habia hecho su marido, en señal de perseverancia en la fé, agitó su pañuelo para despedirse de los cristianos, y ofreció su cabeza al verdugo. Ignacio la vió rodar á sus piés, en pos de otras dos ó tres; pero no se turbó con ese espectáculo horrible, antes bien, se puso de rodillas, cruzó sobre el pecho sus pequenitas manos, y estendió prontamente su cabeza, que cayó al primer golpe. Esta cabeza y las otras veintinueve, fueron espuestas á la vista del pueblo, sobre una ríga sostenida en el aire por largos postes.

Terminada esta primera ejecucion, los verdugos incendiaron las malezas que habia esparcidas en muchos lugares de la hoguera: entonces toda esa grande multitud de fieles que ocupaba la mar y la montaña, levantó sus gritos hasta el cielo pidiendo con fervor á Dios, que sacase triunfantes de tan horrible suplicio á sus veinticinco siervos. El ruido de tantos millares de voces fué tan confuso y tan fuerte, que no se ha podido dar cuenta de las palabras que los mártires dirigian tanto á Dios, como á los circunstantes, mientras el fuego les estaba consumiendo. Como los trozos de leña estaban distantes tres brazadas de los pacientes, y eran en demasiada pequena cantidad, y ademas la lluvia de la noche anterior les habia humedecido, no ardian fácilmente, y daban una lla-

ma poco activa; de suerte que los mismos siervos de Dios se quemaban difícilmente y sufrían espantosos dolores, que escudían á todas las fuerzas de la naturaleza. Tres desgraciados japoneses lo manifestaron demasiado, pues segun lo habia predicho el Padre Spinola en la prision, abandonados justamente de Dios, por sus faltas, á la primera vista de las llamas, rompieron sus ataduras, y salieron de la hoguera invocando á *Amida*, como señal de su abjuracion. No por esto escitaron la piedad del presidente, pues repetidas veces les hizo arrojar á las llamas, donde al fin perecieron contra su voluntad. (*)

La alegría que experimentaban los idólatras por la debilidad de los tres apóstatas, era muy poca cosa en presencia del valor de los veintidos cristianos que permanecían inmóviles en sus postes, sin dar señal alguna de dolor, sin embargo de que se iban quemando tan lentamente, que unos espiraron al cabo de hora y media, otros á las dos horas, y uno hubo que sufrió tres horas consecutivas. El primero que murió fué el Padre Spinola; consumido como estaba

(*) Se dice que á uno de ellos no se le oyó invocar al ídolo, y aun se afirma que arrepentido volvió á entrar al fuego. Sin embargo, ni él, ni sus dos compañeros fueron contados en el número de los mártires. Bartoli refiere que Pablo Nangaxi fué uno de los tres apóstatas; pero este es un error manifiesto. La pintura japonesa de que ya hemos hablado, y que es obra de un testigo ocular, representa distintamente la disposición de los mártires; en ella se ve á Pablo Nangaxi atado á su poste, al extremo opuesto de los tres postes abandonados. Además, en las deposiciones relatadas en los procesos verbales se lee, que los tres renegados al subir al otro extremo para presentarse al presidente, pasaron delante de Pablo Nangaxi, quien se dirigió á ellos exhortándoles vivamente á la constancia; y despues se volvió á su poste y murió valerosamente, en medio de las llamas. Todas las relaciones y todos los testimonios que tenemos están unánimes sobre este punto.

por los sufrimientos de su larga prision y de su última enfermedad, apenas tenia un soplo de vida: además, el fuego se comunicó á su hábito, é incendiándole por la espalda, le envolvió en sus llamas, y puso fin á sus dias. Este glorioso martirio tuvo lugar un sábado á 10 de Setiembre: el gran número de las víctimas que fueron cincuenta y dos, dió ocasion á llamarle el gran martirio, así como la colina en que se consumió se llamó en lo sucesivo el lugar santo, ó la montaña santa. Todos los cuerpos de los mártires, así quemados como decapitados, permanecieron allí por tres dias, bien custodiados, para atemorizar á los cristianos. Despues fueron reducidos á cenizas, y echadas en sacos las arrojaron á la mar.

Hagamos ahora una breve reseña, al menos de los religiosos. Fueron ocho dominicos, cinco sacerdotes y tres coristas profesos. El bienaventurado Padre Francisco de Morales nació en Madrid, y por espacio de veinte años trabajó sin cesar en la conversion de los japoneses: levantó dos iglesias en el reino de Satsuma, y cuando la persecucion de 1608 le obligó á salir, se retiró al reino de Figen, y fundó una iglesia y un convento en Fuximi: obligado á huir en 1614, vino á Nangasaki, y trabajaba en sus inmediaciones á favor de las almas, cuando le apresaron los perseguidores.

El bienaventurado Padre Angel Orsucci era italiano, de familia noble, y nació en Luca el dia 8 de Mayo de 1573. Siendo muy jóven entró al convento de los dominicos de esta ciudad, y en él hizo su profesion en 1589: fué enviado á España para que terminase sus estudios teológicos, y allí tomó el nombre de Ferrer, á causa de su gran devocion á San Vicente Ferrer. Todos los que le conocian le consideraban como un santo, y le llamaban así con mo-

tivo de sus admirables virtudes, y en particular de su humildad profunda. Su deseo de propagar la fé entre los idólatras le hizo pasar á las Filipinas y al Japon, adonde llegó á tiempo que ardía la persecucion, por lo que se vió obligado á permanecer oculto en la casa de Cosme el de Corea, hasta que fué preso en 1618. El bienaventurado Padre Spinola habla de él frecuentemente en sus cartas, pues fué su compañero de prision cuatro años: murió á la edad de cuarenta y nueve.

El bienaventurado Alfonso de Mena nació en Logroño en España, y abrazó la Orden de los dominicos en el convento de Salamanca. Era primo del bienaventurado Pedro Navarrete, cuya muerte escribió: despues de haber trabajado en muchos reinos, se retiró á Nangasaki, se hospedó en la casa del gobernador que entonces era cristiano, y mientras pudo salia de noche para ir al socorro de las almas. Creciendo la persecucion, tuvo necesidad de andar de casa en casa, sufriendo crueles privaciones y rodeado de continuos peligros, hasta el dia en que cayó en poder de los enemigos de la fé.

El bienaventurado Padre José de San Jacinto, fué tambien español, nacido en Villareal de Salvanes en la Mancha: fué vicario provincial de su Orden en el Japon. Sus predicaciones apostólicas obraron un gran número de conversiones, tanto en Méaco como en Ozaca, donde fundó un convento con su iglesia, y estableció muy útiles cofradías entre los fieles. Hablaba con tanta perfeccion el japonés, que los españoles le tomaban frecuentemente por intérprete cerca del emperador. Desde el póste en que estaba atado habló largamente á los cristianos, para exhortarles á la observancia de la ley divina y á la devocion de la Virgen Santísima, á quien amaba con mucha ternura.

El bienaventurado Padre Jacinto Orfanel, aragonés, nació en Llana en el reino de Valencia el dia 8 de Noviembre de 1578, y entró á la Orden de Santo Domingo en Barcelona: Los testimonios que sobre él se rindieron en los procesos verbales, demuestran que tenia una caridad inagotable con los pobres: trabajaba con energía por el honor de Dios y la salud de las almas. Sabiendo que en el reino de Arima los cristianos corrian los mas grandes peligros por parte del apóstata D. Miguel, no vaciló en esponer su vida, y se trasladó á él prontamente para sostenerles en la fé.

Con estos bienaventurados Padres murieron tres coristas de la misma Orden, á saber: Alejo, Domingo y Tomás. Eran japoneses, y hacia muchos años que se habian consagrado al servicio de la Iglesia y al de los Padres, ayudándoles á catequizar á los neófitos: en recompensa de sus servicios, se les admitió á la profesion religiosa en la misma prision. Alejo fué quemado vivo, y los otros dos decapitados porque faltaron postes. Consta de los procesos verbales, que Tomás por su juventud y su belleza escitó el interés del gobernador, que para salvarle la vida le comprometia á que negara que conocia á los Padres; pero con una admirable sencillez respondió: "¿Y cómo podré hacer esto, sin ofender á Dios con una mentira? Yo sé que son religiosos, y no solamente les he conocido por tales, sino que yo mismo he sido su compañero y les he auxiliado en la conversion de las almas." Esta confesion generosa fué recompensada con la prision y con la muerte.

Los franciscanos tuvieron dos sacerdotes, un hermano lego, y tres hermanos del Tercer Orden. El primero fué el bienaventurado Padre Ricardo de Santa Ana, nacido en Bélgica el año de 1585. Se dice,

que en su primera niñez fué arrebatado por un lobo, que le habia llevado demasiado lejos, cuando invocando á Santa Ana, escapó de sus dientes, sin herida alguna, por cuyo motivo tomó el nombre de la Santa. Ejercia la profesion de sastre en Bruselas en 1604, cuando sabiendo la muerte desgraciada de un jóven libertino, conocido suyo, resolvió consagrarse á Dios, haciéndose hermano lego de San Francisco, como lo verificó, profesando en Nivelles el 22 de Abril de 1605. Por su grande virtud y por su habilidad para los negocios, fué enviado á Roma, donde conoció al Padre Juan el Pobre, que andaba solicitando misioneros para el Japon; obtuvo licencia para seguirle, y por lo mismo pasó á México; y despues el año de 1611 pasó á las Filipinas en compañía del Padre Pedro Matias, comisario y obispo electo de Zebú. Las grandes cualidades del hermano Ricardo determinaron á los superiores á elevarle al rango de elérigo, así es que, acabados sus estudios teológicos, fué ordenado de sacerdote y enviado al Japon en 1615. La persecucion general que estalló el año siguiente le obligó á volver á Manila: pero dos años despues volvió al Japon, disfrazado de comerciante, y se consagró á socorrer á los cristianos perseguidos. En 1621, cuando se multiplicaron las pesquisas de todo género para apresar á los religiosos, secretamente le avisó un Padre de Santo Domingo, para que huyese sin tardanza; pero el santo varón, alojado entonces en la casa de Lucía Freitas, no tuvo valor de abandonar á los cristianos que habian ocurrido á confesarse: fué, pues, aprehendido en el ejercicio de su ministerio, conducido á la prision de Nangasaki, y luego á la de Omura, desde donde escribió á los religiosos de Nivelles.

El bienaventurado mártir Pedro de Avila, nació en

Palomares en Castilla en el año de 1562. En la flor de su edad tomó el hábito de San Francisco en la Provincia de San José. En 1617 se unió al bienaventurado Padre Luis Sotelo, y se embarcó con él para las Filipinas; donde en compañía de cuatro cohermanos suyos pasó al Japon en 1619. Durante la persecucion anduvo disfrazado por diferentes partes, para inspirar valor á los fieles. El dia 17 de Setiembre de 1620 fué preso en Nangasaki, en casa de Domingo y Clara Yamada, que le daban asilo: sostuvo con una fuerza invencible dos años de estrecha prision, en la que continuamente sufrió hambre, sed, y muy graves enfermedades.

Este mismo bienaventurado Padre tuvo por compañero de sus trabajos en México y en el Japon al bienaventurado Vicente de San José, natural de Ayamonte, y admitido en México como hermano lego entre los religiosos de San Francisco. Era exactísimo observador de las reglas, y encontraba su felicidad en llenar los empleos mas humildes de casa. Su belleza y la gracia de sus maneras le aglomeraron grandes obstáculos para su virtud; pero él triunfó de todos con la práctica de una mortificacion continua. Desde que en 1619 abordó al Japon, se empleó absolutamente, bajo la direccion de los Padres, en instruir á los fieles, teniendo siempre ante los ojos la muerte con que le amenazaba el furor de la persecucion.

Leon de Satzuma, nació en una villa de este reino, y fué catequista del bienaventurado Padre Ricardo: perteneció al Tercer Orden de San Francisco, y empleó toda su actividad y toda su industria en servir á los Padres en su santo ministerio: tuvo el valor de personalmente presentarse al gobernador de Nangasaki, y declarar que era compañero del Padre Ri-

cardo, ya prisionero. Se hicieron mil esfuerzos para obligarle á abandonar la fé; pero él permaneció invencible, y esto le mereció la corona de mártir.

Lucía de Freitas, muger de corazon varonil y de una virtud heróica, pertenecia al Tercer Orden de San Francisco. Japonesa de nacimiento, pero casada con Felipe de Freitas, portugués, desde sus primeros años se hizo notable por su grande piedad: frecuentaba los Sacramentos; dada á la oracion, unida á Dios por un recogimiento habitual, llena de caridad con los pobres y con los enfermos á quienes visitaba en el hospital y proveia de lo necesario, era un modelo de cristiandad. Habiendo enviudado entabló una vida toda celestial, ejercitándose continuamente en la oracion y mortificacion: ayunaba frecuentemente y vestia un horrible cilicio: su casa, en tiempo de persecucion, estaba abierta para todos los religiosos, á quienes recibia y ocultaba para sustraerles de las pesquisas enemigas. Sabiendo que el apóstata Juan Feizo procuraba corromper la fidelidad de un cristiano, se presentó á él intrépidamente para reprocharle su impiedad. El renegado le amenazó con un castigo severo, y entonces ella tomó el sable de uno de los asistentes, y presentándosele á Feizo, le dijo: "Hiéreme, haz de mí lo que gustes." Mas adelante fué citada ante el tribunal, por haber hospedado al Padre Ricardo: confesó la fé, fué condenada á muerte, y entonces sacando el Crucifijo que llevaba sobre su pecho, exclamó: "Oh! ¡jenán voluntariamente moriré por amor de mi Dios!" Estuvo presa en su misma casa por espacio de un año; y cuando se le condujo al suplicio, se puso á la cabeza de otras mugeres, enarbolando la Cruz y cantando las letanias; y con una fuerza invencible sufrió el tormento del fuego á la edad de ochenta años.

La Compañía de Jesus tuvo en este martirio nueve de sus religiosos y dos catequistas. Comencemos por el bienaventurado Padre Carlos Spinola. Su nacimiento le unia al tronco de los condes de Tassarolo; nació el año de 1564 en Génova, ó en Praga, donde á la sazón vivia su padre Octavio Spinola, oficial superior de caballería al servicio del emperador Rodolfo. Pasó su primera juventud en Nola, al lado de su tío Felipe, cardenal y obispo de esta ciudad, en los estudios y ejercicios que convenian á un jóven de su clase. Habiendo en 1584 llegado á Nápoles la noticia de la muerte gloriosa del Padre Rodolfo Aquaviva, á manos de los indios bárbaros, Carlos se impresionó tanto, que sintió el mas ardiente deseo de seguir sus pisadas. Incontinenti solicitó entrar en la Compañía de Jesus, lo que tuvo lugar el 21 de Diciembre de ese mismo año de 1584: durante su segundo año de noviciado, entabló con el venerable Padre Bernardino Realino las mas íntimas comunicaciones: volvió á Nápoles, donde siguió el curso de filosofía en compañía de San Luis Gonzaga, que fué enviado allí para reparar su salud destruida: despues en Milan acabó sus estudios teológicos y fué ordenado de presbítero. Se hallaba en Cremona predicando los ejercicios espirituales y ocupado en recoger los mas felices frutos, cuando recibió del general de la Compañía la buena nueva de su destino á la mision del Japon, que él habia pedido muchas veces. Se trasladó á Génova sin tardanza, y removiendo los mil obstáculos que opuso su familia para detenerle, se embarcó para Lisboa con Gerónimo de Angelis, que aun no era sacerdote, y de allí el 10 de Abril de 1596 se hicieron á la vela con direccion á las Indias.

Una furiosa tempestad les sorprendió en el cabo

de Buena Esperanza, y les obligó á dirigirse al Brasil; y otra les empujó hácia la isla de Terceira, donde fueron capturados por un navio inglés, y conducidos prisioneros á Inglaterra: puestos en libertad, volvieron á Lisboa, donde por espacio de un año esperaron nuevo pasage para las Indias. En este intervalo hizo el Padre Carlos su profesion de cuarto voto, y se dió á la vela en Marzo de 1599. Arribaron como de ordinario á Goa, á Malaca, á Macao, y en fin, el Padre Spinola y su inseparable compañero el Padre de Angelis, llegaron al deseado término de este viaje tan dilatado y tan penoso, en el que habian empleado mas de seis años. En Julio de 1602 desembarcaron en Nangasaki; en Arima el Padre Carlos se dedicó á estudiar el idioma del país hasta Octubre de 1605, y por fin pudo comenzar sus trabajos. Se le confió el gobierno espiritual de las poblaciones de las islas de Aria, esparcidas y divididas en una centena de pueblos y haciendas: despues vivió mas de cinco años en Macao, que le es deudor de la fundacion de una escogida congregacion de catequistas, y del bautismo de cuatro á cinco mil idólatras, instruidos por él mismo. En 1611, los superiores le obligaron á tomar el cargo de procurador de la provincia, y ademas, á ayudar al provincial en el oficio de vicario encargado de la administracion del obispado. Por espacio de siete años desempeñó estos empleos con grande consuelo de su corazon, porque ellos le obligaban, á pesar de sus precauciones, á darse á conocer de un gran número de personas, esponiéndose de esta suerte á caer en manos de los perseguidores, y recoger la palma del martirio que en su juventud le habia predicho el Padre Bartolomé Ricci, rector del colegio de Nola. Nada diremos de la santidad de su vida, ni de sus heroicas virtudes,

puesto que otros autores han hablado ámpliamente de ellas: murió á los cincuenta y ocho años de edad, y treinta y ocho de religion.

El bienaventurado Padre Sebastian Kimura fué un hombre ilustre por muchos títulos. Fué sobrino del primer japonés convertido y bautizado por San Francisco Javier: fué el primer sacerdote de esta nacion, ordenado en Nangasaki, en Setiembre de 1601, por el obispo D. Luis Cerqueira: fué, en fin, el primer sacerdote japonés que tuvo la gloria de morir mártir por Jesucristo; gloria que pareció ser hereditaria en su familia. Su primo, el hermano Leonardo Kimura, igualmente jesuita, habia sido quemado vivo en el mismo lugar, tres años antes. Antonio Kimura y María, muger de Andrés Tocuan, que eran de la familia, tambien fueron muertos en odio de la fé. El Padre Sebastian nació en Firando, de padres cristianos, y á la edad de doce años se dedicó al servicio de la Iglesia; entró al Seminario de Bungo, y cuando cumplió los diez y nueve años, vivió cumplidos sus votos, tomando el hábito de la Compañía de Jesus. Despues de su noviciado, los superiores le encargaron que instruyese á los neófitos en los misterios de la fé, en Méaco; cargo que tambien desempeñó en Ximo. En fin, acabados sus estudios teológicos en el colegio de Méaco, volvió al Japon, donde fué ordenado de presbítero, y todo entero se consagró al ministerio apostólico. Sus misiones siempre fueron las mas peligrosas, pues siendo japonés, iba adonde los sacerdotes europeos no podian permanecer ocultos. Por una industria muy particular de su caridad, se disfrazaba tan perfectamente, que podia penetrar en las prisiones, y confesar á los siervos de Dios y animarles para el martirio: poseia, segun se ha escrito, todo lo que la naturaleza y la educacion japonesa

contienen de bueno, y nada de lo que tienen de vicioso: era valeroso, de un corazón formado para cosas grandes, grave y de excelente juicio y de maneras afables y modestas. Su suplicio duró tres horas, y murió el último de todos: ¡tan lento así era el fuego! Tenía cincuenta y siete años de edad, treinta y tres de religión, y había hecho los votos de coadjutor espiritual.

Siete japoneses muy fervorosos murieron con los Padres Spínola y Kimura: hicieron su noviciado en la prisión, bajo la dirección del Padre Spínola, y en sus manos pronunciaron los votos que les ligaban á la Compañía. Los cuatro primeros, Antonio Kiuni, Pedro Sampo, Gonzalo Fusai y Miguel Xumpo, siguieron á los Padres en el destierro á Macao en 1614; á su vuelta en 1619 resolvieron, de común acuerdo, llevar una vida muy piadosa: en consecuencia, se formaron una cabaña de estacas y follaje sobre una colina cercana á Nangasaki; después se retiraron á la soledad para vivir como ermitaños y vacar continuamente á los ejercicios de oración y penitencia, saliendo de tiempo en tiempo para visitar á los enfermos y predicar el Evangelio. Los mandarines les citaron á su tribunal, y encontrándolos invencibles en la fé, les alherrojaron en una horrible prisión. En 1621, Gonrocu les hizo comparecer de nuevo; se les examina uno después de otro; se les escita á renegar de Jesucristo por medio de promesas y de amenazas, y como nada se adelantase, se les envió agarrados á la prisión de Suzuta, adonde el Padre provincial había ya autorizado al Padre Spínola para que les recibiese en la Compañía; gracia de que eran dignos bajo todos respectos.

Antonio Kiuni nació en el reino de Micava y tenía cincuenta años: sirvió de catequista á muchos Pa-

dres, y por su conducta adquirió grande reputación de humildad y de celo.

Pedro Sampo nació de padres nobles en el reino de Oxu: sus cualidades naturales le conquistaron la benevolencia de los príncipes de este Estado. Deseando entrar en la Compañía, resolvió practicar la vida de los novicios de esta Orden con la perfección posible: en consecuencia, se desprendió de muchos cargos honoríficos, fué á Nangasaki, donde después de rasurarse la cabeza en señal de su completa renuncia del mundo, se formó una choza cerca del noviciado de la Compañía, y allí consagró todo su tiempo á los ejercicios espirituales. Contaba más de cuarenta años cuando ofreció á Dios el sacrificio de su vida.

Miguel Xumpo, del reino de Oari, perteneció á Dios aun antes que naciese, porque sus padres habían prometido con voto dar su primer hijo á los ministros de Jesucristo para el servicio de la Iglesia. Desde la edad de nueve años le entregaron á los Padres jesuitas de Méaco, donde por el tiempo de tres años sirvió como de acólito, y después fué enviado al Seminario de Arima. Su abuela jamás dejó de encender todos los sábados dos cirios sobre el altar, pidiendo á la Virgen Santísima que la vida de su nieto fuese una luz que se consumiese en servicio de la fé: esta señora obtuvo más de lo que pedía, pues Miguel murió mártir á la edad de treinta y tres años.

Gonzalo Fusai nació en el reino de Bigen, y por muchos años estuvo colocado en la corte del príncipe que gobernaba: después de su bautismo, se ofreció á los Padres de la Compañía para servirles de catequista. Este hombre, de naturaleza altanera y ardiente, llegó á ser un modelo de dulzura y paciencia: murió de cerca de cuarenta años.

En seguida, otros tres fueron reunidos á los cuatro primeros. Tomás Acafoxi, de una familia noble del reino de Fingo; tenia mas de cincuenta años y era catequista del Padre Kimura. Luis Cavara, de cuarenta años: en su juventud habia sido paje del rey de Arima D. Juan; despues fué elevado á un empleo superior en el reinado de D. Miguel, hasta que este príncipe trasformado en apóstata y perseguidor, le lanzó de su corte y le confiscó todos sus bienes: entonces se retiró á Nangasaki, y poniéndose enteramente bajo la direccion de los Padres jesuitas, les ayudó en su ministerio hasta que fué arrestado. Juan Kingocu de Amanguchi, era el alma mas inocente y dulce que existia en el Japon: habia conocido á los Padres hacia veinte años, y nunca quiso separarse de ellos. Fué compañero del Padre Pasio, visitador de Cingiva en el reino de Arima y en Nangasaki; despues compañero y catequista del Padre Spinola, con quien fué preso. Por faltar un poste, murió decapitado.

Antonio de Coréa, del nombre de su país, catequista y huésped del Padre Kimura, era uno de esos antiguos cristianos, que en la guerra de la Coréa fué ganado para la fé. Su muger y sus hijos perecieron con él.

Antonio Sanga era de muy noble linaje, y primo del príncipe de Sanga, cuyo nombre llevaba. El Padre Luis Froes le bautizó en Sacai; se educó en el Seminario, y fué recibido en la Compañía de Jesus, á la que se sintió llamado por Dios: empero graves y continuas enfermedades no le permitieron acabar los dos años de noviciado. Fuera del claustro encontró la salud, y como no podia volver á él porque se habia casado, se consagró completamente al servicio de los Padres jesuitas y dominicos, y de cual-

quiera otro sacerdote que tuviese necesidad de un catequista. Para evitar el escándalo entre los fieles, se presentó ante Gonrocu sin haber sido acusado ni buscado, y le dió cuenta de su vida y de sus obras en servicio de la fé: este paso le valió la prision por de pronto, y mas adelante la muerte juntamente con su muger, persona de una virtud notable. Cuando fué pronunciada su sentencia, quiso dar una nueva prueba de su afecto á la Compañía de Jesus, ofreciéndose á ella como esclavo, puesto que no podia hacerlo como hijo. He aquí la carta que á este respecto dirigió al Padre provincial: "Yo el esclavo de la Compañía de Jesus, escribo la presente carta con todo el respeto y la sumision que puedo. Buscando en mí de donde me venga la felicidad tan inesperada de morir por la fé, encuentro, que despues de Dios, la debo á la Compañía de Jesus. Yo la he servido durante nueve años; despues pertenecí á ella, y aunque salí de ella forzado por mi mala salud, jamas he olvidado cuán grandemente le soy deudor. Si yo he procurado ayudar á mi prójimo con todas mis fuerzas mediante la lectura de libros espirituales y la explicacion del catecismo; si desde que estoy aprisionado he bautizado á treinta y dos infieles y enseñado las oraciones á un número mayor; si he sostenido el valor de los que conmigo están cautivos por Jesucristo, todo esto pertenece á la Compañía de Jesus, pues ella es quien me ha enseñado á obrar así: además, de día y de noche estoy pensando en los grandes bienes que he recibido en la Compañía. Mis abuelos Pablo Sampacu y Jorje Giefengi eran tan adictos á la Compañía, que parecia que solo en ella pensaban; y yo, su hijo, por indigno que sea, forzosamente he sido como arrastrado á siempre hablar de las virtudes y alabar á San Ignacio. Educado en el

seno de su familia religiosa, yo me regocijo del género de muerte tan santa que me ha tocado, porque la gloria será para ella. Pero hay una cosa, una sola que cubre con un velo todas estas alegrías de mi corazón, y es, la memoria de mi salida de la Compañía; siento una pena tal, que me considero como Adán, arrojado del paraíso terrestre. Sin duda que él estuvo afligido como yo, y yo lo estoy como él. ¡Ah! ¡si al menos en el momento de morir me encontrase hermano de los hijos de San Ignacio, como un día lo fui! Mi muger y mis hijos me quitan la posibilidad; pero Dios sabe mis deseos. Que se me reciba al menos como esclavo; es la última gracia que pido á V. R.: si la obtengo, será la única y soberana satisfacción que me quede que gustar en la tierra."

Muy difusos seríamos si hiciésemos una especial mención de los otros mártires que fueron decapitados. Entre ellos estuvo Juan Xiquiro, de sesenta años de edad; Pablo Tanaca y María su muger; Apolonia, tia ó abuela de Gaspar Cotenda (de quien adelante hablaremos), muger de una edad respetable, y descendiente de los reyes de Firando; Magdalena, muger de Antonio Sanga, de ilustre nacimiento, y bautizada en Sacai, siendo muy niña, por el Padre Organtín; María, muger de Antonio de Coréa, con sus dos hijos, Juan y Pedro, el primero de doce años, y el segundo de tres; otra María, viuda de Andrés Tocuan, quemado viyo cuatro años antes, muger de familia noble y de sólida piedad. Despues de su muerte, Feizo, que era su pariente, dió su cuerpo á los cristianos, quienes la sepultaron con respeto en lugar conveniente.

En fin, citaremos testualmente una deposición hecha bajo la fé del juramento por D. Manuel de Sou-

sa, caballero portugués, relativa á los cuerpos de los cincuenta y dos mártires, y que se encuentra entre los procesos verbales de Manila. "El testigo refiere que la noche siguiente al martirio de los cincuenta y tantos, entre los que murió el V. Padre Spínola, entre ocho y nueve, vió con sus propios ojos brillar en el aire una luz sobre el mismo lugar de la ejecución; que admirado, llamó á su compañero de cámara Simon Paez, para que fuese testigo, y que los dos continuaron admirándola por mas de dos horas; que del mismo modo volvieron á verla en la noche siguiente; que en esto no pudo ser engañado, porque la contempló por muy largo tiempo; que brillaba todavía cuando fué á acostarse, y que ignora la hora en que desapareció. Añade el testigo: que se divulgó en Nangasaki como cosa indudable, que los cristianos japoneses, ocupados durante la noche, en reparar los mástiles de su barca, y alejados mar adentro al menos un cuarto de legua del lugar del martirio, habian visto un gran número de luces, entre las que una brillaba mas que las otras; que ordenadamente marchaban como en procesion, que este rumor era público; que preguntados los idólatras que velaban en guarda de los santos cuerpos, dijeron: que en la misma noche en que los cristianos del navio tuviesen esa vision, ellos mismos habian visto que las cabezas de los santos mártires se unieron á sus cuerpos, que despues se pusieron en pié, lo mismo que los cuerpos de los que fueron quemados, y que todos marcharon en procesion cantando y llevando una luz en la mano; que claramente habian reconocido que el Padre Spínola llevaba una luz mas radiante, y que terminada la procesion se estinguieron las luces, y los santos cuerpos volvieron al lugar y estado en que estaban antes. Y como todo esto comenzó á divul-

garse, Gonrocu, gobernador de la ciudad, prohibió bajo pena de muerte á los centinelas que hablasen de esto, temiendo sin duda, que estos rumores afirmasen á los fieles en la fé, y moviesen á los idólatras á hacerse cristianos. El hecho, tal como se ha referido, se tuvo por verdadero en la ciudad. Esto es público."

CAPITULO XV.

El bienaventurado Gaspar Cotenda, catequista de los Padres jesuitas, fué en union de dos niños, decapitado en Nangasaki el dia 11 de Setiembre de 1622.

Al dia siguiente 11 de Setiembre, y en el mismo lugar fueron decapitados en odio de la fé Gaspar Cotenda y dos niños, Francisco de doce años, y Pedro de siete.

Gaspar, segun ya lo hemos dicho, fué preso juntamente con el Padre Camilo Constanzo de quien era catequista. El gobernador Gonrocu le hizo trasladar de la prision de Iki á la de Nangasaki, donde con diferentes torturas se probó su constancia, pero este valeroso jóven permaneció inmutable en la voluntad de sacrificar mil vidas, antes que renegar la fé. Llegado al lugar del suplicio, sintió aumentarse su valor á la vista de los cuerpos de los mártires quemados vivos y de los decapitados, y con una alegría inesplicable, presentó su cabeza al verdugo. Era pariente del bienaventurado Tomás Cotenda, martirizado tres años antes, y por su nacimiento pertenecía á la casa real de Firando. Gaspar nació en Nangasaki adonde su padre se habia retirado con su familia, como á

un destierro voluntario: su madre mujer de una rara virtud, le consagró á Dios y á la Compañía de Jesus, desde antes que naciese, circunstancia que ella le recordaba frecuentemente, luego que fué capaz de comprenderla. Los bienaventurados Padres Sebastian Kimura y Camilo Constanzo le eligieron sucesivamente por su catequista. Murió á la edad de veintiun años, y para ser religioso solo le faltó haber pronunciado los votos, cosa que hacia mucho tiempo soliciaba; ya el Padre provincial habia dado facultad al Padre Constanzo para recibírselos, pero improvisamente fué trasladado á otra prision, y no tuvo el consuelo de pronunciarlos antes de morir.

Los dos niños fueron Francisco, hijo del bienaventurado mártir Cosme Taquea, Coriano, muerto tres años antes, y Pedro, hijo del bienaventurado mártir Bartolomé Kikiemon Cavano, decapitado la vispera. Francisco habia sido retenido en la prision; Pedro acompañó á su padre al martirio y debió ser decapitado con los otros; pero en la confusion de esa matanza los verdugos no le vieron ó no le llamaron: entonces el niño se volvió tranquilamente á la casa paterna. La corte lo supo, y al siguiente dia fué aprehendido y estrechado por el juez á que declarase quien le habia ayudado á escaparse. "Nadie, respondió él, con una ingenuidad infantil, mas viendo yo que ninguno se encargaba de matarme, me fui á pié á mi casa." Los bárbaros le amenazaron con los mas crueles tormentos si persistia en querer ser cristiano. "Todo lo sufriré voluntariamente, les contestó, porque unos Padres de la Compañía de Jesus me han esforzado en una vision á morir por Jesucristo, y á responderos francamente como lo he hecho." Los cristianos se agolparon en masa para ver á estos dos niños que, con el catequista, marchaban intrépidamente al mar-

garse, Gonrocu, gobernador de la ciudad, prohibió bajo pena de muerte á los centinelas que hablasen de esto, temiendo sin duda, que estos rumores afirmasen á los fieles en la fé, y moviesen á los idólatras á hacerse cristianos. El hecho, tal como se ha referido, se tuvo por verdadero en la ciudad. Esto es público.”

CAPITULO XV.

El bienaventurado Gaspar Cotenda, catequista de los Padres jesuitas, fué en union de dos niños, decapitado en Nangasaki el dia 11 de Setiembre de 1622.

Al dia siguiente 11 de Setiembre, y en el mismo lugar fueron decapitados en odio de la fé Gaspar Cotenda y dos niños, Francisco de doce años, y Pedro de siete.

Gaspar, segun ya lo hemos dicho, fué preso juntamente con el Padre Camilo Constanzo de quien era catequista. El gobernador Gonrocu le hizo trasladar de la prision de Iki á la de Nangasaki, donde con diferentes torturas se probó su constancia, pero este valeroso jóven permaneció inmutable en la voluntad de sacrificar mil vidas, antes que renegar la fé. Llegado al lugar del suplicio, sintió aumentarse su valor á la vista de los cuerpos de los mártires quemados vivos y de los decapitados, y con una alegría inesplicable, presentó su cabeza al verdugo. Era pariente del bienaventurado Tomás Cotenda, martirizado tres años antes, y por su nacimiento pertenecía á la casa real de Firando. Gaspar nació en Nangasaki adonde su padre se habia retirado con su familia, como á

un destierro voluntario: su madre mujer de una rara virtud, le consagró á Dios y á la Compañía de Jesus, desde antes que naciese, circunstancia que ella le recordaba frecuentemente, luego que fué capaz de comprenderla. Los bienaventurados Padres Sebastian Kimura y Camilo Constanzo le eligieron sucesivamente por su catequista. Murió á la edad de veintiun años, y para ser religioso solo le faltó haber pronunciado los votos, cosa que hacia mucho tiempo soliciaba; ya el Padre provincial habia dado facultad al Padre Constanzo para recibirselos, pero improvisamente fué trasladado á otra prision, y no tuvo el consuelo de pronunciarlos antes de morir.

Los dos niños fueron Francisco, hijo del bienaventurado mártir Cosme Taquea, Coriano, muerto tres años antes, y Pedro, hijo del bienaventurado mártir Bartolomé Kikiemon Cavano, decapitado la vispera. Francisco habia sido retenido en la prision; Pedro acompañó á su padre al martirio y debió ser decapitado con los otros; pero en la confusion de esa matanza los verdugos no le vieron ó no le llamaron: entonces el niño se volvió tranquilamente á la casa paterna. La corte lo supo, y al siguiente dia fué aprehendido y estrechado por el juez á que declarase quien le habia ayudado á escaparse. “Nadie, respondió él, con una ingenuidad infantil, mas viendo yo que ninguno se encargaba de matarme, me fui á pié á mi casa.” Los bárbaros le amenazaron con los mas crueles tormentos si persistia en querer ser cristiano. “Todo lo sufriré voluntariamente, les contestó, porque unos Padres de la Compañía de Jesus me han esforzado en una vision á morir por Jesucristo, y á responderos francamente como lo he hecho.” Los cristianos se agolparon en masa para ver á estos dos niños que, con el catequista, marchaban intrépidamente al mar-

tirio, y que con un rostro alegre saludaban á todos, pidiéndoles sus oraciones. Como se agolpaban á su alderredor, y querian al menos tocarlos, Francisco se imaginó que deseaban tener algun recuerdo de ellos, y haciendo pedazos un lienzo que llevaba en la mano, lo distribuyó á los mas cercanos. Viendo esto Pedro, niño de siete años, creyó que era una regla para todos los martirizados, y no teniendo nada que dar, con una sencillez y una gracia admirable, arrancó algunos pequeños pedazos de su vestido, que al momento fueron recibidos por los cristianos. El lugar del suplicio estaba desde la víspera empapado en sangre y cubierto de cadáveres, con tal motivo, los verdugos quisieron llevar á los dos niños á otro sitio cercano; pero ellos en su extraordinario fervor lo rehusaron y quisieron mezclar su sangre con la de los otros mártires. Las cabezas de estas tres nuevas víctimas fueron reunidas á las otras, y sus cuerpos reducidos á cenizas, y arrojados al viento.

CAPITULO XVI.

Tres religiosos de Santo Domingo, y otros tres de San Francisco, quemados vivos en Omura el 12 de Setiembre de 1622.

Luego que el sacrificio de tantas víctimas se consumó en Nangasaki, Gonrocu que por una especial delegacion, habia recibido de Xongun la superintendencia de todas las ejecuciones de justicia en materias de religion, envió un comisario á Omura para que á su nombre presidiese á la muerte de ocho confesores de la fé, que habian permanecido en la prision de Suzuta, despues de la marcha de los otros

veinticuatro que se ejecutaron en Nangasaki. Tambien estaban condenados al fuego, pero debían morir en donde fueron aprehendidos, y solo tardaron dos dias en participar de la gloria de sus compañeros, muriendo con el mismo valor y la misma alegría. Su suplicio se diferencia del de los otros, en que fueron atados á los postes, segun el uso antiguo, con cuerdas que les ligaban por muchas partes y muy estrechamente; y que no fueron quemados leütamente, sino rodeados de hogueras considerables que levantando muchas llamas, les acabaron con presteza.

He aquí los nombres de los mártires. El bienaventurado Padre Tomás Zumarraga, ó del Espiritu Santo, sacerdote de la Orden de Santo Domingo, y Vicario provincial del Japon, nació en Vitoria en la Vizcaya el año de 1575, y fué un hombre tan prudente como celoso de la salud de las almas. Hacia muchos años que trabajaba en dirigir esta cristiandad, y en convertir á los idólatras, cuando estalló la persecucion: no desmayó por esto y continuó disfrazado y valiéndose de muchas industrias, socorriendo á los cristianos en sus tribulaciones. Los perseguidores llegaron por fin á descubrirle, y le encerraron en la prision de Suzuta, donde heroicamente sufrió padecimientos horribles. Dos jóvenes coristas de la misma Orden, Mancio de Santo Tomás, y Domingo de Fianga murieron con él: ambos eran japoneses y ayudaban á los sacerdotes á la conversion de los gentiles en el empleo de catequistas.

Los otros tres mártires pertenecian á la Orden de los religiosos Menores. El primero fué el bienaventurado Padre Apolinario Franco, nacido en España, en Aguilar del Campo: estudió en la Universidad de Salamanca y llegó á ser muy fuerte canonista. Sintiéndose llamado á la vida religiosa, tomó el hábito

de San Francisco é hizo su profesion en la provincia de Santiago. Luego que recibió los órdenes sagrados, se dedicó enteramente á la predicacion, y recogió los mas abundantes frutos. El martirio era el objeto perpetuo de sus votos. En 1602 se le permitió pasar á las islas Filipinas, y de allí al Japon donde trabajó mas de veinte años. Ya hemos dicho que habia venido á Nangasaki en compañía del bienaventurado Padre Navarrete, y que allí fundó obras de caridad para socorrer á los pobres y á los niños expósitos, y para sostener el fervor de los cristianos. En el proceso verbal de Manila se halla este testimonio sobre el Padre Apolinario Franco: "El Padre Apolinario Franco, comisario de su Orden, fué hecho prisionero como ministro del Evangelio, y aherrado en una estrecha prision de Omura, donde estuvo mas de cinco años. Sin embargo, el siervo de Dios no cesó de hacer un gran bien á los cristianos del Japon: desde su cárcel les escribia frecuentemente para exhortarles á la perseverancia. El mismo testigo ha recibido en España muchas cartas del Padre Apolinario, en que le daba cuenta del estado de los religiosos sus compañeros de prision; en ellas se manifestaba claramente su grande corazon en la espresion de su alegría por ser prisionero por Jesu Christo, y en las súplicas que hacia al testigo, para que le alcanzase de Dios el no salir de la prision, sino para ser quemado en honor de su soberano Maestro."

Al mismo tiempo se hizo perecer en el fuego al hermano Francisco de San Buenaventura y al hermano Pablo de Santa Clara, los dos japoneses y catequistas, recibidos en la Orden de San Francisco durante su prision, recompensa que merecian bien. Francisco nació en Musaxi en el Quanto. A la primera noticia del arresto del Padre Apolinario de

quien habia sido fiel compañero, Francisco tomó su hábito religioso, y pidió audiencia al gobernador, para hablarle de cosas relativas á la salud de su alma. El bárbaro se indignó tanto de una audacia tal, que poco faltó para que le hiciese decapitar al momento. En seguida fué llevado á la prision del Padre Apolinario.

Pablo de Santa Clara nació en Saigo en el reino de Arima. Educado desde sus primeros años por los religiosos de San Francisco, trabajó con ellos en la salud de las almas, sostuvo con una fuerza admirable cinco años de la mas horrible prision, y profesó religiosamente en manos del Padre Apolinario, á quien con el hermano Francisco, acompañó en su martirio.

En el mismo dia y en el mismo lugar, sufrieron victoriosamente el mismo género de muerte los cuatro japoneses siguientes, de estado secular: Pablo y Matias Eaiaci, Juan Iquenda y Leon Sukeiemon; pero no se han procurado informaciones jurídicas mas que sobre el martirio de los seis primeros.

CAPITULO XVII.

Muerte maravillosa del B. Padre Camilo Costanzo de la Compañía de Jesus, quemado vivo en Firando el 15 de Setiembre de 1622.

Pasemos de Omura á Firando, donde tres dias despues, es decir el 15 de Setiembre tuvo lugar el memorable triunfo del bienaventurado Padre Camilo Costanzo, jesuita. Tres meses hacia que sin descanso recorria la isla de Ikizuki, dejando en todas partes las pruebas de su celo, cuando avisó á su huesped

que le era indispensable visitar á los fieles de Noxima, pequeña isla del reino de Firando, distante doce leguas. Este le confirmó en su resolucion y aun quiso acompañarle; en consecuencia, se embarcaron en una barca conducida por dos remeros, en union de Gaspar Cotenda su catequista, y de Agustin Ota, con direccion á Noxima.

Apenas se habian hecho á la mar, cuando una cristiana mas celosa que prudente, les entrega á todos, sin remedio en manos de los perseguidores. Poco antes se habia confesado con el Padre Camilo, y llena de fervor quiso convertir á su marido Monami Soiemon, pagano y oficial de justicia en la isla de Ikitzuki. Ella le habló de la llegada del santo religioso, diciéndole que jamas encontraria una ocasion tan favorable para instruirse en la religion, y que si queria recibir el bautismo, ella misma lo presentaria al Padre. El malévoló pagano hizo creer á su mujer que en efecto deseaba tomar consejo del misionero, y con astutas preguntas poco á poco le sacó cuanto sabia, esto es, quién habia traído al religioso á la isla, en qué casa se hospedaba, quién le conducia y ayudaba en su ministerio, en fin, supo que el Padre acababa de partir para Noxima y que dentro de poco tiempo volveria á Ikitzuki. Este traidor comunicó todas estas minuciosas informaciones á los mandaribés de Firando, que le enviaron tres navios armados para que corriesen en persecucion del Padre, y se apoderasen mas seguramente de su persona. Umanoco, presidente de la justicia en la isla y él mismo, se embarcaron para Noxima: pero el Padre Camilo habia ya pasado adelante, y se encontraba en la isla de Ucu, distante media legua. Sus perseguidores volaron para Ucu, y le hallaron en el puerto el 24 de Abril. Ucu dependia del reino de Soto, y las auto-

ridades de Firando no tenian el derecho de arrestar al Padre Camilo; pero Sansi, receptor de las aduanas y primer dignatario de la isla, le dió sus facultades. Encantados los perseguidores con su presa, volvieron á Noxima; y examinando á parte á cada uno de los prisioneros, supieron que el principal era el Padre Camilo Costanzo de la Compañía de Jesus. Entonces al gozo sucedió la tristeza, pues ya le conocian por el rumor público; por tanto agarrotaron muy estrechamente á los otros tres marineros ó compañeros del Padre, pero á este no se atrevieron á tocarle; antes bien, habiendo desembarcado de noche en Noxima, le invitaron á su mesa, que en su honor se habia servido suntuosamente. El Padre lo rehusó de una manera graciosa, mas por no parecer afligido por su prision, ó impolítico, añadió que aceptaria su ofrecimiento, si solo se trataba de alguna bebida usual. El enviado volvió prontamente para suplicarle que saltase á tierra, y recibiese de sus señores aquella prueba de consideracion. El Padre Camilo fué recibido con un respeto profundo y puesto en el lugar mas honorable; y despues de haber conversado algun tiempo de una manera muy benévola, se despidió y volvió al mar á unirse con sus compañeros. Al dia siguiente al rayar la aurora levaron anclas con direccion á Ikitzuki á donde llegaron al salir el sol. Aquí fueron separados los prisioneros, dejando en esta isla á Juan y á los otros que eran nativos de ella, y conduciendo á Firando, cinco leguas adelante al Padre Camilo, á Agustin y á Gaspar su catequista.

El Padre Camilo fué presentado, desde luego á dos jueces de la corte. "Ellos me preguntaron, dice él mismo en una carta que dirigió al Padre rector de Nangasaki, quien era, y yo les respondí que era religioso de la Compañía de Jesus, y mi nombre Camilo

Costanzo: luego añadieron, ¿qué habeis venido á hacer al Japon? Yo no respondí, pero sacando del seno una apología escrita se las presenté. Entonces me dijeron: ¿por qué no obedecéis á Xongun emperador del Japon? Mi ley, les contesté, me obliga á obedecer á los principes, escepto cuando mandan cosas opuestas á la voluntad de Dios, y tal es, la prohibicion que ha hecho Xongun de que no se predique el Evangelio en el Japon. Dicho esto, uno de ellos declaró que yo merecia la muerte, y se me puso una cuerda al cuello. La misma noche fui conducido á la isla de Ikinoxima donde estoy preso con dos religiosos, uno agustino y dominico el otro, siguiendo un régimen cuaresmal, pues nuestro alimento se reduce á yerbas, arroz, y algunas veces un poco de pescado. La prision no está rodeada de palizadas, pero tiene muchos centinelas. Yo les predico las verdades de la fé, y ellos se rinden á todo, y dicen que se harian cristianos, si Xongun no se los prohibiera. Espero la respuesta de Yendo, y con ella la muerte de una hora á otra. *Fiat voluntas Domini: yo estoy dispuesto á todo.* Así habla de su condena, pero demasiado sucintamente. Mas por otra parte sabemos que cuando se le puso la cuerda al cuello, brilló en su rostro la alegría mas viva, y convirtiéndose á sus jueces les dijo: “Ved aquí que hacia muchos años que yo deseaba ser atado por haber predicado la ley del verdadero Dios.” Habiéndole respondido con burla uno de los jueces, diciendo que tal deseo solo podia nacer en el corazon de un loco, el Padre le habló con la fuerza de raciocinio y la nobleza de lenguaje que le eran propias, y añadió, que se regocijaria y se glorificaria mas, cuando por el mismo motivo, fuera ó crucificado ó quemado vivo, ó condenado á muerte de cualquier modo que les

agradase. Nada sabemos sobre su permanencia en la prision de Ikinoxima; pues esta isla situada en alta mar á doce leguas de Firando, no es frecuentada mas que por navios que allí esperan un viento favorable para pasar del Japon á la Coréa; y solamente por algunas de sus cartas, vemos que llamaba feliz la vida que llevaba en este desierto; y que rogaba á los Padres que no se inquietasen por su persona, y que diesen gracias á Dios que le habia concedido una recompensa mas grande de lo que él hubiera sabido desear. Por ellas sabemos que cuando pasó cerca de la prision de Suzuta, donde el Padre Spinola y otros religiosos esperaban la muerte, se inclinó profundamente; que la cercania á esta bienaventurada prision hacia saltar de alegría su corazon, y comunicaba nuevo vigor á su alma. Unido con la mas tierna amistad al Padre Pedro Pablo Navarro, cuando les acontecia encontrarse, era para ellos un grande consuelo hablar de la felicidad del martirio y de la gloria que con él se alcanza, y comunicarse mutuamente sus santos pensamientos. En las cartas que se escribieron en la prision, se recordaban sus antiguas conversaciones, y el poco tiempo que aun les separaba del término de sus deseos. El Padre Navarro encarcelado cuatro meses antes que su amigo, se lo hizo saber al momento, añadiendo que lo esperaba en el cielo ó mártir ó confesor. El Padre Camilo luego que fué arrestado se lo comunicó lleno de gozo, recordándole su invitacion. “Vedme aquí, le decia, donde vos me esperabais, y donde yo he deseado tanto encontrarme. Yo he confesado ya á Jesucristo y su santa ley delante de los jueces, y puede ser que muera primero que vos.” Lo que realmente sucedió. Pero como su sentencia debia venir de Yendo, distante de Firando casi toda la estension

del Japon, sus compañeros de prision fueron martirizados antes que él, en diversos lugares y tiempos.

Sin embargo, habiendo recibido Gonrocu sin tardanza la orden de la corte de quemarle vivo, bien pronto siguió el Padre á sus felices antecesores. A la nueva de su sentencia, el santo hombre dió las primeras señales de esa alegría que iba á manifestar en medio de las llamas, y de la que hasta entonces no se habia dado ejemplar. En signo de fiesta, y segun el uso de los japoneses, envió un regalo al Padre Pacheco, provincial, que consistió en un relicario en que habia colocado su profesion solemne de cuarto voto, hecha en Macao en 1616. Esta pieza era singularmente digna de ser guardada con respeto, y así el Padre provincial la declaró patrimonio de la provincia.

El bienaventurado Padre fué conducido de su prision á Firando, y de aqui á Nangiozake lugar designado para su ejecucion. Una pequeña barca vino para conducirle, en la que estaban seis sirvientes del principe, á quienes él recibió con un aire lleno de alegría, y con las mas afectuosas espresiones de gratitud; lo que igualmente hizo con un oficial enviado de Nangasaki, que en lugar de Gonrocu debia presidir al suplicio. Uno de los siervos del rey de Firando le preguntó quién era, de dónde venia, cuál era su edad, y ademas cuánto hacia que habitaba en el Japon. Sus respuestas fueron escritas y remitidas á la corte de Yendo. El lugar de la ejecucion no estaba en el interior de la isla de Firando, sino frente á frente y como en presencia de la ciudad, en Tabira, sobre la costa opuesta que pertenece á Ximo, separada de la isla por un canal. En este lugar sobre la playa cercana al mar se habia fijado una columna de madera, á cuyo derredor estaba una grande ho-

guera, rōdeada por una valla de cañas entrelazadas. Una multitud inmensa, compuesta de toda clase de gentes, esperaba, tanto en la sierra como en el mar, la llegada del confesor de la fé; en esta multitud habia fieles y paganos, y hasta herejes holandeses é ingleses que habian llegado de Cavaci, uno de los dos puertos principales de la isla, donde estaban anclados trece de sus navios. El santo hombre, al avanzar hácia la hoguera, que distaba solamente un centenar de pasos, lo hizo con tanta prontitud, que parecia impulsado por una fuerza superior: los cristianos que conocian su modo ordinario de andar, maravillados decian, que jamas le habian visto tan espedito. Al llegar al umbral ó puerta de la valla, se paró, y de acuerdo con los usos del Japon, dijo en voz alta: Yo soy Camilo Costanzo, italiano y religioso de la Compañia de Jesus, si hay algunos cristianos, que lo sepan; despues entró al centro de la hoguera, y recatamente fué á colocarse al pié del poste, en el que fué estrechamente atado, segun el uso antiguo. Las cuerdas eran de juncos abatanados y torcidos y cubiertos de lodo para que resistiesen mejor á la accion del fuego. Entonces se dirigió hácia donde estaba la multitud mas compacta, y con voz alta é inteligible, y como si estuviera hablando desde algun lugar elevado, declaró, que la causa de su muerte era haber predicado en esos reinos la ley del verdadero Dios.

Luego, tomando las siguientes palabras de S. Mateo: *No temais á los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma*, habló en muy buen japonés sobre la inmortalidad del alma, sobre la feliz eternidad que sigue á la vida presente; y cómo los dolores de la muerte por espantosos que sean aquí en la tierra tendrán un fin, pero que no lo tendrán jamas

ni la vida ni la muerte que esperan al alma, segun sus méritos, en la eternidad. Habló sobre este asunto hasta que quiso, y en seguida los verdugos prendieron fuego á la hoguera y salieron del círculo. Entonces el Padre Camilo se puso á predicar al mismo tiempo que estaba ya ardiendo, y decia: "Sépanlo todos, no hay otro medio para salvar su alma, que abrazar la fé de Jesucristo y su ley; todas las sectas de los bonzos son vanas, engañosas é impias, y todas conducen al alma á su perdicion eterna.... Mientras que hablaba; las llamas se elevaron á una altura tal, que ya no pudo verse mas, y sin embargo, se oía siempre su voz tan firme y tan sonora, que se le hubiera creído predicando desde lo alto de un púlpito, y no en medio de un ardiente fuego. Despues enmudeció, se disipó la humareda, se disminayeron las llamas y volvió á verse: parecia huaido en una contemplacion profunda, con el rostro y los ojos elevados al cielo, inmóvil y radiando de gozo. Pasados algunos instantes, cantó el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, con el *Gloria Patri*, y volvió á entrar en silencio. Ya se creia que habia espirado al terminar su sagrado cántico, cuando de nuevo comenzó á predicar con fuerza; pero como su discurso estaba lleno de palabras latinas, los fieles no pudieron referir lo que habia dicho; y llenos de admiracion creyeron que los consuelos divinos en que abundaba su corazon le habian hecho insensible á los ardores del fuego, admiracion que se aumentó al oírle repetir por tres veces en lengua japonesa, ciertas palabras que espresaban que gozaba de una viva satisfaccion, como por ejemplo, cuando decimos: oh bien! oh qué placer! y esto precisamente cuando las llamas se hicieron mas intensas, y acercándosele le envolvieron todo, y quemaban ya su hábito de jesuita; y que él

mismo, segun se dirá adelante, parecia blanco como la nieve. Despues bajo la accion del fuego, poco á poco tomó su cuerpo un color abronzado y luego negro. Se esperaba ya verle caer muerto al pié del poste, lo que en efecto no tardó en suceder; empero esta alma tan inflamada en el amor de Dios, no debia volar á su seno, sino alabándole con aquellas palabras que en el paraíso le cantan sus mas fervorosos siervos. Hizo, pues, un último esfuerzo, y gritó de suerte que fué escuchado de lejos: *Santo, Santo*, y á la quinta vez bajó la cabeza y espiró. Una multitud inmensa fué testigo de todas estas particularidades; y por mucho tiempo así los fieles como los infieles, maravillados de esta muerte, hablaban de ella con admiracion.

Este glorioso triunfo de la fé sucedió el 15 de Setiembre de 1622. El Padre Camilo tenia de edad cincuenta años, de los que pasó treinta en la Compañía y diez y siete en la mision del Japon. Su cuerpo fué arrojado á la mar en una corriente rápida que va para Firando, y que le arrastró á donde solo Dios sabe; pues el Padre Juan Bautista Baeza, rector de Nangasaki, le hizo buscar en todos los puntos del litoral, pero jamas pudieron encontrarle.

Camilo Costanzo nació de una muy noble familia en la Motta Bovalina, en Calabria, á doce leguas de la ciudad de Gerace. Despues de haber acabado su curso de humanidades, estudió el derecho civil en Nápoles. Por algunos años siguió la carrera de las armas; pero disgustado del mundo, le volvió la espalda y se consagró al servicio de Dios en la Compañía de Jesus, á los veinte años de su edad. Ademas, pidió y obtuvo la mision de China, para trabajar y padecer por Jesucristo. En Marzo de 1602 partió de Italia, y de Goa para Malaca y Macao en el mismo

mes de 1604. No habiendo podido entrar á China, fué mandado al Japon, y escapando felizmente de una espantosa tempestad, arribó á Nangasaki el día 17 de Agosto de 1605. Despues de haber estudiado por espacio de un año el idioma del país, se le designó por campo de sus trabajos el reino de Bugen, y luego la ciudad de Sacai, en la que durante seis años ejerció el santo ministerio, y bautizó mas de ochocientos idólatras, de los que la mayor parte murió por la fé. Cuando el edicto de destierro general en 1614, se vió obligado á salir del Japon y refugiarse á Macao: este destierro, que duró siete años, le consagró á componer en japonés, que llegó á escribir con singular pureza y elegancia, quince obras para refutar los errores de las sectas del país, y otras dos en defensa de la fé cristiana. En 1621, disfrazado de soldado, volvió al Japon á tiempo que ardía la persecucion: al año siguiente, despues de haber trabajado en los reinos de Figen, Cicugen y Firando, fué apresado por los perseguidores, y ganó la palma de mártir, que siempre habia pedido á Dios en sus oraciones. (*)

(*) Bartoli, lib. IV. núms. 51 y 56.

CAPITULO XVIII.

Un confesor de la fé, quemado vivo, y otros tres decapitados en Nangasaki, el día 2 de Octubre de 1622.

Mientras que el bienaventurado Luis Flores estaba, segun hemos dicho, prisionero en Firando bajo la guardia de los herejes holandeses, los cristianos de Nangasaki resolvieron entre si arrancarle de sus manos. Acordaron con un buen cristiano, cuyo nombre era Luis Giakici, lo que debia hacerse en esta empresa que demandaba audacia y grande rapidez en la ejecucion. Luis equipó una barca ligera, se dirigió á Firando tranquilamente, á la mitad del dia penetró en la prision colocada en la ribera del mar, y que á esa hora no estaba custodiada; sacó al Padre Luis, y luego á fuerza de remos volvió al puerto de Nangasaki. Desgraciadamente se vieron muy pronto perseguidos por otra embarcacion que el rey de Firando despachó á su alcance, y que era mas ligera que la suya.

El Padre Luis fué de nuevo conducido á su prision, y en seguida quemado vivo el 19 de Agosto. El piloto fué puesto en tortura para obligarle á revelar á sus cómplices; pero este hombre valeroso, por no comprometer á medio Nangasaki, triunfó de todos los asaltos, y con una invencible constancia sufrió increíbles tormentos. Fué, por último, conducido al tribunal con su mujer Lucia y sus dos hijos, Andrés y Francisco, el primero de ocho años, y el segundo de cuatro. Se les puso la disyuntiva de morir ó renegar de la fé, y ellos sin vacilar optaron por la muerte. Luis fué condenado á morir al fuego, y los otros á ser decapitados.

Véase lo que un testigo ocular depuso sobre este martirio en el proceso verbal de Manila. "El testigo ha notado, con otros asistentes, la fuerza y la constancia que Dios Nuestro Señor quiso dar á su siervo Luis Giakiei. Como los perseguidores le creían absolutamente destituido de fuerzas por la multitud de tormentos que acababa de sufrir, le prepararon una pequeña litera para conducirle al martirio; pero él, con el valor de un verdadero cristiano, les dijo, que como iba á la muerte por la causa de Jesucristo y de sus ministros, esperaba del mismo Señor la fuerza para ir á pié, como lo hizo, con grande admiracion de los espectadores. Además, el testigo le oyó predicar en la travesía, hablar palabras buenas y santas, exhortar á sus compañeros y confesar públicamente que la ley que salva es la del Evangelio, y que cualquiera otra conduce al infierno. Vió tambien, que llegados al lugar del suplicio, los cuatro se dispusieron santamente con una intrepidez cristiana y una grande alegría á recibir la muerte; y que luego que el siervo de Dios Luis, fué atado al poste, fueron decapitados á su vista, Lucia su mujer y sus dos hijos, que invocaban los santos nombres de Jesus y Maria, y que acto continuo se encendió la hoguera y el siervo de Dios fué quemado á fuego lento el 2 de Octubre de 1622. Los asistentes estaban grandemente consolados, y alababan á Dios por el valor que en tales circunstancias otorga á sus siervos. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XIX.

El bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, jesuita, fué quemado vivo con otros tres en Ximabara, el 1.^o de Noviembre de 1622.

El mes de Noviembre de este mismo año nos dió á otros religiosos de la Compañía de Jesus, quemados vivos juntamente con un secular japonés, en testimonio de la fé. A su cabeza estaba el bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, uno de los mas antiguos é infatigables obreros de esta mision. El mismo refiere cómo fué aprehendido, en una carta dirigida al superior de la casa de Nangasaki, y que trascribimos palabra por palabra.

Al principio del Adviento, le dice, fuí á Cazusa, á diversos asuntos, por mandado del Padre provincial. Me confesé generalmente y di cuenta de mi conciencia; despues atravesé la mar, me detuve dos dias en Obama y de noche pasé á Faciram, donde me retiré para hacer los ejercicios espirituales. Avisé á los cristianos de Arima que iria á visitarles por la Navidad, para administrarles los sacramentos de la penitencia y Eucaristia; pero ellos, temiendo que me sorprendiesen los espías del príncipe Bungondono de Arima, me dijeron que difriese mi viaje para la Circuncision en que habria mas seguridad.

Entonces celebré las fiestas de la Navidad con los cristianos de Faciram, y de noche me fuí para Arima acompañado de dos guías; pero no encontrando barca, por fuerza tomamos el camino público, en el que encontramos un criado del príncipe dos horas antes de media noche. Esta era demasiado clara, fijó él en mí los ojos, y entrando en sospechas, y revolviéndose me tomó por el hábito, bajo el pecho y me de-

Véase lo que un testigo ocular depuso sobre este martirio en el proceso verbal de Manila. "El testigo ha notado, con otros asistentes, la fuerza y la constancia que Dios Nuestro Señor quiso dar á su siervo Luis Giakiei. Como los perseguidores le creían absolutamente destituido de fuerzas por la multitud de tormentos que acababa de sufrir, le prepararon una pequeña litera para conducirle al martirio; pero él, con el valor de un verdadero cristiano, les dijo, que como iba á la muerte por la causa de Jesucristo y de sus ministros, esperaba del mismo Señor la fuerza para ir á pié, como lo hizo, con grande admiracion de los espectadores. Además, el testigo le oyó predicar en la travesía, hablar palabras buenas y santas, exhortar á sus compañeros y confesar públicamente que la ley que salva es la del Evangelio, y que cualquiera otra conduce al infierno. Vió tambien, que llegados al lugar del suplicio, los cuatro se dispusieron santamente con una intrepidez cristiana y una grande alegría á recibir la muerte; y que luego que el siervo de Dios Luis, fué atado al poste, fueron decapitados á su vista, Lucia su mujer y sus dos hijos, que invocaban los santos nombres de Jesus y Maria, y que acto continuo se encendió la hoguera y el siervo de Dios fué quemado á fuego lento el 2 de Octubre de 1622. Los asistentes estaban grandemente consolados, y alababan á Dios por el valor que en tales circunstancias otorga á sus siervos. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XIX.

El bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, jesuita, fué quemado vivo con otros tres en Ximabara, el 1.^o de Noviembre de 1622.

El mes de Noviembre de este mismo año nos dió á otros religiosos de la Compañía de Jesus, quemados vivos juntamente con un secular japonés, en testimonio de la fé. A su cabeza estaba el bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, uno de los mas antiguos é infatigables obreros de esta mision. El mismo refiere cómo fué aprehendido, en una carta dirigida al superior de la casa de Nangasaki, y que trascribimos palabra por palabra.

Al principio del Adviento, le dice, fuí á Cazusa, á diversos asuntos, por mandado del Padre provincial. Me confesé generalmente y di cuenta de mi conciencia; despues atravesé la mar, me detuve dos dias en Obama y de noche pasé á Faciram, donde me retiré para hacer los ejercicios espirituales. Avisé á los cristianos de Arima que iria á visitarles por la Navidad, para administrarles los sacramentos de la penitencia y Eucaristia; pero ellos, temiendo que me sorprendiesen los espías del príncipe Bungondono de Arima, me dijeron que difriese mi viaje para la Circuncision en que habria mas seguridad.

Entonces celebré las fiestas de la Navidad con los cristianos de Faciram, y de noche me fuí para Arima acompañado de dos guías; pero no encontrando barca, por fuerza tomamos el camino público, en el que encontramos un criado del príncipe dos horas antes de media noche. Esta era demasiado clara, fijó él en mí los ojos, y entrando en sospechas, y revolviéndose me tomó por el hábito, bajo el pecho y me de-

tuvo. "No os fatigueis en detenerme, le dije, yo os aseguro que no huiré." En seguida quiso conducirme á la presencia de un mandarin; pero bien pronto, y como arrepintiéndose de lo que habia hecho, no quiso pasar adelante, á pesar de mis instancias; de aqui es que pasé la noche en casa de un infiel. Al dia siguiente, el principe, que habita en Ximabara, á cinco leguas de Arima, supo luego lo que habia pasado, de que mucho se disgustó, ora porque hasta entonces tenia simpatías por nosotros, ora porque poco antes se lisonjeó delante del emperador de que en su estado no habia religioso alguno. Y á fin de conservar salvo su honor, escribió á un gobernador del imperio, amigo suyo, consultándole sobre lo que debia hacer. Mientras esperaba la respuesta, se divulgó la noticia de mi prision, y por esto me hizo conducir á Ximabara con una buena escolta de soldados: yo permaneci en Arima veinte dias en casa de este idólatra. Durante el viaje, hablamos constantemente de la fé cristiana; mis guardas me escuchaban con placer, y quedaron aficionados á nuestra santa ley: el gefe habia sido cristiano, pero despues recayó en los errores gentilicos; estas conversaciones le hicieron entrar dentro de sí, y resolvió volverse á Jesucristo.

"Mientras permaneci en Arima, se me dejó recibir libremente á todo el mundo, cristianos é infieles, y no se hizo poco fruto; especialmente mi huésped y su mujer manifestaron una grande inclinacion por la fé cristiana. Ademas de los pequeños cuidados que me prodigaron en su casa, vinieron á verme á Ximabara y me trajeron algunos presentes. Yo pedí al principe que me pusiese en la prision pública, ó que me mandase á las prisiones de Omura con los otros religiosos; pero me rehusó este favor, y me entregó en

depósito á cuatro cristianos de Ximabara y á cinco de Arima, bajo su responsabilidad, la que ellos aceptaron con mucho gusto. Actualmente estoy en la casa de Andrés Mongioiemon, amigo íntimo del principe, y aquí celebro Misa todos los dias en una pequeña capilla, y administro á muchos fieles los santos sacramentos de la confesion y de la comunión: los cristianos tienen completa libertad para verme. He recibido las visitas de algunos paganos de las familias mas nobles; en ellas hemos tratado tanto de la salud eterna, como de las cosas naturales en su causa y en sus efectos, y ellos han quedado satisfechos de estos discursos. El principe, por las relaciones que le han hecho, tiene gran deseo de oír hablar de nuestra fé, y ha dicho que quiere llamarme á la fortaleza. Ha enviado á visitarme á uno de sus pajes, me ha obsequiado con algunas frutas, y me ha hecho saber que estaba muy disgustado de verme prisionero, y que si pudiera se haria disimulado conmigo. Así lo habia hecho con otros Padres, pues pudiendo arrestar mas de diez, porque sabia donde estaban, fingió ignorarlo. El quisiera recibir de la corte la orden de enviarme á Macao, y entonces me haria conducir en sus navíos, bien acompañado y provisto de lo necesario. ¡No permita Dios una decision para mí tan funesta! Deseo acabar aqui mi vida derramando mi sangre, por Aquel que por mí derramó la suya, y para esto me preparo. He tenido la felicidad de abocarme al Padre Juan Bautista Zola, con quien me confesé dos veces, esperando la feliz noticia de la corte de Yendo." El Padre Navarro fué aprehendido y apisionado con Pedro Onizuki, Dionisio Fugixima y Clemente Kiugemon, de quienes hablaremos adelante.

Matzucuro Bundogono habia reemplazado despues

de algun tiempo al apóstata D. Miguel en el gobierno de los estados de Arima. Era hombre de edad madura y buen sentido, idólatra de religion, pero bien intencionado respecto del cristianismo, al extremo, que los Padres jesuitas tuvieron con él muchas conferencias en Surunga, y le esplicaron los misterios y los preceptos de nuestra religion. El Padre Navarro fué llamado á la fortaleza una tarde, por el príncipe, y tuvo con él una conversacion sobre materias de fé, segun consta de una de sus cartas. Al despedirse le dejó una apologia de la religion cristiana, que habia compuesto, la cual hizo leer el príncipe delante de su corte, y después envió una cópia al emperador. Esperaba salvar la vida del misionero, ó al menos permutar la pena capital en destierro, pero no lo consiguió. El 27 de Octubre de 1622, llegó de la corte el decreto del emperador, que condenaba al Padre Navarro y á sus tres compañeros á ser quemados vivos. La ejecucion tardó cinco dias, lo que dió tiempo al Padre para escribir á sus superiores y á multitud de cristianos, despidiéndose de ellos, y pidiéndoles sus oraciones. El dia 1.º de Noviembre, fiesta de Todos los Santos, celebró Misa muy temprano, dió la comunión á sus tres compañeros, y autorizado por el Padre provincial Francisco Pacheco, recibió los votos de religion de Pedro y de Dionisio, con los que quedaron ligados á la Compañía. En seguida, dirigiéndose á mas de veinte cristianos que se hallaron presentes, les dijo estas tiernas palabras, relativas á Nuestro Señor Jesucristo cuando estaba cercano á la muerte: "*Habiendo amado á los suyos que tenía en este mundo, en el fin los amó mas,*" (*) y habló de la inestimable recompensa

(*) San Juan, cap. XIII, v. 1.

de los que mueren por amor de Dios. Las lágrimas de esos buenos fieles y las suyas corrian con tanta abundancia, que se veia obligado á interrumpirse á cada instante.

A las diez del día llegó un gentil hombre de parte de Bundogono, para manifestar al Padre Navarro la sentencia del emperador, que le condenaba al fuego por haber permanecido en el Japon para predicar la ley de los cristianos; y añadió tambien, que el príncipe su amo lo sentia infinitamente, pero que debia ejecutar las órdenes del emperador. El Padre le escuchó con un rostro alegre, y le dijo que ofreciese al príncipe sus agradecimientos. A la puerta de la casa estaban los ministros de Bundogono y de Gonrocu, gobernador de Nangasaki, con cincuenta soldados formados en dos líneas, que era la escolta que debia conducirle al suplicio. En medio de esta tropa emprendió su marcha, llevando de un lado á Dionisio Fugixima, y del otro á su querido huésped Andrés Mongiojemon, que quiso acompañarle: Pedro Onizuki y Clemente Kingemon le seguian. Iban cantando las letanías, y brillaba tal alegría en el rostro del Padre Navarro, que los fieles lloraban de devocion, y los infieles estaban maravillados. Se habia elegido para la ejecucion la colina que al Oeste fuera de Ximabara, se avanza mar adentro y forma como un ángulo muy vasto. Este lugar estaba ya lleno de una multitud inmensa de espectadores; y en medio se elevaban cuatro columnas de madera, coronadas con un arco de cañas del que pendian las cuerdas para atar los brazos á los sentenciados. La hoguera estaba formada con una gran cantidad de leña y rodeaba muy de cerca los postes; medida espresamente dictada por Bundogono, que no pudiendo salvar la vida de este hombre digno, como llamaba al Padre

Navarro, quiso al menos que no se prolongasen los dolores de su muerte. El Padre, luego que vió las columnas, se inclinó profundamente delante de ellas, y cuando llegó al lugar, penetró en la hoguera sin esperar que se lo ordenasen; se arrodilló un instante para dar gracias á Dios, se levantó y comenzó á predicar; empero los verdugos no tardaron en interrumpirle para atarle al poste, colocando á los confesores de la fé segun su grado y su edad. El Padre Navarro era el primero hácia Ximabara; en seguida los dos hermanos Pedro y Dionisio, vestidos con el hábito de la Compañía, y al último el fiel servidor Clemente. Al acercarse los verdugos con el hacha encendida, el Padre se volvió á sus compañeros, para escitarles brevemente á la perseverancia; despues, recogiendo en Dios, con los ojos fijos en el cielo, permaneció inmóvil hasta que le abandonaron las fuerzas. A la sazón soplabá el viento con violencia, y éste arrojó las llamas sobre él con tanta fuerza, que su manto y sotana volaron por el aire en fragmentos inflamados, y él mismo cayendo muy pronto sobre el costado, entregó su alma á Dios, pronunciando en alta voz los santos nombres de Jesus y María. Los otros mártires murieron poco despues que él, excepto Pedro, que sufrió mas largo tiempo, porque habia menos leña delante de él. Durante tres dias quedaron espuestos los cuerpos, despues fueron quemados de nuevo, y como de costumbre, arrojados al mar.

El Padre Pedro Pablo Navarro nació en Lainó en la Basilicata, en Diciembre de 1560, y á los diez y ocho años de su edad fué recibido en la Compañía por el Padre Claudio Aquaviva, provincial entonces de Nápoles. Durante el curso de sus estudios pasó á las Indias, y luego acabada su teología y ya ordenado de presbítero, fué al Japon en 1586. Cinco meses

de un trabajo tenaz le bastaron para conocer el idioma del país, de manera que predicaba sin preparacion, y pudo componer diversas obras muy útiles. Sucesivamente consagró sus cuidados á los cristianos de los reinos de Omura, Nagato, Amanguchi, y por espacio de veinte años al de Bungo, teniendo que sufrir por todas partes las persecuciones de los idólatras. En fin, enviado al reino de Arima por superior de los misioneros, encontró allí lo que de tan lejos habia venido á buscar, y á comprar con treinta y seis años de trabajos en las misiones del Japon. Respecto de la perfeccion y santidad de esta alma, baste el testimonio del Padre Juan Bautista Zola, que también murió quemado, y con quien el Padre Navarro, dos dias antes de morir, hizo su última confesion general. Es, dice el Padre Zola, un santo mártir, un grande obrero, un hombre consumado en todo género de virtudes, y particularmente en la observancia de las reglas. Murió de sesenta y dos años, y habia hecho la profesion de cuarto voto.

Dionisio Fugixima, hijo de una noble y rica familia de Aizu, plaza fuerte de Arima, perdió á su padre siendo niño todavía, y fué confiado á sus parientes idólatras, que arbitraron mil medios para pervertirle. Fatigado de sus importunidades, se retiró á Nangasaki, y entabló una vida muy piadosa, siguiendo los consejos de un santo jóven, llamado Luis Cavara, que mas tarde fué quemado con el Padre Spínola. Fué catequista del Padre Navarro; preso con él hizo los votos de la religion, y murió en el fuego de edad de treinta y ocho años.

Pedro Onizuki tenia diez y ocho años, era hijo de Pablo Onizuki, persona notable de Faciram su patria. Bundogono le llamó muchas veces con benevolencia deseando salvarle la vida, y aun solicitó que al menos

fingiése que abjuraba la ley cristiana; y aun el último día, no obstante que ya Pedro habia oido la sentencia de su muerte, y que habia sido entregado á la guardia de los oficiales de justicia, el gobernador volvió con mas instancias que nunca á ofrecerle la vida. La respuesta del jóven héroe fué la siguiente: "Mejor morir en el mas espantoso suplicio, que ser infiel á Dios." De este modo mereció morir en la Compañía de Jesus, como lo pedia frecuentemente.

Clemente Kugemon nació en Arima, tenia cuarenta y ocho años y era casado y padre de familia. Por su celo ardiente por la propagacion de la fé, se dedicó á servir al Padre Navarro en los trabajos del santo ministerio. Recogió la corona del martirio, debiéndola á la constancia que le hizo superior tanto á las promesas, como á las amenazas.

CAPITULO XX.

Los bienaventurados Padres Francisco Galvez, franciscano, y Gerónimo de Angelis, jesuita, quemados vivos con el bienaventurado Simon Yempo, en Yendo el dia 4 de Diciembre de 1623.

En el mes de Agosto de 1625 el emperador Xongun abdicó el gobierno en favor de su hijo primogénito. Este, segun la costumbre, comenzó por renovar las leyes precedentes, y en particular las relativas á estirpar la religion cristiana. Igualmente prometió grandes recompensas á todos los que denunciásen á los cristianos, especialmente á los ministros del Evangelio. Un cristiano miserable de mala vida, y ya renegado en su corazon, seducido por estas promesas, fué á Yendo á ver al gobernador para darle por escrito los nombres de mas de cincuenta cristianos, del

Padre Gerónimo, de Angelis, jesuita, y del Padre Francisco Galvez, franciscano, asegurando que estaban en la ciudad. Incontinenti fueron apresados muchos de estos cristianos que confesaron la fé con intrepidez: pero como se embarazasen en sus respuestas relativas á los dos Padres, el gobernador mandó dar tormento á uno llamado Pedro, el que al fin confesó que el Padre de Angelis, de quien únicamente sabia algo, estaba en casa de Leon Takeia. Los ministros de justicia corrieron inmediatamente á aprehenderle, pero los fieles ya le habian hecho huir. Leon fué preso y puesto en el tormento para que dijese donde estaba; pero como solo se le sacasen estas palabras: "Soy cristiano," fué careado con Pedro, quien le recordó el dia y la hora en que habia visto en su casa al Padre de Angelis. Entonces Leon confesó que en efecto el Padre habia pasado en su casa ese dia, pero que despues se fué á donde solo Dios sabia.

Durante este interrogatorio se divulgó el rumor, quizás por ardid del magistrado, que si el Padre Gerónimo se presentaba, Leon quedaria libre: lo que sabido por el Padre, despues de encomendarlo á Dios, resolvió presentarse al gobernador para salvar la vida de su huesped. Los fieles hicieron cuanto estaba de su parte para apartarle de este proyecto; pero mirándole invencible se ofrecieron á acompañarle y á morir con él. El Padre, solo admitió á su catequista Simon Yempo, que llorando le protestaba, que jamas le abandonaria: y así revestidos con el hábito de la Compañía, se presentaron juntos al gobernador, sufrieron su interrogatorio, y fueron enviados á la prision pública.

Mientras esto pasaba se practicaron las mas minuciosas pesquisas para descubrir al Padre Francisco

Galvez, á quien los fieles, no pudiendo ocultar, le habian obligado á pasarse á Comacura, distante una jornada. Pero apenas se supo, cuando fueron enviados algunos emisarios de la corte en su persecucion. Al cabo de nueve dias lograron echarle garra, y con grande alegría y algazara le condujeron á la prision de Yendo. Los dos religiosos, en union de mas de cincuenta cristianos arrestados por la fé, pasaron cerca de tres meses en el ejercicio continuo de sufrimientos y de actos de piedad. Estaban mezclados con un gran número de paganos de la hez del pueblo, y culpables de toda clase de crímenes; pero ellos con sus exhortaciones les atrajeron á una vida mas arreglada, y aun cuarenta de ellos recibieron el bautismo. Tambien estaba allí preso, Pedro el que vencido por el tormento de la agua, habia revelado el asilo del Padre de Angelis; estaba inconsolable, reconcentrado en sí mismo, y no hacia mas que llorar su falta de dia y de noche.

Cerca del fin de Noviembre, el nuevo Xongun vino de Yendo á Méaco donde se habia hecho reconocer emperador; se le hizo saber que habia cristianos y Padres encarcelados, y sin preguntar mas, dijo: "Que se les haga perecer á todos con el fuego, á unos porque han profesado esa ley, y á los otros porque la han enseñado." En consecuencia, al dia siguiente 4 de Diciembre, los ejecutores sacaron de la prision á los confesores de Jesucristo. Los dos Padres y un gentilhombre de la alta nobleza, nombrado Juan Faramando, fueron montados á caballo; los demas, en número de cuarenta y siete marcharon á pié, divididos en tres bandas. A su vanguardia y retaguardia iban los gefes de la justicia, y á los dos lados un gran número de soldados armados. De esta suerte se dieron en espectáculo por las calles principales de Yen-

do, y despues fueron conducidos fuera de la ciudad al lugar del suplicio, donde estaban preparados los postes y las hogueras, á cuyo derredor se agolpaba un gentío innumerable. Las cuarenta y siete victimas que habian ido á pié, fueron quemadas en primer lugar; y durante su ejecucion los dos Padres y Faramando, todavía á caballo, con gran fervor predicaron al pueblo uno despues de otro. El hermano Simon Yempo tambien tomó la palabra en medio de su hoguera.

Siguió su turno á los tres últimos mártires. Apeados del caballo fueron atados á sus postes: Faramando del lado de la ciudad, el Padre Galvez del lado opuesto, y en medio el Padre de Angelis. Cuando se prendió fuego á la hoguera, el Padre de Angelis se volvió hácia Yendo, y tan presto elevaba los ojos al cielo, como los bajaba sobre la ciudad, rogando á Dios dispase la ceguedad de sus idólatras habitantes. Despues habiéndose levantado mucho las llamas hácia un lado, les hizo frente y sin moverse mas recibió con intrepidez los turbiones. Era un espectáculo conmovedor ver la postura de los mártires moribundos, que conservaron hasta exhalar el último suspiro. Los lazos del Padre Galvez resistieron al fuego, y sostenido por ellos, permaneció derecho en pié: Faramando, cuyo poste se quemó en la base, cayó estendido con él: el Padre de Angelis, cuyas ataduras se consumieron en parte, cayó de rodillas y conservó esta postura.

Tres dias con sus noches permanecieron sobre el lugar de la ejecucion los cuerpos de todos estos mártires; y un cartel fijado en un palo indicaba la causa de su muerte en estos términos: "Estos hombres han sido castigados con este suplicio porque son cristianos." A pesar de la multitud de guardias que con-

tinuamente vigilaban la hoguera, los cristianos lograron apoderarse de los cuerpos de los dos religiosos, y de algunos otros tambien. En los procesos verbales vemos que la cabeza del Padre de Angelis fué luego llevada á Nangasaki, y despues al colegio de Macao, en China. Aunque en este holocausto, recibieron la corona del martirio cincuenta confesores de la fé, solo sobre los tres religiosos se han procurado testimonios jurídicos. Véamos algunos detalles de su historia.

El Padre Gerónimo de Angelis, fué de Castro Giovanni en Sicilia, estudiaba en Palermo el derecho civil, cuando, habiendo hecho los ejercicios espirituales de San Ignacio, resolvió entrar en la Compañía de Jesus, y fué admitido en Messina á los diez y ocho años de edad. Antes de ser sacerdote, y estudiando aun la teología, se le concedió partir para la mision del Japon. Seis años muy penosos empleó en llegar al teatro de sus trabajos, como dijimos ya al referir el martirio del B. Padre Spinola. Recibidos los órdenes sagrados en Lisboa, desembarcó en el Japon el año 1602 y sucesivamente consagró sus cuidados á los cristianos de Fuximi, de Surunga, de Yendo y de Méaco. La persecucion de 1614 le llevó á Nangasaki, y solamente á sus grandes instancias debió él permanecer en el Japon. Vivió en Ozaca vestido al uso del país, y allí contrajo una amistad estrecha con dos gentiles hombres del reino de Oxu que le condujeron á los confines del Japon, á Xendai, á donde todavia no penetraba ningun ministro del Evangelio: él logró convertir mas de diez mil idólatras. Los reinos de Deva, Gieicigno y Sando le deben la fundacion de sus cristiandades: fué el primero que pasó del Japon á Fesso para predicar la fé. Este verdadero apóstol tenia un celo tan infatigable, que cuando se trataba del

servicio de Dios, no retrocedia ante dificultad alguna. Vivió cincuenta y seis años, de los que pasó treinta y tres en la Compañía, y de estos, veinticinco en el Japon. Doce días antes de su muerte hizo la profesion de cuarto voto.

El Padre Francisco Galvez, español, nació en Utiel en Castilla el año 1567. A los veinticuatro años de edad entró en los franciscanos descalzos en Valencia, en el convento de San Juan de la Ribera, y despues de terminar su curso de teología, recibió el diaconado. El deseo de las misiones de Oriente le hizo pasar á las Filipinas en 1609, y de allí al Japon en 1612, donde sin descanso trabajó por dos años en bien de las almas. La persecucion le obligó á volver á Manila en 1614, de donde volvió á Méaco, con esperanza de entrar mas fácilmente á su querida mision. Como nadie se atrevia á esponerse á los riesgos de esta empresa, él se pintó el cuerpo de negro, y se hizo pasar por un esclavo moro, encontrando así el medio de pasar al Japon en 1618. Fué enviado al reino de Oxu, y despues á Yendo donde recogió la palma del martirio á la edad de cuarenta y ocho años, y veinte de religioso. Se le debe la traduccion de muchas obras á la lengua japonesa, y entre otras la de la "Vida de los Santos." Su humildad, su caridad, su union con Dios, y su continua mortificacion le hicieron universalmente venerado y amado.

El hermano Shinou Yempo tenia cuarenta y tres años, y era nativo de Notzu en el reino de Fingo. Su primera infancia la pasó entre los honzos, (*) pero habiéndose convertido el superior Simon siguió su ejemplo y fué bautizado á los diez y seis años: á los diez y ocho entró á un Seminario de la Compañía de

(*) Sacerdotes idólatras.

Jesus, donde por veinticinco años vivió con los Padres, casi siempre ejerciendo el empleo de catequista. Su celo industrioso convirtió á una multitud de idólatras y le adquirió muchos méritos por la vida ruda que llevaba, especialmente cuando el Padre de Angelis le tomó por compañero en sus fatigosas misiones; pero la esperanza de morir de jesuita y en defensa de la fé, le hacía estas fatigas dulces y ligeras. Alcanzó ambos deseos: el Padre de Angelis le aceptó por compañero al ir al martirio, y le recibió en la Orden con la autorizacion del Padre provincial.

CAPITULO XXI.

Muerte cruel del B. Padre Jacobo Carvalho, jesuita, helado en el agua el día 22 de Febrero de 1624.

Masamune, rey de Oxn, estaba en Yendo, en la corte del nuevo emperador, cuando se verificó el martirio de los cincuenta cristianos quemados vivos; fué testigo de esa horrible carnicería, y se apresuró á mandar inmediatamente un correo á Xondai su ciudad capital, con las órdenes mas terminantes al gobernador, para que buscase á los cristianos, y les obligase bajo pena de muerte á renegar la fé. Se sorprendieron veintitres, haciéndoles morir con diversos géneros de suplicios. La lejanía de estos lugares, pues esta ciudad está situada á la estremidad del Japon, ha impedido obtener unas deposiciones exactas sobre todos estos mártires, esceptuando al bienaventurado Padre Jacobo Carvalho de la Compañía de Jesus, cuya gloriosa muerte vamos á referir.

Fué aprehendido en el territorio de Oroxia, cuando estaba preparando á los fieles á sostener las nuevas pruebas de que estaban amenazados. Teniendo los perseguidores algunos datos de que estaba en ese lugar, despacharon soldados para que le prendiesen; pero el Padre con sesenta cristianos que le siguieron, había ido á ocultarse á un lugar no muy distante, pero desierto y al abrigo de toda sospecha. Los emisarios del gobernador habian perdido su tiempo y su trabajo en buscar al misionero en todo el Canton de Oroxia, y se volvian desalentados á Mivage, cuando uno de ellos descubrió en la nieve las huellas de los fugitivos: siguieron á la aventura esas huellas y al fin lograron dar con ellos. Los primeros que fueron interrogados respondieron francamente que eran cristianos, y lo mismo los segundos y los terceros. Entonces el Padre Jacobo salió de su escondite, y dirigiéndose á los emisarios, les dijo que él era el Padre que enseñaba el camino del cielo, y en seguida comenzó á predicarles con mucho fervor, de manera que sus otros compañeros, ocultos en las grutas mas lejanas, tuvieron tiempo para huir á los bosques. Quedaron únicamente diez, de los que ya estaban presos, y de otros que no quisieron separarse de su Padre.

Se les conduce en espectáculo á todas las cercanías de Oroxia, llevando engarratadas las manos y los cuerpos, y despues se les condujo á pié para Xendai. Esto pasaba el 9 de Febrero, cuando la nieve, como de costumbre caia sobre esta parte del Japon que es la mas elevada y salvaje. El camino que por las rocas y los precipicios es de snyo muy difícil, estaba impracticable y aun cerrado por las nieves; de manera que, para comprender cuán penoso fué el viaje de los siervos de Dios, bastará decir, que em-

Jesus, donde por veinticinco años vivió con los Padres, casi siempre ejerciendo el empleo de catequista. Su celo industrioso convirtió á una multitud de idólatras y le adquirió muchos méritos por la vida ruda que llevaba, especialmente cuando el Padre de Angelis le tomó por compañero en sus fatigosas misiones; pero la esperanza de morir de jesuita y en defensa de la fé, le hacía estas fatigas dulces y ligeras. Alcanzó ambos deseos: el Padre de Angelis le aceptó por compañero al ir al martirio, y le recibió en la Orden con la autorizacion del Padre provincial.

CAPITULO XXI.

Muerte cruel del B. Padre Jacobo Carvalho, jesuita, helado en el agua el día 22 de Febrero de 1624.

Masamune, rey de Oxn, estaba en Yendo, en la corte del nuevo emperador, cuando se verificó el martirio de los cincuenta cristianos quemados vivos; fué testigo de esa horrible carnicería, y se apresuró á mandar inmediatamente un correo á Xondai su ciudad capital, con las órdenes mas terminantes al gobernador, para que buscase á los cristianos, y les obligase bajo pena de muerte á renegar la fé. Se sorprendieron veintitres, haciéndoles morir con diversos géneros de suplicios. La lejanía de estos lugares, pues esta ciudad está situada á la estremidad del Japon, ha impedido obtener unas deposiciones exactas sobre todos estos mártires, esceptuando al bienaventurado Padre Jacobo Carvalho de la Compañía de Jesus, cuya gloriosa muerte vamos á referir.

Fué aprehendido en el territorio de Oroxia, cuando estaba preparando á los fieles á sostener las nuevas pruebas de que estaban amenazados. Teniendo los perseguidores algunos datos de que estaba en ese lugar, despacharon soldados para que le prendiesen; pero el Padre con sesenta cristianos que le siguieron, había ido á ocultarse á un lugar no muy distante, pero desierto y al abrigo de toda sospecha. Los emisarios del gobernador habian perdido su tiempo y su trabajo en buscar al misionero en todo el Canton de Oroxia, y se volvian desalentados á Mivage, cuando uno de ellos descubrió en la nieve las huellas de los fugitivos: siguieron á la aventura esas huellas y al fin lograron dar con ellos. Los primeros que fueron interrogados respondieron francamente que eran cristianos, y lo mismo los segundos y los terceros. Entonces el Padre Jacobo salió de su escondite, y dirigiéndose á los emisarios, les dijo que él era el Padre que enseñaba el camino del cielo, y en seguida comenzó á predicarles con mucho fervor, de manera que sus otros compañeros, ocultos en las grutas mas lejanas, tuvieron tiempo para huir á los bosques. Quedaron únicamente diez, de los que ya estaban presos, y de otros que no quisieron separarse de su Padre.

Se les conduce en espectáculo á todas las cercanías de Oroxia, llevando engarratadas las manos y los cuerpos, y despues se les condujo á pié para Xendai. Esto pasaba el 9 de Febrero, cuando la nieve, como de costumbre caia sobre esta parte del Japon que es la mas elevada y salvaje. El camino que por las rocas y los precipicios es de snyo muy difícil, estaba impracticable y aun cerrado por las nieves; de manera que, para comprender cuán penoso fué el viaje de los siervos de Dios, bastará decir, que em-

plearon ocho días en una travesía que ordinariamente se hace en tres. Dos de ellos, de avanzada edad, y descaecidos por los sufrimientos de la noche anterior, que pasaron desnudos y espuestos al rigor del frío, no pudiendo sostenerse en pié, fueron decapitados por los guardas. Los otros, reducidos á un estado espantoso y medio helados, llegaron á Xendai el 17 de Febrero con el Padre Jacobo que fué su sosten durante el viaje. Al siguiente día 18 de Febrero de 1624, fueron sometidos á un género de suplicio que no se había usado hasta entonces. Sobre la ribera al pié de la fortaleza, y á vista del palacio de Masamune, se abre una fosa cuadrada rodeada de estacas, á la que entra el agua del rio por un pequeño canal. A las diez de la mañana sentaron en la fosa al Padre Carvalho con sus ocho compañeros, ligando al Padre á las estacas, y esponiéndole desnudo al horrible tormento del aire y de la agua helados. Además de los ejecutores, un gran número de paganos que se hallaban presentes, no cesaban de instar al Padre en alta voz que renunciase á Jesucristo; pero el santo varon, sin atender á sus palabras, animaba á sus compañeros de sufrimientos, y oraba profundamente recogido. Al cabo de tres horas el juez mandó sacarle de la fosa y conducirle á la prision, en cuyo tiempo se le entorpecieron todos los miembros, y estaba casi insensible. Entonces recibió la visita de un enviado del gobernador, para decirle que este primer castigo era porque había predicado la ley cristiana, pero que ahora se le exigía que la renunciase. El Padre respondió tranquilamente: "El Dios cuya ley he predicado, es el verdadero y único Dios, Criador del cielo y de la tierra, á quien todo hombre debe obedecer, por tanto, jamás le negaré."—Y si mandan quemaros, replicó el enviado, estareis tan

firme que no os rindais?—"Muy firme, contestó el Padre, y consideraré este suplicio como una gracia singular." El oficial se fué, y dió esta respuesta al gobernador. Este, cuatro dias despues, es decir el 22 de Febrero, dió orden de que llevasen otra vez al Padre á la fosa, y que le dejasen morir de frío; cuya sentencia luego fué ejecutada. Los verdugos para aumentar los sufrimientos del siervo de Dios, le forzaron á mantenerse en pié teniendo la agua hasta las rodillas, mientras caian espesos copos de nieve, y soplaban un viento glacial. Al ponerse el sol se retiró todo el mundo, menos los guardias y algunos cristianos que quisieron ser testigos de los últimos momentos del confesor de la fé. Se le oia dar gracias á Dios, é invocar los nombres de Jesus y Maria; su voz fué estinguéndose poco á poco, y antes de la media noche reposó en el Señor.

El Padre Carvalho nació en Coimbra en Portugal, y murió á los cuarenta y seis años. Treinta había consagrado al servicio de Dios en la Compañía de Jesus, y quince en el Japon, esceptuando el tiempo de su destierro, durante la persecucion de 1614, cuyo tiempo aprovechó para fundar con el Padre Francisco Buzomi la mision de la Cochinchina. A su vuelta al Japon, se le asignó la cristiandad de Omura, y allí el año de 1617 hizo la profesion solemne de cuarto voto; y despues nombrado compañero del bienaventurado Padre Gerónimo de Angelis, pasó á los reinos de Oxu y de Deva. Su dulzura y su humildad le ganaron todos los corazones: jamás se cansó de trabajar, ni se saciaba de padecer; y lo que le hacia tan querida la mision de estos reinos del Norte era, que ellos forman la parte mas agreste y mas triste del Japon.

Al fin del dia siguiente, su cuerpo fué sacado de

la fosa y entregado á un señor cristiano que le hizo enterrar. (*)

CAPITULO XXII.

Cinco religiosos de diversas órdenes quemados vivos en Ximabara el 25 de Agosto de 1624.

Descendamos de los últimos términos del Japon, y volvamos de nuevo á Omura para presenciar otro noble triunfo de nuestra fé, en el martirio de cinco religiosos de diversas Ordenes, quemados á fuego lento por espacio de tres horas consecutivas. El Padre Pedro Vazquez dominico, cayó en manos de los perseguidores el día 18 de Abril de 1623, y el Padre Miguel Carvalho de la Compañía de Jesus, el 21 de Julio: los dos fueron enviados á Omura y encerrados, mientras se les ejecutaba, en una horrible prision, en la que encontraron á los Padres Luis Sotelo, y Luis Losanda, presbíteros, con el hermano lego franciscano Luis Baba.

No es fácil decir todo lo que los siervos de Dios sufrieron, por cerca de año y medio, en esta prision que tenia once palmos de longitud, y ocho de latitud; abierta por todos lados y espuesta á la intemperie de las estaciones. Solo se les daba un alimento malo y en pequeña cantidad, que les hacia sufrir un continuo martirio. "Todos estamos, escribia el Padre Carvalho, debilitados y enfermos de los cuerpos, pero fuertes y consolados en el espíritu, porque Dios que es Padre de las misericordias, otorga mas socorros y

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 35.

favores cuando los trabajos son mas rudos. Si Dios es servido de que muera yo en esta prision, comido por los gusanos y cubierto de inmundicias, que se haga su voluntad, á todo estoy dispuesto."

Los cinco mártires animados de los mismos sentimientos, se preparaban á pruebas todavía mas grandes, cuando el 22 de Agosto de este año de 1624, llegaron á Omura dos comisarios, enviados por el gobernador de Nangasaki, para que en su nombre presidiesen á la ejecucion de la sentencia que condenaba al fuego á los confesores de la fé. En la mañana del siguiente dia fueron sacados de la prision; se les puso al cuello, como se hacia siempre con los condenados á muerte, una cuerda cuya estremidad llevaba el verdugo colocado al lado de cada uno: así fueron directamente llevados á la ribera, y embarcados en una pequeña barca, y despues de media legua de navegacion, abordaron en Foco, cerca de Ximabara, donde de antemano se habian preparado cinco postes con su hoguera alderredor. Un gran número de espectadores y los oficiales de justicia ocupaban ya aquel lugar. Cuando los mártires saltaron á tierra, dieron las gracias á los remeros por haberles condeuido al término de sus deseos, por el que tanto y tan largo tiempo habian suspirado; despues marcharon á la muerte cantando himnos y salmos. Cada uno vestia el hábito de su Orden, y llevaba en la mano una cruz; y sus rostros pálidos y flacos espresaban una alegría tan grande, que los paganos mismos se admiraban, y decian que mas bien parecia que iban á una fiesta, que al suplicio. Luego que los comisarios les vieron ante sí, preguntaron al hermano Luis el nombre, la edad y la patria de los cinco sentenciados: el escribano tomó acta de esto, que despues remitió á la corte, con la atestacion de sus muertes.

Entonces el Padre Carvalho, adelantándose un poco, comenzó á dar á los oficiales de la justicia, algunos avisos relativos á la salud de sus almas. El Padre Sotelo tambien á su vez tomaba la palabra; pero estos hombres indignados al ver que los acusados se convertian en sus jueces, y les condenaban á muerte eterna, si no observaban la ley que proseribian, ordenaron á los verdugos con palabras groseras, que al momento retirasen á los Padres. Los verdugos, llevando siempre en la mano la cuerda, les condujeron á los postes, y les ataron ligeramente con cuerdas delgadas, para que si querian saliesen del fuego, ó al menos pudiesen desatarse. Esperaban que los dolores de un fuego lento harian apóstatas entre las victimas, ó que les arrancasen gritos y gestos que les fuesen ocasion de risa y de ridiculizar la ley cristiana, pues no podian sufrir la alta estima en que les habian colocado la inmovilidad y la constancia de tantos otros cristianos muertos á fuego. El Padre Carvalho estaba atado al primer poste, en el segundo el Padre Vazquez, despues los Padres Sotelo y Sasanda, y al último el hermano Baba. Véase un pequeño rasgo de la groseria de un verdugo, y á la vez de la paciencia del Padre Vazquez. La cuerda pendiente de la alta estremidad de su poste, estaba medio desatada, y como el ejecutor no alcanzase para afirmar-la, se subió á las espaldas de este B. Padre para lograr su objeto. El Padre sufrió pacientemente sin moverse y como si no lo hubiera apercibido. Encendida la hoguera, luego que las llamas se elevaron, el Padre Carvalho entonó una oracion que todos cantaron. La leña era poca, y demasiado separada y distribuida de un modo desigual, de manera que, algunos sufrieron mas largo tiempo que otros, y su suplicio duró hasta tres horas consecutivas. El her-

mano Luis fué el primero que recibió la corona de mártir; habiéndose quemado su cuerda, se halló libre, y fué á besar las manos á los Padres Sotelo y Vazquez, volvió luego á su poste, y permaneció firme hasta el último suspiro, cayendo entonces á tierra. El Padre Sasanda que estaba cerca de él, quiso imitarle, pero sus piés lastimados ya fuertemente por el fuego, no pudieron sostenerle, y se contentó con volverse hácia los Padres y saludarles inclinándose: fué el tercero que murió, despues del Padre Carvalho á quien quemaba el fuego por tres lados á un tiempo. Y como aun viviesen los Padres Vazquez y Sotelo y la leña comenzase á faltar, los verdugos acercaron á sus victimas los restos del fuego, la paja y todo lo que tuvieron á la mano, con tal furor que los dos confesores de la fé cayeron en tierra y muy pronto espiraron, uno despues de otro. El valor indomable de estos mártires en medio de un tan espantoso suplicio, redundó en tanta gloria de la fé cristiana, que por un verdadero milagro, los bonzos mismos hablaban de él con admiracion. “Nosotros mismos, decian, en la estacion presente, no podemos sufrir sin impaciencia un ligero rayo del sol que mucho nos molesta, pues estos hombres si no es del cielo, ¿dónde encuentran ese valor, y esa insensibilidad que les hace permanecer horas enteras en el fuego, y morir sin dar muestras de sufrimientos?”

En seguida redujeron los cuerpos á cenizas, y puestas en sacos les dispersaron al viento en alta mar; luego quemaron los sacos y lavaron cuidadosamente la barca. Pero á pesar de todo esto, los fieles pudieron descubrir algunos huesos, carbones y pedazos de postes que habian escapado de los verdugos, y que la Providencia conservó para consuelo de los que les buscaran.

El Padre Miguel Carvallo nació en Braga de Portugal el año 1577, y á los veinte años de edad entró en la Compañía de Jesus. Fué á las Indias, y de allí á Macao en China; el Padre visitador Francisco Rodriguez le envió á Manilla, donde se embarcó para el Japon vestido de soldado, al que abordó el mes de Agosto de 1621. Durante dos años consagró sus cuidados á los cristianos de las islas de Amacusa, y despues pasó á las cercanias de Nangasaki. Volvia de Omura á donde le habian invitado para que oyera algunas confesiones, cuando fué conocido por un espía y entregado en manos de los soldados. Era un hombre de vida fervorosa y austera: ayunaba á pan y agua tres dias á la semana, usaba el cilicio y diariamente tomaba disciplina de sangre. Las cartas que escribió en su prision, están como las de San Ignacio mártir, llenas de deseos de dar su vida en los tormentos por Jesucristo. Véase lo que dice en una carta al Padre Benito Fernandez: "Yo me consideraré bien recompensado, si se me arroja en un gran fuego, donde arda yo por amor de un Dios tan bueno." ¡Qué feliz seria yo si todos mis miembros fuesen cortados en pequeños trozos por el honor de este Señor que siempre me ha sostenido, aunque sabe muy bien cuán grande es mi ingratitude! ¡Oh, Jesus, lleno de amor! ¿qué debe hacer este miserable pecador, y qué tormentos debe sufrir para agradaros? ¿Qué cruces y qué fuegos le teneis preparados? Ah, Señor! ¿qué quereis que haga? Dame lo que me pides, y pide lo que quisieres. . . . Ahora mi muy amado Padre, es necesario que con vuestras oraciones fervorosas y con vuestros santos sacrificios, ayudeis á este indigno siervo, para que Dios me dé la fuerza de sufrir por su gloria, y en testimonio de su Santa ley toda clase de penas, el fuego, el fierro, todo lo que

los enemigos de Dios pudieren inventar contra mí. Que siempre tenga horror al mundo, á sus honores, á sus placeres y á sus bienes, y que mis solas alegrías sean padecer por Jesucristo: si place á su Divina Majestad que muera en esta cárcel de pura miseria, *hágase su voluntad*; si quiere que viva en este lugar estrecho y desierto, consumido de enfermedades y dolores hasta el dia del juicio, tampoco lo rehusó. Y como escriben de Nangasaki que ya se acerca nuestro fin, me despido de V. R., amigo que yo amo tanto en el Señor. Rogad por mí, Padre mio, yo lo haré siempre por V. R. Prision de Omura, y Febrero 10 de 1624.—Vuestro servidor é indigno amigo, apriornado por sus pecados, *Miguel Carvallo*.—Era profeso de cuarto voto y vivió cuarenta y siete años.

El B. Padre Pedro Vazquez, español, llamado tambien de Santa Catarina, nació en Berin lugar de Galicia. En Madrid abrazó el estado religioso en la Orden de Santo Domingo, fué á Manila y de allí al Japon, guiado por el deseo de ganar almas para Jesucristo. Con fecha 22 de Enero de 1624 escribia á D. Juan Bautista de Herrera, desde la prision de Omura, lo siguiente: "Mi aprehension tuvo lugar el tercer dia despues de Pascua, cuando oculté el cuerpo del glorioso mártir Padre Luis Flores. Permanecí en la prision de Crasmake hasta el dia del *Corpus* en que se me trajo por la mano á esta de Omura, ó mas bien dicho, á esta jaula que solo tiene nueve palmos de largo, nueve de alto y once de ancho, y estamos en ella cuatro sacerdotes y un lego. Sin embargo, por estrecha que sea, nos parece un paraíso, por el grande consuelo que nuestro Señor nos concede; y aunque hace once meses que fui aprehendido, me parece que fué ayer. Y cada dia que se retarda la ejecucion nos parece un año." Por estas lineas se vé

cuales eran su alegría al padecer, y su deseo de dar la vida en testimonio de la fé.

El B. Padre Luis Sotelo fué tambien español, y nació en Sevilla de una familia noble. Hechos sus estudios en la Universidad de Salamanca, entró al convento del Calvario de religiosos franciscanos. Despues que se ordenó, sus superiores le permitieron en 1601 que pasase á Manila en union de otros religiosos de su Orden. Desde luego se ocupó en Dilao de los comerciantes japoneses y de otros, con los que formó una congregacion particular: despues, habiendo pasado al Japon, trabajó por diez años en su ministerio apostólico. La persecucion de Daifusama le dió mucho que padecer desde el principio: fué apresado y aun estuvo á punto de ser sentenciado á muerte. Masamune, rey de Oxu, le envió con su ministro Faxicura Rocuieimon, como embajador á Europa. Fué á España en 1613, y despues á Roma donde se pensó elegirle obispo de Oxu. De regreso á España vió surgir nuevas dificultades con respecto de la embajada; pero logró volver al Japon, al que arribó en 1622. A esta época las cosas estaban bien cambiadas, pues Masamune, cambiando de cara, se trasformó en uno de los mas declarados perseguidores de la fé. Además, el bienaventurado Padre, traicionado, segun parece, por las mismas gentes del navío que le habia conducido, fué en Nangasaki entregado en manos de los perseguidores, juntamente con sus dos compañeros. Ved aqui el testimonio rendido por el hermano Juan Bautista Pier, que hemos visto en el proceso verbal de Manila. "El testigo declara que ha conocido al Padre Luis Sotelo en España, en muchos conventos de la Orden, y que en 1599 le acompañó en su travesía á las Islas Filipinas. Segun el testigo, el siervo de Dios pasó al Ja-

pon; sabia perfectamente el idioma y predicaba con mucho celo, así como tambien trabajaba con gran fruto por la salud de las almas. El rey de Oxu le envió á España como embajador; y habiendo regresado el siervo de Dios durante la persecucion, fué apresado tan pronto como puso los piés en Nangasaki." (*)

Los otros dos eran japoneses. El bienaventurado Padre Luis Sasanda, hijo de Miguel Sasanda, mártir de Yendo, siguió al B. Padre Sotelo, hasta México, donde fué admitido en la Orden de San Francisco como hermano lego. Mas adelante, estando en Manila, fué elevado al sacerdocio. Todos le admiraban desde su juventud, por su modestia angélica, por la pureza de sus costumbres, y la devoción con que asistia ó servia á los santos misterios. El gobernador de Nangasaki quiso salvarle la vida, y procuró muchas veces persuadirle á que negase la fé; pero el santo varon despreció siempre con generosidad lo mismo las promesas que las amenazas, prefiriendo los sufrimientos de la prision y la muerte mas cruel.

El bienaventurado Luis Baba, sirvió por muchos años de catequista á los Padres franciscanos, y despues acompañó en sus largos viajes á España, Italia y México al B. Padre Sotelo, dejando en todas partes bellos ejemplos de piedad. La vista del vicario de Jesucristo y de los monumentos sagrados de la ciudad de Roma le afirmaron mas y mas en sus buenos sentimientos. A su regreso al Japon, cayó en manos de los enemigos de la fé, y mereció ser recibido en la Orden de San Francisco, y hacer en la prision misma la profesion de hermano lego.

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XXIII.

Cayo de Coréa, catequista de los Padres jesuitas, quemado vivo en Nangasaki el día 15 de Noviembre de 1624.

Cayo, el último mártir de este año de 1624, nació en Coréa y fué catequista de los Padres de la Compañía de Jesus. Su vida está llena de cosas maravillosas, aun cuando todavía era pagano: así, por ejemplo, se encerró en una cueva, y allí en la mas completa soledad pasó un mes, sustentándose con hojas de árbol, y pidiendo á Dios que salvase su alma. En una vision que tuvo, un anciano le anunció que pasaria la mar y encontraría un maestro que le enseñase el camino de la salud. Ambas predicciones se verificaron; pues habiendo sido llevado al Japon como prisionero de guerra, comenzó con mas empeño que nunca á buscar el camino del cielo. Creyendo encontrarle entre los bonzos, entró á uno de sus mas célebres establecimientos de Méaco; pero allí, por medio de otra vision, conoció que estaba mas elejado que antes: entonces se puso en manos de los Padres de la Compañía, que le instruyeron y bautizaron con el nombre de Cayo. Desde este día estuvo sin cesar cerca de ellos para oírles hablar de las cosas de la religion; despues les acompañó como catequista á los reinos de Tacacu y á Ozaca y Sacai, hasta que habiendo sido desterrado Justo Ucondono, hombre notable y de santa vida, le siguió en su destierro á Manila. Despues que Justo murió, Cayo volvió á Nangasaki, y siempre se ocupó en obras de caridad. Visitaba frecuentemente á los cristianos encarcelados, á pesar de haber sido apresado por esto algunos días, y de recibir algunos bastonazos. El goberna-

dor Gonrocu procuró con amenazas y promesas hacerle apostatar; pero viendo que nada conseguia, despues de haberle tenido en prision por largo tiempo, le condenó á morir quemado. Cayo marchó alegremente al suplicio, y cuando la hoguera ardía con mas fuerza, se puso de rodillas, y en alta voz dió gracias á Dios por haberle favorecido con un tan grande honor. Espiró al concluir las últimas palabras de su oracion.

El Padre Pedro Morejon, despues de haber terminado con la relacion de este martirio, las "Memorias del año 1624," hace una especie de resumen de los hechos, que me parece oportuno consignar aquí. "Un trabajo, dice, me ha consolado bien, y es, haber averiguado que en los diez años de 1614 á 1624 se cuentan en el Japon quinientos cincuenta y tres gloriosos mártires, sin hablar de aquellos de quienes solo tenemos indicios, ó que han perecido en los sufrimientos y privaciones del destierro, que seguramente son muchisimos. Entre los cristianos martirizados, ciento noventa y seis fueron quemados vivos, y los demas crucificados, decapitados, helados en el agua, arrojados vivos á la mar, apedreados, etc. etc. Entre ellos habia hombres, mujeres, pequeños niños y religiosos; y á pesar de la violencia de la persecucion, encuentro, en cuenta exactamente hecha de año en año, que en el curso de estos diez años se han bautizado mas de diez y siete mil adultos. Así se cumple lo que decia Tertuliano: "Que la sangre de los mártires es semilla de cristianos."

CAPITULO XXIV.

El día 20 de Junio de 1626, son quemados vivos en Nangasaki el B. Padre Francisco Pacheco, y otros ocho religiosos de la Compañía de Jesus.

A mediados de 1626 el emperador envió de su corte para Nangasaki á Midzuno Cavaci, para reemplazar á Gonrocu en el cargo de presidente y de juez ordinario, no solamente de la ciudad, sino de todos los pequeños reinos del derredor. Tan luego como el nuevo gobernador llegó, publicó terribles edictos para destruir la fé y esterminar á los cristianos. Ved aquí su tenor:—"Bajo la pena capital, se prohíbe, el bautizar á los niños, que se lean los libros de los cristianos, que se observe el calendario europeo, y que se reúnan asambleas religiosas. Todo japonés que esté fuera del país, si es cristiano, debe renegar y volver á su patria: que ningun renegado ó pagano de los que van á comerciar á Macao pueda hospedarse mas que en la casa de otro pagano ó renegado: que en ningun puerto se reciban los buques procedentes de Filipinas. El que sepa donde se hallen los religiosos debe denunciarles, lo mismo que á las familias que les hospeden: el que haga esto espontáneamente será ameritado y recompensado, y el que sabiéndolo no lo haga, será condenado á muerte." Publicado que fué, Cavaci envió por todas partes, hasta á las montañas mas altas y los lugares mas desiertos, un gran número de espías, que debian estar continuamente en acecho y como cazadores para detener á todos los transeuntes, con esperanza de encontrar algun religioso.

El primero que cayó en sus manos fué, por la cualidad de su persona, la mas grande y mas preciosa presa, que hubiesen hecho hasta entonces los perseguidores, pues era el B. Padre Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesus, y por comision apostólica, administrador del obispado y gefe de todas las cristiandades del Japon. Habia establecido su residencia en Cocinotzu de Arima, lugar situado sobre la ribera del mar, y cómodo para recibir ó enviar mensajeros y para embarcarse, cuando algun negocio urgente lo exigia: estaba alojado en casa de los hermanos Mancio y Matias, de la muy noble familia de los Araki; y al hermano Gaspar Sandamatzu, su compañero, lo habia puesto en casa de Pedro Kiobioie, pariente de los Araki y cuya casa estaba contigua. Un miserable, que era ademas renegado, les denunció ante los gobernadores de Ximabara, para obtener la recompensa prometida: éstos tomaron prontamente tropa armada numerosa, y precediéndoles el traidor, cayeron de improviso sobre las dos casas de los Araki y de los Kiobioie, y en triunfo condujeron al Padre Francisco Pacheco, al hermano Gaspar, á las dos familias hospitalarias, y ademas á Pedro Rinxei, catequista, á Pablo Xinsuke y Juan Kinsako, cuyos trabajos por la religion durante muchos años, les merecieron ser recibidos en la Compañía de Jesus.

Cuatro dias despues de la prision del Padre Pacheco en Ximabara, sucedió la del Padre Juan Bautista Zola, la de Vicente Caun su catequista, y la de su huésped Juan Naisen, con Mónica su mujer, y su hijo Luis. Las familias de los huéspedes fueron puestas aparte, y hablaremos de ellas á su tiempo: los dos Padres con sus cateuistas y sus familiares, fueron encerrados en dos prisiones estrechas, espresamente construidas sobre una muralla de la fortaleza de Xi-

mabara, en las que por mas de seis meses sufrieron toda clase de privaciones y martirios.

En fin, el día 15 de Marzo de 1626, fué sorprendido el Padre Baltasar de Torres, con Miguel Tozo, su catequista y compañero, en un pequeño lugar situado á menos de milla y media de Nangasaki. Los guardias les condujeron á Omura y les encerraron dentro de una palizada de ocho palmos en cuadro, donde por todo alimento se les dió por tres meses una escudilla de arroz negro, con una sardina salada y muchas veces podrida. Sin embargo, ellos estaban gozosos, lo mismo que sus hermanos de Ximabara, porque al fin ya tocaban á su término. Esta alegría se hizo especialmente notable en los cinco compañeros del Padre provincial, catequistas y servidores, cuando se les concedió que hiciesen los votos de la Compañía de Jesus, despues de haberles preparado largamente en la misma prision con los ejercicios de oración y penitencia.

El 17 de Junio volvió de Yendo á Nangasaki el mismo presidente Cavaci, acompañado de su predecesor Gonroeu, y reunidos comenzaron á espeditar cuanto antes las causas capitales en materia de religion. Su primer sentencia fué la de muerte contra los nueve religiosos prisioneros. Se enviaron órdenes á los príncipes de Omura y de Ximabara, para que les mandaran á Nangasaki en determinado dia: los de Ximabara fueron sacados de la prision y puestos en camino á media noche: los Padres Francisco Pacheco, provincial, y Juan Bautista Zola, por honor, fueron llevados en sillas cerradas; los cinco hermanos iban á caballo fuertemente amarrados, llevando al cuello una cuerda, cuya estremidad tenia en la mano un verdugo, colocado al estribo. Su escolta se componia de seis oficiales y cincuenta soldados, ar-

mados de fusiles y bastones. Al salir el sol, llegaron á Fimi, distante de Nangasaki cerca de dos leguas, y permanecieron allí hasta la mañana siguiente: igualmente fueron conducidos los dos prisioneros de Omura á Nixi de la Uracami, el Padre de Torres en silla, y el hermano Miguel Tozo á caballo, con una escolta de treinta soldados, mandados por tres oficiales. En Fimi se alojaron ambas secciones de bienaventurados en casas de cristianos.

Mas de año y medio hacia que Nangasaki no presentaba una ejecución capital por causa de la fé: era tambien necesario limpiar todo ese lugar que en otra parte describimos y construir una nueva valla para rodear la hoguera. Colocados ya los postes y puesta la leña al derredor, dos empleados, apóstata uno, llamado Sanzo, y pagano el otro, cuyo nombre era Nangaxe Xendaiu, fueron á inspeccionar el lugar; y éste, viendo que la leña era poca y estaba muy alejada de los postes, preguntó la razon: se quiere, respondió el apóstata, quemar mas lentamente á los condenados, para retardar su muerte: Gonroeu, mi amo, lo ha ordenado así. Xendaiu, horrorizado, exclamó: esta es una crueldad, empleada por los bárbaros, y apenas contra los asesinos, pero no por los japoneses contra hombres que mueren por una causa tan honrosa, como es predicar su ley. Se dice que fué á dar cuenta á Cavaci, y que volvió mandando aproximar la leña sobre los postes, aglomerando una cantidad tal, que colocados los ajusticiados en el centro de la hoguera, apenas sacaron la cabeza. Ya estaba la mañana avanzada cuando el Padre provincial y sus compañeros se dirigieron al lugar del suplicio: todo Nangasaki corrió para verlos, pero no podían distinguir á los Padres Pacheco y Zola, por estar encerrados en las sillas.

Un Padre, que estaba en la casa de un cristiano, les conoció desde el interior, y su vista le inspiró tal deseo de abrazarles y de participar de su feliz suerte, que sufrió mucho para poder contenerse. Los cristianos que estaban en el tránsito les gritaban que se acordasen de ellos en el cielo.

Por una parte estaban contentos del triunfo que en este día alcanzaría la fé, y por otra muy tristes por no poder asistir á él, porque con razon ó sin ella, se habia divulgado el rumor, de que fuera de la ciudad se habian colocado soldados, que á golpes de fusil hiciesen volver á los que procurasen salir de ella. Sin embargo de esto no faltaron espectadores, que vinieron de los países vecinos con toda su familia, sin sospechar ni cuidarse del peligro que corrían; y aun un buen número de habitantes de Nangasaki, dando un largo rodeo fueron á la montaña, á cuyo pié está situada la colina, ya consagrada con la muerte de tantos mártires, y que se habia preparado para recibir las nueve nuevas víctimas. Llegando á ella con sus compañeros, el hermano Gaspar comenzó á predicar al pueblo diciendo, que no habia otro recurso para salvar el alma, que abrazar la ley cristiana. Este asunto convenia igualmente á los cristianos, á los apóstatas y á los infieles que formaban el auditorio. Ya de antemano habian llegado al lugar del suplicio el Padre Baltasar de Torres y el hermano Miguel Tozo, que hicieron un camino mas corto: el Padre Torres se dirigió hácia el Padre provincial inclinándose respetuosamente; y luego como si fuera un bello día de fiesta, se saludaron todos, se abrazaron con mucha alegría y se enseñaban uno al otro los postes que les esperaban y que ellos mismos habian esperado por tan largo tiempo. Este espectáculo llenó á los cristianos de una dulce emocion, y en los paganos causó

una admiracion profunda. Seguramente que tenían mucha razon los mártires de regocijarse en el Señor, pues se encontraban reunidos nueve hijos de un mismo padre, hermanos de religion, á punto de glorificar á Dios, sacrificándole su vida y de dar á los japoneses esta última prueba de la fé que habian predicado. En este momento el nuevo presidente Cavaci y el gobernador apóstata Feizo, llegaron con un numeroso séquito de oficiales y soldados de diversas armas que se colocaron alrededor de la palizada. Los confesores de la fé se dirigieron á ella á su turno, y el Padre Torres al pasar delante del presidente Cavaci, le saludó para manifestarle que no conservaba en su corazon ningun resentimiento, ó que se consideraba muy obligado al beneficio de la muerte, que era el mayor que podia recibir: el presidente le correspondió su saludo con igual cortesía.

Del lado del mar habia una puerta pequeña que daba entrada al recinto cercado donde estaba la hoguera; los nueve confesores se arrodillaron ante esta puerta y oraron algun tiempo: cuando se pusieron en pié, los japoneses muy observantes de las atenciones, advirtieron al padre de Torres que se hiciese á un lado, para que el Padre provincial, su superior, entrase él primero, pareciéndoles, que pues los Padres consideraban que era un honor morir así, era necesario observar el orden debido á la dignidad de las personas. Todos volvieron á hincarse al pié de sus respectivos postes, abrazándose y renovando la ofrenda de su vida. En seguida fueron atados, por diferentes partes del cuerpo, y lo mas estrechamente posible. Véamos ahora cómo estaban colocados; el primero del lado del mar, era el Padre Juan Bautista Zola; despues el Padre Baltasar de Torres; seguia el Padre provincial Francisco Pacheco, y luego los seis

hermanos Pedro Rinxei, Miguel Tozo, Vicente Caun, Pablo Xinsuke, Juan Kinsaco y Gaspar Sandamatzu, que fué el primero que recibió la palma del martirio. El suplicio de los otros ocho solo duró cerca de un cuarto de hora, pues muy pronto fueron por todas partes rodeados por las grandes llamas que se elevaban de la mucha leña. Al principio todo parecía envuelto en una nube de humo, pero bien pronto se desprendieron las llamas tan espesas y tan altas, que cubrieron enteramente á los mártires: despues poco á poco calmaron, y haciéndose mas claras dejaron ver á todos los nueve, que llenos de serenidad y alegría, dirigian el rostro y los ojos al cielo. Se oyó que unos cantaban salmos, y otros invocaban dulcemente los santos nombres de Jesus y Maria, y todos espiraron teniendo en los lábios esas santas palabras. Su triunfo se consumió el día 20 de Junio. Los cuerpos continuaron quemándose, para lo que se aumentó la leña, hasta que fueron reducidos á cenizas, las que recogidas se dispersaron en alta mar.

Demos ahora una breve noticia sobre estos ilustres confesores de Jesucristo.

El bienaventurado Padre Francisco Pacheco, portugués, nació en Puente de Lima, del obispado de Braga. Apenas tenia diez años, cuando movido con los ejemplos de los mártires, cuyas actas leía, hizo voto de ser mártir. Mas adelante, la vista de tres japoneses que pasaron por Lisboa para ir á Roma á rendir obediencia al Sumo Pontífice, le inspiró un ardiente deseo de ser misionero del Japon; y para lograrlo entró en la Compañía de Jesus en 1586, á la edad de veinte años. Sus reiteradas instancias le merecieron en 1592, al fin de sus estudios, el permiso de pasar á las Indias. Los superiores le mandaron que enseñase la teología escolástica en Macao

hasta 1604, en que pudo penetrar al Japon. Aquí, tan pronto como aprendió el idioma del país, se le designaron por campo de su apostolado los reinos de Cami, en donde con el tiempo llegó á ser superior. Sus trabajos en Osaca, Méaco y Tacacú, donde tambien fué superior, convirtieron un gran número de almas á la fé. Dos veces fué á la China, una para gobernar el Colegio de Macao, y otro por el decreto de destierro de Daifusama. Por espacio de dos años, el Obispo D. Luis Cerqueira, le nombró su compañero y vicario general, y por último fué provincial de su Orden, y administrador del obispado los últimos cuatro años de su vida. Fué hombre de una rara prudencia, humilde, dulce, austero consigo mismo, y lleno de caridad con los demas, reuniendo todas las virtudes que hacen á un religioso perfecto. Esto mismo escribia de él desde 1614, el B. Padre Gerónimo de Angelis: murió á los sesenta y un años.

El B. Padre Juan Bautista Zola, era italiano, de Brescia. Su ardiente celo le condujo á las Indias en 1602, y al Japon en 1606, á donde llegó despues de haber escapado como por milagro del furor de una horrible manga marina. Por espacio de veinte años, su residencia ordinaria fué Tacacu, y las islas adyacentes: y aunque enfermo, siempre trabajaba con un ardor infatigable en la conversion de las almas, y en escribir unos libros muy útiles. Todo su empeño era pensar que habia de morir por la fé. Así lo escribió á los Padres Spínola y Navarro cuando estaban prisioneros, y los dos le prometieron formalmente patrocinár su causa tan pronto como estuviesen en el cielo. Palabra que supieron cumplir. Dios se dignó concederle la gracia del martirio á los cincuenta años de edad, de los que pasó treinta y tres en la Compañía, siendo profeso de cuarto voto.

El B. Padre Baltasar de Torres, español, nació en Granada el año de 1565, de una familia noble. A los diez y seis años entró en la Compañía, en donde á causa de su génio superior, tuvo muchas dificultades para que le permitiesen ir al Japon: triunfó por fin, y llegó á esta Mision en 1606, despues de haber leído la teología ocho años en el Colegio de Macao. Agotó útilmente sus fuerzas en casi todos los reinos que evangelizó, hasta que aniquilado por las fatigas, y siendo ya de sesenta y tres años, se retiró á Nangasaki en casa de Juan Tanaca y Catalina su mujer, pobres pero fervorosos cristianos, con quienes fué apresado y quemado vivo.

Gaspar Sandamatzu, natural de Omura, desde niño fué educado en el Seminario de Arima, y recibido en la Compañía de Jesus, en Bungo, el año 1582, cuando la religion florecia allí en tiempo del rey D. Francisco. Su grande habilidad para escribir el idioma japonés, fué causa de que muchos provinciales le eligiesen por compañero: y siendo el último que entró al Japon con el Padre Pacheco, mereció morir con él á la edad de cincuenta y nueve años, de los que pasó en la Compañía cuarenta y cuatro. Era Coadjutor temporal formado.

Pedro Rinxei, natural de Faciran, fué tambien educado en el Seminario de Arima, y llegó á ser un excelente catequista, practicando todas las virtudes en un grado eminente. Los Padres utilizaban sus servicios en favor de los fieles, y el Padre Pacheco le conservó consigo los últimos ocho años de su vida.

Pablo Xinsuke, muerto á los cuarenta y cinco años, nació en Uranda, y tuvo la ventaja de acompañar durante muchos años al B. Padre Gerónimo de Angelis. Sirvió de catequista al B. Padre Pedro Pablo Navarro, despues de cuya muerte, se agregó al Padre

Pacheco, esperando que todas estas pruebas le alcanzarian ser admitido en la Compañía.

Juan Kinsaco de Cocinotzu, jóven de veintiun años, estaba en la casa en que fué aprehendido el hermano Gaspar. Uno de los ministros de justicia preguntó al hermano á quien acababa de atar, á qué cosa habia venido aquel jóven, ó si era alguno de los suyos? El hermano Gaspar queriendo salvarle la vida, respondió: que sin duda habria venido á algun negocio particular, y dicho esto, se volvió para otro lado como si no le conociera. Pero Juan se dirigió á él, llorando y le dijo: “¿Pues habiendo sido de los vuestros hasta hoy, ya no lo seré mas? Ah! gracias á Dios, lo soy y lo seré hasta morir con vos.” Despues volviéndose al oficial, le dijo tantas cosas para probar que era uno de los compañeros del Padre provincial, que al fin fué creído. En consecuencia, se le puso la cuerda al cuello, y mas tarde fué llevado al suplicio.

El catequista del Padre de Torres era Miguel Tozo, de treinta y nueve años, nacido en Cingiva, y á quien Dios otorgó el privilegio de emplear su vida en servicio de tres sacerdotes mártires. Sirvió de compañero, primero al Padre de Angelis, despues al Padre Sebastian Kimura, y últimamente al Padre de Torres, con quien fué quemado. De antemano fué recibido en la Compañía, única gracia que pidió en recompensa de sus fatigas.

Ahora, Vicente Caun, nacido de una familia noble en la Capital de la Coréa, parecia que se aventajaba en toda clase de virtud á sus compañeros. En 1591 fué llevado al Japon como prisionero de guerra. Trece años tenia cuando el Padre Pedro de Morcjon le bautizó en el mes de Diciembre del mismo año. Cuatro años pasó en el Seminario de Arima, y los

otros veintinueve de su vida los empleó como catequista y predicador, despues de haber estudiado con este objeto los principios de la teología. Se le encargó en compañía del Padre Zola, de fundar una mision en Corea; y no habiendo podido pasar por mar, intentaron en 1612, entrar á Coréa por la China, y atravesándola casi toda, llegaron hasta Pekin, pero fueron obligados á renunciar su empresa. Como Vicente poseia con perfeccion el idioma y los caracteres chinos, Bungódono, rey de Arima, deseaba tenerle en su corte con el empleo de secretario. Al efecto dió órden de hacerle renegar de la fé, por todos los medios posibles; y como las promesas fueron inútiles, se pasó á las amenazas y al tormento. Los verdugos le sacaron de la prision, y con unas tenazas comenzaron á torcerle los dedos, articulacion por articulacion, despues con una crueldad inaudita le desgarraron todo el brazo, exigiéndole á cada instante que renunciase á Jesucristo. En seguida emplearon el tormento del agua, comenzando por hacerle tragar tanta euanta podia contener en su cuerpo, despues uno de los verdugos parándose sobre su vientre, le pisaba y oprimia con todas sus fuerzas, haciéndole arrojar el agua con una grande cantidad de sangre; y no cesaron de repetir este espantoso suplicio hasta que le vieron á punto de espirar. Entonces, desesperando de vencerle, le volvieron á la prision y seis meses despues le quemaron vivo. Es el cuarto mártir que ha dado la Coréa. (*)

(*) *Cartas anuales.* Por Bartoli, lib. IV. núm. 93.

CAPITULO XXV.

JULIO 12 DE 1626.

Muerta de los ocho huéspedes de los Padres Pacheco, Zola y de Torres en Nangasaki. Hecho maravilloso de uno de ellos. Muere en la prision Mancio Araki.

Despues de la muerte de los nueve religiosos, Cavaci ordenó á los mandarines de Omura que enviasen á Nangasaki á los huéspedes de los Padres, para el 12 de Julio, á fin de ejecutar la sentencia. Eran los dos hermanos Mancio y Matias Araki, huéspedes del Padre Pacheco, Pedro y Susana su mujer, que lo fueron del hermano Gaspar; Juan Naisen, su mujer y su hijo Luis, del Padre Zola; Juan Tanaca y su mujer Catalina, del Padre de Torres. Desde luego tuvieron que sostener, especialmente las mujeres, crueles combates para conservarse en la fé. En obsequio de la brevedad no entraré en detalles sobre los tratamientos bárbaros que sufrieron; bastará decir que Susana fué suspendida de los cabellos en un árbol, y espuesta á los insultos del populacho, por espacio de ocho horas; que despues juntamente con Mónica y Catalina, padeció muchas veces el tormento horrible de la agua; y que sus hijos fueron maltratados á presencia suya, lo mismo que sus domésticos; sin embargo de todo esto, permanecieron inquebrantables en su fé, y fueron al fin encerrados con sus maridos en una espantosa prision. El estado de Mancio, ya medio consumido por la tisis empeoró de tal suerte á consecuencia de los maltratos que sufría, que al fin de Enero tenia el cuerpo hinchado y padecía dolores continuos muy grandes: Sus parientes que

eran personas principales de Ximabara, pidieron muchas veces al gobernador, ofreciendo en garantía sus cabezas, que saliese de la prision, para que pudiera cuilarse en otra parte: pero el bárbaro se negó siempre y aun añadió que dejaría el cadáver en la prision para que se pudriese entre los prisioneros, y estos tuviesen que sufrir su vista y su infeccion. El día 8 de Julio espiró dulcemente el santo hombre á media noche, en tiernos coloquios con Dios, lleno de alegría y rodeado de sus compañeros que le sostenian con sus pláticas piadosas y cantando las oraciones de la Iglesia.

Tres días despues fueron llevados á la ribera los otros sentenciados, para conducirles á Nangasaki, en cuya travesia iban cantando salmos y las letanias. Desembarcaron á legua y media de Nangasaki y allí pasaron la noche, consagrándola á prepararse para el martirio, continuando su marcha desde la aurora del día 12 de Julio. Todos iban á caballo, con sus rosarios en la mano y cantando cánticos sagrados: un soldado llevaba en brazos al niño Luis que apenas tenía seis años, y otros dos llevaban en una tabla el cadáver de Mancio, pues los indignos mandarines quisieron que el cadáver fuese llevado á Nangasaki, para atarle á su poste como si estuviera vivo, y quemarle con los demas.

Los confesores de la fé, llegaron por el lado del mar, al lugar de las ejecuciones, cantando las letanias; y atravesando entre una multitud de gente que habia ocurrido á verles, entraron al cerco ó palizada. Los hombres condenados al fuego, fueron á abrazar tiernamente los postes en que debian ser atados; y las mujeres, sentenciadas á la decapitacion se arrodillaron ante ellos y oraron en silencio. El soldado que llevaba en los brazos al niño Luis, le puso en

tierra, y el niño que aun no comprendia lo que se preparaba para los suyos y para él mismo, corrió hácia Mónica su madre para hacerle caricias. Esta, temiendo que su valor flaquease á la vista de su hijo, le rechazó dulcemente con la mano, sin siquiera mirarle, y entonces el niño entristecido se volvió hácia el soldado. Pero Juan, su padre, desde el poste en que estaba ligado, le dijo con un rostro amable: "Luis, consuélate; pronto los tres estaremos en el paraíso." Los padres y madres se despidieron mutuamente, y luego los verdugos sacaron sus sables, y de un solo golpe cortaron la cabeza de Catalina, de Susana y de Mónica, que la presentaron con intrepidez; Luis, que comenzó á llorar y sollorar al ver morir á su madre, fué inmediatamente decapitado. Todos los asistentes penetrados de compasion derramaban lágrimas, mientras que los cuatro héroes cristianos, atados á los postes, en alta voz bendecian á Dios por este triunfo, llamaban bienaventuradas mil veces á esas almas, y les rogaban que les alcanzasen del cielo un valor igual, para que pronto fuesen á reunirse con ellas.

Entonces los verdugos prendieron fuego á la hoguera, y los mártires elevaron al cielo los ojos y el corazon. El eruel Feizo habia hecho mojar en la mar la leña para que dificilmente ardiese, y que así el suplicio fuese mas lento y doloroso. Una espesa humareda se levantó desde luego y ocultó á las victimas, pero se oia que bendecian á Dios: en seguida brotó el fuego, las llamas se elevaron y ya las cuerdas que ataban á Juan Tanaca se habian quemado, cuando Dios hizo brillar un milagro de su poder en ese hombre anciano, pobre, nacido en un país salvaje, y cuya ciencia se limitaba á las verdades saludables que los Padres le habian enseñado, especialmente el Padre de Torres que se alojaba en su casa. Juan, vién-

dose desatado del poste, atravesó las llamas que le quemaban por todos lados, y fué á abrazar el cuerpo de Mancio, muerto en la prision cuatro dias antes que la rabia de los perseguidores le hiciesen consumir en la hoguera: despues se dirigió á Matías, hermano de Mancio, á Pedro y á Juan Naisen que aun estaban vivos, y parado delante de cada uno, se inclina en señal de respeto, y devotamente les besa las manos. Y como si él estuviera quemado solo por el fuego del amor divino, parecia lleno de gozo á vista del valor heróico de sus compañeros, y les admiraba y decia al acercarse á ellos: "Oh! qué rostro tan alegre! ¡cuán bello es!" La multitud que se apiñaba, quedó sorprendida con un prodigio tan extraordinario, y todos, aun los mismos paganos, daban gritos de admiracion. Solo Feizo, ese apóstata indigno rebozaba en rabia. El santo anciano luego que acabó de saludar y de abrazar tiernamente á sus cuatro compañeros, volvió á su poste, le abrazó estrechamente en señal de su grande afecto, y permaneció así inmóble, hasta que juntamente con él cayó tendido en tierra. No volvió á hablar, y quedó hasta exhalar el último suspiro, con los brazos y los ojos elevados al cielo. Sus compañeros inmóbles entre las llamas, y con una admirable serenidad en el rostro, espiraron uno despues de otro. De esta suerte los nueve fueron al cielo á abrazar á los nueve religiosos quemados en el mismo lugar veintidos dias antes, y de quienes fueron discípulos y favorecedores. De nuevo se aumentó el combustible de la hoguera para reducirles á cenizas, las que fueron dispersadas en alta mar.

CAPITULO XXVI.

El bienaventurado Padre Luis Beltran y dos hermanos legos de la Orden de Santo Domingo, quemados en Omura el 29 de Julio de 1627.

Creciendo la persecucion cada dia, los obreros evangélicos, reducidos á un pequeño número, y ocupados en sostener esta afligida cristiandad, no tuvieron ni tiempo, ni oportunidad de enviar á Europa unas relaciones pormenorizadas sobre los martirios que se sucedian continuamente. Por tanto, de aquí adelante, deberemos contentarnos con lo que se depuso en los procesos verbales apostólicos.

En primer lugar, encontramos por el año de 1627, tres religiosos dominicos: el Padre Luis Beltran, sacerdote, y dos hermanos legos, Mancio de Santa Cruz, y Pedro de Santa María. Tan pronto como se les descubrió fueron encerrados en una estrecha prision, donde tuvieron mucho que sufrir, durante casi un año, esperando la muerte á cada hora. Llegó por fin el 29 de Julio de 1627, y en él murieron quemados en Omura, con un valor que glorificó la ley santa que habian propagado, con largos y penosos trabajos.

Mancio y Pedro eran del Japon, fervorosos catequistas de los Padres dominicos con quienes siempre habian vivido, mereciendo por sus servicios que les admitiesen en su Orden.

El bienaventurado Padre Luis Beltran, sobrino del Santo Apóstol de la América del Sur, nació en Barcelona, en donde le admitieron los religiosos de Santo Domingo Marchando sobre las huellas de su santo pariente, abandonó la España, fué á las Filipinas,

y con grandes instancias obtuvo la mision difícil del Japon, alcanzando allí la corona del martirio que tanto deseaba. No se sabe cómo los cristianos pudieron sacar del Japon su venerable cabeza, y trasladarla á España donde Dios quiso glorificarla obrando por su medio gracias milagrosas.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XXVII.

Siete cristianos quemados y ocho decapitados en Nangasaki, el dia 17 de Agosto de 1627.

Aun no habia pasado un mes, cuando el 17 de Agosto, tres religiosos franciscanos y doce seglares del Japon, unos terceros de San Francisco, y otros de Santo Domingo, recibieron la palma del martirio. Estos fueron Francisco Curobioie, Cayo Yemon, que algunos le creyeron natural de Corea, confundiéndole, sin duda, con otro Cayo de quien ya hemos hablado; pero mas comunmente y con mas razon se asegura que fué de las Islas Amanguchi; Magdalena Kiota, viuda, de sangre real, de D. Francisco de Bungo, y Francisca, tambien viuda, de muy santa vida. Los terceros de San Francisco son, Gaspar Vaz y Maria su mujer, Tomás Vo, Francisco Cufioie, Lucas Kiemon, Luis Matzuo, Martin Gomez y Miguel Kiraemon, que fué familiar de D. Luis Cerqueira, obispo del Japon.

D Todos, cristianos de antigua data y de mucho fervor, fueron aprehendidos, encareelados y condenados á muerte por haber hospedado á los Padres y rehusado conservar la vida, renegando de la fé. Siete

fueron quemados vivos, á saber: el B. Padre Francisco de Santa Maria, con los dos hermanos legos Bartolomé y Antonio, Francisco Cufioie, Gaspar Vaz, Magdalena Kiosa y Francisca; los otros fueron degollados.

Tenemos algunas noticias mas particulares sobre los tres religiosos. El B. Padre Francisco de Santa Maria nació en España, en la provincia de la Mancha. Siendo muy jóven entró á la Orden de San Francisco é hizo su profesion en la provincia de San José: ordenado de sacerdote é inflamado de celo por la conversion de las almas, en 1609 partió para las Filipinas, donde permaneció trece años, ocupado en el ministerio apostólico y en el estudio de los idiomas de aquellas comarcas. En 1622 penetró en el Japon, cuando la persecucion era mas fuerte que nunca, y estuvo allí cuatro años, en medio de continuos peligros, hasta que fué aprehendido en casa de Gaspar y Maria Vaz.

Su compañero, inseparable por muchos años, el bienaventurado Bartolomé Laurel, tomó el hábito en la flor de su edad, y profesó la regla de San Francisco en México su patria: siguió luego al B. Padre Francisco á Manila, y después al Japon, empleándose, segun su clase, en disponer á los fieles para la recepcion de los sacramentos, y á los paganos para que abrazasen la fé: fué para todos un ejemplar admirable de humildad, de mortificacion y de celo.

El bienaventurado Antonio de San Francisco, japonés, sirvió por mucho tiempo á los Padres franciscanos en el empleo de catequista. No estaba presente cuando fueron aprehendidos los otros; pero tan luego como lo supo, él mismo se presentó al gobernador, declarando que era su compañero y que estaba pronto á dar la vida por la defensa de la fé. Fué

y con grandes instancias obtuvo la mision difícil del Japon, alcanzando allí la corona del martirio que tanto deseaba. No se sabe cómo los cristianos pudieron sacar del Japon su venerable cabeza, y trasladarla á España donde Dios quiso glorificarla obrando por su medio gracias milagrosas.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XXVII.

Siete cristianos quemados y ocho decapitados en Nangasaki, el dia 17 de Agosto de 1627.

Aun no habia pasado un mes, cuando el 17 de Agosto, tres religiosos franciscanos y doce seglares del Japon, unos terceros de San Francisco, y otros de Santo Domingo, recibieron la palma del martirio. Estos fueron Francisco Curobioie, Cayo Yemon, que algunos le creyeron natural de Corea, confundiéndole, sin duda, con otro Cayo de quien ya hemos hablado; pero mas comunmente y con mas razon se asegura que fué de las Islas Amanguchi; Magdalena Kiota, viuda, de sangre real, de D. Francisco de Bungo, y Francisca, tambien viuda, de muy santa vida. Los terceros de San Francisco son, Gaspar Vaz y Maria su mujer, Tomás Vo, Francisco Cufioie, Lucas Kiemon, Luis Matzuo, Martin Gomez y Miguel Kiraiemon, que fué familiar de D. Luis Cerqueira, obispo del Japon.

D Todos, cristianos de antigua data y de mucho fervor, fueron aprehendidos, encareelados y condenados á muerte por haber hospedado á los Padres y rehusado conservar la vida, renegando de la fé. Siete

fueron quemados vivos, á saber: el B. Padre Francisco de Santa Maria, con los dos hermanos legos Bartolomé y Antonio, Francisco Cufioie, Gaspar Vaz, Magdalena Kiosa y Francisca; los otros fueron degollados.

Tenemos algunas noticias mas particulares sobre los tres religiosos. El B. Padre Francisco de Santa Maria nació en España, en la provincia de la Mancha. Siendo muy jóven entró á la Orden de San Francisco é hizo su profesion en la provincia de San José: ordenado de sacerdote é inflamado de celo por la conversion de las almas, en 1609 partió para las Filipinas, donde permaneció trece años, ocupado en el ministerio apostólico y en el estudio de los idiomas de aquellas comarcas. En 1622 penetró en el Japon, cuando la persecucion era mas fuerte que nunca, y estuvo allí cuatro años, en medio de continuos peligros, hasta que fué aprehendido en casa de Gaspar y Maria Vaz.

Su compañero, inseparable por muchos años, el bienaventurado Bartolomé Laurel, tomó el hábito en la flor de su edad, y profesó la regla de San Francisco en México su patria: siguió luego al B. Padre Francisco á Manila, y después al Japon, empleándose, segun su clase, en disponer á los fieles para la recepcion de los sacramentos, y á los paganos para que abrazasen la fé: fué para todos un ejemplar admirable de humildad, de mortificacion y de celo.

El bienaventurado Antonio de San Francisco, japonés, sirvió por mucho tiempo á los Padres franciscanos en el empleo de catequista. No estaba presente cuando fueron aprehendidos los otros; pero tan luego como lo supo, él mismo se presentó al gobernador, declarando que era su compañero y que estaba pronto á dar la vida por la defensa de la fé. Fué

preso, y así consiguió lo que tanto deseaba, tener el consuelo de que le recibieran en la Orden como hermano lego, y hacer su profesion antes de ser martirizado. (*)

CAPITULO XXVIII.

Son quemados en Nangasaki el 7 de Setiembre de 1627, el B. Padre Tomás Tzugi, jesuita, y otros dos seglares.

El 7 de Setiembre tuvo lugar la feliz muerte del Padre Tomás Tzugi, de la Compañía de Jesus, y de sus dos huéspedes. El Padre Tomás nació de una familia noble, en Sonongai, territorio de Omura; fué educado desde su mas tierna edad en el Seminario de Arima, y en 1589 se consagró al Señor en la Compañía de Jesus. Llegó á ser un excelente predicador, y en su idioma, superior á cualquiera otro: espulsado con otros misioneros en 1614, se retiró á Macao; pero despues de cuatro años de destierro, volvió al Japon, en hábito de comerciante, y comenzó sus obras de celo, pero permaneciendo oculto, como entonces era indispensable: se disfrazaba de diversas maneras para engañar las miradas de los enemigos de la religion, y lo mas frecuentemente era bajo el vestido de esportillero, llevando sobre el cuello un gran tercio de leña, y así iba á diferentes partes, segun lo exigian las necesidades de las almas; pero creciendo mas y mas la persecucion, se desalentó al extremo de pedir con importunidad su salida de la Orden. Dios permitió este momento de olvido para humi-

(*) Proceso apostólico.

llarle á sus propios ojos, y en seguida glorificarle mas; pues el mismo dia en que se le relevó de los votos, por evitar un mal mayor, volvió súbitamente en si, é hizo las mas apremiantes instancias para ser admitido de nuevo en la Compañía. Los superiores que no tenian que reprocharle, sino era esta debilidad, le sometieron luego á largas pruebas que él sufrió, esponiéndose con valor á todos los peligros, y en consecuencia le permitieron que renovase sus votos de religion.

El Padre Tzugi habia sido invitado por Luis Maqui, excelente cristiano de Nangasaki, á que celebrase en su casa la fiesta de Santa María Magdalena; pero apenas habia terminado el santo sacrificio, cuando el apóstata Feizo que lo habia sospechado, envió á sus satélites para aprehenderle. Preguntado quién era, de dónde venia, y para qué, respondió, yo soy Tomás Tzugi, religioso de la Compañía de Jesus, y esto podeis saberlo por toda la poblacion de la ciudad, que por muchos años me ha oido predicar la fé cristiana: y ademas, aun estoy pronto á sostener con el precio de mi sangre la verdad que fielmente he predicado. El apóstata, que muchas ocasiones habia sido uno de sus oyentes, le reconoció, y sin querer saber mas, le mandó á la prision de Omura. Su firmeza tuvo ocasion de manifestarse mejor, resistiendo los violentos asaltos de sus parientes renegados, que con frecuencia le ofrecieron el antiguo patrimonio de sus abuelos, con tal que renegase de la fé cristiana.

Despues de trece meses de prision, fué llevado de nuevo á Nangasaki, y sentenciado al fuego juntamente con Luis Maqui, en cuya casa fué aprehendido, y con Juan su hijo adoptivo. En el tránsito predicaba al pueblo con un fervor extraordinario: desde el poste en que se le ató, se volvió hácia sus dos compa-

ñeros, y para justificarles en esta última prueba, les habló de las ignominias y de los dolores de Jesucristo de una manera tan espresiva, que Feizo, que le veía sin oírle, no dudó decir: "He aquí cómo encanta el alma de sus compañeros, refiriéndoles la pasión de Jesucristo." Cuando la hoguera fué encendida, bendijo á los dos, y luego recogióse en sí mismo, levantó los ojos al cielo con un semblante lleno de serenidad. En silencio oraba, y mientras ardía no hizo movimiento alguno; pero sintiéndose cercano á espirar, cantó el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y al concluirlo espiró, cayendo de espaldas en la tierra. En este momento, Luis Martínez de Figueredo y otros europeos y japoneses, presenciaron un hecho maravilloso, que en los procesos verbales certificaron con juramento y fué, que el pecho del Padre Tomás permanecía intacto, cuando todo el resto del cuerpo era consumido mas y mas por el fuego; que despues él por sí solo se abrió, y que se desprendía del mismo pecho una llama de tres palmos de altura, cuya belleza y transparencia excedía á la de cualquiera otra llama conocida, pues parecia un hermoso rubí. Estas son sus propias palabras. Martínez hizo que los asistentes la observasen, porque duró el espacio que se emplea en rezar tres veces el *Credo*, y todos la consideraron como una cosa sobrenatural. El Padre Tomás murió el 7 de Setiembre de 1627, siendo poco mas de cincuenta y siete años.

CAPITULO XXIX.

Doce confesores de la fé quemados y diez decapitados en Nangasaki, el día 8 de Setiembre de 1628.

En el año de 1628, Bungodono, rey de Omura, cambió de sentimientos respecto de los cristianos, y llegando á ser uno de los mas crueles perseguidores, hizo una carnicería horrible. Doce son las primeras victimas que encontramos y que fueron quemadas en Nangasaki el día 8 de Setiembre. Dos eran religiosos dominicos, y tres franciscanos. El mismo día y en el mismo lugar fueron decapitados otros diez, entre los que se hallaban seis niños de siete, cinco y dos años, todos huéspedes y domésticos de los Padres, y afiliados en el Tercer Orden de Santo Domingo y San Francisco.

El jefe de este glorioso ejército fué el bienaventurado Padre Domingo Castellet, vicario provincial de los Padres dominicos en el Japon. El día 7 de Octubre de 1592 nació en Esparraguera en Cataluña, y habiendo tomado el hábito religioso en Barcelona, hizo su profesion en 1608. Fué preso en Nangasaki el 5 de Junio de 1628, en la casa de Luisa, mujer muy piadosa, de edad de ochenta años, y fué conducido con los demas confesores á la prision de Omura. He aquí la carta que pocos días despues escribió á Eduardo Correra, portugués: "Bendito sea Dios que se acordó de mí en sus misericordias, y sacándome del mundo me trajo á esta santa prision, que han habitado tantos electos. Plegue á la Magestad divina, que les ha sacado de ella para recibirles en el cielo, concederme la gracia de ir pronto á regocijarme con ellos. Rogad á Dios por mí, y dadle gracias por el

grande favor que me ha concedido: yo estoy contento, muy contento.—Prision de Omura y Junio 20 de 1628.”

El siervo de Dios comunicó el fervor que le animaba á sus compañeros de cautividad, y les ejercitaba en obras santas, preparándoles para el gran sacrificio de su vida. En el camino de Omura á Nangasaki donde debia ser ejecutado, no cesa de predicar la fé de Jesucristo; y como al acercarse al lugar del suplicio hubiese visto á Eduardo Carrera, que parado al pié de un árbol estaba llorando lleno de dolor, le dijo en alta voz: “Amigo mio, no lloreis: nosotros vamos al cielo, rogad á Dios por mí.” Despues mojó un lienzo en la sangre de uno de sus compañeros, que habia sido ya decapitado, y mostrándolo al pueblo, le colocó respetuosamente sobre su cabeza y dijo: “He aquí la escala para subir al cielo.” Luego, desde el poste en que estaba atado, se dirigió hacia el presidente idólatra, y le citó, lo mismo que al emperador, para el tribunal de Dios, Supremo Juez, para que en él diesen cuenta de su injusticia. Incontinenti, murió en las llamas con una gran constancia. Dos hermanos legos de la misma Orden fueron quemados con él; el hermano Tomás de San Jacinto, que nació en 1598, y el hermano Antonio de Santo Domingo, nacido en 1608, ambos del Japon, y que le habian ayudado á trabajar en la salud de las almas.

Los dos religiosos franciscanos fueron los bienaventurados Antonio de San Buenaventura y Domingo de Nangasaki. Este era catequista, y no se hallaba presente cuando fué preso el B. Padre Antonio; pero lleno de un ardiente deseo de morir por Jesucristo, se presentó á los mandarines, y se declaró cristiano y compañero del Padre Antonio, cuya valerosa conducta le mereció la palma del martirio. En

la prision misma fué admitido á la Orden y pronunció sus votos.

El B. Padre Antonio de San Buenaventura nació el año de 1588, en Tuy en la Galicia. Despues de haber terminado sus estudios de filosofia en la Universidad de Salamanca, entró á la Orden de S. Francisco en la Provincia de S. Pablo, y profesó en 14 de Julio de 1615. Pasó luego á las Filipinas con otros cincuenta y seis religiosos, y allí continuó sus estudios teológicos y se ordenó de sacerdote: en 1618 pasó al Japon, y por espacio de diez años consecutivos se dedicó á la predicacion de la fé cristiana. He aquí el testimonio que sobre ese particular dió un superior del Padre Antonio: “Antonio de San Buenaventura era un obrero infatigable que ganó muchas almas para Dios: trabajaba día y noche confesando, predicando y convirtiendo apóstatas, logrando levantar de su caída en poco tiempo á mas de dos mil, entre los que preparó para el martirio á un buen número. Su sentencia la abrazó con alegría, y en un momento de transporte esclamo: ¡oh Jesus mio, ahora ya sé que soy vuestro, y que muy pronto voy á veros y ser feliz en vuestra gloria! Murió de cuarenta años.”

Nombraremos tambien como dignos de una particular mencion, entre los seglares, á Juan Tomaki, que con una fuerza de alma increíble vió morir á sus ojos, á cuatro hijos, Domingo, de diez y seis años, Miguel, de trece, Tomás, de diez, y Pablo de siete, cuyas cabezas fueron arrojadas á la hoguera en que iba á ser quemado; y Lucía de ochenta años de edad, que superior á la debilidad de sus años y de su sexo, dió señales de un valor sobrehumano. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XXX.

Tres terceros de Santo Domingo decapitados en Nangasaki, el día 16 de Setiembre de 1628.

Ocho dias despues, el 16 de Setiembre, fueron decapitados tambien en Nangasaki, Miguel y Pablo Fimonoia y Domingo Xobioie, afiliados en el Tercer Orden de Santo Domingo. No teniendo ningunos pormenores sobre su vida, nos contentaremos con referir aqui lo que Gerónimo Diaz de Barreda ha de puesto sobre el particular en los procesos verbales de Macao. "El testigo dice saber de ciencia cierta, que los mártires Miguel y Pablo Fimonoia y Domingo Xobioie, hermanos del Tercer Orden de Santo Domingo, fueron decapitados por orden del emperador del Japon, en odio de la fé de Jesucristo, de los cristianos que la profesan, de los religiosos que la predicán, y de todo el que les ayude á ese objeto, como lo hacian los referidos siervos de Dios con los sacerdotes de Santo Domingo en la cristiandad del Japon. Añade, ademas, que fueron martirizados en la ciudad de Nangasaki el día 16 de Setiembre de 1628, y declara saber estas cosas de una manera cierta, porque este martirio de los tres siervos de Dios era muy público en esta ciudad, así como tambien en la cristiandad del Japon; y que tambien se habia hecho notorio en Macao, porque muchos hombres honorables, tanto portugueses como del Japon, que fueron testigos del martirio, referian públicamente que el emperador les hizo cortar la cabeza por odio á la ley de Jesucristo. Ademas, se han divulgado unas relaciones impresas de su martirio, que son muy ciertas, y se han recibido en esta ciudad cartas de religiosos

respetables, escritas del Japon, en que refieren la muerte de los tres siervos de Dios, de la manera que se ha dicho."

Los otros testigos oculares han hecho deposiciones en todo conformes á esta.

CAPITULO XXXI.

Miguel Nacaxima, jesuita, recibe la corona de mártir con nuevos y horribles tormentos el 25 de Diciembre de 1628.

El año de 1628 terminó con el memorable martirio de Miguel Nacaxima, de la Compañía de Jesus, y natural de Maciai en el reino de Fungo. Siendo de once años, le instruyó y bautizó el Padre Juan Bautista Baeza, apóstol de este reino. Miguel hizo voto de perpetua castidad, y desde entonces entabló una vida señalada cada día con nuevos progresos en la perfeccion cristiana. Por espacio de doce años tuvo en su casa oculto al Padre Baeza que le habia engendrado en Jesucristo, y alcanzó que le reemplazase el Padre Manuel Borgés: de noche, él mismo conducia á los fieles para que les pudiese administrar los Sacramentos. Su deseo único era derramar su sangre por la fé, y cuando se le instaba á renunciar este deseo, respondia ofreciendo su cuello á la hacha del verdugo: empero Dios le reservaba una muerte todavía mas gloriosa.

La Compañía de Jesus desde luego debia abrirle su seno para satisfacer á sus reiteradas instancias y para pagarle las grandes obligaciones que le debia. El Padre Mateo Curos, sucesor del Padre Pacheco en

el cargo de vice-provincial, fué quien le recibió en la Orden.

El mes de Agosto de 1627, los mandarines de Nangasaki, sospechando que Miguel daba asilo á los Padres, le mandaron permanecer prisionero en su misma casa; y durante un año largo que no salió de ella, llevaba una vida muy penosa. Llegado que fué el 3 de Setiembre de 1628, cinco días antes que fuesen quemados los doce mártires de quienes ya hicimos mención, se le pidió alguna leña para la hoguera, pues es un uso del país el dar, cuando lo manda la autoridad, algunas cargas de leña que sirven para quemar á los sentenciados. Nuestro generoso cristiano se negó abiertamente á dar ni una espina, que contribuyese á la injusta muerte de los siervos de Dios, cuya vida, decía, quisiera salvar al precio de su propia sangre. Cavaei, á quien se refirió esta respuesta, le hizo notificar al momento, que antes de la noche saliese con todos los suyos, y fuese á vivir á las montañas y entre los bosques. Salieron en efecto, pero no permanecieron fuera mas que una sola noche, pues un empleado de justicia corrió á buscarles á la madrugada del día siguiente, y muy pronto todos fueron enviados á Ximabara.

Aquí, el gobernador Tanga Mondo se valió de mil arbitrios para pervertir á Miguel: no pudiendo lograrlo, le hizo desnudar y apalear á golpes de baston por los soldados que le molieron todo el cuerpo; y como él invocaba el nombre de Jesus, le metieron una piedra en la boca. De esta suerte le tuvieron espuesto á los rayos del sol, apremiándole frecuentemente á que apostatase, pero él les respondia: "Vosotros haréis un picadillo de mi carne y de mis huesos y me arrancareis el alma del cuerpo, antes que sacarme de la boca tan horrible palabra." Entonces ensayaron

el tormento del agua: le tendieron sobre su espalda, le cerraron cuidadosamente la boca y le aplicaron á las narices un embudo, por el que le introdujeron ocho grandes vasijas de agua; cuando ya no pudo contener mas, un verdugo saltó sobre el vientre de la víctima, y oprimiéndole fuertemente con los piés, le hacia arrojar el agua con tanto ímpetu, que arrojaba sangre con abundancia. Muchas veces sometieron á este horrible suplicio al valeroso mártir. "Al día siguiente, le escribia al Padre Manuel Borges, comenzaron de nuevo á atormentarme con el agua, y despues me dejaron tirado en la tierra, en donde recibí una grande y evidente gracia del Señor. Como sufría yo mucho con el ardor del sol, que me parecia excesivo, hice á Dios esta súplica: "Señor, este sol es criatura vuestra, en todo sujeta á vuestra voluntad; yo os suplico me liberteis de su grande ardor." Hecha esta oración, repentinamente el aire se oscureció sobre mí, y la sombra que produjo no pasó del lugar donde yo estaba; al mismo tiempo sopló un aire fresco que me permitió respirar y me reanimó enteramente. ¡Que Dios sea bendito en su infinita misericordia!" En otra carta dice: "Mientras que yo sufría en estos días muy crueles dolores, unos cristianos me decian, que Dios me los hacia gustar como una señal de los tormentos que me quedaban por sufrir, y yo lo creí así. Cuando los dolores redoblaban su intensidad, recurri á la Virgen Nuestra Señora, implorando su intercesion, y al instante cesaron los dolores. Por tanto, al considerar estas grandes misericordias del Señor, veo claramente que padecer estos dolores y no rendirme, ha sido un efecto de su gracia y no de mis propias fuerzas."

Tanta constancia, muy lejos de suavizar el furor de los perseguidores, le irritaba mas: condenaron á

Miguel á un nuevo género de muerte de los mas crueles. Le esplicaremos en pocas palabras, por no haberle explicado antes. A distancia de algunas leguas de Arima se eleva una montaña, llamada Ugen, cuya altura se divide en tres ó cuatro largas cimas, que forman una garganta profunda, espantosa y toda calcinada por el fuego subterráneo. En muchos puntos de este suelo maldito se ven saltar manantiales de ardientes aguas, que exhalan un insoportable olor de azufre. El horror de este lugar, su calor y su detestable pestilencia, hace que los aldeanos le llamen Gliingoen, es decir, boca del infierno. Cerca de diez y ocho años hacia que se habia abierto una nueva boca, mucho mas grande que las otras, redonda y de un diámetro de cinco á seis pasos, á la que sobre todo le convenia el nombre de boca del infierno. El agua sulfurosa de que está llena es tan caliente, que se oyé el estrépito con que hierva, y se ve el vapor que despide á una grande altura; y tan espantoso es verla y oír su ruido, como doloroso respirar sus exhalaciones. Pues lo que jamas se habia ideado para castigar á ningun criminal, lo idearon los perseguidores; esto es, determinaron usar de esta agua para atormentar á los confesores de la fé. Uno de los primeros en quien se hizo la prueba fué el Padre Miguel Nacaxima, que murió alli con un valor heróico. El 24 de Setiembre se mandó que le condujesen á Ugen, probando por última vez el pervertirle, tanto con instancias, como con amenazas: no logrando nada con las palabras, los verdugos volvieron por tercera ocasion á atormentarle con el suplicio del agua; despues le condujeron á uno de los manantiales de agua de azufre, que corria en una fuente demasiado grande, pero de tan poca profundidad, que el agua solo se elevaba un palmo. El verdugo ató

una cuerda á las manos del hermano Miguel y le mandó que con los piés desnudos pasase de un borde al otro, por enmedio de la fosa. El valeroso mártir entró sin vacilar, y con paso tranquilo avanza, como si hubiera entrado alli por placer. El verdugo mismo estaba estupefacto ante esa fuerza de alma, viendo que la piel viva se le desprendia de los piés, como se desprende el calzado. Tiró de la cuerda para impedir que la víctima fuese mas lejos, y apenas pudo hacer que el hermano Miguel volviese andando: entonces se le condujo á otro manantial cuya fuente fuese mas profunda, y colocado á la orilla, se le desnudó y el verdugo comenzó á derramar con una especie de cuchara sobre todo su cuerpo, esa agua ardiente que arrancaba las carnes, y así le estuvo quemando poco á poco hasta que todo el cuerpo era una sola llaga, esceptuando la cabeza que no recibió agua alguna. El mártir se puso tan desmesuradamente hinchado y tan exhausto de fuerzas, que no podia dar dos pasos: los verdugos le llevaron sobre unas angarillas, y le tendieron sobre una poca de paja; pero como estaba desnudo hasta de la piel y era tiempo de invierno, el frio glacial de la noche le hizo sufrir tanto como las ardientes aguas.

Salió el sol el 25 de Diciembre, y cerca de las ocho de la mañana llevaron al confesor de la fé á la orilla de la gran boca que llaman boca del infierno. Entonces el verdugo tomó un vaso mucho mas grande y comenzó á echarle agua en la cabeza, que corria por todo lo largo del cuerpo. Era un espectáculo horrible ver el destrozo que el agua hacia en la carne; pero aun era mas admirable todavia la invencible firmeza de este heróico mártir, que sufrió el tormento por espacio de dos horas, sin agitarse un momento, sin exhalar un gemido, y solamente invo-

cando con ternura á Jesus y María, hasta que espiró. Tenia cuarenta y cinco años de edad. (*)

CAPITULO XXXII.

Gran número de mártires sacrificados en cuatro años, entre los que habia seis japoneses del Tercer Orden de San Agustin, decapitados el 28 de Setiembre de 1630.

Se cuentan mas de trescientos confesores de Jesucristo, martirizados en los cuatro años que mediaron de principios de 1629 á fines de 1632. Pero solo nos resta referir los dos martirios que terminan los procesos verbales apostólicos de Manila y Macao, pues para los demas no hubo los testigos suficientes. El primer martirio tuvo lugar el 30 de Setiembre de 1630, en el que vemos el triunfo de seis valerosos cristianos japoneses, catequistas, huéspedes y domésticos de los Padres de San Agustin, y que pertenecian al Tercer Orden de su regla.

He aquí lo que bajo la fé del juramento depuso un testigo respecto de todos ellos: "Preguntado el testigo si conocia á Juan Cocumbuco, catequista del Padre Bartolomé Gutierrez, á Pedro y Tomás Cufioie, á Lorenzo Xizo, á Miguel Kinoxí y á Mancio Xizoiemon, hermanos terceros de San Agustin, respondió: que estuvo presente á su martirio y les vió decapitar á todos. Además, añade, que fueron apresados en Nangasaki, porque ayudaban á los Padres en la predicacion evangélica; y que como los siervos de Dios no cesasen de predicar cuando iban al suplicio, vió

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 117.

que les pusieron en la boca unas cuerdas á manera de freno, para que ya no pudiesen hablar." Otro testigo declaró, "que él mismo habia sido encargado por el Padre Bartolomé Gutierrez de llevar á los referidos mártires á la misma prision el hábito de terceros de San Agustin, y que en seguida les vió decapitar, revestidos ya con sus hábitos. (*)

CAPITULO XXXIII.

Tres sacerdotes de San Agustin, uno de la Compañía de Jesus, un hermano lego de San Francisco y un sacerdote secular del Tercer Orden, atormentados primero por las aguas ardientes del monte Ungen, y despues quemados vivos en Nangasaki el día 8 de Setiembre de 1632.

Hacia el fin de Julio de 1629, Takimaga Uneme desembarcó en el puerto de Nangasaki, enviado por el emperador con los mas amplios poderes para reemplazar á Cavaci en la presidencia de Ximo, es decir, de todas las provincias meridionales del Japon. Gobernaba una parte del reino de Bungo, y es necesario colocarle en 1614, entre los mas grandes perseguidores de esta cristiandad. Escitado por su crueldad natural y por las órdenes espresas del emperador, desde que saltó á tierra se propuso destruir enteramente la fé cristiana, no solamente en Nangasaki, sino en todos los países vecinos. Lo primero que hizo fué, mandar comparecer á su tribunal treinta hombres y veintisiete mujeres, y despues de haberles

(*) Proceso apostólico de Manila y Macao.

cando con ternura á Jesus y María, hasta que espiró. Tenia cuarenta y cinco años de edad. (*)

CAPITULO XXXII.

Gran número de mártires sacrificados en cuatro años, entre los que habia seis japoneses del Tercer Orden de San Agustin, decapitados el 28 de Setiembre de 1630.

Se cuentan mas de trescientos confesores de Jesucristo, martirizados en los cuatro años que mediaron de principios de 1629 á fines de 1632. Pero solo nos resta referir los dos martirios que terminan los procesos verbales apostólicos de Manila y Macao, pues para los demas no hubo los testigos suficientes. El primer martirio tuvo lugar el 30 de Setiembre de 1630, en el que vemos el triunfo de seis valerosos cristianos japoneses, catequistas, huéspedes y domésticos de los Padres de San Agustin, y que pertenecian al Tercer Orden de su regla.

He aquí lo que bajo la fé del juramento depuso un testigo respecto de todos ellos: "Preguntado el testigo si conocia á Juan Cocumbuco, catequista del Padre Bartolomé Gutierrez, á Pedro y Tomás Cufioie, á Lorenzo Xizo, á Miguel Kinoxí y á Mancio Xizizoimon, hermanos terceros de San Agustin, respondió: que estuvo presente á su martirio y les vió decapitar á todos. Además, añade, que fueron apresados en Nangasaki, porque ayudaban á los Padres en la predicacion evangélica; y que como los siervos de Dios no cesasen de predicar cuando iban al suplicio, vió

(*) Bartoli, lib. IV. núm. 117.

que les pusieron en la boca unas cuerdas á manera de freno, para que ya no pudiesen hablar." Otro testigo declaró, "que él mismo habia sido encargado por el Padre Bartolomé Gutierrez de llevar á los referidos mártires á la misma prision el hábito de terceros de San Agustin, y que en seguida les vió decapitar, revestidos ya con sus hábitos. (*)

CAPITULO XXXIII.

Tres sacerdotes de San Agustin, uno de la Compañía de Jesus, un hermano lego de San Francisco y un sacerdote secular del Tercer Orden, atormentados primero por las aguas ardientes del monte Ungen, y despues quemados vivos en Nangasaki el día 8 de Setiembre de 1632.

Hacia el fin de Julio de 1629, Takimaga Uneme desembarcó en el puerto de Nangasaki, enviado por el emperador con los mas amplios poderes para reemplazar á Cavaci en la presidencia de Ximo, es decir, de todas las provincias meridionales del Japon. Gobernaba una parte del reino de Bungo, y es necesario colocarle en 1614, entre los mas grandes perseguidores de esta cristiandad. Escitado por su crueldad natural y por las órdenes espresas del emperador, desde que saltó á tierra se propuso destruir enteramente la fé cristiana, no solamente en Nangasaki, sino en todos los países vecinos. Lo primero que hizo fué, mandar comparecer á su tribunal treinta hombres y veintisiete mujeres, y despues de haberles

(*) Proceso apostólico de Manila y Macao.

apremiado inútilmente con amenazas y promesas á renegar la fé, el dia 3 de Agosto les envió al monte Ugen, recomendando á los verdugos que les atormentasen sin piedad con las aguas hirvientes y con los rayos del sol, pero de manera que pudiesen quedar capaces de soportar tormentos mas grandes todavía. Las memorias que los diarios holandeses de esa época nos dan respecto de estos últimos mártires, dicen que se usó contra ellos, y sobre todo, contra las mujeres, de unos suplicios horribles, en los que hasta entonces jamas se había pensado. Estas fueron espuestas á los insultos del populacho, y para mas ignominia, se les hizo caminar á gatas como animales; fueron hundidas en grandes fuentes llenas de aguas y culebrás; se les quemaron los costados con hachas encendidas, se les quemó parte por parte de su cuerpo, y lentamente les penetraba el fuego hasta las entrañas. A los hombres, despues de haberles desgarrado las carnes con las aguas sulfurosas, les dejaron por la noche espuestos al vapor infesto de las aguas, que les tenian despiertos con sofocaciones penosas, hasta casi hacerles espirar. Muy pocos cristianos resistieron á estas bárbaras pruebas, lo mismo que muchos otros que fueron atormentados con la misma crueldad en Nangasaki y en los países cercanos.

Despues de este grande arresto que hundió á los fieles en un terror y timidez indecibles, Uneme fingió no ocuparse mas de los cristianos, ni de su religion, como si ya no quedaran restos de una y otros. Esto fué un ardid de este hombre astuto: quería inspirar confianza á los religiosos para que salieran de sus escondites, y volviesen al ejercicio de su ministerio; pero al mismo tiempo envió secretamente espías por todas partes, que debían estar de centinelas en todos los pasos y caminos, y observar el interior de

las casas, prometiéndoles una gran recompensa, si lograban aprehender á un religioso.

Y como cada piedra por decirlo así, ocultaba una serpiente, ya no era posible que los religiosos, cualquiera que fuese su prudencia y su disfraz, saliesen impunemente del lugar de su ocultacion. Entre cien que escapasen de los perseguidores, al menos uno ó dos debían caer en sus manos. Asi es que, muy pronto estuvieron en poder de Uneme cinco religiosos, tres de la Orden de San Agustin, el cuarto fué el Padre Antonio Ixida, jesuita, el quinto, el hermano Gabriel de la Magdalena, lego de San Francisco, al que en seguida se reunió el Padre Gerónimo de Torres, japonés, y tercero de San Francisco. El primero que cayó en el lazo fué el Padre Bartolomé Guierrez, agustino. Estaba retirado en Coga, situado en el reino de Arima; pero no teniendo absolutamente cosa alguna que comer envió á su sirviente á la ciudad para hacer las provisiones necesarias. En el camino le aprehendieron los espías y le llevaron ante el gobernador; fué puesto en el tormento que lo sufrió valerosamente, pero su huésped no lo hizo así, sino que inmediatamente confesó todo. Luego fué enviada una fuerza armada para aprehender al Padre Bartolomé; pero este habiendo sospechado lo que pasaba, huyó y fué á refugiarse al territorio de Isafai, donde no hallando quien quisiese darle hospitalidad, se ocultó en un bosque. Al fin fué descubierto y conducido á Nangasaki con su catequista Cocumbuco y su sirviente Miguel Kinoxi.

Pocos días despues se les asoció el Padre Antonio Ixida de la Compañía de Jesus, que desde el principio de Agosto durante la persecucion, habia permanecido en Nangasaki; y que al fin de Setiembre, considerando que ya no era necesaria su permanencia

allí, se fué á Omura para ver á los suyos. Cartas del Padre provincial, le llamaron muy pronto á Nangasaki para que confesase á un cristiano que estaba enfermo de peligro. El ocurrió con buena voluntad y aun con particular alegría, pues el corazón le avisaba que Dios quería que fuese preso en esta vez. Se estuvo cinco dias en esta ciudad, porque otros enfermos igualmente graves reclamaban sus cuidados. A esta sazón fué preso el Padre Gutierrez, y con este motivo, el cristiano que hospedaba al Padre Antonio, quedó tan espantado que le suplicó fuese á ocultarse á otra parte. El Padre Antonio pasó la noche siguiente en casa de Jacobo Nacaxima, hermano del bienaventurado mártir Miguel, que sabiendo que el Padre había sido despedido de la casa primera, inmediatamente le trajo á su propia casa. “La mañana del día siguiente, 14 de Noviembre, (escribia en una carta) despues de haber celebrado la Misa, en la que hice á Dios la ofrenda de mi vida, oí á mis espaldas ruido como de pasos, y volteando á ver, encontré á uno de los hombres del presidente Uneme, con dos sables á los lados y que me preguntó, quien era. “Soy sacerdote, le respondí.” Pues yo vengo á aprehenderos, me contestó. En esto llegaron otros muchos, y yo estendi los brazos diciéndoles: “Pues bien, atadme.” Así lo hicieron y me llevaron al palacio del presidente, donde encontré un oficial que procuró persuadirme que salvase la vida, abandonando la ley de Dios. Yo le respondí con presteza, que si tuviera cien vidas, las sacrificaría mejor que renegar la fé. Entonces fui encerrado en una estrecha prision, en que ya estaban el Padre Bartolomé, Juan su catequista y sus dos sirvientes, todos con grandes grillos, fabricados por los holandeses, y de los que se me pusieron tambien. Poco despues se nos cam-

biaron por collares de fierro cerrados al cuello.” Añade que dos ocasiones compareció ante Uneme, con quien tuvo una gran discusion religiosa, pero que obligándole al fin á que renunciase á la fé, no quiso ya responderle mas.

El 10 de Diciembre fué llevado á la prision de Omura con los otros confesores de Cristo, el Padre Bartolomé Gutierrez, Vicente Carvallo, y el Padre Francisco de Jesus, todos los tres agustinos, el hermano Gabriel de la Magdalena, franciscano, y el sacerdote Gerónimo. La vida que todos entablaron por cerca de dos años de prision, fué mas austera por necesidad y por eleccion. Ayunaban todos los dias, y solo hacian una comida, compuesta de una pequeña medida de arroz negro, sin condimento alguno: su sueño era muy penoso, tanto por la dureza del suelo, como por la estrechez del lugar, en el que no cabian sino recostándose unos sobre otros: cuatro dias á la semana tomaban una dolorosa disciplina; y su ocupacion continua y única era orar, hablar de Dios, y suspirar por el martirio. El 23 de Noviembre llegó improvisamente de la ciudad de Omura una fuerza armada, que debia conducir á los prisioneros para Nangasaki: ellos creian encontrar la hoguera preparada pero aun no habia sonado la hora del martirio, pues solo se les trasladó á otra horrible prision sin decirles nada de lo que les esperaba.

El presidente hubiera querido, sobre todo, que el Padre Ixida apostatase, en razon de que era hijo del país: dos ocasiones le hizo comparecer ante él, con este objeto, y redobló sus asaltos, empleando toda su habilidad para decidirle, que al menos fingiese que habia renunciado su fé, asegurándole que le salvaria la vida, y le colmaria de honores y riquezas; pero el Padre siempre é invariablemente le respondió, que

apreciaba su fé mas que cualquiera otra cosa, y que con mucha voluntad se someteria á toda clase de suplicios, antes que renunciarla.

Habiendo todos resistido á las sollicitaciones de los jueces, fueron entregados en manos de los verdugos, quienes les condujeron al monte Ugen, el día 3 de Diciembre. Luego que llegaron á Fimi, lugar que dista una legua de Nangasaki se les encadenó á los bordes de las barcas, se les pusieron grillos, y se les amarraron estrechamente los brazos y las manos. Al ponerse el sol arribaron al puerto de Obama, donde pasaron la noche, y á la madrugada siguiente subieron la montaña. En todos los desfiladeros pusieron guardias, para que nadie les siguiese, ni tuvieran testigos y consoladores en la verdadera carnicería que en ellos debia hacerse. Y para que no pudiesen alentarse mutuamente, se construyeron seis cabañas muy distantes unas de otras, en cada una de las cuales permanecia un preso atado con cadenas para que no saliese á animar á sus compañeros. Al siguiente dia, uno á uno fueron llevados al borde de la gran fosa que llaman "Boca del infierno," donde se les sujetó á los largos y horribles tormentos de las hirvientes aguas; y luego se les tentaba, diciéndoles: "que aun era tiempo de que se compadeciesen de sí mismos, que fuesen discretos, y pronto hiciesen lo que al fin harian, vencidos por los dolores intolerables, y por el grande sacrificio de sus cuerpos; que no eran de piedra, ni mas valientes que tantos centenares de cristianos, que habian concluido por rendirse á la violencia del tormento." El Padre Ixida ha escrito despues, que cualquiera que fuese la verdadera razon, ó por el frío que ese dia era muy intenso, ó por alguna otra causa, esas aguas sulfurosas, turbias y fétidas de que ya hemos hablado hervian con tal violencia, que al oír

su rumor y ver saltar al aire sus burbujas cualquiera hombre esforzado, se habria espantado si Dios no le sostuviera con una gracia extraordinaria. Dios fortificó á los seis, y cada uno respondió generosamente, que se ofrecia á padecer por su fé peores tormentos, si peores pudieran imaginarse. Cada verdugo tenia una grande cuchara de madera, agujerada en el centro, y llenándolas de agua, destapaban el agujero del que corria un grueso chorro que hacian caer sobre cada parte del cuerpo del paciente, quien permanecia recto en pié. Una vez vacia la cuchara, la llenaban de nuevo y la vaciaban segunda y tercera vez sobre cada uno de los mártires. En este suplicio, la piel se desprendia en largas fajas y el cuerpo se hinchaba, porque este es el efecto natural de esas aguas; y sin embargo, ninguno de los mártires dió señal de dolor, con admiracion y rabia de sus verdugos. Se hallaba presente un médico que calculaba las fuerzas del paciente, y que aun les aplicaba emplastos sobre las llagas, cuando eran demasiado profundas, á fin de prolongar por mas tiempo sus sufrimientos. El mismo médico no permitia que fuesen atormentados mas de dos veces al dia, cuatro que eran de complexion delicada; mientras que al Padre Antonio Ixida y al Padre Francisco de Jesus, que eran mas robustos, les dejaba sufrir este espantable suplicio hasta seis veces. Verdad es que ademas de su robustez, habia tambien otro motivo para tratarles con tanta crueldad: respecto del Padre Antonio era la constancia con que resistió tanto á todas las súplicas como á los ofrecimientos de Uneme; y en cuanto al Padre Francisco era, que le hablaba con una libertad verdaderamente cristiana, y que á pesar de las prohibiciones, cantaba y oraba en alta voz. Durante un mes entero fueron asi atormentados y quemados con tres grandes cu-

eharadas de las aguas ardientes. Todo Nangasaki, como todo Tanacu, no hablaba mas que de estos mártires, alabando su heroica constancia y exaltando la fé cristiana: y con justo motivo, pues el dolor no les arrancó un solo grito, parecia que ni lo sentian; y al contrario, cada dia estaban mas gozosos, y tan reconocidos á sus verdugos, que llegaron á decirles, que inventasen tormentos mas dolorosos.

El Padre Ixida predicaba á los paganos y á los renegados y logró ganar á muchos. Los verdugos llegaron á convencerse de su inhumanidad, y á decir á Uneme, que todos los pozos del monte Ungen se agotarian antes que seducir á uno solo de estos cristianos. Pues bien, respondió el bárbaro, que se les vuelva á llevar á Nangasaki, lo que sin embargo no tuvo lugar, hasta que él marchó para la corte, pues consideraba como deshonor suyo la entrada que, á manera de triunfadores, hacian á Nangasaki, estos invencibles confesores de Jesucristo.

El 25 de Enero de 1632 fueron encerrados en la prision comun, donde encontraron grandes sufrimientos y tambien grandes alegrías, durante los ocho meses que se prolongó su detencion. En fin, llegó el dia en que por medio del fuego lento, consumaron el sacrificio de su vida. La vispera, les propuso Uneme que si no querian ser quemados vivos, que negasen su fé: todos á una voz respondieron, que preferian padecer toda clase de tormentos. Oida su respuesta, el presidente mandó preparar los postes y la hoguera en la que se empleó únicamente madera verde y humedecida con fango, para templar la accion del fuego y prolongar mas los dolores. El 5 de Setiembre, todos los seis fueron puestos en literas enteramente cerradas para sustraerles de la vista del pueblo, y así se les condujo al monte de los mártires, precedidos

de un soldado que en la punta de su pica, llevaba la sentencia concebida en estos términos: "Estos son condenados á muerte por ser sacerdotes de los cristianos, y porque han predicado la ley de Jesucristo en el Japon." Luego que llegaron á la cima de la colina y salieron de las literas, entonaron el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, y despues cada uno por su lado, habló al pueblo. En seguida fueron atados á sus postes muy ligeramente y con cuerdas muy delgadas, para que fácilmente pudiesen huir.

Tan pronto como el fuego prendió en la hoguera el Padre Vicente de San Antonio sacó de su seno un pequeño crucifijo, y volviéndose hácia sus compañeros, les dijo: "Adelante, valerosos soldados de Jesucristo; viva su fé! y por ella valerosamente muramos." Todos alababan á Dios, hasta que espiraron sofocados por las llamas y el humo. Como de costumbre, reunieron los huesos y las cenizas de las víctimas y les dispersaron en la mar.

Ahora demos algunos detalles sobre cada uno de los mártires. El bienaventurado Padre Bartolomé Gutierrez, nació en México, en el mes de Setiembre de 1580. Sus nobles y ricos padres le dieron una educacion muy cristiana, y á la edad de diez y seis años tomó el hábito en el convento de San Agustin, y profesó el dia 1.º de Julio de 1597. Pasó á las Filipinas en 1606, y concluidos sus estudios recibió el presbiterado. La alta opinion que se tenia de su virtud, obligó á los superiores á darle por muchos años el cargo de Maestro de novicios, aunque él ardia en deseos de propagar la fé entre los idólatras, y de derramar su sangre por Jesucristo. Para merecer esta gracia, consagró largas horas á la oracion, y maceraba su cuerpo con asperas penitencias. Dios le escuchó, y sus superiores le enviaron al Japon en Mayo

de 1613. Por espacio de diez y ocho años recorrió estos reinos en todas direcciones, y desafió todos los peligros por socorrer á las almas. Hemos visto muchas cartas de los Padres de la Compañía, que estaban ligados con él íntimamente, y en ellas dicen, que le consideraban como á un hombre de una prudencia, de una dulzura y de un celo digno de todos los elogios.

El bienaventurado Vicente Carvalho, ó de San Antonio, fué portugués. Nació de padres ilustres en Alfama, lugar inmediato á Lisboa. Los agustinos le recibieron en su convento de Santa Maria de la Gracia, donde pronunció sus votos el año 1587. Hizo sus estudios y se ordenó de presbítero en Portugal. Muchos años despues, es decir, en 1621, su celo por la salud de las almas le condujo á México, al siguiente año á Manila, y por fin al Japon en 1623, cuando la persecucion ardía con mas furor. Durante algunos años estuvo oculto trabajando en secreto, por sostener á los fieles, y convertir á los gentiles, hasta que plugó á Dios satisfacer sus deseos otorgándole la corona de mártir.

El bienaventurado español Francisco de Jesus nació en Villa Mediana, y sus padres Pedro de Ortega y Maria Perez, descendian de familias nobles y ricas. A la edad de ocho años quedó huérfano, pero fué educado en la virtud y en las letras por dos tíos suyos sacerdotes. A los diez y siete años, es decir, en 1614, entró á los agustinos descalzos de Valladolid, y en 1622 siendo ya sacerdote pasó á México; al año siguiente fué enviado á Manila, y por fin al Japon con el oficio de Vicario provincial. Fué preso juntamente con el Padre Vicente Carvalho su inseparable compañero, y con él sufrió los padecimientos de una larga prision, y el martirio de las aguas sulfurosas y del

fuego lento donde acabó, siendo víctima por Jesucristo.

Ximabara, aldea del territorio de Arima en el Japon, fué patria del B. Padre Antonio Ixida, que en el tiempo de la persecucion tomó el apellido portugués. "Pintó." Desde su infancia entró al Seminario de la Compañía de Jesus; y siendo de diez y nueve años, le recibió la orden en 1589. El perfecto conocimiento que tenia de las sectas paganas, y su rara elocuencia daban á su ministerio una eficacia admirable. Recorrió un gran número de provincias, predicando por todas partes el reino de Dios, convirtiendo á muchos infieles, y entre ellos un número considerable de personajes de alto rango. Su intrepidez le hacia despreciar los peligros. Burlaba la sagacidad de los carceleros disfrazándose, y así penetraba en las prisiones donde los cristianos esperaban el martirio, y les procuraba los socorros y los consuelos del santo ministerio: sufrió la prision, el destierro, y toda clase de trabajos con una generosidad de corazón heroico. Vivió sesenta y tres años, de los que empleó útilmente cuarenta en servicio de la religión.

El B. Gerónimo de Torres, era tambien japonés, y alumno del Seminario de Arima. Probablemente siendo jóven y estando en Manila cambió su nombre. Allí mismo hizo sus estudios y recibió el sacerdocio; y durante muchos años consagró sus cuidados á los japoneses que estaban en dicha ciudad, como desterrados ó como comerciantes. La vista de los males extremos de los cristianos perseguidos en el Japon, le movió á compasion, y por este motivo volvió á su patria en 1628, para llevarles algun socorro. Iba á buscarles á la cumbre de las montañas mas escarpadas, y al fondo de los valles y de los bosques, donde

un gran número se había refugiado para escapar de los tormentos y de la muerte. El Padre Jacobo de San Francisco, comisario de su Orden, por consolarle le recibió en la Tercera Orden, y entonces tomó el nombre de Gerónimo de la Cruz. En 1631, cayó en manos de los enemigos, y en union de los otros religiosos sufrió un año de muy dura prision, despues el tormento de las aguas hirvientes, y por último la muerte, rehusando constantemente renegar de la fé, y fingir la apostasia, como se le insinuaba con repetidas instancias.

El bienaventurado hermano Gabriel de la Magdalena, hijo de honestos y piadosos padres, nació en Fonseca, en Castilla la Nueva. Vivió en el siglo hasta la edad de treinta años, una vida tan ejemplar que le llamaban el santo. El deseo de mayor perfeccion le llevó al seno de los religiosos franciscanos descalzos, de la provincia de San José, donde profesó como hermano lego. Sin la vigilancia de los superiores, hubiera llevado á un extremo su espíritu de mortificación y de pobreza. Frecuentemente se le oía repetir algunas máximas espirituales que le escitaban lo mismo que á los demas á caminar á la perfeccion cristiana. La lectura de las cartas del Japon le inspiró un gran deseo de ir allá á trabajar por la gloria de Dios, lo que alcanzó yendo por la via de Manila en 1642. Luego que pudo hablar el idioma del país, aprovechando algunos conocimientos de medicina que poseía, se dedicó en los hospitales al servicio de los enfermos y leprosos. Les cuidaba con la mayor ternura, besaba sus piés y aun sus llagas; y se dice que muchas veces Dios hizo por sus oraciones varias milagrosas curaciones. Muchas personas, aun de entre los paganos ocurrían á él, y él les recibía con muy buenas maneras, procurando ganarles para la fé. Vi-

sitaba á los cristianos ocultos en las montañas inmediatas á Nangasaki, cuando le apresaron el 20 de Marzo de 1650, y le condujeron á la prision donde ya estaban los Padres agustinos y el Padre Ixida. Entre tanto cayó gravemente enferma una parienta cercana del gobernador, y con este motivo sacaron al hermano Gabriel de la prision, rogándole que fuese á curarla. El no solamente cuidó el cuerpo de la enferma, sino que estendió sus cuidados al alma, trabajando porque se hiciese cristiana; con lo cual el gobernador se irritó de suerte con el siervo de Dios, que le hizo amarrar, llevar á la prision, y sufrir muchos maltratamientos. Muchas ocasiones se le ofreció la vida al precio de la apostasia, pero él siempre rechazó con horror esta proposicion impia.

Muchos testigos depusieron en los procesos verbales, que mientras el siervo de Dios estaba en el tormento de las aguas del monte Ungen, milagrosamente desaparecia, y en seguida volvía á verse, y que una vez tenia en las manos unos panes calientes que daba á los verdugos para que se alimentaran. Otros afirmaron haberle visto elevado sobre la tierra y rodeado de una brillante luz mientras estaba en oracion. Cuando le amarraron al poste en la hoguera, se puso de rodillas, elevó los ojos y las manos al cielo, y permaneció inmóvil hasta espirar. (*)

(*) Proceso apostólico.

CAPITULO XXXIV.

Condicion de los doscientos cinco mártires. Destruccion de la cristiandad del Japon. Esperanzas para el porvenir.

En todo lo antecedente hemos dado, con objeto de edificar á los fieles, las relaciones suscintas de treinta y dos martirios, segun el orden de los tiempos en que tuvieron lugar, extractadas de memorias auténticas, y de testimonios confirmados con la fé del juramento. Estas relaciones reunidas contienen los martirios de doscientos cinco confesores de la fé de Jesucristo, consumados con diversos géneros de muerte en odio y por la defensa de la fé católica. Segun el catálogo presentado á los jueces apostólicos en Manila y en Macao por los procuradores de las cuatro Ordenes religiosas, pertenecen á los Padres dominicos, veintiun religiosos sacerdotes, clérigos y legos, y veinticuatro seculares tanto del Tercer Orden, como sirvientes de los Padres: á la Orden de San Francisco pertenecen diez y ocho religiosos presbíteros, clérigos y legos, y once seculares del Tercer Orden; y los ermitaños de San Agustín, cinco sacerdotes y seis seglares terceros; y finalmente, á la Compañía de Jesus, pertenecen treinta y tres religiosos sacerdotes, escolares y hermanos coadjutores con siete catequistas y diversos huéspedes y domésticos.

Muchos otros mártires seculares de los dos sexos no pueden clasificarse así, ni atribuirlos á quien tenga derecho, porque estos buenos cristianos, deseando santificarse mas y mas, se afiliaban sucesivamente en muchas Ordenes y cofradías como son la del Santo Rosario, del Cinto, de las Sagradas Llagas, y las Con-

gregaciones en honor de la Virgen Santísima, de San Francisco Javier, de San Ignacio y otras muchas que los misioneros establecian como otras tantas escuelas de piedad y de perfeccion cristiana.

Aunque nuestras relaciones solo lleguen al año de 1652, no por eso hemos de creer que la persecucion cesó en esta época, y que ya no hubo mártires en el Japon. Desde 1655 á 1646, ademas de cien cristianos seglares, se cuentan siete religiosos de Santo Domingo, dos de San Francisco, otros dos agustinos, y cuarenta y tres de la Compañía de Jesus, muertos á fuego lento, ó con el tormento horrible de la fosa. Estos fueron los últimos que permanecieron ó que pudieron penetrar al Japon; pues por las intrigas de los holandeses y de los ingleses, tanto los españoles como los portugueses, fueron escludidos de todo comercio con este país, en virtud de un edicto de perpetuo destierro. Ademas, el emperador publicó una ley, ordenando bajo pena de muerte, á todos los súbditos del imperio, que llevasen al cuello visiblemente una imagen de cualquier ídolo; y á todos los extranjeros, que no saltasen á tierra en ninguno de sus puertos, sin hollar al momento con los piés un crucifijo, como una protesta de que nada tenían de comun con la ley y el Dios de los cristianos. De esta suerte quedó cerrada la puerta á los misioneros católicos, y la cristiandad fué enteramente destruida. ¡Espantoso ejemplo: y tal vez el único en la historia eclesiástica, el de una Iglesia numerosa, floreciente, y regada con la sangre de muchos mártires, que ha desaparecido por una secreta y adorable permission de Dios!

Pero esa sangre vive, como la semilla arrojada debajo de la tierra, y á su tiempo deberá germinar y dar sus frutos en abundancia. Si, dia llegará para el Ja-

pon, como ha sucedido en el resto del mundo, en que la sangre de tantos centenares de mártires japoneses y europeos, derramada sobre ese desgraciado país, se reanime, cuando Dios por los ruegos de sus mártires, incline sobre él sus ojos misericordiosos, y haga que de nuevo brille en él la luz del Evangelio. Tenemos ya indicios y hasta puede decirse, pruebas de esta cercana resurreccion: de muchas fuentes nos vienen noticias confirmadas por personas de autoridad, como testigos oculares, de que muchos japoneses guardan en su corazon los principios de la fé católica, y que aun conservan el uso del bautismo; que además, tienen siempre en gran veneracion el Santo Monte de los Mártires de Nangasaki, y que en las casas particulares, por diversas partes se ven algunos signos de la religion cristiana.

Por otra parte, la solemne canonizacion de los primeros veintiseis mártires del Japon, segun consta de cartas recientes de los Vicarios apostólicos de Corea y de la China, ha escitado un movimiento religioso en algunas poblaciones del Japon, que se han avocado con los misioneros católicos, pidiéndoles con ansia noticias de Roma y del Vicario de Jesucristo. ¿Qué pues, no hará á su vez esta nueva glorificacion de estos otros mártires, cuya mayor parte se compone de japoneses de toda condicion, de toda edad y todo sexo?

La causa de estos mártires se habia introducido en los tiempos pasados, y planteado con buen suceso; y estaba tan cerca de una conclusion favorable, que la illustre familia Spinola, habia preparado en Génova una suntuosa capilla adornada con los mas bellos mármoles para dedicarla al culto del bienaventurado Carlos Spinola, su pariente. Despues no se sabe por qué motivo, esa causa fué abandonada y cayó en el

olvido por cerca de dos siglos; pero resucitada con celo en estos años últimos, y conducida felizmente á su término, por la benevolencia del Soberano Pontífice Pio IX, ella será, sin duda alguna, como una nueva luz que disipe las tinieblas de la idolatria en ese desgraciado imperio. No, no ha sido sin una particular disposicion de Dios, que en tan pocos años, y segun todas las fórmulas establecidas, hayan tenido lugar la canonizacion solemne de veintiseis mártires del Japon, y la solemne beatificacion de otros doscientos cinco mártires de la misma comarca.

CAPITULO XXXV.

Prodigios con que, en diferentes épocas, Dios ha glorificado á los bienaventurados mártires.

Vamos á terminar refiriendo algunos de los milagros que Dios se ha dignado obrar en honor de nuestros bienaventurados mártires. Verdad es que cuando se trata de los mártires, los milagros que en ellos deben considerarse son, su constancia en la confesion de la fé, y su valor en soportar hasta la muerte los mas crueles tormentos. Asi lo ha dicho San Eusebio, obispo de Córdoba, en su Apologético: *“Verdaderamente es necesario creer que el grandor de los mártires consiste, no en los prodigios y milagros, sino en la integridad de la fé y en la constancia en profesarla.”* Pero como quiera que sea, Dios se ha complacido tambien en honrar á sus siervos mediante los milagros.

pon, como ha sucedido en el resto del mundo, en que la sangre de tantos centenares de mártires japoneses y europeos, derramada sobre ese desgraciado país, se reanime, cuando Dios por los ruegos de sus mártires, incline sobre él sus ojos misericordiosos, y haga que de nuevo brille en él la luz del Evangelio. Tenemos ya indicios y hasta puede decirse, pruebas de esta cercana resurreccion: de muchas fuentes nos vienen noticias confirmadas por personas de autoridad, como testigos oculares, de que muchos japoneses guardan en su corazon los principios de la fé católica, y que aun conservan el uso del bautismo; que ademas, tienen siempre en gran veneracion el Santo Monte de los Mártires de Nangasaki, y que en las casas particulares, por diversas partes se ven algunos signos de la religion cristiana.

Por otra parte, la solemne canonizacion de los primeros veintiseis mártires del Japon, segun consta de cartas recientes de los Vicarios apostólicos de Corea y de la China, ha escitado un movimiento religioso en algunas poblaciones del Japon, que se han avocado con los misioneros católicos, pidiéndoles con ansia noticias de Roma y del Vicario de Jesucristo. ¿Qué pues, no hará á su vez esta nueva glorificacion de estos otros mártires, cuya mayor parte se compone de japoneses de toda condicion, de toda edad y todo sexo?

La causa de estos mártires se habia introducido en los tiempos pasados, y planteado con buen suceso; y estaba tan cerca de una conclusion favorable, que la illustre familia Spinola, habia preparado en Génova una suntuosa capilla adornada con los mas bellos mármoles para dedicarla al culto del bienaventurado Carlos Spinola, su pariente. Despues no se sabe por qué motivo, esa causa fué abandonada y cayó en el

olvido por cerca de dos siglos; pero resucitada con celo en estos años últimos, y conducida felizmente á su término, por la benevolencia del Soberano Pontífice Pio IX, ella será, sin duda alguna, como una nueva luz que disipe las tinieblas de la idolatria en ese desgraciado imperio. No, no ha sido sin una particular disposicion de Dios, que en tan pocos años, y segun todas las fórmulas establecidas, hayan tenido lugar la canonizacion solemne de veintiseis mártires del Japon, y la solemne beatificacion de otros doscientos cinco mártires de la misma comarca.

CAPITULO XXXV.

Prodigios con que, en diferentes épocas, Dios ha glorificado á los bienaventurados mártires.

Vamos á terminar refiriendo algunos de los milagros que Dios se ha dignado obrar en honor de nuestros bienaventurados mártires. Verdad es que cuando se trata de los mártires, los milagros que en ellos deben considerarse son, su constancia en la confesion de la fé, y su valor en soportar hasta la muerte los mas crueles tormentos. Asi lo ha dicho San Eusebio, obispo de Córdoba, en su Apologético: *“Verdaderamente es necesario creer que el grandor de los mártires consiste, no en los prodigios y milagros, sino en la integridad de la fé y en la constancia en profesarla.”* Pero como quiera que sea, Dios se ha complacido tambien en honrar á sus siervos mediante los milagros.

Ya hemos hablado de algunos. Por ejemplo: se vió una muy brillante y extraordinaria luz, que descendió del cielo y se fijó sobre el lugar del martirio de los BB. Pedro de la Asuncion y Juan Bautista Machado; sobre los cinco mártires crucificados en Cocura, y sobre los cincuenta y dos bienaventurados del gran martirio: hemos dicho que los huesos y las reliquias de los BB. Fernando de San José y Pedro de Zúñiga, exhalaban un olor sobrenatural; que muchos enfermos se aliviaron de sus dolencias al contacto de la tierra humedecida con la sangre y mezclada con las cenizas del B. Francisco Pacheco y de sus compañeros. También se ha hablado de la invencion y de la incorruptibilidad de los cuerpos de los BB. Pedro de la Asuncion y Fernando de San José, confirmada con una multitud de testigos oculares.

Y no solamente en el Japon ha glorificado Dios á sus siervos, sino tambien en Europa. En el año de 1671, D. Bernardino Orsucci obtuvo un milagro insigne por intercesion del B. Angel Orsucci. Navegaba de Viareggio á Liorna con algunos parientes y mas de cincuenta soldados, y despues de dos horas de una navegacion feliz, en la tarde del 10 de Agosto se levantó una furiosa tempestad, que iba en aumento con la noche. El buque era pequeño é incapaz de resistir la impetuosidad de las olas: en un instante perdió el timon, un mástil y las velas principales. Con el choque de las enormes olas comenzó á hacer agua por muchas partes, y no era posible agotarla. El piloto, aterrado, gritó que ya no habia esperanza de salvacion: entonces los marineros, lo mismo que los pasajeros, levantaron los ojos al cielo y llorando, á grandes gritos, invocaron la proteccion de los santos; y viéndose perdidos, comenzaron á desnudarse,

para arrojarse á nado tan luego como el buque comenzase á irse á pique: en estas circunstancias, D. Bernardino Orsucci tuvo la feliz inspiracion de decirles: "¿Y por qué no nos encomendamos al Padre Angel Orsucci? Yo soy su sobrino, y aqui están otros dos sobrinos suyos, él nos salvará la vida." Dicho esto, invocó al bienaventurado con estas precisas palabras: "Padre Angel, ahora es tiempo de que hagas conocer si sois mártir, y si estais bienaventurado en el cielo." Todos los demas se arrodillaron, y despues de hacer un acto de contricion, les impartió D. Bernardino la absolucion sacramental, y ellos mas bien con sus lágrimas que con sus palabras, imploraban el socorro del B. mártir: entonces algunos escucharon en los aires una voz que decia: "No temais, teneis un buen piloto, que con seguridad os conducirá al puerto." Y al momento, sin saber cómo, el navío retrocede, y aunque le eran contrarias las corrientes y el viento, y aunque se habia alejado mas de ocho millas de la playa, segun la deposicion unánime de todos los testigos, como si el navío hubiese sido conducido á mano, llegó á la playa, sin velas, sin timon, y sin que ni los marineros, ni los pasajeros hubiesen perdido cosa alguna, mientras que la mar estaba por todas partes cubierta de tablas y restos de otros navíos, que siendo mucho mejores, no habian podido resistir á la tempestad. Esta salvacion milagrosa fué confirmada en el proceso verbal apostólico levantado en Luca, por diez testigos de los de la tripulacion, y especialmente por el piloto.

Petronila Orsini, oblata del monasterio de Torre di Specchi en Roma, hacia quince y mas años que padecia un mal inveterado. Mensualmente y aun con mas frecuencia tenia unas crisis, en las que cayendo

en tierra sufría extraordinarias convulsiones y arrojaba espuma por la boca. Siendo de mas de cuarenta años, y la enfermedad tan antigua, los médicos la declararon incurable, y juzgaron inútiles todos los remedios. En 1628, el Padre Fábio Spinola, de la Compañía de Jesus, regaló á Sor Petronila una piadosa imágen del venerable Padre Carlos Spinola, martirizado pocos años antes en odio de la fé: ella sintió nacer en el fondo de su corazon una firme confianza de alcanzar la salud por intercesion del siervo de Dios; en consecuencia, se encomendó á él con todo su corazon, y le prometió rezar diariamente á honor suyo algunas oraciones. Fué al momento escuchada, y el mal cesó enteramente hasta su muerte: así le depusieron en el proceso verbal apostólico cinco religiosas oblatas del mismo monasterio, además del testimonio del médico Juan Manelli, y el del Padre jesuita Nicolás Badelli.

Este prodigio escitó la confianza de otras dos religiosas benedictinas del convento de Santa Ana de Roma. La primera, Sor Octavia Bernesi, mas de un año sufrió los mas crueles dolores en el pecho, á consecuencia de habersele introducido accidentalmente una gruesa aguja y no poder estraerla: se encomendó fervientemente al venerable Padre Carlos Spinola, y luego la aguja salió por sí sola sin dolor, y aun sin dejarle cicatriz alguna. La otra hermana, Claudia, conversa, tenia en el estómago un tumor canceroso, no podia retener ningun alimento, sino que lo deponia todo, con gran cantidad de sangre. Viéndose reducida á una debilidad estrema, y no esperando remedio de los médicos, invocó al venerable Padre Spinola, y al momento quedó radicalmente curada.

El dia 18 de Mayo de 1665, la escuadra francesa bombardeaba la ciudad de Génova, y una bomba con

la mecha encendida cayó en la cámara donde estaba D. Felipe Spinola, conde de Tassarolo. En este conflicto, el piadoso conde se vuelve hácia el retrato del venerable Padre Spinola, que estaba colgado á la pared, y que le habia enviado de Roma su pariente el Padre Luis Spinola. La bomba reventó con horrible fragor, y quemó y destruyó en parte lo que habia en la cámara; pero ni el conde, ni la imágen del siervo de Dios recibieron el menor daño. D. Felipe declaró este hecho bajo la fé del juramento, en un testimonio escrito de mano de un notario público.

CAPITULO XXXVI.

ACTAS DE LA BEATIFICACION.

Ya desde el año de 1625, la Sagrada Congregacion de Ritos, habiendo recibido las relaciones auténticas de las gloriosas muertes de algunos siervos de Dios, sufridas en odio de la fé, habia ordenado al Nuncio apostólico de España en Madrid, y al administrador del obispado de la China, que tomasen informaciones jurídicas; y en ejecucion de estas órdenes, fueron estendidos en 1624 y 625, dos procesos verbales, que contienen las deposiciones de treinta y tres testigos dignos de fé. Despues en 1626, el Padre Sebastian Vieira de la Compañía de Jesus, procurador de la mision del Japon, el mismo que mas tarde murió allí tambien, atormentado en la fosa ardiente y con el fuego, vino á Roma, donde fué preguntado, como testigo ocular, sobre las muertes de

otros muchos mártires, acaecidas posteriormente á las precedentes relaciones.

Tan pronto como los miembros de la familia Spínola tuvieron noticia de estas, se dirigieron al cardenal Juan Domingo Spínola, obispo de Luca, rogándole que promoviese, con cuanto poder tuviera, la causa de su bienaventurado pariente. He aquí la carta que le escribieron los principales miembros de la familia de Locoli, de fecha 1.º de Enero de 1627. "El cruel martirio que el Padre Cárlos Spínola, de la Compañía de Jesus, ha sufrido en el Japon, despues de una prision de muchos años, nos ha inspirado á todos el deseo de dar á este héroe cristiano alguna señal de un piadoso recuerdo. Y como este hecho glorioso no solo se sabe por el rumor público, sino que tambien han sido preguntados algunos testigos en presencia del Vicario de Su Santidad, nosotros nos tomamos la confianza, en nombre de toda la familia, de ocurrir á vuestra eminencia, que entre ella ocupa el primer rango, rogándole que si lo juzga conveniente, emplee todos sus esfuerzos cerca de Su Santidad, á nombre de todos nosotros, para obtener Letras remisoriales, en cuya virtud se puedan, por autoridad apostólica, tomar informaciones auténticas en el Japon y por otras partes. Toda la familia quedará eternamente reconocida por esta gracia á Nuestro Santo Padre el Papa, y á vuestra eminencia, á quien saludamos con respeto. Génova, y Enero 1.º de 1627. Vuestros obedientes servidores, Estéban, María y Jacobo Spínola, gefes de la familia de los Locoli." Los miembros de otra rama de los Spínola escribieron por su parte en estos términos: "Muchos meses ha que se ha oído decir, y despues se ha confirmado por los Padres de la Compañía de Jesus, que el Padre Cárlos Spínola, de su Orden, enviado al Ja-

pon para que cultivase la viña del Señor, despues de sufrir una prision horrible, recibió la corona del martirio con una muerte tan cruel como gloriosa; además sabemos, que el Vicario de Su Santidad, y algun otro tribunal han recibido las informaciones ordinarias. Y como se trata de un miembro de nuestra familia, cuya vida y admirable muerte pueden glorificar á Dios, creemos de nuestro deber contribuir á esta obra en cuanto podamos. Por esta razon suplicamos á vuestra eminencia se digne interponer su autoridad, de la manera que sea conveniente, ciertos como estamos, que se ocupará con su piedad acostumbrada, de este negocio que interesa á toda la familia. Génova, y Enero 2 de 1627. Vuestros humildes servidores, Juan Nicolás Spínola, Leonardo Spínola, gefes de la familia."

Despues de recibidas estas cartas, el cardenal, por acto público, nombró al Padre Virgilio Cepari de la misma Compañía, postulador de la causa, el cual inmediatamente presentó su memoria, no solo sobre el martirio del venerable Padre Spínola, sino tambien sobre los otros mártires, y en particular sobre los de diversas Ordenes religiosas. Entonces el rey de España y los procuradores de las diversas religiones hicieron nuevas instancias; y en Noviembre de 1627, el Papa Urbano VIII ordenó que se espidiesen Letras remisoriales al arzobispo de Manila en las Islas Filipinas, y al obispo del Japon residente en Macao en China, para que tomasen las informaciones, no solamente sobre los mártires contenidos en la memoria propuesta, sino tambien sobre todos los otros, para quienes se hallasen testigos.

En 1650 y 652 pudieron ya estenderse cuatro procesos verbales solemnes, uno en Manila y tres en Macao, firmados por otros sesenta y un testigos que

depusieron sobre la vida y muerte de cada mártir; los que fueron aprobados en Roma como válidos, y la causa fué discutida en muchas congregaciones. Segun el dictámen del promotor de la fé, se comen- zó por examinar la duda de "*si verdaderamente constaba del martirio de parte del tirano,*" y resuelta afir- mativamente, fué confirmada por un decreto del Papa Inocencio XI, espedido en 5 de Febrero de 1676. Mientras que por otra parte se trataba de la duda, respecto del martirio material y formal de los mis- mos mártires, la Santa Sede recibia apremiantes súplicas de la república de Génova, de los reyes de España y Portugal, del emperador Leopoldo y de la emperatriz Eleonora de Austria. He aquí, entre otras, una de las primeras cartas que la república de Gé- nova dirigió al Papa Clemente IX. "Santisimo Padre: se trata de una causa general, en la que dentro de poco se presentarán á Vuestra Santidad las actas de la canonizacion del venerable Carlos Spínola. El qui- so, eligiendo la mejor parte, sobrepasar la imperece- dera gloria que sus abuelos adquirieron en sus glo- riosas empresas por mar y tierra; y por esto, despre- ciando todos los atractivos del mundo, se consagró al servicio de Dios en la Compañía de Jesus, á la edad de veinte años: á los treinta pasó al Japon, con- ducido por el deseo de propagar la fé; y allí, despues de diversos tormentos que sufrió por espacio de cua- tro años en una muy dura prision, murió lleno de virtudes á los cincuenta y ocho de su edad, quema- do á fuego lento. Es en gran manera útil á la repú- blica cristiana que se conserve siempre la memoria de este hombre, que confirmó con su sangre la di- vinidad de nuestra fé, pues el ejemplo de este ilustre mártir escita en los fieles el deseo de caminar sobre sus huellas. Por esto suplicamos humildemente á

Vuestra Santidad, que en virtud de su autoridad pon- tificia, inscriba al glorioso mártir Carlos Spínola en el número de los santos, entre los que, como es de creer, hace ya mucho tiempo que goza de la felicidad eterna. Esto arrojará un grande esplendor sobre lá ilustre Compañía de Jesus, que con tanta solícitud se emplea en la conversion de los infieles, y sobre la noble familia Spínola que por muchos titulos nos es querida: y será tambien un estímulo especial para nos- otros, que respetuosamente besamos vuestros sagra- dos piés, y pedimos á Dios os conceda una larga pros- peridad. Génova, Noviembre 22 de 1667. Vuestros muy devotos y muy obedientes hijos, el Dux y gober- nadores de Génova."

Esta república hizo mas todavía: dirigió otras car- tas á Inocencio XI, instándole con calor por la espe- dicion de la causa. Alejandro VIII quiso definirla, y proceder sin entrar en la discusion particular de los signos y de los milagros, segun la antigua cos- tumbre de la Iglesia y el comun sentir de los Padres y de los Doctores; pero la muerte que le arrebató, despues de un breve pontificado, no le permitió to- mar sobre este punto el parecer de la Congregacion general, que debia deliberar en su presencia. La cau- sa quedó así en suspenso, y permaneció en el olvido hasta nuestros dias.

La solemne canonizacion de los veintiseis mártires del Japon, celebrada en 1862, revivió la memoria de estos otros ilustres héroes de la fé. Entonces los Pa- dres Vicente Aquarone, Bernardino de la Gruta de Castro, Nicolás Primavera y José Boero, postulado- res generales de sus Ordenes respectivos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin y la Compañía de Jesus, suplicaron á Su Santidad Pio IX, que per- mitiese recomenzase la causa y que fuese propuesta

á discusion, con el voto del promotor de la fé, en una Congregacion diputada al efecto. A estas instancias, se reunieron las de muchos Cardenales y Obispos de Italia, de Francia y de Inglaterra, las de los Vicarios apostólicos de Maysour, de Fiam, de Lasa, de Sutchuen, y en fin, las de la noble familia Spinola. El Santo Padre concedió con bondad la gracia que se le pedia, y nombró una Congregacion particular de cinco Cardenales, que con los prelados empleados en la Sagrada Congregacion, discutiesen todos los puntos con cuidado y segun las formas judiciales establecidas.

Con este motivo se suscitó de nuevo la controversia agitada en otras ocasiones, y que aun no estaba terminada, á saber: "si en las causas de los mártires, donde claramente conste del martirio y de sus motivos, es todavía de absoluta necesidad exigir signos ó milagros para proceder á la beatificacion." Se compuso sobre este punto una corta "Memoria," en la que, despues de haber establecido los caracteres de los signos y de los milagros de que frecuentemente se hace mencion en las actas de los mártires, se demuestra, que era uso muy antiguo de la Iglesia, practicado por mas de diez y seis siglos, dar culto á los mártires sin ningun exámen jurídico de los milagros, cuando las actas de su muerte habian sido reconocidas auténticas. Este uso, escribe en sus *Anales* el Cardenal Baronio, nadie le habria introducido en la primitiva Iglesia sin la autoridad de los Apóstoles, y jamas hubiera sido aceptado por la Iglesia universal, si no se hubiera sabido que venia de tradicion apostólica.

Ademas, esta es la opinion de los teólogos y canonistas mas notables, y de los autores mas célebres que espresamente han escrito sobre esta materia; y

lo es tambien de los auditores de la Rota, en las relaciones que han hecho en las causas de los mártires, y al presente es igualmente el sentir de la Santa Sede y de la Sagrada Congregacion, respecto de los mártires que se han estraído de las catacumbas de Roma, cuyo culto se permite, cuando por pruebas indubitables consta de su martirio. En fin, como el martirio, segun dicen los Padres, tiene la virtud de perdonar la culpa y la pena, á manera de un segundo bautismo, y entraña un acto de caridad muy perfecta, de ningun modo puede dudarse de la gloria del mártir, cuando no queda duda sobre la verdad del martirio, que es uno de los signos característicos de la Iglesia católica, distinto del signo de los milagros.

Estos motivos y otros mas, espuestos ya sucintamente en las antiguas memorias, y de una manera mas amplia en esta vez, fueron examinados con grande atencion en dos sesiones, y despues de haber considerado de nuevo las circunstancias particulares de esta causa, se llegó á la conclusión, que Nuestro Santo Padre el Papa Pio IX se dignó confirmar, publicando el 26 de Febrero de 1867, en la gran Sala del Colegio Romano, el decreto siguiente: "Consta del martirio por parte de los mártires, de suerte que, en el caso presente, se puede proceder á la beatificacion; y consta igualmente la verdad de cuatro de los signos ó milagros propuestos, á saber: del cuarto, del duodécimo, del décimotercio y del décimocuarto, que son, la prodigiosa conservacion é integridad de los cuerpos y de los vestidos de los venerables Pedro de la Asuncion y Fernando de San José; la prodigiosa conservacion é integridad de un libro manuscrito sacado de la agua; la prodigiosa salvacion de un navío en un inminente naufragio, y la

curacion milagrosa de Sor Petronila Orsini, enferma de un mal caduco.

Ahora solo restaba preguntar á los Consultores y á otros Cardenales de la Sagrada Congregacion de Ritos, si, asentado esto, se podia proceder con seguridad á la beatificacion solemne. Su respuesta fué afirmativa, sin escepcion, y Su Santidad Pio IX confirmó este parecer por el decreto que publicó el dia 30 de Abril de 1867, en la Biblioteca *Angélica* del convento de San Agustin.

CATÁLOGO

DE LOS
DOSCIENTOS CINCO MARTIRES, SEGUN EL ORDEN DE SU
MARTIRIO.

Martirio I. Dia 22 de Mayo de 1617.

1. El B. Pedro de la Asuncion, sacerdote de la Orden de los religiosos menores, español.
2. El B. Juan Bantista Machado, sacerdote de la Compañía de Jesus, portugués.

Martirio II. Dia 1.º de Junio de 1617.

3. El B. Alfonso Navarrete, sacerdote dominico, español.
4. El B. Fernando de San José, sacerdote agustino, español.
5. El B. Leon Tanaca, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus, japonés.

Martirio III. Dia 1.º de Octubre de 1617.

6. El B. Gaspar Fisogiro, japonés, cofrade del Santo Rosario.
7. El B. Andrés Gioxinda, cofrade del Santo Rosario, japonés.

curacion milagrosa de Sor Petronila Orsini, enferma de un mal caduco.

Ahora solo restaba preguntar á los Consultores y á otros Cardenales de la Sagrada Congregacion de Ritos, si, asentado esto, se podia proceder con seguridad á la beatificacion solemne. Su respuesta fué afirmativa, sin escepcion, y Su Santidad Pio IX confirmó este parecer por el decreto que publicó el dia 30 de Abril de 1867, en la Biblioteca *Angélica* del convento de San Agustin.

CATÁLOGO

DE LOS
DOSCIENTOS CINCO MARTIRES, SEGUN EL ORDEN DE SU
MARTIRIO.

Martirio I. Dia 22 de Mayo de 1617.

1. El B. Pedro de la Asuncion, sacerdote de la Orden de los religiosos menores, español.
2. El B. Juan Bantista Machado, sacerdote de la Compañía de Jesus, portugués.

Martirio II. Dia 1.º de Junio de 1617.

3. El B. Alfonso Navarrete, sacerdote dominico, español.
4. El B. Fernando de San José, sacerdote agustino, español.
5. El B. Leon Tanaca, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus, japonés.

Martirio III. Dia 1.º de Octubre de 1617.

6. El B. Gaspar Fisogiro, japonés, cofrade del Santo Rosario.
7. El B. Andrés Gioxinda, cofrade del Santo Rosario, japonés.

Martirio IV. Día 16 de Agosto de 1618.

8. El B. Juan de Santa Marta, sacerdote de los religiosos menores, español.

Martirio V. Día 19 de Mayo de 1619.

9. El B. Juan de Santo Domingo, sacerdote dominico, español.

Martirio VI. Día 8 de Noviembre de 1619.

10. El B. Leonardo Kimura, coadjutor temporal de la Compañía de Jesus, japonés.
 11. El B. Andrés Tocuan, japonés.
 12. El B. Cosme Taquea, coriano.
 13. El B. Juan Xoum, japonés.
 14. El B. Domingo Jorges, portugués: todos cuatro cofrades del Santo Rosario.

Martirio VII. Día 27 de Noviembre de 1619.

15. El B. Bartolomé Xequi, japonés.
 16. El B. Antonio Kimura, idem.
 17. El B. Juan Ivananga, idem.
 18. El B. Alejo Nacamura, idem.
 19. El B. Leon Nacanixi, idem.
 20. El B. Miguel Taxita, idem.
 21. El B. Matías Cozaca, idem.
 22. El B. Roman Matevoca, idem.
 23. El B. Matías Nacano, idem.
 24. El B. Juan Motaiana, idem.
 25. El B. Tomás Cotenda, descendiente de los reyes de Firando, todos los que estaban afiliados en la Cofradía del Sagrado Rosario.

Martirio VIII. Día 7 de Enero de 1620.

26. El B. Ambrosio Fernandez, coadjutor temporal de la Compañía de Jesus, portugués.

Martirio IX. Día 22 de Mayo de 1620.

27. El B. Matías de Arima, catequista de los Padres jesuitas, japonés.

Martirio X. Día 16 de Agosto de 1620.

28. El B. Simon Quiota, catequista de los Padres jesuitas, japonés.
 29. La B. Magdalena, mujer del precedente, japonesa.
 30. El B. Tomás Guengoro, japonés.
 31. Su mujer, la B. María, japonesa.
 32. El B. Jacobo, hijo de los dos anteriores, japonés. Inscritos en la cofradía del Santo Rosario.

Martirio XI. Día 10 de Agosto de 1622.

33. El B. Agustin Ota, de la Compañía de Jesus, japonés.

Martirio XII. Día 19 de Agosto de 1622.

34. El B. Luis Flores, sacerdote dominico. De Bélgica.
 35. El B. Pedro de Zúñiga, sacerdote agustino, español, que desde niño floreció en México.

36. El B. Joaquin Firaiama, japonés.
37. El B. Leon Sucheimon, idem.
38. El B. Juan Foiamon, idem.
39. El B. Miguel Diaz, idem.
40. El B. Márcos Xineimon, idem.
41. El B. Tomás Coianaqui, idem.
42. El B. Antonio Giamanda, idem.
43. El B. Jacobo Denxi, idem.
44. El B. Lorenzo Rocuemon, idem.
45. El B. Pablo Saneiqui, idem.
46. El B. Juan Yago, idem.
47. El B. Bartolomé Monfoie, idem.
48. El B. Juan Nangata, idem. Todos de la Cofradía del Santo Rosario.

Martirio XIII. Día 10 de Setiembre de 1822.

49. El B. Francisco Morales, sacerdote dominico, español.
50. El B. Angel Orsucci, sacerdote dominico, italiano.
51. El B. Alfonso de Mena, sacerdote dominico, español.
52. El B. José de San Jacinto, sacerdote dominico, español.
53. El B. Jacinto Orfanel, sacerdote dominico, español.
54. El B. Alejo, corista profeso de Santo Domingo, japonés.
55. El B. Tomás del Rosario, corista profeso de Santo Domingo, japonés.
56. El B. Domingo del Rosario, corista profeso de Santo Domingo, japonés.
57. El B. Ricardo de Santa Ana, sacerdote franciscano, belga.
58. El B. Pedro de Avila, sacerdote franciscano, español.

59. El B. Vicente de San José, hermano lego franciscano, español.
60. El B. Carlos Spínola, sacerdote de la Compañía de Jesus, italiano.
61. El B. Sebastian Kimura, sacerdote de la Compañía de Jesus, japonés.
62. El B. Gonzalo Tusai, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
63. El B. Antonio Kiuni, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
64. El B. Pedro Sampo, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
65. El B. Miguel Xumpo, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
66. El B. Juan Ciongocu, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
67. El B. Juan Acafoxi, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
68. El B. Luis Covara, estudiante de la Compañía de Jesus, japonés.
69. El B. Leon Satzuma, tercero de San Francisco, japonés.
70. La B. Lucía de Freitas, tercera de San Francisco, de ochenta años, japonesa.
71. El B. Antonio Sanga, catequista de los Padres jesuitas, japonés.
72. La B. Magdalena, su mujer, japonesa.
73. El B. Antonio, catequista de los Padres jesuitas, de Coréa.
74. La B. María, su mujer, japonesa.
75. El B. Juan, de doce años de edad, su hijo.
76. El B. Pedro, de tres años de edad, su segundo hijo.
77. El B. Pablo Nangaxi, japonés.
78. La B. Tecla, su mujer.
79. El B. Pedro, de siete años, hijo de ambos.
80. El B. Pablo Tanaca, japonés.

81. La B. María, su mujer.
82. La B. Isabel Fernandez, viuda del mártir Domingo Jorges.
83. El B. Ignacio su hijo, de cuatro años.
84. La B. Apolonia, viuda y tia del mártir Gaspar Cotenda, japonesa.
85. El B. Domingo Xamada, japonés.
86. La B. Clara, su mujer.
87. La B. María, mujer del mártir Andrés Tecuan, japonesa.
88. La B. Inés, mujer del mártir Cosme Taquea, japonesa.
89. El B. Domingo Nacano, hijo del mártir Matías Nacano.
90. El B. Bartolomé Kikiemon, japonés.
91. El B. Damian Yamiki, japonés.
92. El B. Miguel su hijo, de cinco años de edad.
93. El B. Tomás Xiquiro, de setenta años, japonés.
94. El B. Rufo Iximola, japonés.
95. La B. María, mujer del mártir Juan Xoum, japonesa.
96. El B. Clemente Vom, japonés.
97. El B. Antonio, su hijo.
98. La B. Dominga Ongata, japonesa.
99. La B. Catalina, viuda, japonesa.
100. La B. María Tanaura, japonesa, y cofrade del Santo Rosario.

Martirio XIV. Día 11 de Setiembre de 1622.

101. El B. Gaspar Cotenda, descendiente de los reyes de Firando, y catequista de los Padres jesuitas, japonés.
102. El B. Francisco, de doce años, hijo del mártir Cosme Taquea.

103. El B. Pedro, de siete años, hijo del mártir Bartolomé Xikiemon.

Martirio XV. Día 12 de Setiembre de 1622.

104. El B. Tomás Zumárraga, sacerdote dominico, español.
105. El B. Mancio de Santo Tomás, corista dominico, japonés.
106. El B. Domingo, corista dominico, japonés.
107. El B. Apolinar Franco, sacerdote franciscano, español.
108. El B. Francisco de San Buenaventura, hermano lego de San Francisco, japonés.
109. El B. Pedro de Santa Clara, hermano lego de San Francisco, japonés.

Martirio XVI. día 15 de Setiembre de 1622.

110. Camilo Costanzo, sacerdote de la Compañía de Jesus, italiano.

Martirio XVII. día 2 de Octubre de 1622.

111. El B. Luis Giacigni, japonés.
112. La B. Sucía, su mujer.
113. El B. Andrés de ocho años, hijo de ambos.
114. El B. Francisco, de cuatro años, su segundo hijo.

Martirio XVIII. Día 1^o de Noviembre de 1622.

115. El B. Pedro Pablo Navarro, sacerdote jesuita, italiano.
116. El B. Dionisio Fugixima, sacerdote jesuita, japonés.

117. El B. Pedro Onizuki, sacerdote jesuita, japonés.
 118. El B. Clemente, sirviente del Padre Costanzo, japonés.

Martirio XIX. Día 1^o de Noviembre de 1623.

119. El B. Francisco Galvez, sacerdote franciscano, español.
 120. El B. Gerónimo de Angelis, sacerdote jesuita, siciliano.
 121. El B. Simon Yempo, jesuita, japonés.

Martirio XX. Día 22 de Febrero de 1623.

122. El B. Jacobo Carvalho, sacerdote jesuita, portugués.

Martirio XXI. Día 25 de Agosto de 1624.

123. El B. Miguel Carvalho, sacerdote jesuita, portugués.
 124. El B. Pedro Vazquez, sacerdote dominico, español.
 125. El B. Luis Sotelo, sacerdote franciscano, español.
 126. El B. Luis Sasanda, sacerdote franciscano, japonés.
 127. El B. Luis Baba, lego franciscano, japonés.

Martirio XXII. Día 15 de Noviembre de 1624.

128. El B. Cayo, natural de Corea, catequista de los Padres jesuitas.

Martirio XXIII. Día 20 de Junio de 1626.

129. El B. Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesus, y administrador del obispado del Japon, portugués.
 130. El B. Baltasar de Torres, sacerdote jesuita, español.
 131. El B. Juan Bautista Zola, sacerdote jesuita, italiano.
 132. El B. Pedro Rinxei, jesuita, japonés.
 133. El B. Vicente Cañin, idem, coriano.
 134. El B. Juan Kinsaco, jesuita, japonés.
 135. El B. Pablo Xinsuke, idem, idem.
 136. El B. Miguel Tozo, idem, idem.
 136. El B. Gaspar Sadamatzu, hermano coadjutor de la Compañía de Jesus, japonés.

Martirio XXIV. Día 12 de Julio de 1626.

138. El B. Mancio Araki.
 139. El B. Matías Araki.
 140. El B. Pedro Araki Cobioie.
 141. La B. Susana su mujer.
 142. El B. Juan Tanaca.
 143. La B. Catalina, su mujer.
 144. El B. Juan Naisen.
 145. La B. Mónica, su mujer.
 146. El B. Luis, su hijo de siete años, todos japoneses y huespedes y sirvientes de la Compañía de Jesus.

Martirio XXV. Día 29 de Julio de 1627.

147. El B. Luis Beltran, sacerdote dominico, español.

148. El B. Mancio de Santa Cruz, lego dominico, japonés.
 149. El B. Pedro de Santa María, lego dominico, japonés.

Martirio XXVI. Día 16 de Agosto de 1627.

150. El B. Francisco Curobioie, tercero de Santo Domingo, japonés.
 151. El B. Cayo Yemon, tercero de Santo Domingo, japonés.
 152. La B. Magdalena Kiota, de la sangre real de Bungo, tercera de Santo Domingo.
 153. La B. Francisca del Tercer Orden de Santo Domingo, japonesa.
 154. El B. Francisco de Santa María, sacerdote franciscano, español.
 155. El B. Bartolomé Laurel, hermano del Orden franciscano, mexicano.
 156. El B. Antonio de San Francisco, lego del Orden franciscano, japonés.
 157. El B. Gaspar Var, idem.
 158. El B. Tomas Vo, idem.
 159. El B. Francisco Cufioie, japonés.
 160. El B. Lucas Kiemron, idem.
 161. El B. Miguel Kisiaemon, idem.
 162. El B. Luis Matzuo, idem.
 163. El B. Martín Gomez, idem.
 164. La B. María, japonés. Los últimos ocho, todos terceros de San Francisco.

Martirio XXVII. Día 7 de Setiembre de 1627.

165. El B. Tomás Tzugi, sacerdote jesuita, japonés.
 166. El B. Luis Maqui, idem, idem, idem.
 167. El B. Juan, su hijo.

Martirio XXVIII. Día 8 de Setiembre de 1628.

168. El B. Antonio de San Buenaventura, sacerdote franciscano, español.
 169. El B. Domingo de Nangasaki, lego franciscano, japonés.
 170. El B. Domingo Castellet, sacerdote dominico, español.
 171. El B. Tomás de San Jacinto, lego dominico, japonés.
 172. El B. Antonio de Santo Domingo, hermano lego dominico, japonés.
 173. El B. Juan Tomaki, japonés.
 174. El B. Domingo, de diez y seis años.
 175. El B. Miguel, de trece años.
 176. El B. Tomás, de diez años.
 177. El B. Pablo, de siete años. Estos cuatro, hijos del B. Juan.
 178. El B. Juan Imamura, japonés.
 179. El B. Pablo Aibara, idem.
 180. El B. Roman, idem.
 181. El B. Leon, idem.
 182. El B. Jacobo Faixida, idem.
 183. El B. Mateo Alvarez, idem.
 184. El B. Miguel Yamada, idem.
 185. El B. Lorenzo su hijo.
 186. El B. Luis Nisaci, japonés.
 187. El B. Francisco de cinco años su hijo.
 188. El B. Domingo de dos años, su segundo hijo.
 189. La B. Luisa de ochenta años, japonesa. Todos sirvientes, y hermanos terceros de Santo Domingo. (*El Padre Martinez en su Crónica, dice: que Mateo Alvarez, Luis Nisaci con sus dos hijos, y Juan Tomaki con sus cuatro hijos, pertenecian al Tercer Orden de San Francisco.*)

Martirio XXIX. Día 16 de Setiembre de 1628.

190. El B. Miguel Timonoia.
 191. El B. Pablo Timonoia.
 192. El B. Domingo Xobioie, japoneses los tres, y hermanos terceros de Santo Domingo.

Martirio XXX. Día 25 de Diciembre de 1628.

193. El B. Miguel Nacaxima, jesuita, japonés.

Martirio XXXI. Día 28 de Setiembre de 1636.

194. El B. Juan Cocumbuco.
 195. El B. Mancio.
 196. El B. Miguel Kinoxi.
 197. El B. Lorenzo Xixo.
 198. El B. Pedro Cufioie.
 199. El B. Tomás. Los seis del Japon, y hermanos terceros de San Agustin.

Martirio XXXII. Día 3 de Setiembre de 1632.

200. El B. Bartolomé Gutierrez, sacerdote agustino, mexicano.
 201. El B. Vicente Carvalho, sacerdote agustino, portugués.
 202. El B. Francisco de Jesus, sacerdote agustino, español.
 203. El B. Antonio Ixida, sacerdote jesuita, japonés.
 204. El B. Gerónimo de Torres, sacerdote secular y tercero de San Francisco, japonés.
 205. El B. Gabriel de la Magdalena, hermano lego franciscano, español.

DECRETOS DE LOS SOBERANOS PONTIFICES.

I.—Decreto del Papa Inocencio XI sobre la causa del martirio.

Proposito per Emi. et Reverendiss. D. Card. Azzolinum Ponentem in S. R. Congregatione ordinaria, seu particulari ex dispensatione apostolica, Dubio: *An constet de martyrio ex parte tyranni in casu et ad effectum de quo agitur*, in causa prædictorum Servorum Dei; eadem S. Congregatio, auditis votis Dominorum Consultorum in duabus præteritis Congregationibus habitis die 27 Januarii 1685, et 30 Augusti 1686; audito pariter R. P. Fidei Promotore in voce et in scriptis, discussoque prædicto Dubio, censuit *Constare de martyrio ex parte tyranni*; si SS. Domino nostro placuerit. Die 25 Januarii 1687.

A Card. Cybo.

BERNARDINUS CASALIUS S. R. C. Secretarius.

Martirio XXIX. Día 16 de Setiembre de 1628.

190. El B. Miguel Timonoia.
 191. El B. Pablo Timonoia.
 192. El B. Domingo Xobioie, japoneses los tres, y hermanos terceros de Santo Domingo.

Martirio XXX. Día 25 de Diciembre de 1628.

193. El B. Miguel Nacaxima, jesuita, japonés.

Martirio XXXI. Día 28 de Setiembre de 1636.

194. El B. Juan Cocumbuco.
 195. El B. Mancio.
 196. El B. Miguel Kinoxi.
 197. El B. Lorenzo Xixo.
 198. El B. Pedro Cufioie.
 199. El B. Tomás. Los seis del Japon, y hermanos terceros de San Agustin.

Martirio XXXII. Día 3 de Setiembre de 1632.

200. El B. Bartolomé Gutierrez, sacerdote agustino, mexicano.
 201. El B. Vicente Carvalho, sacerdote agustino, portugués.
 202. El B. Francisco de Jesus, sacerdote agustino, español.
 203. El B. Antonio Ixida, sacerdote jesuita, japonés.
 204. El B. Gerónimo de Torres, sacerdote secular y tercero de San Francisco, japonés.
 205. El B. Gabriel de la Magdalena, hermano lego franciscano, español.

DECRETOS DE LOS SOBERANOS PONTIFICES.

I.—Decreto del Papa Inocencio XI sobre la causa del martirio.

Proposito per Emi. et Reverendiss. D. Card. Azzolinum Ponentem in S. R. Congregatione ordinaria, seu particulari ex dispensatione apostolica, Dubio: *An constet de martyrio ex parte tyranni in casu et ad effectum de quo agitur*, in causa prædictorum Servorum Dei; eadem S. Congregatio, auditis votis Dominorum Consultorum in duabus præteritis Congregationibus habitis die 27 Januarii 1685, et 30 Augusti 1686; audito pariter R. P. Fidei Promotore in voce et in scriptis, discussoque prædicto Dubio, censuit *Constare de martyrio ex parte tyranni*; si SS. Domino nostro placuerit. Die 25 Januarii 1687.

A Card. Cybo.

BERNARDINUS CASALIUS S. R. C. Secretarius.

II.—*Decreto de N. S. P. el Papa Pio IX sobre el martirio material y formal, y sobre los signos.*

Praeter illos sex et viginti Martyres Japonenses, quos sanctissimus Dominus noster Pius Papa IX, ad honorem Sanctae et individuae Trinitatis et Ecclesiae fideique catholicae bonum Sanctorum albo accensuit, alii permulti extant christiani nominis heroes in eodem Japoniae imperio ob ejusdem fidei catholicae confessionem necati ab anno millesimo sexcentesimo decimo septimo usque ad annum millesimum sexcentessimum trigessimum secundum. Horum catalogus ex tabulis processualibus depromptus quinque supra biscentum exhibet numerum. Praeunt inter eos apostolici viri fidei atque religionis magistri cum suis in catechesi tradenda ministris; dynastes nobiles regio sanguine clari: matronae opibus florentes, tenerae virgines; senes longaevi; adolescentes ingenui; pueri et puellae trium quatuorve annorum. Ex iis multi palo alligati per plures horas lento cremati sunt igne; aliqui capite muletati; alii fedeliter laniati et membratim caesi; non pauci in vulcanica depressi voragine, aquis sulphureis et ebullientibus diu vexati et consumpti; plurimi frigidissima rigente hyeme in lacunae gelu demersi mortem obierunt temporis diuturnitate acerbissimam; nonnulli in crucem acti capite inverso; pauci fame et aerumnis confecti teterrimo in ergastulo animam exhalarunt. Fortes ideo facti sunt in certamini, transierunt per ignem et aquam; secti sunt in carceribus abundantius emarcuerunt; Christo confixi sunt cruci, ut viveret in eis Christus; in ore gladii mortui sunt; sed laus Domini non recedebat ab ore eorum. In hac immani et ex Principis edicto late per Japoniam grassante persecutione tot ac tanta praebuerunt strenui fidei propugnatores invitae fortitudinis argumenta, ut

praeclearissima exempla, quae in priscis Ecclesiae persecutionibus floruerunt, prorsus renovaverint. Eminent veluti candidati hujus exercitus duces Alphonsus Navarette, Angelus Orsucci, Franciscus Morales, Petrus de Avila, Ricardus a Sancta Anna, Ludovicus Sotelo, Apollinaris Franco, Petrus de Zuniga, Bartholomaeus Guttierrez, Vincentius Carvalho, Carolus Spinula, Franciscus Pacheco, Camillus Costanzo, Hieronymus de Angelis ex illustribus Ordinibus Praedicatorum S. Dominici, Minorum S. Francisci, Eremitarum S. Augustini, et ex inclyta Societate Jesu cum aliis plurimis eorundem sodalibus; Joachimus Firayama seu Diaz; Thomas Xiquiro, Andres Tocuan, Simon Quiota et Magdalena ejus uxor, Gaspard Cotenda cum Apollonia ejus matertera, Magdalena Kyota, qui erant e progenie Regum Bungensium, Arimensium, et Firandensium; Antonius Coray, Maria ejus uxor; Joannes adolescens annorum duodecim et Petrus trium annorum puer, eorum filii; Lucia Fleites octogenaria et Dominicus Giorgi, cum uxore Elizabetha Fernandez, quae filium suum Ignatium puerulum quadrimulum secum ad martyrium a lictoribus perductum excitavit, ut benedictionem a Carolo Spinula peteret, antequam simul obirent: mox cum hic puerulus excisum carissimae matris caput et ante se provolutum immotus et siccis oculis conspexisset, probe intelligens se tunc interfectum iri, nudavit collum et cerviculam crudeli ferro praecidendam lictori obtulit. Hos demum ceteri sequuntur cives japonenses in martyrio socii usque ad numerum superius adnotatum.

Statim post martyrium triumphum conditi fuerunt informativi processus, quibus in Sacrorum Rituum Congregatione discussio, ad preces Hispaniae Regis, illustris familiae Spinulae, et Ordinum religiosorum Summus Pontifex Urbanus VIII, sa. me. sua signavit manu hujus causae commissionem; et duodecimo kalendas De-

cembris anni MDCXXVII Litteræ remissoriales expeditæ fuere ad instituendas apostolica auctoritate inquisitiones. Confectis itaque tum Maniliæ in insulis Philippinis, tum semel atque iterum Macai in Sinis processualibus tabulis, iisque ad Urbem transmissis, earumque de more probata validitate, Summi Pontificis Innocentii XI, sa. me. indultu decimotertio kalendas Aprilis anni MDCLXXVII, habita est peculiaris Sacrorum Rituum Congregatio, ubi suffragatores juxta R. P. Promotoris sanctæ fidei consilium statuerunt, ut prius proponeretur Dubium quoad primam partem, scilicet: *An constaret de martyrio, ex parte tyranni in casu.* Quod quidem factum est in alio peculiari ejusdem Sacrorum Rituum Congregationis Conventu octavo kal. Februarias MDCLXXXVII collecto: Decretumque prodiit, adprobante eodem Summo Pontifice: *Constare de martyrio ex parte tyranni in casu, de quo agitur.* Inde agitandum erat Dubium in aliis comitiis quoad alteram partem, nempe: *An constaret de martyrio ex parte passorum?*

Attamen incomprehensibili divinæ Providentiæ consilio causa hæc celeberrima, uti eam vocat Summus Pontifex Benedictus XIV sanctæ memoriæ ob varias rerum circumstantias usque ad hæc tempora siluit. Verum cum ob sex et viginti Martyrum canonizationem maxima gratiarum copia a Dei bonitate super Japoniam effluerit, quemadmodum in suis exponunt postulantiis epistolis Vicarii apostolici, qui regno huic et finitimis præsumt regionibus; et spem concipiunt firmissimam uberiores divini auxilii fructus sequuturos fore, si militis Christi reliqui in gloriosam coelitem aciem recensantur: cumque ob easus adversos et sibi invicem succedentes calamitates, quibus angimur, præsidium peomino multiplicato supernorum civium interventu Dræstolari oporteat, ne inimici nostri unquam domi-

nantur nobis; Sanctissimus Dominus noster Pius Papa IX singulorum Ordinum Postulatorum preces benigne excipiens causam resumere concessit; et eadem servata judiciaria forma, selegit particularem Sacrorum Rituum Congregationem, quæ, accedente voto pro veritate R. P. Promotoris sanctæ Fidei, causam ipsam ad exitum perduceret. Particularis hujusmodi congregatio penes reverendissimum Cardinalem Constantinum Patrizi Episcopum Portuensem et S. Rufinæ, eidem Congregationi Præfectum, causæque Relatorem, semel atque iterum collecta est: et propositis Dubiis, scilicet primo: *An stante approbatione Martyrii ex parte tyranni, ita constet de Martyrio ex parte passorum ut procedi possit ad ulteriora?* secundo: *An et de quibus miraculis seu signis constet in casu?* Tum Patres Cardinales, tum Præsules officiales suas aperuerunt sententias.

Verumtamen Sanctissimus Dominus noster post fidelem subscripti Sacrorum Rituum Congregationis Secretarii de omnibus relationem, noluit illico Patrum Cardinalium et Præsulum officialium sententias supremo suo confirmare judicio; sed severe perpendens negotium istud maximi ponderis esse ac momenti, invocavit Spiritum sapientiæ et intellectus, ut sibi ad recte judicandum propitius adesset.

Tandem hanc designavit diem, nempe feriam III post dominicam Sexagesimæ, in qua solemnis recolitur commemoratio Passionis Domini nostri Jesu Christi, cujus calicem Martyres japonenses libere meruerunt. Postquam igitur Sanctissimus Dominus noster incruentum obtulisset sacrificium in privato sacello apud pontificales ædes Vaticanas, ad Collegium romanum Societatis Jesu Sancti Ignatii templo annexum se contulit, ubi in superiori Aula maxima solio insidens ad se accivit Reverendissimum Cardinalem Constantinum Patrizi Episcopum Portuensem et Sanctæ Rufinæ, Sacrorum Ri-

tuum Congregationi Præfectum, causæque Relatorem, una cum R. P. Petro Minetti sanctæ Fidei Promotore et me infrascripto Secretario, iisque adstantibus, quoad primum Dubium edixit: *Ita constare de martyrio ex parte passorum, ut in casu, de quo igitur, procedi possit ad Beatificationem;* et quoad alterum Dubium: *Constare de signis IV, XII, XIII, XIV.*

Decretum hoc in vulgus edi, et in acta Sacrorum Rituum Congregationis referri mandavit, quarto kalendas Martii anno MDCCCLXVII.

C. Episcopus Portuen. et S. Rufinæ Card. Patrizi,
S. R. C. Præfectus.

D. Bartolini S. R. C. Secretarius.

III.—*Decreto de N. S. P. el Papa Pio IX, que declara, que con seguridad puede procederse á la Beatificación.*

In mirabili Apocalypsis visione Joannes Evangelista vidit *subtus altare animas interfectorum propter verbum Dei, vocemque audivit illis dicentem: Ut requiescerent donec complerentur conservi eorum et fratres, qui interficiendi essent sicut et illi.* Magna in hac cœlitum fratrum, conservorumque turba, quam dinumerare nemo potest, sæculo decimo septimo ineunte, recens profecto fuere quinque et ducenti Martyres, qui magnam perpassi tribulationem *laverunt stolas suas in sanguine Agni;* iisque albis amicti stolis, palmasque in manibus gestantes ex Japoniæ oris venerunt, et ante thronum Dei et in conspectu Agni constituti serviunt

ei die ac nocte. Quod Joannes in visione futurum præviderat, nunc nobis factum supremo Sedis Apostolicæ magisterio innotuit. Cum enim præclarissimum japonensium Martyrum certamen penes Sacrorum Rituum Congregationem pluries ad trutinam vocatum fuisset, Summi Pontificis Ven. Innocentii XI. sa. me. Decreto sancitum est: *Constare de eorum martyrio ex parte tyranii.* Neque id satis erat quoniam duo æque graviora enucleanda remanebant Dubia, scilicet: *An constaret de martyrio ex parte passorum;* itemque *An et de quibus miraculis seu signis constaret in casu;* ut egregios Japonenses pugiles inter Martyres Dei conservos jam super astra locatos suspiceremus, eorumque lipsana sub altari reponerentur. Hoc, quod diu illustres Ordines Prædicatorum, Franciscalium, Eremitarum Augustinianorum, nec non præclaræ Societatis Jesu sodales, simulque Japoniæ ac finitimarum regionum Vicarii apostolici summis exoptaverant votis, Sanctissimus Dominus noster Pius Papa IX complevit. Causam enim super hisce dubiis bis agitari voluit in peculiaribus Sacrorum Rituum Congregationis conventibus, ut ea judiciaria servaretur forma, quæ ab initio obtinuit. Sacri Ordinis hujus sententiam Sanctitas Sua ratam habens rite decrevit quarto kalendas martias vertentis anni quoad primum Dubium: *Ita constare de martyrio ex parte passorum, ut in casu, de quo agitur, procedi possit ad Beatificationem;* et quoad alterum Dubium: *Constare de signis IV, XII, XIII, XIV.*

Postquam Petrus per Pium Pontificem Maximum loquutus est, causa finita est. Attamen eadem Sanctitas Sua jussit ut juxta Summorum Pontificum Constitutiones, sacrorumque canonum sanctiones ad actorum seriem perficiendam in generalibus comitiis colligendis postremum discuteretur Dubium: *An stante Decreto ab Innocentio XI sa. me. III nonas Februarias anni*

MDCLXXXVII confirmato, alioque Decreto novissime a Sanctissimo Domino Nostro Pio Papa IX quarto kalendas martias currentis anni edito, tuto procedi possit ad solemnem horum Venerabilium servorum Dei Beatificationem. Hoc factum quidem est in comitiis idibus Aprilis anni hujus apud pontificias Vaticanas aedes coram Sanctissimo Domino Nostro habitis, in quibus Reverendissimus Cardinalis Constantinus Patrizi Episcopus Portuensis et S. Rufinae, Sacrorum Rituum Congregationi Praefectus, atque causae Relator illud proposuit Dubium, et omnes Reverendissimi Patres Cardinales et Consultores in affirmativam ivere sententiam. At Pater Beatissimus illud effatum a Joanne Evangelista in Apocalypsis visione perceptum secum in animo considerans, *tempus adhuc modicum* expectandum censuit, ut fuis interim precibus ab Altissimo super Cherubim sedente lumen impetraret et auxilium.

Annua denique revertente solemni commemoratione sanctae Virginis Catharinae senensis, almæ Urbis Patronae minus principalis atque in adversa hac temporum calamitate sospitatrix, cujus vestigia plures invictae ex Martyribus Japonensibus foeminae in virtutis semita calcarunt, cum Sanctitas Sua Hostiam salutarem in privato suo Vaticano sacello obtulisset, ad cœnobium contendit Eremitarum S. Augustini, cujus Institutum non pauci ex iisdem Martyribus amplexi fuerant; et in Bibliothecam nomine *Angelicam* ascendens, ibi ad se acitissimus ac Reverendissimo Cardinale Constantino Patrizi Episcopo Portuensi et Sanctae Rufinae, Sacrorum Rituum Congregationi Praefecto, causaeque Relatore, una cum R. P. Petro Minetti sanctae Fidei Promotore, et me infrascripto Secretario, eisdemque adstantibus solemniter declaravit: *Tuto procedi posse ad solemnem venerabilium horum servorum Dei Beatificationem.*

Hujusmodi Decretum publici juris fieri, in acta Sacrorum Rituum Congregationis referri, Litterasque apostolicas in forma Brevis de Beatificationis solenni in Patriarchali Basilica Vaticana quodcumque celebrandis expediri mandavit, pridie Kalendas maias anni MDCCLXVII.

C. Episcopus Portuen. et S. Rufinae Card. PATRIZI,
S. R. C. Praefectus.

D. BARTOLINI S. R. C. Secretarius.

IV.—BREVE DE LA BEATIFICACION

Pius PP. IX, Ad perpetuam rei memoriam.

Martyrum rigata sanguine vel ab ipsis suis primordiis Ecclesia exhibere postea nunquam destitit miranda exempla fortitudinis; quippe dum ad labefactandam Christi militum firmitatem nova excogitent tyranni suppliciorum genera, auxerunt ad sempiternum Ecclesiae decus fortissimorum heroum coronas et palmas. Id porro non sine providentissimo Dei concilio factum est; nimirum ut manifeste constaret durissimo certamini e caelis adfuisse auctorem fidei nostrae Christum Jesum, qui, ut scripsit S. Cyprianus “praelatores, et assertores sui nominis in acie confirmavit, erexit; qui pugnavit et vicit in servis suis.”

Janvero ab anno millesimo sexcentissimo decimo septimo usque ad annum millesimum sexcentimum trigessimum secundum ferax Martyrum Japonia fuit, exci-

tato dirissimæ insectationis turbine adversus Christi religionem, quæ feliciter illuc fuerat per Evangelii præcones invecta. Etenim posteaquam Taicosama Japoniæ Imperator inaudito quodam furore exarsit ad extinguendum ibi penitus christianum nomen, atque anno millesimo quingentesimo nonagesimo septimo viginti sex strenuos veræ fidei defensores crucis supplicio intermisisset ejus in imperio successores tantam inmanitatem, furoremque necdum æmulati sunt, sed longe etiam superarunt. Edita quippe lex fuit ne quis Christianos, ac præsertim Sacerdotes juvaret, exciperet; secus exilio, proscriptione bonorum, atque ipsa pœna capitis mularetur; cruces, aræ, templa, et quælibet religionis sanctissimæ monumenta præconis voce disjecta passim, ac deleta; ad tentandam vero Christianorum in fide constantiam exquisitissima quæque tormenta adhibita, quæ meminisse animus, necdum enarrare reformidat. Aliis enim in crucem actis transverberatum ferro latus fuit, alii inverso capite cruci adfixi, plures fœdissime dilaniati, ac membratim cæsi, plerique lento igne combusti, non pauci sulphureis, vel gelidis demersi aquis mortem obierunt pœnarum diurnitate acerbissimam, alii denique fame, siti, verberibus, et squalore carceris afflictis, eneeti mortalem hanc vitam cum immortalis ac beata commutarunt.

Tantam vero suppliciorum atrocitatem animo sic erecto atque alacri perpessi sunt, ut priscorum Ecclesiæ martyrum robur, ac firmitatem plane retulerint. "Steterunt scilicet, ut S. Cypriani verbis utamur, torquentibus fortiores, et sævissima diu plaga repetita inexpugnabilem fidem expugnare non potuit." Neque sacerdotes dumtaxat, et evangelicæ doctrinæ præcones animosi, ac firmi in agone manserunt, sed utriusque sexus, et cujusque conditionis, ætatis homines, scilicet dynastæ spectatissime, et regio prognati sanguine viri,

matronæ nobiles, teneræ virgines, confecti ætate senes, adolescentes, et pueri ac puellæ quatuor etiam annorum, sic ut tam inaudita virtus, animique constantia referri prorsus accepta debeat gratiæ cœlestis auxilio.

Mille et amplius recensentur, qui in diuturno illo plurium annorum certamine christianam fidem fuso sanguine confirmarunt, sed tamen de omnibus inquiri minime potuit auctoritate apostolica. Etenim sæviente in christifideles tanto furoris æstu, Matrili solum in Hispania, Maniliæ in Insulis Philippinis, et Macai in Sinis inquisitionis tabulæ confectæ sunt. Nihilominus plerique idonei testes de more rogati ea protulerunt, ex quibus martyrii veritas biscentum et quinque heroum liquido constat. In hoc glorioso martyrum agmine plures partim sacerdotes, partim laici spectant ad religiosum Ordinem Fratrum Prædicatorum S. Dominici, interque eos eminent Alphonsus Navarrete, Aloisius Flores, Angelus Orsucci, Franciscus de Morales Alphonsus de Mena, Dominicus Castellet; non paucos suos esse gloriatur religiosus Ordo Fratrum Minorum S. Francisci, quos inter illustriores sunt Petrus ab Assumptione, Petrus de Avila, Ricardus a S. Anna, Apollinaris Franco, Franciscus a S. Maria, Antonius a S. Bonaventura; plerosque ad se pertinere gaudet religiosus Ordo Eremitarum S. Augustini, magisque conspicui inter eos sunt Ferdinandus a S. Josepho, Petrus de Zuniga, Bartholomæus Guttierrez, Vincentius Carvalho; tandem suorum etiam martyrum palmis decorata est Societas Jesu, atque in eis præstant Carolus Spinnula, Franciscus Pacheco, Camillus Costanzo, Paulus Navarro, Hieronymus de Angelis et Michael Carvalho. Sequuntur sæculares homines in martyrio socii, Andreas Tocuan, Simon Quiota, et Magdalena ejus uxor, Gaspar Cotenda cum Apollonia ejus matertera, et Magdalena Kyota, qui ortum ducebant ab stirpe Regum

Bungensium, Arimensium, et Firandensium, Antonius Coray, ejusque conjux Maria, Joannes adolescens annorum duodecim, et Petrus trium annorum puer, illorum filii; Lucia Fleites octogenaria, et Dominicus Giorgi cum uxore Elisabetha Fernandez, et Ignatio filio puerulo annorum quatuor ad martyrii locum a lictoribus perducto, de quo puero illud in actis legitur prodigio simile, quod cum immotus, nullumque ejulatum edens revulsum matris caput conspexisset, perinde ac parenti suæ in fidei confessione sociari gestiret, eadem, qua parens, alacritate, circumfusa obstupescente multitudine, cerviculam lictori præcidendam obtulerit. Reliquorum autem martyrum nomina adjectus hisce Litteris catalogus exhibebit.

Post pretiosam in conspectu Domini justorum mortem "quæ, ut idem S. Cyprianus scripsit, emit immortalitatem pretio sanguinis, et accepit coronam de consummatione virtutis," statim cepta sunt exarari acta ad causæ cognitionem necessaria, iisque in Congregatione Cardinalium Sacris Ritibus præpositorum accurate perpensis, ad preces Hispaniæ Regis, et quatuor Ordinum Religiosorum, quos supra memoravimus, fel. me. Urbanus VIII Præcessor Noster Litteras manu sua signavit, quibus inquisitio committeretur apostolica auctoritate instituenda.

Proinde tum Maniliæ in insulis Philippinis, tum semel atque iterum Macai in Sinis legitimæ inquisitionis confectis tabulis, iisque ad Urbem transmissis, ex concessione Innocentii XI Præcessoris Nostri decimo tertio kal. Aprilis anno millesimo sexcentesimo septuagesimo septimo habita est peculiaris sacerorum Rituum Congregatio in qua statutum fuit, ut primum quæstio poneretur. "An constaret de martyrio ex parte tyranni" eademque agitata quæstio est in alio ejusdem peculiaris Congregationis conventu octavo kal. Februarii

anni millesimi sexcentissimi octogesimi septimi, ac decretum prodiit ab eodem Prædecessore Nostro approbatum "Constare scilicet, de martyrio ex parte tyranni, in casu de quo agitur." Altera exinde quæstio agitata supererat "An constaret de martyrio ex parte passorum." Quæ tamen quæstio ratione temporum, aliisque rerum adjunctis ad hæc usque tempora intermissa mansit. Atque id opportune admodum dixerimus contigisse, scilicet, ut quum ætate hac nostra rei sacræ et publicæ luctuosa a perditis hominibus catholica religio vehementius ac perfidius oppugnetur, tam insigni proposita christianorum heroum de tyranno victoria, novo tanquam gravique argumento religionis sanctissimæ probetur divinitas, deque tantæ virtutis portento jure lætatur ac triumphet Ecclesia.

Deinde ut clementissimus Deus regiones illas respiciens perfusus olim innocuo fidelium sanguine, obseptum tot annos illuc aditum Evangelii præconibus recludat, ad miseris gentes salutari doctrina recreandas. Hæc Nos animo reputantes, ac permoti precibus Ordinum Prædictorum, et Vicariorum apostolicorum regionum Japoniæ finitimarum, concessimus, ut hujusmodi causæ intermissa cognitio rursus institueretur, servataque priori judicii forma peculiarem Congregationem selegimus Cardinalium sacris ritibus præpositorum, quæ causam illam post accuratam disceptationem ad exitum perduceret. Quapropter proposita duplex quæstio fuit "An stante approbatione martyrii ex parte tyranni ita constet de martyrio ex parte passorum, ut procedi possit ad ulteriora." Deinde "An et de quibus miraculis seu signis constet in casu." De utraque hac quæstione diligenter est disputatum, ac tum Cardinales, tum adstantes ex officio Præsules sententiam suam dixerunt; illam tamen confirmare supremo Nostro judicio distulimus, donec Patrem luminum impense precati essemus,

ut in re tanti momenti mentem Nostram lucis suæ radiis illustraret. Tandem feria tertia post Dominicam Sexagesimæ, in qua memoria recolitur cruciatuum, quos pro salute nostra passus est humani generis vindex Christus Dominus, Decretum vulgari jussimus in hæc verba: primum "Ita constare de martyrio ex parte passorum, ut in casu, de quo agitur, procedi possit ad Beatificationem:" secundo "Constare de signis quarto, decimo secundo, decimo tertio, decimo quarto."

Illud supererat, ut Cardinales sacris ritibus præpositi de more interrogarentur, num censerent tuto procedi posse ad Venerabiles Dei famulos Beatorum Ordini ad-censendos; qui quum idibus Aprilis eurrentis anni apud Nos convenissent, de Consultorum etiam suffragio affirmativam sententiam protulerunt. Nos porro priusquam mentem Nostram panderemus, expectare adhuc volumus, ad precandum bonorum omnium auctorem Deum, ut nobis in re gravissima volens propitius adesset; ac denique die sacra S. Catharinæ Senensi Patronæ secundariæ Almæ Urbis, palam ediximus "Tuto procedi posse ad solemnem horum Venerabilium servorum Dei Beatificationem."

Nos igitur ad preces quatuor Ordinum Religiosorum quos supra memoravimus, necnon Vicariorum apostolicorum, qui Christiano gregi advigilant in regionibus Japoniæ finitimis, de consilio Venerabilium Fratrum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalium legitimis ritibus præpositorum, auctoritate apostolica per has Litteras facultatem facimus, ut Venerabiles Dei Famuli, Alphonsus Navarrete, Aloisius Flores, Angelus Orsucci Ordinis Prædicatorum; Petrus de Avila, Petrus ab Assumptione, et Ricardus a S. Anna Ordinis Minorum S. Francisci; Petrus de Zuniga, Ferdinandus a S. Josepho, Bartholomæus Guttierrez Ordinis Eremitarum S. Augustini; Carolus Spinula; Franciscus Pacheco Societa-

tis Jesu; Joachimus Firayana seu Diaz, Lucia Fleites, alique in martyrio socii, tam religiosi Fratres ex memoratis Ordinibus, quam etiam sæculares, Beati nomine in posterum appellentur, eorumque corpora et lipsana, seu reliquæ, solemnibus supplicationibus exceptis, publicæ fidelium venerationi proponantur. Insuper eadem auctoritate Nostra concedimus, ut de illis recitetur quotannis die indicenda officium et missa de communi plurimorum Martyrum, juxta rubricas Missalis et Breviarii Romani. Ejusdem vero officii recitationem fieri concedimus in domibus ac templis quatuor Religiosorum Ordinum supradictorum ab omnibus christifidelibus tam sæcularibus, quam regularibus, qui horas canonicas recitare teneantur; et quod ad Missas attinet etiam sacerdotibus, qui rem divinam facient in sacris templis, in quibus Beatorum festum celebretur. Denique concedimus, ut anno ab hisce Litteris datis primo solemnia Beatificationis Venerabilium Dei Famulorum in Ecclesiis dictorum Ordinum peragantur cum Officio, et Missis Duplicis Majoris ritus, idque fieri mandamus die ab Ordinariis sacris Præsidibus indicendo, et posteaquam eadem solemnia in Vaticana Nostra Basilica fuerint celebrata. Non obstantibus Constitutionibus Apostolicis, necnon Decretis de non cultu editis, ceterisque contrariis quibuscumque. Volumus autem ut harum Litterarum exemplis etiam impressis, dummodo manu Secretarii dictæ Congregationis subscripta, et Præfecti sigillo munita sint, eadem prorsus in disceptationibus etiam judicialibus fides habeatur, quæ Nostræ voluntatis significationi, hisce Litteris ostensis, haberetur. Datum Romæ apud S. Petrum sub annulo Piscatoris die VII Maii anno MDCCCLXVII, pontificatus nostri anno vigesimoprimo.

N. Card. PARACCIANI CLARELLI.



APÉNDICE

A LA

HISTORIA DE LOS 205 MARTIRES DEL JAPON,

ó sea un breve
compendio de la historia particular de
los tres mexicanos,

SAN FELIPE DE JESUS,

Y LOS

BEATOS BARTOLOMÉ LAUREL Y BARTOLOMÉ GUTIERREZ,

y los demas santos
y bienaventurados que vivieron en México.

POR

Pablo Antonio del Niño Jesus,

CARMELITA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



J. M. J.

INTRODUCCION.

*Nos dejaron ejemplo para
que siguiésemos sus pasos.*

S. Pedro Ep. 1^o, C. 2^o, v. 21.

La historia es la suprema autoridad á que en todos los tiempos apelarán los hombres amantes de lo bueno y de lo verdadero; es el juez infalible á cuyo inapelable fallo se sujeta en sus dudas la sociedad. Y no es que en la narracion de los hechos haya siempre verdad; que tambien se desfiguran, se alteran y se desnaturalizan, porque, por desgracia, no es raro que el hombre abuse de su inteligencia y la degrade hasta hacerla servir á los intereses bastardos de la impostura y del error; sino que una narracion viciada de esta suerte, no es, ni puede llamarse historia.

La historia, propiamente dicha, es inseparable de

la verdad: enserará los vicios ó las virtudes de los hombres y de sus épocas; condenará aquellos y enaltecerá á estos; podrá tambien, segun el carácter del escritor, resentirse de afición á los vicios y de desden por la virtud, pero mientras respete los fueros de la imparcialidad, mientras refiera los hechos, tales como se realizaron, siempre conservará su carácter sagrado de irapelable autoridad, siempre será supremo juez á quien con gusto apelarán los hombres para aclarar las sombras del pasado, para enlazar la cadena de los sucesos con el presente, y para procurar penetrar en el fondo del porvenir.

De aquí nace la importancia del estudio de los hechos históricos, estudio mas difícil de lo que á primera vista parece, dado que exige un gran fondo de buen sentido, de criterio recto, y de juicio comparativo; pero tan necesario, que sin él el humano linaje estaria destituido de todos los preciosos conocimientos que datan la fecha de su origen, que revelan su dignidad, que precisan su objeto, y que trazan su marcha al través de los siglos, haciéndole columbrar claramente su fin, desde su mismo origen.

Y esto, que es como una ley común para toda la humanidad, no lo es menos respecto de los diversos pueblos ó fracciones en que se dividió la familia de Adán desde la confusion de las lenguas. Cada pueblo tiene su origen; cada pueblo tiene su propia dignidad, que será mas ó menos grande segun que haya sabido conquistarla con sus virtudes ó sus hechos gloriosos; cada pueblo tiene un objeto, ó sea una misión providencial; cada pueblo, en fin, marcha sinistra ó rectamente al término de su destino, imprimiendo al todo de la humanidad, esa variedad asombrosa que se observa en la historia del mundo.

México nació ayer; y sin embargo, tanto por la ra-

za de que trajo su origen, como por el hermoso idioma que en suerte le tocó, y hasta por el papel que con mas ó menos acierto ha desempeñado hasta hoy, puede decirse, sin temor de errar, que su misión, por mas que el génio del mal se empeñe en desconocerla, es sostener y propagar en el Nuevo Mundo la civilización católica. Los tres siglos y medio de su vida, de su fé, de sus borrascas, y aun de sus dolores, parece que indican aquel fin.

No hablaré de los hechos contemporáneos: seria inútil y quizá inoportuno. Pero al recordar la exuberancia de la fé, el lujo digámoslo así, de virtudes cristianas de que México hizo noble alarde en su primera juventud, no es de creerse que la Divina Providencia le haya retirado aquella importante misión, por los errores con que le ha contaminado su época. En medio de ellos, México, es decir, lo que realmente se llama México, cree en Dios, y segun la bella espresion de Leibnitz, "tiene horror á ese mundo huérfano, que se forjan algunos miserables, y prefiere vivir descansando bajo las alas tutelares de una sabia paternal y augusta Providencia." Esto dicho, comencemos sin transición, á referir algunos bellos episodios de la historia de México. (*)

(*) Los documentos que he tenido á la vista para escribir este "Apéndice," son la "Crónica de la Provincia de San Diego de México" escrita por el R. Padre Baltasar Medina; la "Cristiandad del Japon" obra preciosísima del R. Padre José Sicardo, agustiniano; "Las Crónicas de la Provincia de San Gregorio de religiosos franciscanos de Manila, China y el Japon," por el R. Padre Juan Francisco de San Antonio; y la "*Storia del martirio e compendio delle vite dei ventisei Martiri Giapponensi*," publicada en Roma en el año de 1862 con motivo de la solemne canonización de los referidos mártires. Esta advertencia me dispensa de llamar citas en cada página; tarea enfadosa, y de ordinario inútil.

§ I.

Al tratarse de las glorias religiosas de México, justo es tener presente á su hijo protomártir, en cuyo honor desgraciadamente se ha hecho muy poco en los últimos años.

Fueron sus padres los Sres. D. Alonso de las Casas, y Doña Antonia Martínez, ambos españoles, de costumbres virtuosas y de acomodada fortuna. La ciudad de México, ha estado de tiempo inmemorial en posesión de la gloria de haberle visto nacer dentro sus muros, y regenerádole con las aguas del sagrado Bautismo, no obstante que, no ha faltado quien asegure que en el año de 1572 nació en Chilapa, ciudad situada al Sur de México, que en aquella fecha pertenecía á este Arzobispado; fundándose en que por aquella época, desempeñaba el señor su padre el cargo de corregidor en Chilapa. (*) No entraré en un exámen que realmente es inútil, ora porque cuando la Capital en otras circunstancias defendió sus derechos, parece que la juiciosa crítica le otorgó plenamente justicia; ora porque, como quiera que sea, siempre será inconcuso que, el niño Felipe de las Casas, ó sea el Protomártir San Felipe de Jesus, nació en el territorio mexicano, y dentro de los límites de su Arzobispado.

Poco diré respecto de sus primeros años, porque casi nada se sabe, y me conformaré con asentar, con

(*) Esta Villa, hoy ciudad, formó parte tambien de la Diócesis de Puebla hasta el año de 1863, en que el Soberano Pontífice Pio IX, en el Consistorio de Marzo, la segregó y erigió en obispado, nombrando por su primer obispo, á su antiguo párroco el Illmo. Sr. D. Ambrosio Serrano.

un cronista italiano, "que tenia un excelente corazón capaz de grandes sacrificios." La primera prueba con que lo anunció, fué el haber dejado su casa y su familia por amor á la Cruz, renunciando al ancho porvenir que le auguraban las riquezas, las relaciones y la posición social de sus virtuosos padres, por abrazar el austero instituto de los franciscanos descalzos, como lo hizo, vistiendo el pobre sayal de San Francisco, á los diez y seis años de su edad, en el convento de Santa Bárbara de Puebla, casa de aprobación de la venerable Provincia de San Diego de México.

Es verdad que no permaneció en tan santo propósito, pero esta variación, tal vez censurada por muchos con mas ligereza de la que, por ella, se atribuía al jóven las Casas; por lo sucedido despues, parece que mas bien fué un decreto de la Divina Providencia, que quiso sacarle fuera de su patria como al patriarca Abraham, reservándole mayores sacrificios, y destinos mas altos. Asi esa misma inescrutable Providencia impidió, por dos veces, que San Camilo abrazase el estado de religioso capuchino, reservándole el ministerio de Fundador y Padre de los clérigos Regulares establecidos para auxiliar á los agonizantes.

Una vez salido ya del claustro, necesariamente, tanto él como sus padres, debieron pensar en su establecimiento. En la época colonial, los hijos de la patria tenían cerrada la puerta á las diversas carreras que hoy abrazan, y por lo mismo poco trabajo costaba el decidirse. En consecuencia, no habiendo abrazado la carrera eclesiástica, se decidió, de acuerdo con su padre por el comercio, pero comercio en grande escala; esto dió por resultado su viaje á Filipinas, pues entonces se decia vulgarmente que la Nao de China, procedente de aquellas islas, bastaba á enriquecer un reino.

No todos los padres que alejan de sí á sus hijos, son tan afortunados como los de Tobías, que merecieron que un arcángel le acompañase en su arriesgado y dilatado viaje, y le volviere sano y feliz á su seno: mas comun es, que los padres se arrepientan de su ligereza y deploran las tristes consecuencias, siempre inevitables de la separacion de sus hijos, y de la falta de vigilancia personal que deben ejercer sobre ellos, en los dias peligrosos de la fogosa juventud. Esto á la letra sucedió á los padres de San Felipe de Jesus. Jóven, inesperto, con libertad, y tambien con un respetable caudal, luego que se fijó en Manila se vió rodeado de parásitos y aduladores, que para mejor devorar su rica hacienda, pusieron su inocencia á dos dedos de su ruina total. Empero la Providencia que le guiaba, le humilló sin abandonarle jamas.

Cuando la prosperidad otusca la inteligencia, y hace que el hombre olvide sus deberes, la adversidad es un inmenso beneficio, puesto que vuelve al hombre reflexivo, le hace entrar en cuentas consigo mismo, y acaba por atraerle al arrepentimiento de los extravíos lamentables á que le arrastró la engañadora fortuna. Felipe, abandonado de sus falsos amigos, como Job en los dias de su tribulacion, no tuvo otro recurso que levantar sus ojos al cielo, y entonces vió claramente que de solo él podia esperar el consuelo y la fortaleza en su duro infortunio.

La meditacion de sus crueles desgracias, el recuerdo de los pacíficos y tranquilos momentos que pasara en el claustro, el temor de los juicios de Dios, y sobre todo, el poder de la gracia divina que se infiltraba en su corazon lacerado, todo esto despertó los grandes y generosos sentimientos de su alma, y transformado en hombre nuevo, dijo como otro pródigo:

“Iré á ver á mi padre.” Entonces, que acababa de cumplir diez y nueve años de edad, se encaminó al convento de franciscanos de Santa Maria de los Angeles en la ciudad de Manila, donde hechas las informaciones canónicas, y examinada su vocacion y probado su espíritu, y perfectamente asegurada su constancia, despues de un año de virtudes prácticas, pronunció sus votos solemnes el dia 20 de Mayo de 1591.

Todos los testigos contemporáneos están de acuerdo en que el glorioso San Felipe, al vestir el humilde sayal del Padre San Francisco, se desnudó absolutamente del hombre viejo y sufrió una completa transformacion moral. Su obediencia, fundamento sólido y único de la vida monástica, y hasta de la perfeccion cristiana en general, siempre fué ciega, pronta, humilde y absoluta; y derivándose de tan fecunda fuente todas las demas virtudes evangélicas, sobresalió en abnegacion, humildad, mortificación interior y exterior, por manera que sus ayunos, y rígidas macecaciones, que él consideraba como el medio único para lograr que Dios olvidase las infidelidades de su primera juventud, no pudiendo permanecer ocultas mucho tiempo, aunque para conseguirlo ponía en juego todos los recursos del disimulo y de la modestia cristiana, en breves dias llegaron á ser el objeto de la admiracion comun y de la edificacion universal. Y como la virtud verdadera, sea semejante á un aroma precioso que se difunde fuera del vaso en que está contenido, sucedió que la santidad del religioso mexicano traspasando los muros del convento se vulgarizó en Manila, permitiéndolo así la sabia Providencia, para que fuese pública la reparacion, como lo fuera el mal ejemplo. Y no solo Manila conoció la milagrosa mutacion del jóven de las Casas; tambien su patria, á pesar de las distancias y de los vastos

mares, supo con satisfaccion que su hijo ilustre, convertido ya en otro hombre, segun el Evangelio, era un espectáculo agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres.

Empero, quienes con especialidad gozaron de una satisfaccion cumplida, fueron sus dignos padres. No pudiendo contener su gozo, y aguijoneados por su amor paternal, pusieron en movimiento todo su influjo para alcanzar de los superiores de la religion franciscana, una órden que obligase á regresar á México, al fervoroso y penitente Felipe de Jesus.

A esta sazón residia en el antiguo convento de San Francisco de esta capital, (hoy demolido por el hacha revolucionaria, á pesar de que era uno de los monumentos mas elocuentes de nuestra civilizacion, y mas rico en recuerdos) el R. Padre comisario general Fr. Pedro de Pila, quien deseoso de satisfacer la devocion y la ternura de los padres de San Felipe, aprovechó una casual coyuntura, con la que sin menoscabo de la disciplina monástica, el santo mexicano pudiese volver al seno de su patria.

El Arzobispado de Manila estaba vacante por la muerte de su último pastor, á tiempo que la edad, las virtudes, y tambien la necesidad de obreros evangélicos estaban reclamando para San Felipe, los honores del sacerdocio de que se habia hecho digno, por una áspera penitencia de cinco años continuos. El R. Padre Comisario lo creyó así, y en consecuencia espidió sus órdenes al R. Padre provincial de Manila, para que en primera oportunidad remitiese al hermano Felipe de Jesus, á fin de que recibiese los órdenes sagrados en el suelo mismo que le vió nacer. Esto dispusieron los hombres, pero Dios, que segun la bíblica espresion de Fenelon, cuando aquellos se agitan, dirige el movimiento, se valió de las disposicio-

nes humanas, para llevar á cabo los designios de su bondad, honrando á la Iglesia de México con el triunfo de su hijo protomártir, á quien pueden aplicarse estas palabras de la sabiduría. "Su alma fué agradale á Dios, y por eso se apresuró á sacarla de en medio de la iniquidad."

§ II.

El día 12 de Julio de 1596, Felipe de Jesus, obediendo á Dios, en la persona de su provincial, se embarcó en el puerto de Cavite en el navío San Felipe, con direccion á México, en union de los RR. Padres agustinos, Juan Tamayo y Diego de Guevara que pasaban á Roma; del R. Padre Martín de Leon, dominico y capellan del buque, y del célebre franciscano Juan el pobre, que imitando á Pedro el ermitaño que con su voz de trueno lanzaba á media Europa sobre la Palestina para conquistar el sepulcro de nuestro Redentor, con su elocuencia hija de la caridad evangélica, logró que Roma y muchas naciones católicas mandaran obreros apostólicos á las vastas regiones de China y el Japon, abundantes en mies, y pobres de operarios.

El Soberano, dueño de los vientos, quiso que soplando desordenadamente á juicio de los hombres, cambiasen la direccion del navío San Felipe, para que de esta suerte llegase al término decretado por su adorable Providencia. Así tambien en otro tiempo, Jonas, víctima al parecer de horrible tempestad, realmente fué un instrumento de los designios misericordiosos de Dios sobre los Ninivitas.

Las recias tempestades tan comunes en el archipiélago de Filipinas, y en los vastos oceanos de aquellas latitudes, arrebataron el navío San Felipe, y des-

pues de causarle horribles estragos en sus velas, arbolada y timon, le arrojaron á treinta y siete grados de altura, hallándose inopinadamente los tristes navegantes distantes de Filipinas seiscientas leguas, y ciento cincuenta del Japon. Esta vecindad les llenó de temor, pues sobre la imposibilidad de poder regresar á Manila, veian un próximo peligro en la inmediacion á las costas borrascosas, inhospitalarias y hasta feroces de aquel inmenso imperio.

Y sin embargo, era de todo punto indispensable tomar algun partido, siquiera fuese arriesgado, ó siquiera posible. Mientras el capitán del buque D. Matías Landecho, deliberaba sobre el partido que debiera tomar, algunos fenómenos, que no por ser naturales, dejan de ser fatidicos en ciertas circunstancias, vinieron á aumentar el terror de los naufragos. En medio de los horrores de la noche del 26 de Julio, apareció un cometa gigantesco, pálido y de siniestro aspecto, que ni antes fué previsto ó anunciado por la ciencia, ni despues pudo observarse el rumbo que siguiera: su cauda inmensa estaba como colgada sobre el imperio del Japon. Mes y medio despues, el día 18 de Setiembre, una ballena colossal rodeaba el buque tan de cerca, que casi le hacia zozobrar, y necesario fué espantarle disparando muchos cañonazos. Ya esto bastaba para hacerles presentir un desgraciado fin. Empero lo que acabó de consternarles, con tanta mas razon, quanto que no era posible esplicarlo con las leyes de la naturaleza, fué la aparicion en el fondo del cielo de una hermosa cruz, blanca y resplandeciente, inclinada tambien hácia el Japon. Por espacio de un cuarto de hora se dejó ver en toda su hermosura; despues perdió su alegre brillo, y cambiándole por un color sanguinolento, permaneció á la vista de todos un cuarto de hora mas, y luego se

desvaneció, ó fué velada por una negra nube. El jóven mexicano, á quien ya todos, siguiendo la opinion de su confesor el R. Padre Diego de Guevara, le llamaban "El Santo," por su modestia, su recogimiento interior, su paciencia, sus edificantes pláticas, su oracion y su resignacion en las demas calamidades que á todos alligian, sintió que aquella cruz le hablaba al alma, y sin poderlo remediar, creyó que Dios le llamaba al martirio, por mas que él se juzgase indigno de tamaña predileccion: en consecuencia, oró con mas fervor, y enteramente se abandonó en las manos de Dios.

Entre tanto, las olas les iban empujando hácia las playas temibles del Japon, y el 18 de Octubre pudieron descubrir las.

A vista ya del puerto, repentinamente se encontró el buque naufrago rodeado de una multitud de grandes barcas, que los japoneses llaman "Funcas," procedentes del mismo puerto de Tosa en el reino de Urando; y el gefe que las conducia, abocándose al del buque español, le ofreció favor y seguridad plena. Los pobres naufragos cayeron en la red, y dejándose conducir por los prácticos del puerto, estos, de intento, quitaron el barco por un bajo y le encallaron en un banco de arena, logrando así apoderarse de la tripulacion y de la carga, como mas adelante lo hicieron. Además, el gobernador de Tosa, lleno de malicia y de dolo, propuso al español, que para asegurarse de la benevolencia del emperador Taicosama, convenia que le enviase una embajada, y algunos presentes dignos de estimacion. D. Matías Landecho, era porque nada sospechase, ora obligado por una indeclinable necesidad, nombró la embajada, compuesta de D. Antonio Malaver y D. Antonio Mercado, oficiales de marina, y de los religiosos franciscanos

Juan el pobre y el Santo Felipe de Jesus, quienes juntamente con el homenaje de sus respetos, debian entregar al emperador muchas telas de seda, piedras preciosas, y una fuerte suma de dinero. Los embajadores marcharon para la ciudad de Fuximi, donde á esa sazón estaba Taicosama, quien les recibió con notoria benevolencia; y oida su mision, les despidió política y cortesmente, al extremo que, el Santo Felipe pudo retirarse al pequeño convento de su Orden, que bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, habia fundado en la misma capital del imperio el santo comisario Pedro Bautista, segun adelante veremos.

Entre tanto, el pérfido gobernador de Tosa trabajaba por consumir su crimen. Escribió al emperador diciéndole: "que la nave española encallada en el puerto estaba llena de armas, municiones y religiosos: que estos, con pretesto del culto cristiano, que solo les servia para salvar las apariencias, llevaban un objeto político, y era dar en primera oportunidad, un golpe de mano sobre alguna comarca del Japon, sirviendo así á los intereses de España, como lo habian hecho años atrás en México, el Perú y Filipinas."

Este ardid, sostenido por Tacuino, médico y privado del soberano, y capital enemigo de la religion católica y de sus misioneros, hizo tal impresion en el ánimo suspicaz de Taicosama, que á pesar de los esfuerzos que hicieron muchos poderosos amigos de los cristianos para evitar una persecucion, incontinenti espidió un decreto, previniendo al gobernador de Meaco, que al momento apresase á todos los religiosos, así franciscanos como jesuitas, y que ademas tomase nota de todos sus dependientes y comensales.

§ III.

Era el dia 8 de Diciembre de 1596, dia especialmente consagrado á celebrar el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen María, defendido y sostenido, muchos siglos antes de su definicion dogmática, por los inclitos hijos del Seráfico Padre San Francisco, cuando plugo al Señor estallarse la feroz y cruel persecucion. En los momentos mismos en que la pequeña comunidad de franciscanos se reunia en su capilla de Meaco para solemnizar el augusto misterio, fué de improviso sorprendida por el gobernador y sus satélites, quien notificó al santo superior la órden de arresto con todos los suyos, que se llevó á cabo.

Hablando de este suceso el insigne Pontífice Benedicto XIV, en su obra: *De canonizatione Sanctorum*, dice: que Dios manifestó su cólera contra ese pueblo idólatra con los siguientes prodigios: "Apenas, dice el Sr. Benedicto, el emperador dictó su decreto de prision contra los santos misioneros, luego apareció en el cielo un cometa espantoso en forma de cruz, que se movia rumbo á Nangasaki, caminando hasta ponerse sobre el mismo lugar en que fueron martirizados, despues de lo cual desapareció. Ademas, Meaco fué castigada con un horrible terremoto de larguísima duracion que derribó los principales edificios y todos los templos de los ídolos. Luego, una lluvia aterradora anegó la ciudad, ahogando multitud de gente; y últimamente, á vista de un concurso inmenso que estaba asombrado con la novedad de estos fenómenos, sudó sangre una imágen del Pa-

dre San Francisco de Asis." De este modo espresaba Dios su justa indignacion.

El día 11 de Diciembre del mismo año le fué presentado al emperador el catálogo de los religiosos prisioneros, entre los que no figuraba el santo embajador Felipe de Jesus, y que sin embargo, permaneció con todos sus venerables compañeros, preso en su mismo convento de Meaco, hasta el día 5 de Enero del año siguiente de 1597. En este día, y siempre en unión de los otros santos confesores, fué dado en espectáculo público paseándoles por la ciudad aglomerados en unos carros despreciables, y dados á conocer como reos de pena capital. He aquí el tenor literal de la sentencia que en el mismo día y paseo fué pregonada. "Taicosama, etc. Constándonos que estos reos han venido de Filipinas con titulo de embajadores para trastornar el imperio, predicando la ley de los cristianos, que rigurosamente tenemos prohibida muchos años ha; y que ademas han fabricado iglesia; mandamos, que sean ajusticiados juntamente con todos los japoneses que hayan abrazado esa ley. Por lo que, estos veintiseis serán crucificados en Nagasaki." Felipe de Jesus, fiel discípulo de Jesucristo, iba absorto en la meditacion de los sufrimientos de su Maestro divino, y por eso toleró con heroica paciencia, no solo los insultos y groseras burlas de una multitud soez y sin entrañas, sino tambien una dolorosa herida, pues es costumbre entre aquellos feroces paganos, amputar la mitad de la oreja izquierda á todos los reos en el momento en que se les notifica la sentencia de muerte. Hizo mas todavía; perdonó generosamente á sus crueles verdugos, y lleno de caridad y celo iba predicando las santas verdades del simbolo católico, deteniéndose, con particular consuelo de su alma, en la espli-

cion de la felicidad suprema que Dios ha prometido á los que permanezcan hasta la muerte fieles en la profesion de la fé.

Esta constancia y sobrenatural firmeza tuvo en el Santo mexicano un realce muy particular: tal fué la espontaneidad ó libertad con que abrazó el martirio, pudiendo rehusarle sin escándalo y sin detrimento de su fé. Todos sus compañeros de navegacion, despues de algunos dias, fueron puestos en libertad; él pudo invocar los derechos y fueros que aquellos invocaron no estando, como hemos dicho, en el catálogo de los presos; pudo tambien alegar y probar que no pertenecia á la comunidad de misioneros del Japon; pero no quiso hacerlo: recordaba que la cruz, que vió estando en alta mar, le habia anunciado su martirio: comprendió que el naufragio fué ordenado por Dios para conducirlo al puerto de la salud eterna; y estimando en mas que todos los tesoros de la tierra las contumelias y las afrentas y los dolores de la cruz, se abraza voluntariamente con ella y esclama lleno de fervor: "*¡Oh dichoso navio, que te perdiste para que se ganase Felipe! ¡Oh pérdida, que ha sido para mí la mayor de las ganancias!*" Muchos amigos officiosos le aconsejaban que procurase su libertad, y aun le ofrecian su influjo; su constante respuesta fué la siguiente: "*No quiera Dios que mis hermanos estén presos y yo me vea libre: mi suerte se identificará con la de ellos.*" Y cuando á consecuencia de la herida de la oreja se vió bañado en sangre, no cabiendo en sí de gozo, dijo con satisfaccion: "*Ahora, aunque el tirano me mandase poner en libertad, no la admitiria yo.*"

Despues de ese paseo irrisorio y cruel, volvió á la cárcel, y al día siguiente cabalgando en pobres ju-
mentos y sufriendo lo crudo de la estacion del in-

vierno, que en el Japon es rigidísimo, fué conducido el santo escuadron de confesores, primero á Ozaca y luego á Nangasaki, lugar designado para su suplicio, empleando en esa penosa y larga travesía treinta dias, que fueron otros tantos de un continuo martirio.

Una vez llegados al lugar de la ejecucion, que fué la colina misma de que tantas veces se ha hecho mencion en la historia de los doseientos cinco mártires, San Felipe de Jesus, imitando el ejemplo de San Andrés Apóstol, se acercó y besó el santo madero de la cruz, de cuyos brazos se prometia ser recibido en los del que muriendo en ella nos redimió. Las cruces que sirven de patibulo en el Japon, se diferencian algo de las que conocemos, pues tienen además de los brazos grandes, en que se afirman las manos, otro pequeño atravesano y una estaca ó fuste; aquel para asir los piés, y el fuste para que la victima quede como cabalgando. No usan clavos ni cuerdas para sostener á los ejecutados, sino cinco argollas que se ajustan fuertemente á las manos, piés y garganta. El juez que presidia á la ejecucion de la inicua sentencia, al ver la santa alegría del jóven mexicano, dispuso que fuese el primer sacrificado; en tal virtud, precipitadamente le arrebataron para fijarle en su respectiva cruz, como lo hicieron; pero al enarbolar el glotioso madero, pudo notarse claramente que las medidas estaban erradas, ó que aquella cruz no estaba adaptada á la estatura del invicto mártir; circunstancia que hizo mas doloroso y mas violento su suplicio. Las argollas de los piés, ni estaban á la distancia competente, ni tenian el diámetro que debieran; y de aquí fué, que cayendo el cuerpo atraído por su propia gravedad, sufrió en los brazos una dolorosa y extraordinaria tirantez; las argollas de los piés le arrollaron la piel de las espinillas hasta des-

cubrirle los huesos, y la de la garganta le oprimió con tal fuerza el cerebro y lastimó de suerte las mandíbulas, que semiestrangulado apenas pudo esclamar: ¡Jesus, Jesus, Jesus! Al escuchar el juez esta divina invocacion, mandó que alzase al Santo: entonces los verdugos clavaron en su inocente cuerpo tres lanzas, una en el pecho y dos por los costados, cuyas estremidades aparecieron bañadas en sangre por cerca de los hombros. Así se verificó que el último fué el primero que bebió el cáliz de la confesion de la fé; así distinguió Dios á su fiel siervo, único que sufrió el cruel martirio de las tres lanzas; así en breve consumó el Santo jóven su carrera, llenándola de méritos cual si hubiera sido muy dilatada; así, por último, el dia 5 de Febrero de 1597, para gloria de Dios, para gloria de la Iglesia católica, para gloria y honor de su querida patria, Felipe de Jesus murió, dejándonos ejemplos de valor y de fortaleza cristiana, y mereciendo como el Santo Estévan, el titulo de ilustre proto-mártir.

Mas de dos meses permaneció colgado en el patibulo, lo mismo que sus insignes compañeros, pues el tirano usó de este refinamiento de crueldad para aterrorizar al tierno rebaño de Nuestro Señor Jesucristo. Durante la estacion del invierno, se conservó bien el santo cuerpo; pero al entrar el verano comenzó á disolverse y á caer en pequeños fragmentos, de los que se recogieron multitud de reliquias, de las que algunas llegaron á México y se conservan en la Santa Iglesia metropolitana, donde tambien se guarda la fuente bautismal, en que fué bautizado, segun tradicionalmente se cree.

No faltaron quienes inspirados por la piedad cristiana, procurasen burlar la vigilancia de los guardas que custodiaban los sagrados restos; y venciendo di-

ficultades y superando riesgos, lograron al fin apoderarse del venerable cadáver del Santo mexicano, en una noche del mes de Abril siguiente. Estos piadosos cristianos fueron los RR. Padres agustinos Mateo de Mendoza y Diego de Guevara, que mas adelante fué obispo de Camarines. Especialmente este Ilmo. prelado tuvo empeño en rescatar el cuerpo de su hijo espiritual. Ya hemos dicho que fué su confesor desde que se embarcó en Filipinas, y le tuvo siempre en tanta veneracion y aprecio, que refiere el mismo ilustre obispo, que cuando el jóven y humilde corista queria reconciliarse y el prelado no podia hacerlo al momento, le decia: "*Aguarde un poco San Felipe, que en desocupándome le confesaré.*" Pues este respetable prelado y su compañero Mendoza, recogieron el santo cadáver, y encerrado en una arca decente le condujeron á Manila y le depositaron en el convento de su Orden agustiniano. Al presente se ignora donde existia.

§ IV.

Entre tanto, la fama de este insigne triunfo de la fé católica caminaba en alas de los vientos, y se difundia por el mundo; y México y la honorable familia Las Casas, que esperaban que llegase á sus playas y entrase por sus puertas un humilde franciscano descalzo, recibieron la agradable sorpresa de saber que ese pobre corista franciscano era un grande héroe, que reinaba con Dios.

La piedad de aquella época no permaneció inactiva, y sobre todo, México, de acuerdo con la corte de España, entonces muy católica, aprontó sus tesoros para sufragar cuantos gastos fuesen necesarios para entablar el proceso canónico indispensable, á fin de

obtener un dia la cumplida satisfaccion de que su ilustre hijo fuese colocado en los santos altares.

Ya oficiosamente en el Japon, primero el Ilmo. Sr. Martinez su obispo, y luego su sucesor el Ilmo. Sr. D. Luis Sequeira, habian levantado informaciones jurídicas sobre el célebre martirio de los veintiseis confesores. Mas despues obtenidas oficialmente de la Sagrada Congregacion de Ritos las Letras remisoriales de estilo, se hicieron procesos apostólicos en la misma ciudad de Nangasaki, en Manila, en Macao, capital de China, en la Puebla de los Angeles, y en la capital de México. Recibidos en Roma estos procesos, los auditores de la Rota compilaron su relacion; y examinada y discutida en varias sesiones de la Sagrada Congregacion, obtuvo un Rescripto Pontificio de fecha 5 de Julio de 1627, en que se declaraba, que cuando Su Santidad lo creyese oportuno, podia seguramente procederse á la solemne beatificacion de los mártires, inscribiendo sus nombres en el catálogo de los Bienaventurados, y que como tales, pudiesen ser propuestos al culto público y á la veneracion de la Iglesia católica. En consecuencia, el Soberano Pontífice Urbano VIII, el dia 14 de Setiembre de 1627, treinta años despues del martirio, por un Breve que comienza: *Salvatoris et Domini Nostri*, les declaró "*Bienaventurados,*" y concedió á toda la Orden del S. Padre San Francisco, y á todos los eclesiásticos seculares y regulares del Arzobispado de Manila, que pudiesen inscribirles en sus respectivos martirologios, é invocar y rezar el oficio y celebrar la Santa Misa en honor de estos "*Bienaventurados,*" fijando su festividad en el dia 5 de Febrero, aniversario de su glorioso triunfo.

Estos altos honores bastaban ya para satisfacer las santas exigencias de la justicia y de la piedad univer-

sal; pero no llenaban cumplidamente los deseos, la devocion y los sentimientos particulares de amor de la sociedad mexicana, que en su justo entusiasmo queria mayores distinciones para su Bienaventurado compatriota. En consecuencia, la sociedad entera, y especialmente la parte de los nacidos en México, que consideraban al mártir mexicano bajo el doble y seductor aspecto de la religion y el patriotismo, comenzaron á trabajar para alcanzarle un cúmulo de honores, y para que la capital en todo tiempo se manifestase santamente orgullosa de haber sido su cuna.

Con tal motivo, se entablaron gestiones en las cortes de Roma y de Madrid, las que dieron el resultado apetecido. Dos años despues de su solemne beatificacion, fué declarado Patron de la capital y de su patria; se concedió officio y Misa propia con rito de primera clase para el Arzobispado de México, y de doble mayor para los demas obispados; y por acuerdo de ambos cabildos, se decretó que el día 5 de Febrero fuese *in perpetuum* de guarda política ó afectuosa para sola la capital, y que su festividad fuese nacional y de tabla, á la que deberian asistir en gran ceremonia las autoridades política y civil, como de hecho se practicó tanto por las autoridades españolas en la época de los vireyes, como por las mexicanas despues de alcanzada la independendencia, hasta los dias luctuosos en que el error introdujo el divorcio entre la Iglesia y el Estado.

Estas nuevas y extraordinarias distinciones se publicaron y solemnizaron en México el día 5 de Febrero de 1629, con una pompa verdaderamente régia. En el suntuoso templo del siempre memorable y sentido convento de San Francisco, tuvo lugar una magnífica funcion, á que asistieron el Exmo. Sr. virey, marqués de Cerralvo, y el Illmo. Sr. arzobispo D.

Francisco Manso; y concluida la Misa, se ordenó una procesion majestuosa desde la iglesia dicha á la Santa Metropolitana, en la que por primera vez las calles de México vieron la imágen de su inclito mártir, llevada en hombros de los religiosos de su Orden, sobre unas ricas andas de plata, costeadas por el liberal gremio de los plateros, tan rico entonces, como piadoso.

El lujo que ostentó México en esta ocasion célebre, verdaderamente parece fabuloso; baste decir que los muros de las casas á cuyo frente pasó la procesion, verdaderamente estaban cubiertos de preciosos damascos y de bruñida plata.

Ademas, hubo una circunstancia especial que escedió con mucho á esta magnificencia, y que si no es la única en los fastos de la Iglesia, de seguro ha tenido muy pocos ejemplares. Aun vivia la dichosísima Sra. D.^a Antonia Martinez de Las Casas, digna madre del Bienaventurado Felipe de Jesus, y su noble presencia en todas las funciones, y las tiernas y devotas lágrimas que derramaba ante la imágen de su glorioso hijo, aumentaron el interés de las solemnidades, y contribuyeron eficazmente á que el pueblo católico lleno de recogimiento y fervor, bendijese al Señor que es admirable en sus santos. Durante la celebracion de la Misa solemne, estuvo esta señora en el presbiterio, y cantado que fué el Evangelio, tuvo lugar la tierna ceremonia de turificarle su bendito vientre. Salió despues en la procesion al lado derecho del Sr. virey.

Ahora, permítase añadir como en paréntesis, que esta dichosa madre no pudo sobrevivir muchos dias á la extraordinaria satisfaccion de haber visto colocado en los santos altares al fruto bendito de su vientre. Este gozo purísimo acabó su existencia, y veinte

dias despues de esta grande solemnidad, murió con la muerte del justo, visitada y asistida en su última agonía, segun lo aseguraron testigos fidedignos, por su Bienaventurado hijo. Fué sepultada en la iglesia de San Francisco, y sus exequias suntuosísimas estuvieron honradas con la asistencia de toda la ciudad.

De su testamento tomamos algunas noticias, siendo la principal, la contenida en la siguiente cláusula, que pone fuera de duda que San Felipe de Jesus nació en la capital, héla literalmente aquí: "*Item: declaro, que fui casada y velada, segun el orden de la Santa Madre Iglesia, con el dicho Alonso de las Casas, y durante nuestro matrimonio, hubimos y procreamos, por nuestros legitimos hijos, de legitimo matrimonio, primeramente al gloriosísimo santo mártir San Felipe de Jesus y de las Casas, mártir del Japon, de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, descalzo, y criollo de esta ciudad, cuya festividad se está celebrando en estos dias en esta ciudad de México, y está nombrado Patron de ella, etc.*" Igualmente declara, que fué madre legitima de otros dos venerables religiosos de la Orden de San Agustin: el uno, Fr. Juan de Las Casas, que en el año de 1607 murió mártir á manos de los indios gentiles de Filipinas á cuya conversion se consagró; y el otro, Fr. Francisco de Las Casas, que vistió el hábito y profesó en el convento principal de México el dia 4 de Octubre de 1609, y que tuvo la satisfaccion cristiana de venerar á su glorioso hermano en los altares, y de celebrar la Santa Misa en honor suyo. Murió tambien poco despues de la beatificacion de San Felipe.

México todavía quiso hacer mas en honor de su Beato Patrono. Quiso consagrarle un templo para eternizar su memoria: quiso establecer en él un culto

perpetuo para gloria de Dios, y felizmente consiguió ambos objetos. En la calle que hoy se llama de las "Capuchinas," que entonces, como ahora, era una de las mas céntricas de la ciudad; tenían unas hermosas casas D. Simon de Haro, rico mercader de platas, y su esposa D.^a Isabel de la Barrera: estos señores, inspirados de generosos sentimientos, cedieron voluntariamente sus casas para que en ellas se levantara un templo bajo la advocacion de San Felipe de Jesus, y un monasterio de pobres capuchinas. De hecho, lograron ver coronados con éxito feliz sus piadosos sentimientos: primeramente se construyó un pequeño templo, y alcanzada una real cédula para la fundacion del monasterio, se construyó tambien, trayendo de la ciudad de Toledo a las venerables seis fundadoras, que se hospedaron en el antiguo convento de la Concepcion, hasta que terminada la obra, tomaron posesion de su sagrado monasterio el dia 29 de Mayo de 1666. Mas adelante, gobernando el Arzobispado el Illmo. Sr. D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, se dió mas amplitud, ó mejor dicho, se construyó el nuevo y hermoso templo que existió hasta el año de 1861, y que fué solemnemente dedicado el dia 11 de Junio de 1675. De esta suerte pudo México lisonjearse de haber honrado cumplidamente á su inelito hijo y Patrono; de esta suerte logró, digámoslo así, tenerle en el centro de la capital para que en sus tribulaciones le amparase; para que en la presencia del Señor estuviere siempre rogando por él, y le presentase los méritos de los sagrados y perpetuos sacrificios y de la continua eracion.

Y á la verdad, todos los que conocieron esa iglesia y ese santo convento, objeto de la veneracion y del respeto universal; todos los que visitaron ese convento enriquecido con austeras pero amables virtu-

des, que edificaban á la sociedad, pueden ser testigos de la exactitud con que se llenaron los deseos de los antiguos mexicanos; todos confesarán que el convento de capuchinas de México ejerció un saludable influjo en las costumbres públicas. Mil corazones atribulados iban á buscar alivio en sus pesares, ó comunicándoles confidencialmente á las humildes religiosas, ó derramando lágrimas abundantes sobre el pavimento de esa iglesia, que con su religioso silencio, con sus sombras mística y artísticamente calculadas, y con el reflejo severo, ó sea mas bien el suave aroma de las virtudes de las vírgenes que eran su mas precioso adorno, convidaba casi naturalmente al recogimiento y á la contemplación. Mil pecadores, dejando allí sobre sus lágrimas la carga ominosa del crimen, salían de ese santuario aligerados y con el alma inundada en esos dulces é inefables consuelos que solo puede comunicar la religión. Por otra parte, el trato sencillo y afable de las religiosas, sus constantes buenos ejemplos, y las oraciones que todo el mundo les pedia, eran otros tantos manantiales de bienes de un orden superior. ¡Cuántas veces el eco misterioso de la pequeña esquila que en las altas y tristes horas de la noche les congregaba á la oración, detuvo al libertino en la mitad de la carrera que ciegameamente le arrastraba á perpetrar un crimen! ¡Cuántas otras el ejemplo de humildad, de abnegación y penitencia, ó el recuerdo del sacrificio perpetuo de una púdica virgen, habló secreta pero eficazmente al corazón de una mujer liviana, ó de una madre descuidada, ó de una joven divertida, haciéndoles entrar dentro de sí, volver sobre sus pasos, y reformar una conducta, que hubiera sido funesta para ellas, para las familias y para la sociedad! ¡Cuántas, en fin, se hizo sensible el benéfico influjo que esas humildes vírgenes ejer-

cian en el mundo moral, con el poderoso atractivo de las virtudes prácticas del sagrado Evangelio!

México católico conocía y sabía todo esto, y por lo mismo conservó con esmero y respeto por espacio de ciento noventa y cinco años ese sagrado templo, ese edificante monasterio, ofrenda rica que en su amor había dedicado á San Felipe de Jesus. Pero sonó la hora tremenda del poder de las tinieblas, colmóse la medida de la divina indignación, se desencadenaron los vientos y las tempestades, y al impulso violento de una revolución impía, vino á tierra ese templo, quedó arrasado el sacro monasterio, y las vírgenes del Señor “huyendo cual bandadas de timidas palomas, acosadas por sangriento milano,” según se espresa un sábio publicista, aun hoy día, después de ocho años, no encuentran un asilo seguro, digno de sus virtudes, digno de su grande infortunio.... Así la irreligion en sola una hora acabó con las obras magnificas de los siglos cristianos! ¡Así la impiedad loca pretende siempre aniquilar todo lo que lleva impreso el noble sello de lo honesto, de lo útil, de lo santo, y aun de lo bello ideal!

§. V.

¡Hondos secretos de la Providencia! Precisamente cuando el huracan irreligioso conmovía la sociedad mexicana hasta en sus fundamentos; cuando arrancaba de cuajo los sólidos cimientos del monasterio y de la iglesia de San Felipe de Jesus, entonces Dios inspiró al Vicario de su Hijo que exaltase á su Siervo al punto mas culminante de la gloria. Parece que la Sabiduría Divina, quiso en esta memorable ocasión,

confundir una vez mas las orgullosas pretensiones del hombre.

La causa de la canonizacion del mártir mexicano habia permanecido como suspensa cerca de doscientos treinta años: y cuando su patria, ó lo que es mas exacto, cuando muchos de sus compatriotas, victimas de un frenesi doctrinario, se revelaban contra el Evangelio y quisieron relegar al olvido tanto las virtudes y méritos de San Felipe, como los deberes que respecto de él tiene la patria, entonces la Providencia Santa conmueve al mundo, como para protestar contra la conducta de México, y decir ante el cielo y la tierra: "Mirad como es honrado aquel á quien el Rey quiere honrar."

El insigne Pontífice Pio IX, despues de observar escrupulosamente todos los requisitos establecidos y todas las prescripciones de la Iglesia, para que pueda llegarse á pronunciar el fallo canónico sobre la santificacion de sus héroes, dirigió á todas las naciones católicas una Encíclica apostólica, en la que anunciaba no solo su designio de agregar al número de los santos á los veintiseis mártires del Japon, entre los cuales se hallaba San Felipe, sino que tambien convocaba á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de la cristiandad, para que reunidos en torno de su augusta persona el dia 8 de Junio de 1862, primero de la gran solemnidad de Pentecostés, contribuyesen con su autoridad, con sus luces y con sus oraciones, á dar feliz término á un negocio de tanta importancia para la gloria de Dios, y para los intereses de la fé católica.

Esas naciones, hijas de la Iglesia romana, obedecieron la voz del Supremo Pastor, y se apresuraron á contribuir con sus representantes, con su dinero y con su profundo respeto, á la solemnidad extraordi-

naria en que publicado el juicio infalible de la Iglesia, los mártires serian en lo sucesivo honrados, venerados y glorificados como "Santos."

Describir la pompa augusta de esa magna festividad seria una tarea tan difícil como prolija. Baste decir que ni el Santo Concilio de Trento tan célebre en la historia de los siglos modernos, fué tan majestuoso y concurrido. Mas de trescientos Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos de todas las naciones que habitan bajo el sol, asistidos de un crecidísimo número de presbíteros del clero secular y regular, cumplieron el sagrado deber de responder al llamamiento del Venerable Sucesor de San Pedro; y presididos por él, asistieron á los consistorios y á las funciones preliminares del grande acto.

Llegado el memorable dia de Pentecostés, 8 de Junio de 1862, y reunida esta augusta asamblea en el suntuoso templo de San Pedro, engalanado con magnificencia admirable ó iluminado con tal profusion que ardieron once mil y cien cirios, el Santo Padre, despues de invocar los auxilios divinos, orando, por decirlo así, en aquel santo templo toda la Iglesia universal, proclamó la "santificaci6n" del Beato mexicano y de sus demas gloriosos compañeros; entonó luego el conmovedor "Te Deum," que fué contestado por cuarenta mil voces, celebró despues el santo sacrificio de la Misa, y concluyó la gran ceremonia, dando su bendicion sagrada á la inmensa concurrencia que representaba á todas las naciones cristianas del globo, compuesta de reyes, príncipes, embajadores y títulos, y de todos los grados que forman la grande escala verdaderamente social.

México estuvo representado dignamente. Asistieron y contribuyeron á la gloria inmortal del hijo de la patria los Illmos. Sres. D. Pelagio Antonio de La-

bastida, Obispo de Puebla; D. Clemente de Jesus Munguia, Obispo de Michoacan; D. Pedro Espinosa, Obispo de Guadalajara; (*) D. José María Covarrubias, Obispo de Oajaca; D. Francisco de Paula Vereá, Obispo de Monterrey y D. Pedro Barajas, Obispo de San Luis Potosí. Además se hallaron presentes los siguientes Sres. presbiteros. Del clero secular: Dr. D. Salvador Zedillo, canónigo de la Metropolitana de México; D. Alonso Terán y D. Vicente Reyes, canónigos de la Iglesia de Michoacan; D. Feliciano Pérez, canónigo de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe; Dr. D. Francisco de Paula Arias, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Guadalajara; Lic. D. José María Gonzalez Esteves, promotor fiscal de la Curia eclesiástica de Guadalajara; Dr. D. Rafael Camacho y D. Enrique Parra, domiciliarios de la misma diócesis; D. José María Vera, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Monterrey, y otro eclesiástico de esa diócesis; D. Manuel Rodriguez, secretario del Illmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí; el R. Padre D. José Cacho del Oratorio de San Felipe Neri de México; y los Sres. D. Ignacio Montesdeoca y Planarte de la diócesis de Michoacan, que solo eran subdiáconos. Del clero regular, los RR. Padres Francisco Gonzalez, misionero de Zacatecas; Antonio Castro, agustino de México; y dos carmelitas descalzos, el Padre Pablo Antonio del Niño Jesus, y su socio el Padre Felipe de la Concepcion. Varias honorables familias mexicanas asistieron tambien á este admirable triunfo de la religion, y en el momento sublime en que el Pon-

(*) Al año siguiente el Illmo. Sr. Labastida fué trasladado al Arzobispado de México; y los Sres. Munguia y Espinosa, nombrados Arzobispos de sus respectivas diócesis, elevadas al rango de Metropolitanas.

tífice Romano declaraba la "Santidad" del Protomártir mexicano, sin poder olvidar los crueles dolores de la patria, del fondo del corazon les salió este grito patriótico: ¡Glorioso Mártir ruega por tu México!

EL BIENAVENTURADO BARTOLOMÉ LAUREL DE LA
ORDEN DE SAN FRANCISCO.

§ I.

Poco ciertamente se sabe de la vida del bienaventurado hermano franciscano Bartolomé Laurel. No diremos que la incuria del hombre, si no mas bien que la calamidad de los tiempos, destruyendo el inmenso tesoro de apreciables documentos inéditos, es la que nos ha privado de un cúmulo de datos que podrían lisonjear y edificar á la vez, los corazones mexicanos.

Lo que sí puede asegurarse, descansando en la fé de los procesos apostólicos levantados para entablar la causa de su Beatificación, es, que fué mexicano, y nacido probablemente en nuestra Capital. Su juventud primera la empleó en el estudio de la medicina, en el que hizo notables y rápidos progresos, presintiendo quizás desde entonces, que Dios, por este medio le llamaba á ejercer el doble ministerio de la caridad, curando á un tiempo los cuerpos y las almas.

Esta conviccion le hizo aplicarse seriamente á su propia santificación, y desde tierno jóven fué modelo de humildad, mortificación y amor de Dios. Pero creyendo prudentemente que en medio de las distracciones del siglo no le era fácil conservar la inocencia

bastida, Obispo de Puebla; D. Clemente de Jesus Munguia, Obispo de Michoacan; D. Pedro Espinosa, Obispo de Guadalajara; (*) D. José María Covarrubias, Obispo de Oajaca; D. Francisco de Paula Vereá, Obispo de Monterrey y D. Pedro Barajas, Obispo de San Luis Potosí. Además se hallaron presentes los siguientes Sres. presbiteros. Del clero secular: Dr. D. Salvador Zedillo, canónigo de la Metropolitana de México; D. Alonso Terán y D. Vicente Reyes, canónigos de la Iglesia de Michoacan; D. Feliciano Pérez, canónigo de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe; Dr. D. Francisco de Paula Arias, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Guadalajara; Lic. D. José María Gonzalez Esteves, promotor fiscal de la Curia eclesiástica de Guadalajara; Dr. D. Rafael Camacho y D. Enrique Parra, domiciliarios de la misma diócesis; D. José María Vera, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Monterrey, y otro eclesiástico de esa diócesis; D. Manuel Rodriguez, secretario del Illmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí; el R. Padre D. José Cacho del Oratorio de San Felipe Neri de México; y los Sres. D. Ignacio Montesdeoca y Planarte de la diócesis de Michoacan, que solo eran subdiáconos. Del clero regular, los RR. Padres Francisco Gonzalez, misionero de Zacatecas; Antonio Castro, agustino de México; y dos carmelitas descalzos, el Padre Pablo Antonio del Niño Jesus, y su socio el Padre Felipe de la Concepcion. Varias honorables familias mexicanas asistieron también á este admirable triunfo de la religion, y en el momento sublime en que el Pon-

(*) Al año siguiente el Illmo. Sr. Labastida fué trasladado al Arzobispado de México; y los Sres. Munguia y Espinosa, nombrados Arzobispos de sus respectivas diócesis, elevadas al rango de Metropolitanas.

tífice Romano declaraba la "Santidad" del Protomártir mexicano, sin poder olvidar los crueles dolores de la patria, del fondo del corazón les salió este grito patriótico: ¡Glorioso Mártir ruega por tu México!

EL BIENAVENTURADO BARTOLOMÉ LAUREL DE LA
ORDEN DE SAN FRANCISCO.

§ I.

Poco ciertamente se sabe de la vida del bienaventurado hermano franciscano Bartolomé Laurel. No diremos que la incuria del hombre, si no mas bien que la calamidad de los tiempos, destruyendo el inmenso tesoro de apreciables documentos inéditos, es la que nos ha privado de un cúmulo de datos que podrían lisonjear y edificar á la vez, los corazones mexicanos.

Lo que sí puede asegurarse, descansando en la fé de los procesos apostólicos levantados para entablar la causa de su Beatificación, es, que fué mexicano, y nacido probablemente en nuestra Capital. Su juventud primera la empleó en el estudio de la medicina, en el que hizo notables y rápidos progresos, presintiendo quizás desde entonces, que Dios, por este medio le llamaba á ejercer el doble ministerio de la caridad, curando á un tiempo los cuerpos y las almas.

Esta convicción le hizo aplicarse seriamente á su propia santificación, y desde tierno joven fué modelo de humildad, mortificación y amor de Dios. Pero creyendo prudentemente que en medio de las distracciones del siglo no le era fácil conservar la inocencia

y pureza de costumbres á que Dios le llamaba, se resolvió á encerrarse dentro del fuerte y doble muro de la abnegacion y la humildad monástica, abrazando el estado religioso, pero en su grado último. A este fin, pidió y obtuvo, siendo todavía muy jóven, el hábito religioso de hermano lego, en el convento de San Francisco de México, casa matriz de la provincia del Santo Evangelio. Pasado el año de aprobacion de una manera mas edificante, mereció profesar; y entonces tambien pudo desarrollar su espíritu caritativo, consagrándose á la asistencia de los enfermos de su comunidad.

Se ocupaba en estos piadosos ejercicios, á tiempo que de España llegó á México el bienaventurado Padre Francisco de Santa María, franciscano descalzo de la Provincia de San José, que devorado por el celo de la salvacion de sus hermanos se dirigia á las Filipinas á predicar el Evangelio. El hermano Bartolomé que se hallaba animado de los mismos sentimientos, al tratar al Beato Padre Francisco se confirmó y perfeccionó en ellos, y entendiéndose fácilmente los dos apostólicos varones, concertaron despues de obtenida la bendicion de la obediencia, trabajar de consuno en la conversion de los gentiles. Con este noble fin se embarcaron en Acapulco con direccion á aquellas islas el año de 1609, y durante trece años evangelizaron sin cesar la justicia y la paz.

Pasado ese tiempo, tuvo noticia el bienaventurado hermano, de que los religiosos del Japon padecian mucho á causa de no tener medicinas, ni un solícito enfermero que las administrase, lo que se dificultaba mas, por haber estallado la eruel persecucion. Entonces exclamó con San Pablo: *¿quién sufre, que no me haga sufrir?* y comunicando sus proyectos con el Beato Padre Francisco, de quien era inseparable com-

pañero, resolvió solicitar licencia para trasladarse al Japon, y dedicarse á la asistencia y curacion de los pobres enfermos, utilizando así sus vastos conocimientos médicos.

Los superiores le otorgaron con facilidad su licencia, y en union siempre del bienaventurado Padre Francisco de Santa María, logró penetrar en el Japon el año de 1622, lleno de ese gozo purísimo que produce la conciencia del bien que se medita, que se promueve y que se realiza.

Su profunda humildad le hacia creer que solo iba á cuidar á sus hermanos enfermos, sin dejarle columbrar que la Divina Providencia le llevaba al Japon, para premiarle sus trabajos de apóstol, con la corona de mártir. Una vez establecido en aquel imperio, llenó satisfactoriamente sus caritativos propósitos, consagrándose todo á la asistencia de los pobres enfermos, extendiendo ademas, sus cuidados como San Vicente de Paul, á todos los necesitados, fuesen ó no fuesen católicos. Con los que no lo eran se conducia con esquisita prudencia, espiando siempre una favorable oportunidad para curarles con dulzura las almas.

En los tiempos de paz, es cosa fácil disimular las obras santas hijas del celo y de la caridad; pero en los dias de turbacion y cuando los enemigos del bien, se convierten en lince para escudriñar la conducta de los evangelizadores de la paz, no es posible ocultar mucho tiempo los beneficios de la caridad. Así sucedió entonces: cinco años hacia que el Beato Bartolomé se ocupaba en preparar á los fieles para que santamente recibiesen los Sacramentos, y al mismo tiempo en catequizar á los infieles para que abrazasen la fé; pero creciendo de una manera horrible la persecucion anticristiana, los peligros y las dificultades

se aumentaron; y debilitados en gran parte los vínculos de la gratitud, los apóstoles se hallaron rodeados de enemigos, y en contacto con muchos amigos dudosos ó acobardados. En esta difícil posición, era natural que pronto cayesen en manos de sus perseguidores.

Delatado el Beato mexicano, fué luego preso, y atormentado con todo el furor del fanatismo gentilico. Triunfó empero de la doble tentación inventada por el infierno: despreció las promesas lisonjeras; se sobrepuso al temor natural que causa la vista del suplicio. Y confesando con heroica constancia y valor, en la presencia de los eraeles verdugos, que Jesucristo es Hijo Eterno de Dios vivo, mereció en 1627 ser quemado vivo en Omura: y luego en 1867, ser agregado al cándido ejército de los gloriosos mártires, y gozar de los altos honores de la veneración y el culto público. ¡Tal es el segundo santo hijo de México!

EL BIENAVENTURADO PADRE BARTOLOMÉ GUTIERREZ,
RELIGIOSO AGUSTINO, NACIDO EN LA CIUDAD DE
MÉXICO.

§ I.

Este glorioso mártir es el tercer hijo de México que ha merecido por su valor y constancia en la fé, los honores del culto que la Iglesia concede á los perfectos amadores de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Nació este bienaventurado en la ciudad de México en los primeros días del mes de Setiembre de 1580,

gun consta del siguiente documento, publicado hace un año, por un erudito anticuario, y que copió á la letra del libro 4.º de bautismos de españoles, de la parroquia del Sagrario, fojas 90. He aquí la partida testual: "En cuatro días del mes de Setiembre de mil quinientos ochenta años, yo el cura Francisco Loza bautizé á Bartolomé hijo de Alonso Gutierrez, y de su mujer Ana Rodriguez: fueron sus padrinos Juan Fernandez y Catalina Rodriguez.—Francisco Loza, cura." Por otro documento suscrito por el R. Padre Postulador de la causa de la Beatificación, consta no solo que nació en México y que fué bautizado en el Sagrario, sino hasta la calle y casa en que nació, pues asegura que fué la primera de Santo Domingo, en la esquina que dá vuelta para la de Donceles. Esta verdad quedó plenamente verificada por instrumento jurídico que el referido Padre Postulador, solicitó del Ayuntamiento de México, y que se le otorgó por orden del Sr. Conde de Santiago, corregidor de la ciudad, suscrito por Juan Jimenez de Siles, teniente secretario del Ayuntamiento. No cabe ya duda sobre que el bienaventurado Padre Bartolomé Gutierrez es hijo de la capital.

Sus piadosos y acomodados padres, tenían toda la honradez y religión de los antiguos españoles, y de acuerdo con estos principios, le educaron enseñándole á temer á Dios, y abstenerse de todo pecado. No fué estéril el terreno sobre que derramaron tan preciosa semilla, y así sucedió, que su bendito hijo, aun siendo niño podía proponerse como ejemplar perfecto á los ancianos. En los mismos entretenimientos inocentes de la niñez dejaba traslucir grande entereza de carácter, amor á la virtud, é inclinación á empresas mayores de lo que pedía su edad: puede decirse que nada que fuese pueril le agradó. Al mis-

se aumentaron; y debilitados en gran parte los vínculos de la gratitud, los apóstoles se hallaron rodeados de enemigos, y en contacto con muchos amigos dudosos ó acobardados. En esta difícil posición, era natural que pronto cayesen en manos de sus perseguidores.

Delatado el Beato mexicano, fué luego preso, y atormentado con todo el furor del fanatismo gentilico. Triunfó empero de la doble tentación inventada por el infierno: despreció las promesas lisonjeras; se sobrepuso al temor natural que causa la vista del suplicio. Y confesando con heroica constancia y valor, en la presencia de los eraeles verdugos, que Jesucristo es Hijo Eterno de Dios vivo, mereció en 1627 ser quemado vivo en Omura: y luego en 1867, ser agregado al cándido ejército de los gloriosos mártires, y gozar de los altos honores de la veneración y el culto público. ¡Tal es el segundo santo hijo de México!

EL BIENAVENTURADO PADRE BARTOLOMÉ GUTIERREZ,
RELIGIOSO AGUSTINO, NACIDO EN LA CIUDAD DE
MÉXICO.

§ I.

Este glorioso mártir es el tercer hijo de México que ha merecido por su valor y constancia en la fé, los honores del culto que la Iglesia concede á los perfectos amadores de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Nació este bienaventurado en la ciudad de México en los primeros días del mes de Setiembre de 1580,

gun consta del siguiente documento, publicado hace un año, por un erudito anticuario, y que copió á la letra del libro 4.º de bautismos de españoles, de la parroquia del Sagrario, fojas 90. He aquí la partida testual: "En cuatro días del mes de Setiembre de mil quinientos ochenta años, yo el cura Francisco Loza bautizé á Bartolomé hijo de Alonso Gutierrez, y de su mujer Ana Rodriguez: fueron sus padrinos Juan Fernandez y Catalina Rodriguez.—Francisco Loza, cura." Por otro documento suscrito por el R. Padre Postulador de la causa de la Beatificación, consta no solo que nació en México y que fué bautizado en el Sagrario, sino hasta la calle y casa en que nació, pues asegura que fué la primera de Santo Domingo, en la esquina que dá vuelta para la de Donceles. Esta verdad quedó plenamente verificada por instrumento jurídico que el referido Padre Postulador, solicitó del Ayuntamiento de México, y que se le otorgó por orden del Sr. Conde de Santiago, corregidor de la ciudad, suscrito por Juan Jimenez de Siles, teniente secretario del Ayuntamiento. No cabe ya duda sobre que el bienaventurado Padre Bartolomé Gutierrez es hijo de la capital.

Sus piadosos y acomodados padres, tenían toda la honradez y religion de los antiguos españoles, y de acuerdo con estos principios, le educaron enseñándole á temer á Dios, y abstenerse de todo pecado. No fué estéril el terreno sobre que derramaron tan preciosa semilla, y así sucedió, que su bendito hijo, aun siendo niño podía proponerse como ejemplar perfecto á los ancianos. En los mismos entretenimientos inocentes de la niñez dejaba traslucir grande entereza de carácter, amor á la virtud, é inclinación á empresas mayores de lo que pedía su edad: puede decirse que nada que fuese pueril le agradó. Al mis-

mo tiempo descubria una bellissima disposicion para las letras. Pasados loablemente los ejercicios propios de la instruccion primaria, se dedicó á los de la secundaria; y aunque se ignora el colegio en que estudió, y que probablemente seria en alguno de los conventos, pues en aquella época, solamente los regulares tenian el magisterio, se sabe sí, que siempre fué superior á todos sus condiscipulos. Tuvo el especial talento de los idiomas, de aqui es que, no solo fué peritísimo latino, sino que llegó á poseer con perfeccion varios indigenas, y el muy dificil del Japon.

Florencia entonces tanto en santidad como en letras la Provincia del Santisimo Nombre de Jesus, de religiosos agustinos, y como es natural, el convento de México su casa matriz, era el que despedia en mas abundancia el buen olor de Jesucristo. Esta razon, y ademas el tener una alma generosa y ardiente, con muchos puntos de contacto con la del gran Padre San Agustin, fué lo que en la flor de su edad, le decidió á solicitar el hábito de esa sagrada y benemérita Orden.

§ II.

Diez y seis años de edad cumplía el inocente y fervoroso jóven, cuando solicitó el hábito de religioso de la Orden de San Agustin, deseoso de consagrar al Señor las primicias de su vida, é huir de los riesgos que para la inocencia ofrece el mundo. La nobleza de su casa, sus adelantados estudios en las ciencias, y la notoriedad de su virtud, le abrieron prontamente las puertas del convento de la capital, que entonces sin exageracion, podia llamarse Seminario de Obispos, de misioneros y de mártires. Habiéndole cabido en suerte una alma buena, fácil es concebir los ade-

lantos que en el camino de la perfeccion haria, estando como estuvo dirigido por un maestro ejemplar que lo fué el venerable Padre Francisco de Rivera, y rodeado ademas de edificativos ejemplos. Pasado el año de aprobacion en los ejercicios propios de él, sin que jamas hubiese dado márgen á que se pudiera dudar de la verdad de su llamamiento, y antes bien, dejándose ver siempre como un modelo de virtudes monásticas, capaz de edificar á los mas antiguos y ajustados, pronunció sus votos solemnes en manos del P. Padre Diego de Contreras, Prior del convento de México, y mas adelante arzobispo de la Isla de Santo Domingo, el dia 1.º de Junio de 1597. Así consta del libro de profesiones que se conservaba en el archivo respectivo, fjas 203.

En aquel año aun no se dividía la congregacion de los RR. Padres agustinos, en Provincia de México y de Michoacan, y por esta razon luego que profesó el Beato Bartolomé Gutierrez, fué mandado á continuar sus estudios al colegio de Yurirapúndaro, donde el jóven escolar hermano de suerte el estudio de la sabiduría con el de la virtud, que esta le allanaba las dificultades de la ciencia, y la ciencia le hacia conocer la belleza de la virtud. Modelo de obediencia, de pobreza y de puridad de alma, fué modesto y sencillo, y tan accesible y dulce con cuantos le trataban, que por estas inapreciables cualidades fué singularmente amado de todos sus hermanos. Yurirapúndaro no le olvidó en mucho tiempo: despues de su muerte, su celda fué convertida en Biblioteca, y su mejor adorno era el retrato del bienaventurado.

Prevenido con estos dones del Señor se hizo digno del sacerdocio, que recibió con humildad creyéndose indigno; pero con mucho gozo de su espíritu, porque así se veia en aptitud de ser útil y de trabajar por la

salud de las almas, inclinacion caritativa que con los dias se le iba desarrollando.

Concluidos sus estudios teológicos, la obediencia le trasladó al convento de Puebla, donde, como en todas partes, edificó á los propios y extraños, y continuó atesorando el espíritu de abnegacion, de mortificacion y caridad que mas adelante le haria un consumado apóstol.

Los hombres extraordinarios suelen tener algunos misteriosos presentimientos de su fortuna, y muchas ocasiones, sin comprenderlo quizás y sin faltarle la modestia, se espresan de tal suerte, que parece que columbran el grandor de sus altos destinos: así aconteció cierto dia al bienaventurado Bartolomé Gutierrez. Hablaba familiarmente con algunos de sus cohermanos, y con sencillez les manifestaba sus vehementes deseos de consagrarse á la conversion de los infieles del Japon; uno de los religiosos dudando tal vez de su sinceridad, y como burlándose, le hizo notar que era demasiado robusto y lleno de carnes para poder dedicarse á ese ejercicio y soportar los rudos trabajos del apostolado: "Tanto mejor, respondió con gracia, así habrá mas reliquias que repartir de mi cuerpo, cuando muera mártir; porque alguna vez pasare á Filipinas, y de allí al Japon á morir por la fé de Cristo Señor Nuestro." Este gracejo humilde se convirtió en una heroica realidad.

Corria el año de 1605 cuando llegaron á Puebla, procedentes de España, el R. Padre Solier y varios religiosos que iban á la mision de Filipinas. El B. Bartolomé creyó entonces que era llegado el dia de comenzar á poner en ejecucion sus planes apostólicos: y aunque jamas pensó permanecer en las Filipinas, puesto que su llamamiento era para evangelizar al Japon; sin embargo, solicitó con humildes instan-

cias ser incorporado entre los misioneros de aquellas islas, considerando que esto era dar el primer paso que debia conducirle al término de su gloriosa carrera. Obtenidas las licencias indispensables, hizo el sacrificio de abandonar para siempre á su patria; se embarcó en Acapulco el dia 22 de Febrero de 1606, y arribó á Filipinas el dia 10 de Mayo del mismo año.

Allí los superiores le agregaron á la comunidad del convento de San Pablo de Manila, y el obediente religioso, renovando, ó mejor dicho, duplicando sus acostumbrados fervores, se dejó ver como ejemplar de buenas obras. Nunca pudo olvidar que Dios le llamaba al Japon, y por lo mismo trabajaba incesantemente para hacer cada dia mas cierta su vocacion y eleccion, mediante el ejercicio de todas las virtudes cristianas, persuadido, de que nada hace el hombre, aunque conquiste un mundo para Dios, si él sufre detrimentos en su alma. Este convencimiento le hizo aumentar sus austeridades y maceraciones, aplicarse con mas exactitud á la observancia de sus reglas, y sobre todo, entregarse á la oracion mental, de cuyo ejercicio sacaba luz, fortaleza y gracias especiales que le iban preparando para que un dia pudiese fungir dignamente el ministerio apostólico.

Sus prelados, viéndole tan observante, tan celoso, tan prudente, tan austero consigo y tan dulce con los demas, le nombraron maestro de novicios; carga que aceptó con gusto, aunque al parecer le alejaba de sus santos propósitos, porque en el superior vió siempre al mismo Dios. El Señor bendijo su obediencia, y le dió tal espíritu y gracia para dirigir á las almas, que todos sus discipulos se hicieron notables por sus virtudes, y dos de ellos merecieron la corona de mártires.

Defraudado así en sus mas bellas y gratas esperan-

zas, y alejado del objeto principal y único por el que tuvo valor para abandonar á sus padres y patria, clamaba sin cesar al Señor, para que le preparase los caminos, y pudiese satisfacer los deseos que él mismo le inspiraba de sacrificarse por sacar de las tinieblas del error á tantas almas redimidas con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Así orando y llorando la ceguedad gentilica, pasó seis años, hasta que movido de impulso superior, abrió su corazón á los prelados y les manifestó su vocacion. Estos se edificaron, le confirmaron en sus nobles propósitos, le otorgaron su licencia y bendiciones, y con solo este tesoro, de valía inmensa para los que comprenden la vida del espíritu, se hizo á la vela para las costas del Japon el año de 1612.

§ III.

Una vez llegado al Japon el nuevo apóstol, se dedicó al difícil estudio del idioma del país, cuyo conocimiento era de todo punto indispensable para desempeñar el ministerio santo de la palabra; su constancia venció en breve tiempo esa dificultad, y nombrado en el año siguiente de 1613 prior del convento de Usuki, pudo ya dedicarse á la predicacion, al catequismo y al ministerio del confesonario, recogiendo un abundante fruto espiritual. No pudo el infierno tolerar tan hermosos principios, y fomentando el sangriento fanatismo del emperador, logró que espidiera un decreto mandando que todos los religiosos fuesen lanzados de su imperio, cuya orden se ejecutó con igual prontitud que crueldad. El bienaventurado Bartolomé sufrió este golpe con invicta paciencia, y entre los peligros y las incomodidades de una navegacion forzada, llegó á Manila, donde la obediencia le encomen-

dó de nuevo la educacion de los novicios. No por eso descansaba su celo, y creyéndose culpable, aumentaba diariamente sus penitencias, sus maceraciones y su fervorosa oracion, en la que, luchando, por decirlo así, brazo á brazo con Dios, le suplicaba no abandonase á los pobres cristianos del Japon, ni les privase del pan de la doctrina.

Mucho vale la oracion asidua del justo, y mas cuando está acompañada del ayuno, de la mortificacion y de la humildad del corazón: con ella nos abrimos brecha para llegar hasta el mismo tronó de Dios, y obligarle á que vuelva hácia la tierra sus ojos misericordiosos. Bartolomé conocia esta verdad prácticamente, y por eso lleno de sollicitud por la santa cristiandad del Japon, no cesó de llorar en la presencia del Señor, hasta que su Majestad compadecido de los parvulitos en la fé, que morian de hambre en aquel vasto imperio porque no habia quien les repartiese el pan espiritual, volvió á mandar á su siervo para que perfeccionase su mision. La ocasion ostensible fué como sigue.

En el año de 1617 llegó á Manila una carta dirigida al R. Padre provincial de la Orden de San Agustín, y suscrita por muchos fieles del Japon, en la que referian el martirio del B. Padre Fernando de San José, de quien ya hemos hecho mencion, y al mismo tiempo le instaban con ardor que les mandase para su consuelo y remedio al B. Padre Bartolomé Gutiérrez. El Padre provincial compadecido de las necesidades de estos alligidos cristianos, y edificado al ver la estimacion en que tenian al B. Padre, determinó acceder á sus ruegos; al efecto le mandó se dispusiese á caminar para aquel imperio, designándole por compañero al B. Padre Pedro de Zúñiga, de quien mas adelante hablaremos. Alegre sobremanera

nuestro bendito mexicano, pareciéndole que Dios había escuchado su oracion, no lo estaba menos por ir en compañía de un verdadero apóstol; y así despues de dar muchas gracias á Dios, se hizo á la vela en la primera oportunidad, que no se presentó, sino hasta el año siguiente de 1618. En Agosto de ese año llegaron al Japon, juntamente con algunos religiosos de otras órdenes, siendo recibidos por los fieles con un extraordinario gozo: empero por el furor de la persecucion tuvieron necesidad de vivir disfrazados y ocultos en casas muy retiradas, sin dejar por eso de trabajar continuamente en la viña del Señor.

Quince años duraron los trabajos apostólicos de este insigne varon, consagrado exclusivamente á la salvacion de las almas; y decir todo lo que sufrió en tan largo período, si bien seria edificante, fuera al mismo tiempo traspasar los estrechos límites de un simple apéndice; baste decir que á la letra se verificó en él aquello de San Pablo, esto es, que se vió rodeado de peligros en la ciudad donde vivia, en los desiertos donde se ocultaba, en los caminos que recorría frecuentemente, segun lo demandaban las necesidades de los fieles, en los mares que sulcó muchas veces, en el trato con los hombres que no estaban firmemente fundados en la fé, y en una palabra, que se vió cercado de toda clase de riesgos, angustiado, alligido, vestido pobremente, sufriendo hambres, frio, fuertes calores; y en tal aprieto á consecuencia del espionaje y de las delaciones, que parecia indigno de vivir en medio de la sociedad. A estos dolores, hijos de la situacion del catolicismo en el Japon, reunia otros voluntarios para aplacar la ira de Dios. Sus penitencias, sus vigiliás y su ayuno continuo le debilitaron de tal suerte, que un competente historiador ha dicho de él, lo que se lee de San Gerónimo y de

San Pedro de Alcántara, que solo conservaba la piel vistiendo la osamenta, y que parecia hecho de raices de árboles.

Por su parte Dios bendecia las penas de su siervo, y justificaba sus obras con manifiestos milagros. Una ocasion se libertó de caer en las manos de sus perseguidores, saliéndoles al frente, y engañándoles con la verdad como San Atanasio; otra, haciéndose invisible entre las inmundicias de un rincón, como San Félix, obispo de Nola; y alguna hubo en que visiblemente estuvo entre ellos y salió de sus manos como Nuestro Señor Jesucristo escapó de los que quisieron arrojarle de la falda de un monte; y es, que aun no habia llegado su hora.

§ IV.

Al fin esta sonó en el relox infalible de la Divina Providencia. Quince años de tareas apostólicas iban á ser coronados con una gloria eterna.

El bienaventurado apóstol mexicano movido por su celo tuvo varias conferencias con los Bonzos, sacerdotes del politeismo asiático, y como era de esperarse les habia confundido. Esta confusion no les redujo á la confesion de la verdad, sino que produjo el mismo resultado que en los obstinados judíos causó el maravilloso discurso del mártir San Estéban, es decir, rechinaban sus dientes, se enfurecieron contra él, y juraron perderle, esperando solamente una oportunidad. No tardó esta en presentarse, y ellos la aprovecharon con avidez.

A principios de Agosto de 1629, permitió Dios que el tirano Tacanága reyezuelo de Bungo comenzase á reinar. Este monstruo digno de figurar al lado de Domiciano y de Neron, era en extremo supersticio-

so, y como tal veneraba y temia á los soberbios y fanáticos Bonzos: estos que desde luego conocieron su carácter y su perverso natural, le persuadieron á que á todo trance aniquilase al cristianismo. Entonces tuvieron lugar tales persecuciones y martirios, que se harian increíbles, si la historia de los Macabeos, y los tres primeros siglos de la Iglesia católica, no nos hubieran enseñado de cuanto mal es capaz el espíritu de irreligion. Bartolomé comprendió que era llegada su última hora, y deseando presentarse ante Dios con la conciencia de haber peleado bien, de haber consumado perfectamente su carrera, y guardado la fé, se preparó para la lucha, duplicando su oracion, vilocándose por decirlo así, para atender á las necesidades de los fieles, que se hallaban en una tribulacion semejante á la que anuncia San Juan Evangelista para los últimos tiempos.

La solitud del B. Padre no podía ocultarse á los Bonzos que espíaban todas sus horas, y por tanto, tampoco la ignoraba el tirano, quien se impuso como un grave deber el apresarle, persuadido de que su captura sola era un gran triunfo sobre la fé cristiana, que con ella perdía su mas ardiente propagador, y su mas firme apoyo. Este odio de sectario, se convirtió mas adelante en odio personal, que no podía saciarse sino con la venganza; siendo la causa de esto, que el B. Siervo de Dios, habia convertido á la fé de Jesus, á un privado y familiar del tirano: en consecuencia puso en acción todos sus recursos para aprisionar al apóstol.

El dia 10 de Noviembre de 1629, estando el bienaventurado oculto en un espeso monte, cerca de la ciudad de Ysafay, en donde con frecuencia predicaba, fué descubierto y delatado por algunos miserables apóstatas comprados con el oro del odioso tirano. Al

momento fué preso, y cargado de cadenas y con esposas en las manos fué conducido á la horrorosa cárcel de Nangasaki. Lleno de gozo caminaba el bienaventurado, dando gracias á Dios por haberle hallado digno de padecer contumelias por el nombre de Jesus.

Este gozo divino, que solo le comprenden los Santos, se aumentó maravillosamente cinco dias despues, en que llegó preso á la misma cárcel el B. Padre Antonio Pinto, jesuita japonés; luego el diez y ocho del mismo mes llegó el B. Padre Francisco de Jesus, y algunos dias mas adelante, el B. Padre Vicente Carvalho, agustinos descalzos. *Excelentes espaldas*, dice Santa Teresa de Jesus, *se hacen mutuamente las gentes espirituales*, y así es que estos cuatro benditos sacerdotes se auxiliaban entre sí con sus oraciones, con sus buenos ejemplos y con su conversacion que siempre era de cosas celestiales. Tacánaga creyó que con la prision de estos cuatro apóstoles quedaria aniquilado el cristianismo, sin preveer que en un porvenir lejano producirian sus frutos legítimos las lágrimas, los dolores y la muerte de tantos mártires.

Ya se ha dado, en la pequeña historia de los doscientos cinco, una idea de lo que son las prisiones del Japon, y esto bastará para comprender cuanto sufririan nuestros santos por espacio de dos años en aquellas horribles jaulas, en las que muchas veces los verdugos dejaban corromper los cadáveres de los que morian en ellas, para mas atormentar á los vivos. En medio de tantas penalidades, Bartolomé tuvo tiempo y espíritu para escribir diversas cartas á personas respetables y á varios de sus hijos en Jesucristo, dignas por cierto de figurar al lado de las valientes y fervorosas de San Ignacio mártir. Una de estas se conservaba con la veneracion debida en el convento de San Agustin de Morelia, casa matriz de la Provin-

cia de Michoacan. Tambien escribió la relacion del martirio de su glorioso compañero el B. Pedro de Zúñiga, y la de todos los que le padecieron en el año de 1622.

El amor verdadero es industrioso, y por lo mismo estos amantes amigos de Jesus, no solo rezaban en voz alta el oficio divino y cantaban los Salmos á despecho de sus indignos guardas; sino que arbitraron medios para celebrar diariamente el Santo Sacrificio de la Misa, ocultando cuidadosamente los paramentos y demas útiles indispensables para el Augusto Sacrificio. Tambien confesaban, catequizaban, bautizaban, é instruían á los neofitos y á los antiguos fieles; y especialmente nuestro Bartolomé á quien sus compañeros de prision daban cierta honrosa preferencia, logró hacer dos conversiones tales, que renovaron la memoria de las que los santos Apóstoles Pedro y Pablo hicieron en la célebre cárcel mamertina. Un Bonzo y un Tono principal, (especie de jueces ó comisarios régios) vencidos por las razones del glorioso Bartolomé abrieron los ojos á la luz, y recibieron el sagrado bautismo, consagrándose al momento á servir al bendito Padre en el arriesgado ministerio de catequistas. El Bonzo convertido murió mártir en union de otros muchos discípulos, familiares, y favorecedores del santo Bartolomé, dándole así la Providencia el consuelo que á Santa Felicitas, de ver morir á sus hijos, y luego morir él.

El día 23 de Noviembre siguiente fué conducido á la cárcel de Nangasaki en union de todos sus bienaventurados compañeros, porque Tacánaga decretó que fuesen atormentados con las ardientes aguas del Ungen, llamado boca del infierno, y que ya conocen nuestros lectores. Omito por lo mismo hablar de las penas que sufrieron en su larga travesía, del martirio

de treinta y un dias que estuvieron en el Lago espantoso de Ungen, y de las crueldades inauditas que usaron con el B. Padre y sus insignes compañeros, dignas ciertamente de la ferocidad de Antioco; pero referiré una circunstancia que se omitió en la breve historia referida, de la que nos ofrece tristes ejemplos la historia general del catolicismo. Bartolomé, triunfante de los enemigos de Dios, habia visto con valiente desprecio todos los tormentos que herian y lastimaban su cuerpo; y esta santa indiferencia del padecer y de la vida, lejos de convencer á los verdugos de la virtud sobrenatural que le asistia, les inspiró un pensamiento verdaderamente diabólico; y fué querer vencerle con la seducción y el atractivo del placer. Mujeres indignas se prestaron á provocar á los gloriosos mártires, pero ellos, que ya saboreaban las delicias del cielo, vieron con horror y con lástima á los ministros del demonio, que para triunfar de la virtud, no se avergüenzan de perder los sentimientos mas innatos de humanidad y de pudor. Esta noble victoria, les mereció quizás la piedra mas hermosa que brilla en su corona.

Confundido el tirano Tacánaga, y convencido de que nada podía hacer vacilar en la fé á los heroicos mártires, determinó dar parte de su constancia al emperador, mandando entre tanto que fuesen conducidos de nuevo á la cárcel de Nangasaki, en la que nuestro Beato entabló una Santa vida igual á la que practicó en la prision de Omura, permaneciendo preso desde el dia 5 de Febrero de 1652 hasta el 5 de Setiembre del mismo año, en que consumó su carrera.

Vuelto de la corte imperial Tacánaga se apresuró á cumplir las terminantes órdenes del imperial tirano, y á fin de amedrentar al B. Padre y á sus gloriosos

compañeros y de tentarles hasta el último momento, hizo concluir su causa con estrépito; mandó preparar los postes y la hoguera por publicidad afectada, y simulando compasión, volvió á ofrecerles indulto al precio de la apostasia. Bartolomé que habia despreciado los riesgos y peligros de la persecucion, las inauditas incomodidades de una larga prision, los tormentos atroces de los baños de aguas casi encendidas, la dureza de los dilatados y penosos caminos, las tentaciones temibles de la maligna concupiscencia, y todas las afrentas y los dolores que quedan referidos, despreció con igual valor las lisonjas del poder, y las efímeras promesas del tirano, confiando sobre todas las cosas en el auxilio del Señor.

Perdida toda esperanza de hacerle apostatar, solo restaba que los tiranos sin saberlo, fuesen los instrumentos inmediatos de que Dios se valiera para llevar á su Siervo al seno inmenso de su eterna felicidad. Llegó el dia 3 de Setiembre de 1652, y en él el invidio y glorioso Hijo de la católica nacion mexicana, que cumplia cincuenta y dos años de edad sentenciado á ser quemado á fuego lento, murió engolfado en las delicias puras que Dios tiene reservadas para los que le aman, y perseveran en su amor hasta la muerte.

Varias reliquias suyas llegaron á México y se conservaban en algunos conventos de su Orden. El cielo hizo algunas demostraciones milagrosas para justificar la Santidad de su Siervo; la Iglesia recogió un cúmulo de datos; y la Providencia reservó para los tristes dias de la persecucion de la Iglesia de México, el consolarla, con la glorificacion de su apostólico y celoso hijo, haciéndonos este oportuno recuerdo: "Que los que padecen con Jesucristo, serán glorificados con él."

¡Qué esta esperanza nos sostenga en la fé!

EL BIENAVENTURADO MÁRTIR VICENTE DE SAN JOSÉ,
RELIGIOSO LAICO DE LA PROVINCIA DE SAN DIEGO
DE MÉXICO.

§ I.

Despues de haber trazado aunque ligeramente algunos rasgos de la historia de los tres santos mexicanos, de nacimiento, la gratitud y el respeto exige que digamos algo de los demas hombres insignes que honraron nuestra patria y la ilustraron con sus santos ejemplos.

Entre estos, desde luego figura en primer término el bienaventurado Vicente de San José, hermano profeso de la venerable Provincia de San Diego de México, y que sin impropiedad podria llamarse tambien hijo de la Puebla de los Angeles, en donde pasó los mas hermosos años de su vida, y en donde se formó á medida del corazon de Dios, pudiéndose decir que para Puebla fué el segundo San Sebastian de Aparicio; y por tanto, esa ciudad debe interesarse mucho en su honor y en su culto.

El año de 1596 nació este bienaventurado en la villa de Ayamonte, del Arzobispado de de Sevilla, en España, de pobres, pero virtuosos padres, que fueron Diego Vicente Ramirez é Isabel Rodriguez. Su modesta fortuna no les permitió darle una educacion brillante, pero en cambio se la dieron cumplidamente cristiana. Como en aquella época era tan comun la emigracion española al Nuevo Mundo, el jóven Vicente vino á México siendo de catorce á quince años. Su bellissimo carácter, su gallarda presencia y otras muchas gracias naturales, eran al parecer otros tantos enemigos de su virtud, y de hecho le rodearon de terribles peligros; pero como Dios le habia prevenido con las bendiciones de su

compañeros y de tentarles hasta el último momento, hizo concluir su causa con estrépito; mandó preparar los postes y la hoguera por publicidad afectada, y simulando compasión, volvió á ofrecerles indulto al precio de la apostasia. Bartolomé que habia despreciado los riesgos y peligros de la persecucion, las inauditas incomodidades de una larga prision, los tormentos atroces de los baños de aguas casi encendidas, la dureza de los dilatados y penosos caminos, las tentaciones temibles de la maligna concupiscencia, y todas las afrentas y los dolores que quedan referidos, despreció con igual valor las lisonjas del poder, y las efímeras promesas del tirano, confiando sobre todas las cosas en el auxilio del Señor.

Perdida toda esperanza de hacerle apostatar, solo restaba que los tiranos sin saberlo, fuesen los instrumentos inmediatos de que Dios se valiera para llevar á su Siervo al seno inmenso de su eterna felicidad. Llegó el dia 3 de Setiembre de 1652, y en él el invidio y glorioso Hijo de la católica nacion mexicana, que cumplia cincuenta y dos años de edad sentenciado á ser quemado á fuego lento, murió engolfado en las delicias puras que Dios tiene reservadas para los que le aman, y perseveran en su amor hasta la muerte.

Varias reliquias suyas llegaron á México y se conservaban en algunos conventos de su Orden. El cielo hizo algunas demostraciones milagrosas para justificar la Santidad de su Siervo; la Iglesia recogió un cúmulo de datos; y la Providencia reservó para los tristes dias de la persecucion de la Iglesia de México, el consolarla, con la glorificacion de su apostólico y celoso hijo, haciéndonos este oportuno recuerdo: "Que los que padecen con Jesucristo, serán glorificados con él."

¡Qué esta esperanza nos sostenga en la fé!

EL BIENAVENTURADO MÁRTIR VICENTE DE SAN JOSÉ,
RELIGIOSO LAICO DE LA PROVINCIA DE SAN DIEGO
DE MÉXICO.

§ I.

Despues de haber trazado aunque ligeramente algunos rasgos de la historia de los tres santos mexicanos, de nacimiento, la gratitud y el respeto exige que digamos algo de los demas hombres insignes que honraron nuestra patria y la ilustraron con sus santos ejemplos.

Entre estos, desde luego figura en primer término el bienaventurado Vicente de San José, hermano profeso de la venerable Provincia de San Diego de México, y que sin impropiedad podria llamarse tambien hijo de la Puebla de los Angeles, en donde pasó los mas hermosos años de su vida, y en donde se formó á medida del corazon de Dios, pudiéndose decir que para Puebla fué el segundo San Sebastian de Aparicio; y por tanto, esa ciudad debe interesarse mucho en su honor y en su culto.

El año de 1596 nació este bienaventurado en la villa de Ayamonte, del Arzobispado de de Sevilla, en España, de pobres, pero virtuosos padres, que fueron Diego Vicente Ramirez é Isabel Rodriguez. Su modesta fortuna no les permitió darle una educacion brillante, pero en cambio se la dieron cumplidamente cristiana. Como en aquella época era tan comun la emigracion española al Nuevo Mundo, el jóven Vicente vino á México siendo de catorce á quince años. Su bellissimo carácter, su gallarda presencia y otras muchas gracias naturales, eran al parecer otros tantos enemigos de su virtud, y de hecho le rodearon de terribles peligros; pero como Dios le habia prevenido con las bendiciones de su

divina gracia, él pudo burlarse de todos los falsos halagos del mundo y su concupiscencia, y conservó intacta y limpia la estola cándida que se le vistió en el santo bautismo, muriendo virgen á la florida edad de veintiseis años.

Llegando de Veraeruz á Puebla, y precaviéndose mucho, con el silencio y soledad, de la licencia á que brindan los largos viajes, se detuvo en la Puebla, porque la piedad pública de esa entonces levítica ciudad, se avenia muy bien con la santa rigidez y piedad de su espíritu. Amigo del trabajo, se aplicó desde luego al oficio de tejedor, industria entonces muy lucrativa.

Cuatro años pasó en este ejercicio hasta perfeccionarse en él; pero si cuidaba de adelantar en su profesion, mas diligencia ponía en la perfeccion de su espíritu. Jamas se le oyó palabra menos honesta ó injuriosa, y si alguno de sus compañeros se descuidaba en esto, luego, como el jóven Tobías, les daba consejos saludables, que confirmaba con prácticos ejemplos. Frecuentaba las iglesias para confortarse con el pan de la palabra divina; ayunaba, aunque todavía no le obligase el precepto eclesiástico, todas las cuaresmas, y los viérnes y la Semana Santa á pan y agua; severidad que le causó sérias reconvenciones de parte de sus maestros ó principales: recibia á menudo los santos sacramentos, y en una palabra, era como el paciente Job, "sencillo, recto, temeroso de Dios, y aborrecedor de lo malo."

Tanta virtud no era digna del siglo, y merecia esmaltarse con una profesion que le obligase á perfeccionarse cada dia mas y mas. Por esto fué, que el Espiritu de Dios le llamó á la soledad, inspirándole el santo designio de consagrarse á su servicio en el estado religioso. Diez y nueve años tenia cuando determinó dejarlo todo por Dios, y creyendo que en

ninguna otra parte encontraria tanta pobreza, humildad, abnegacion, abstraccion de criaturas, rigidez de vida y perpetua desnudez y abstinencia, como entre los venerables descalzos hijos de San Francisco, solicitó el hábito de hermano lego en el Convento de Santa Bárbara de Puebla, casa de aprobacion de la Provincia de San Diego de México.

Sus buenos antecedentes facilitaron su recepcion, y así con general aplauso fué admitido al hábito de descalzo, que vistió el dia 17 de Octubre de 1615. Al siguiente de 1616 profesó, y desde entonces considerándose perpetuamente ligado con Jesucristo Señor nuestro, procuró imitarle llevando enteramente una vida oculta, y cercando su cuerpo de la mortificacion del Salvador.

A las virtudes comunes á todo religioso, supo reunir en breve tiempo otras muchas, distinguiéndose particularmente en la modestia y recogimiento interior. Esto hacia decir al R. Padre Juan de San Pedro que fué su maestro: "Que siempre que veia al hermano Vicente se sentia movido de afectos de veneracion y respeto, y que de tan buenos principios "auguraba un gran fin en su humilde discípulo."

Así edificaba á la comunidad de Santa Bárbara, cuando llegó al convento un religioso español que venia á México con objeto de ir á las misiones del Japon; pero llegó tan postrado y enfermo que no pudo pasar de Puebla. El superior mandó al B. Vicente que se hiciese cargo de la asistencia del enfermo, y como en él se verificaba que desde la infancia creció con él la misericordia, aceptó gustosísimo esta obediencia que le proporcionaba la ocasion de desvivirse por su hermano. Y de hecho se desvivió, porque la enfermedad era tan penosa y tan repugnante al natural, que bien se necesitaba la ardiente caridad

del Siervo de Dios, para sufrir con ánimo igual los trabajos consiguientes á una muy puntual asistencia. Murió el enfermo, pero antes de espirar, agradecido y edificado de la caridad de su enfermero, le ofreció que luego que estuviera en la presencia del Señor le suplicaría le pagase su caridad y sus desvelos.

Bien se condeció que el enfermo cumplió su palabra, y que Nuestro Señor se dignó oír sus ruegos, pues á poco tiempo se vió que estaba electo para ocupar el lugar del difunto.

Volvia de Roma el bienaventurado mártir Fr. Luis Sotelo, comisario de los religiosos franciscanos del Japon, y al pasar por Puebla (honrando con su presencia nuestra patria) conoció todos los tesoros de gracia que Dios habia depositado en el alma del hermano Vicente, y movido de impulso superior, determinó llevarle consigo á las Filipinas, como de hecho le llevó embarcándose en Acapulco el año de 1618. Casi un año vivió en aquellas islas, hasta que en 1619 pasó al Japon, en compañía siempre del santo comisario.

§ II.

Llegado al Japon el venerable hermano, en compañía no solo del bendito comisario Fr. Luis Sotelo, sino tambien en union del bienaventurado Padre Pedro de Avila, (hijo de la Provincia de San José en España, que igualmente habia vivido algun tiempo en México, donde contrajo con nuestro Fr. Vicente una amistad entrañable y santa, como la de David y Jonatás, que duró hasta que los dos espiraron en un mismo suplicio), se retiró á una aldea para prepararse á servir en la mision apostólica. Poco duraron sus tareas evangélicas, pues en el año de 1620, cuando se disponia con fervor para celebrar la Natividad de

Nuestro Señor Jesucristo, fué aprisionado juntamente con los dos bienaventurados Padres referidos, y con el piadoso cristiano que les hospedaba, por cuya buena obra mereció á su vez la palma y corona de mártir.

Ya sabemos la crueldad con que los japoneses trataban á los santos prisioneros, y lo que son las cárceles de aquel bárbaro imperio, y así no repetiré nada de lo que sobre esto se ha dicho varias veces; diré, sí, que en esa cruel prision estuvo encerrado dos años, destituido de todo humano consuelo, pero tan lleno de los del cielo, que en una carta que escribía á sus antiguos superiores de México, se quejaba humildemente "de que se dilataba el día de su martirio," y luego temiendo desmerecerlo, decia: "lo que me consuela es, que la gracia del martirio no cae bajo merecimiento."

En esa misma prision, aunque por mas tiempo, estuvo otro bienaventurado franciscano que honró á México con su mansion en él, y fué el glorioso Padre Ricardo de Santa Ana, belga de nacion, que murió el mismo día que el bienaventurado Fr. Vicente.

Durante la prision sufrió su virtud un fuerte ataque del que salió mas resplandeciente y triunfante. Ya he dicho que su hermosura y gallardía era notable, y que estaba realzada con cierta natural modestia; de aquí tomó ocasion el demonio para pretender alcanzar de él, lo que no habian podido lograr los tormentos y el martirio, esto es, que fuese infiel á Dios. Unas mujeres japonesas prendadas de la belleza del gallardo jóven, le armaron asechanzas; pero él, que desde niño hizo pacto con sus ojos de no mirar mujer, y que para cumplir ese pacto, andaba siempre en la presencia del Señor, triunfó de ese astuto enemigo, y quedó como Santo Tomás de Aquino, confirmado en la rica posesion de la virginidad.

Tampoco le faltaron las promesas, los ruegos y las amenazas para obligarle á renunciar la fé, pues siendo agradable á Dios, era necesario que la tentacion le probara; fué hallado fiel en ella, y por eso mereció la corona que solo se concede á los que pelean hasta el fin.

Llegó este tan deseado de su fervorosa alma, precedido de todas las injurias, baldones, y malos tratos acostumbrados por aquellos bárbaros; y el dia 10 de Setiembre de 1622 á los veintiseis años de edad fué quemado á fuego lento en Nangasaki como se ha dicho en la historia general de los mártires, acompañado de tantos otros confesores, que por su número se denominó esta matanza: "El gran martirio." Lo que siguió después hasta su Beatificacion solemne queda ya referido en otra parte, como recordarán nuestros lectores.

§ III.

Aunque el martirio sea la obra suprema y mas heroica de la caridad, y por lo mismo la prueba mas evidente de la santidad del mártir, á veces sin embargo la Providencia divina se complace en honrar á sus siervos con el don de milagros, que enaltece y hace mas pública su santidad. Así ha sucedido con el bienaventurado Vicente de San José.

Desde jóven, y mucho antes que abrazase el estado religioso se notó en él aquel don. El hecho siguiente sucedido en Puebla, prueba que Dios le otorgó la gracia de curacion y el espíritu de profecía. Una mujer de baja esfera y de vilioso temperamento, indignada contra su hijo, parvulito de un año, que lloraba mucho y hacia molesta su lactancia, le arrojó violentamente contra una gran tinaja, de cuyo fuerte

golpe quedó como muerto. El caritativo jóven que presenció este atentado, levantó al niño agonizante, le recostó en su pobre cama, y movido de compasion oró con fervor hasta alcanzar de Dios el completo restablecimiento del niño. Entonces le entregó á la desnaturalizada madre, rogándole cuidase mucho de aquel niño, que con el tiempo seria un virtuoso religioso franciscano. Así se verificó á la letra, pues llegó á ser hermano lego del convento de Santa Bárbara de Puebla, y en memoria de su benefactor se llamó *José de San Vicente*, este hecho está perfectamente comprobado.

No lo está menos este otro, acaecido tambien en Puebla. Una tarde, vispera de la solemnidad del Corpus, los aprendices y oficiales del taller en que trabajaba el jóven Vicente, fueron en compañía suya á ver los lucidos fuegos que ardan en celebridad del Santísimo Sacramento: á fin de ver con desahogo la iluminacion no quisieron pararse en la plaza principal, sino en la calle de Mercaderes. Repentinamente el virtuoso Vicente dijo á sus compañeros que seria conveniente el que se retirasen á sus casas; ellos se resistian movidos de la curiosidad, y pareciéndoles que no hacian mal en presenciar esa inocente diversion. Vicente, sin embargo, insistió con seriedad, pero tambien con dulzura y modestia; y como su virtud y buen genio inspiraban respeto, y le daban cierto prestigio sobre los demás, logró al fin apartar á sus amigos de su propósito, y llevarlos á casa.

Apenas se habian apartado algunas calles del lugar donde se situaron primero, cuando se incendiaron unos barriles de pólvora, cundiendo el fuego con tal furia que ardieron varias casas, y hubo muchas desgracias, particularmente en el mismo sitio donde estuvieron los oficiales tejedores. Esta elocuente lec-

cion les hizo entender, que era justo seguir siempre el prudente dictámen de Vicente.

Omito y paso en silencio varias curaciones milagrosas que se han obrado en la ciudad de Puebla por su intercesion despues que reina en el cielo con Dios, y que prueban cuanta sea la gracia y el poder con que el Señor premia las virtudes heroicas de su humilde siervo. Pero debo referir los prodigios siguientes, primero, porque se vea que la Providencia divina ha dotado al glorioso mártir de un especial poder contra el elemento devorador que tanto aterra, ocurriendo de este modo á una de las mayores necesidades que de tiempo en tiempo afligen á los hombres; y luego, para que los mexicanos le séamos particularmente devotos, pues tales prodigios se han realizado en favor de nuestros antiguos compatriotas, y como en demostracion de lo que ama á los mexicanos.

Una vez, sin saber la ocasion, se incendiaron unas casas contiguas al Colegio de la Compañia de Jesus en Puebla, el fuego lo avasallaba todo, y los esfuerzos humanos se agotaban en vano para atajar los funestos progresos del terrible elemento. En este conflicto, Francisco Rodriguez, maestro que fué del bienaventurado Vicente en el oficio de tejedor, y á quien por gratitud escribió alguna vez desde el Japon, recordó que poseia una carta del mártir, y lleno de fé y de confianza, dijo ante la consternada multitud: "*No tengan pena, que yo traigo una reliquia con que se apagará el fuego.*" Dicho esto, se dirigió hácia la parte donde las llamas eran mas voraces, y mostrando la santa reliquia, y haciendo como que queria arrojarla al fuego, éste obedeciendo, ó respetando la virtud que Dios habia comunicado á la reliquia, en un instante apaeiguó sus llamas; y suavemente se extinguió.

El mismo Francisco Rodriguez y con la misma reliquia, logró estinguir otro espantoso incendio que despues de haber devorado en el campo muchas suertes de caña dulce, en una grande hacienda de Izúcar (hoy Matamoros), amenazaba ya á la casa de la hacienda. Rodriguez, amedrentado arrojó al fuego el relicario que guardaba la carta, y el fuego cesó luego.

En la misma ciudad de Matamoros, se incendió un gran Ingenio, (establecimientos llenos de combustibles y por lo mismo muy peligrosos). Una mujer piadosa que poseia un decenario que habia sido del Padre Fr. Vicente, arrojó parte de él al fuego, y se apagó al instante. De estos casos se refieren muchos, y así, en épocas de más piedad y fé, se generalizó la devocion de este glorioso mártir, invocándole siempre con muy feliz suceso, en los horribles incendios que antes eran muy repetidos.

¡Tal es el protector y el hermoso ejemplar de virtud que Dios en sus misericordias concedió á nuestra patria, y especialmente á la ciudad de Puebla! Nuestra fé le obligará á repetir los prodigios de su beneficencia en favor nuestro; y nuestra caridad nos asociará un dia á su felicidad eterna.

BREVE NOTICIA DE TODOS LOS DEMAS SANTOS QUE HAN
VISITADO Á MÉXICO, Ó VIVIDO EN ÉL

§ I.

San Pedro Bautista, martirizado, beatificado y canonizado juntamente con San Felipe de Jesus, fué natural de España, y nació el año de 1543 en Castilla la Vieja en el Castillo de San Estéban, de la diócesis de Avila. Sus padres muy nobles y virtuosos

cion les hizo entender, que era justo seguir siempre el prudente dictámen de Vicente.

Omito y paso en silencio varias curaciones milagrosas que se han obrado en la ciudad de Puebla por su intercesion despues que reina en el cielo con Dios, y que prueban cuanta sea la gracia y el poder con que el Señor premia las virtudes heroicas de su humilde siervo. Pero debo referir los prodigios siguientes, primero, porque se vea que la Providencia divina ha dotado al glorioso mártir de un especial poder contra el elemento devorador que tanto aterra, ocurriendo de este modo á una de las mayores necesidades que de tiempo en tiempo afligen á los hombres; y luego, para que los mexicanos le séamos particularmente devotos, pues tales prodigios se han realizado en favor de nuestros antiguos compatriotas, y como en demostracion de lo que ama á los mexicanos.

Una vez, sin saber la ocasion, se incendiaron unas casas contiguas al Colegio de la Compañia de Jesus en Puebla, el fuego lo avasallaba todo, y los esfuerzos humanos se agotaban en vano para atajar los funestos progresos del terrible elemento. En este conflicto, Francisco Rodriguez, maestro que fué del bienaventurado Vicente en el oficio de tejedor, y á quien por gratitud escribió alguna vez desde el Japon, recordó que poseia una carta del mártir, y lleno de fé y de confianza, dijo ante la consternada multitud: "*No tengan pena, que yo traigo una reliquia con que se apagará el fuego.*" Dicho esto, se dirigió hácia la parte donde las llamas eran mas voraces, y mostrando la santa reliquia, y haciendo como que queria arrojarla al fuego, éste obedeciendo, ó respetando la virtud que Dios habia comunicado á la reliquia, en un instante apaeiguó sus llamas; y suavemente se extinguió.

El mismo Francisco Rodriguez y con la misma reliquia, logró estinguir otro espantoso incendio que despues de haber devorado en el campo muchas suertes de caña dulce, en una grande hacienda de Izúcar (hoy Matamoros), amenazaba ya á la casa de la hacienda. Rodriguez, amedrentado arrojó al fuego el relicario que guardaba la carta, y el fuego cesó luego.

En la misma ciudad de Matamoros, se incendió un gran Ingenio, (establecimientos llenos de combustibles y por lo mismo muy peligrosos). Una mujer piadosa que poseia un decenario que habia sido del Padre Fr. Vicente, arrojó parte de él al fuego, y se apagó al instante. De estos casos se refieren muchos, y así, en épocas de más piedad y fé, se generalizó la devocion de este glorioso mártir, invocándole siempre con muy feliz suceso, en los horribles incendios que antes eran muy repetidos.

¡Tal es el protector y el hermoso ejemplar de virtud que Dios en sus misericordias concedió á nuestra patria, y especialmente á la ciudad de Puebla! Nuestra fé le obligará á repetir los prodigios de su beneficencia en favor nuestro; y nuestra caridad nos asociará un dia á su felicidad eterna.

BREVE NOTICIA DE TODOS LOS DEMAS SANTOS QUE HAN
VISITADO Á MÉXICO, Ó VIVIDO EN ÉL

§ I.

San Pedro Bautista, martirizado, beatificado y canonizado juntamente con San Felipe de Jesus, fué natural de España, y nació el año de 1543 en Castilla la Vieja en el Castillo de San Estéban, de la diócesis de Avila. Sus padres muy nobles y virtuosos

fueron D. Pedro y D.^a María Blasquez. Educado con esmero, desde temprano dedicó su corazón á Dios, y á los veintidos años de su edad abrazó el instituto de San Francisco, vistiendo el santo hábito en el convento de San Andrés del Monte, perteneciente á la Provincia de San José de los descalzos.

Acabados sus estudios con notable aprovechamiento se consagró á la predicación, como también igualmente á la enseñanza de la filosofía y de la teología, en cuyas facultades tuvo excelentes discípulos. Fué guardian varias veces, y lo era en el convento de Mérida en Estremadura el año de 1580, cuando á instancias del venerable Siervo de Dios Fr. Antonio de San Gregorio, que trabajaba por establecer en Filipinas una misión, se decidió á seguirle, sintiendo en su alma un deseo ardiente de convertir á Dios las almas.

Obtenidas las licencias necesarias se embarcó para México, pero cerca de esta ciudad se enfermó, de suerte que no pudo pasar á Filipinas. Entonces se entregó al ejercicio de la predicación, y en este santo ejercicio recorrió casi todo nuestro vasto territorio, haciendo tanto bien, que mereció el título de *nuevo y grande apóstol* de estas inmensas regiones.

Tres años vivió entre nosotros, y en ellos además de los bienes referidos, fundó por orden de sus preladados, ó mas bien dicho, zanjó los fundamentos de una custodia de descalzos, que mas adelante se llamó "Provincia de San Diego" con la erección de tres conventos. En Michoacan fundó el cuarto, y concluido éste en el año de 1585, volvió á México para embarcarse en Acapulco con dirección á Filipinas, donde precedido de la fama de su celo apostólico, era esperado con ansia.

Llegado á Manila no descansó un instante: lleno

de fé, logró fundar un convento con el título de San Francisco del Monte, donde se encerró por algun tiempo para entregarse á la celestial contemplación.

Aquí fué donde Dios le formó para los altos fines á que le destinaba. Edificados sus hermanos de su evangélica virtud, fijaron en él sus ojos y le eligieron provincial, sacándole de su humilde retiro con grande sentimiento suyo. Obedeció con humildad, y sacrificó las dulzuras de la contemplación, por las obras heroicas de la caridad. Hecho todo á todos para ganarlos á todos, los propios y los extraños saborearon los dulces frutos de su prudencia, de su celo, y de su virtud. Fundó muchos conventos tanto en la ribera del Bai, como en la vasta Provincia de Camarines. A pié y siempre descalzo recorrió casi todas las islas de aquel grande archipiélago, socorriendo, sanando y prodigando beneficios. Estos fueron tales y tan ruidosos, que su rumor llegó á la corte de España, y Felipe II siempre grande, y amigo de la virtud y del verdadero mérito, le nombró Obispo de Nueva Cáceres. Entre tanto, recibió el nombramiento de comisario de los misioneros del Japon, y esto juntamente con las dificultades suscitadas por su abnegación, frustraron las miras del piadoso monarca. Empero Dios, que así le apartaba de los honores de la plenitud del sacerdocio, le llevaba por la mano al Japon para otorgarle los inmortales del martirio.

El 26 de Mayo de 1596 se embarcó para el Japon acompañado de otros tres religiosos, llevando además la investidura de embajador del gobernador de Filipinas cerca del Emperador japonés. Llegado á Méaco y presentadas sus credenciales, fué acogido tan favorablemente que se le permitió que fundase un pequeño convento, donde vivió en paz algunos meses; pero al fin llegó el dia de la persecución, y como re-

cordarán nuestros lectores, fué con San Felipe de Jesus apresado el día 8 de Diciembre del mismo año, y despues de dos meses de crueles padecimientos, espiró en una cruz el día 5 de Febrero de 1597.

§ II.

San Martin de la Ascension martirizado juntamente con San Pedro Bautista, es otro de los ínclitos hijos de la Venerable Provincia de San Diego.

Nació en España en el pequeño Castillo de Vergara cerca de la ciudad de Pamplona, en la Provincia de Cantabria. A los quince años de su edad estudió en Alcalá con general aplauso la filosofía y la teología, lo que llenó de esperanzas á sus virtuosos padres. Empero no era para el mundo, Dios le habia revelado los misterios de su divino amor desde sus dias primeros, y así fué que á los diez y ocho años de edad, abandonó su casa y sus parientes por vestir el hábito franciscano en uno de los conventos de descalzos de la Provincia de San José.

Hecha su profesion religiosa el día 17 de Mayo de 1586, los superiores le mandaron al convento de San Bernardino en Madrid, donde entabló una vida tan penitente y áspera, que renovó en sí el espíritu del S. P. S. Francisco. Pobre mas que otro alguno, solo poseia una grosera túnica y su breviario: enemigo de su carne y su concupiscencia la castigaba con ayunos, disciplinas, vigiliass, y toda clase de asperezas, durmiendo en todo tiempo en el desnudo suelo: humilde como su santo fundador, se creia el último de los hombres, y de aquí nacia en su alma una envidiable igualdad en todas las circunstancias de la vida, que le conservaba la paz del corazon. Este humilde conocimiento de su nada le exaltaba á los ojos de

Dios, que en la oracion, que era su descanso y como una parte esencial de su ser, le comunicaba extraordinarias gracias. Dulces coloquios con el amado de su alma, éxtasis admirables, soberanas visiones, y todos los tesoros del espíritu que el Señor otorga á sus queridos y fieles amigos, fueron el patrimonio del fervoroso San Martin. El olor de tantas virtudes no pudo dejar de evaporarse, y así todo el mundo le reputaba santo.

Es incuestionable que cuando Dios enriquece con tanta magnificencia á ciertas almas, es porque quiere servirse de ellas, para provecho de otras muchas. Así se vió claramente en este apostólico varon. Lloraba las ofensas divinas y la perdicion de tantos pecadores, y aquí nació en él, un ardiente deseo de sacrificarse por la gloria de Dios, y por la salvacion de los hombres. Para lograr esto mas fácilmente tomó por abogada é intercesora á la Virgen Santísima; y fué comun la creencia de que esta Soberana Reina de los ángeles, un dia en que con mas fervor oraba delante de una imágen suya, le consoló diciéndole: que esperase y que llegaria un dia en que fuese apóstol del Japon.

Con esta seguridad se preparó con mayores obras de virtud á no desmerecer su eleccion. Se cumplió el vaticinio, y con sesenta religiosos se embarcó para las Filipinas por la via de la entonces Nueva-España.

Dios que queria honrar á nuestra patria, y darnos en él ejemplos prácticos de santidad, dispuso que al llegar á México, se incorporase en la Provincia de San Diego, cuyos superiores le destinaron inmediatamente al convento de Churubusco, donde enseñó un curso de filosofía y otro de teología, edificando con su santa vida á toda la comunidad y particularmente á sus

discípulos. Entre ellos se singularizó San Francisco Blanco, que le siguió al Japon cuando la obediencia le permitió seguir las inspiraciones de su espíritu apostólico, fué compañero inseparable de sus trabajos y peregrinaciones, y mereció morir con él, crucificado en Nangasaki, el día 5 de Febrero de 1597: los dos igualmente fueron canonizados por Pío IX el día 8 de Junio de 1862.

§ III.

Nació San Francisco Blanco en una villa cerca de Monterey, ciudad de Galicia en España.

Concluida laudablemente su educacion é instruccion primaria, sus padres le mandaron á la Universidad de Salamanca á continuar sus estudios mayores. Aquí fué donde concibió el designio de dar al mundo libelo de repudio, y de sepultarse en un solitario claustro al que Dios le llamaba, para hablarle secretamente al corazon. Resuelto á corresponder al llamamiento, sin dar aviso á persona alguna, huyó de Salamanca, y fué á Villalpando donde vistió el hábito de los Menores observantes. Luego que pronunció sus santos votos procuró retirarse al solitario convento de San Antonio, cercano á Salamanca, donde llegó á ser un vivo y palpitante ejemplo de mortificacion y penitencia, al extremo que sus rigores le causaron una muy grave enfermedad. En vista de esto, los preladados le enviaron á mudar temperamento y á que respirase los saludables aires de Pontevedra, lugar ameno de Galicia.

Dos grandes afectos entre otros imperaban en el ánimo del venerable Francisco: el deseo de salvarse, y el amor del verdadero bien del prójimo. Aquel le habia aconsejado hacerse religioso; y este debía lle-

varle á lejanas y bárbaras comarcas, para buscar nuevas ovejas que conducir al inmenso rebaño de Nuestro Señor Jesucristo. La Providencia no tardó en brindarle con la oportunidad de satisfacer ese segundo y generoso afecto.

Pocos dias despues de su mansion en el convento de Pontevedra, llegaron quince religiosos que debian unirse á la célebre mision del Padre Ortiz: entonces lleno de confianza en Dios, solicitó y obtuvo la gracia de formar parte de ella, embarcándose para México. Nuestra fortuna de poseer varios años á este santo mártir surgió de la circunstancia siguiente: aun no era sacerdote, ni tampoco habia concluido sus estudios; de aquí fué que los superiores le enviaron al convento de Churubusco para que bajo la direccion de San Martin, cursase la filosofia y la teología; y hasta que terminó estos indispensables estudios se ordenó de sacerdote en México, y pudo seguir su camino á Filipinas.

Cuando San Martin de la Ascension fué enviado á las misiones del Japon, debió dársele un compañero de apostolado. La Providencia divina dispuso que fuese electo para tan honroso cargo el santo discípulo, y por eso tuvo el consuelo de morir al lado de su amado maestro, en defensa de una misma y santa causa.

§ IV.

Muy poco, ó casi nada tenemos que decir respecto de los demas bienaventurados que honraron con su presencia á México, pues las fuentes de donde tomamos datos están escasas á este respecto. Por tanto nos contentamos con presentar aquí reunidos sus nombres venerables para satisfaccion de la piedad cristiana, y para honrarles del modo que nos sea po-

sible. Siempre es un título de gloria el que varones santos y dignos de Dios hayan pisado nuestro suelo, siquiera sea un día, y respirado el aire que respiramos nosotros.

El bienaventurado Padre Luis Flores, dominico, de nacion belga, vino á México, vivió algunos años en el siglo, y probablemente fué comerciante. Disgustado del mundo, tomó el hábito en el convento de Santo Domingo de México, donde profesó, y despues de ordenado de presbítero, se embarcó en Acapulco con direccion al Japon, donde con la corona del martirio recibió el premio de sus trabajos apostólicos.

El noble B. Pedro de Zúñiga nació en Sevilla, y sus padres fueron los Sres. D. Alvaro Manrique de Zúñiga y D.^a Teresa de Zúñiga, Marqueses de Villa Manrique, emparentados con lo mas selecto y alto de la nobleza española. Desde la aurora de su vida pudo conocer con Salomon, que todas las grandezas del mundo son vanidad de vanidades, y que en él no hay cosa permanente. Por este conocimiento aplicó su corazon á Dios, y en su amor y servicio encontró la paz y la quietud de su alma.

El Señor que le llamaba á la conversion de los gentiles, le proporcionó los medios para que correspondiese al llamamiento. Mucho trabajo le costó, pues como el mundo tiene sus leyes peculiares, casi siempre en oposicion con las de Dios, sus ricos parientes pusieron mil estorbos á la ejecución de los piadosos designios del virtuoso jóven. Logró al fin arrostrarlos todos, y consagrarse al Señor perpetuamente, vistiendo el hábito de San Agustin en la misma ciudad de Sevilla pronunciando sus votos solemnes el día 2 de Octubre de 1604.

Luego que se vió ligado á Dios con esos santos vinculos, procuró llenar cumplidamente sus obliga-

ciones, poniendo tanto estudio en su propia santificacion, como en ilustrar su entendimiento con las ciencias que deben formar al verdadero doctor eclesiástico, para que pueda ser sal de la tierra y luz del mundo.

Cumplida la edad necesaria se ordenó de presbítero, y comenzando á ejercitar el ministerio de la palabra santa se vió que era un elocuente predicador, y á la vez un sabio teólogo. Poco tiempo llevaba de ejercer el ministerio de la predicacion, cuando llegó á España el Padre M. Diego de Guevara, (mas adelante obispo de Nueva Caceres) que iba en solicitud de obreros evangélicos. Oyendo el bendito Padre Fr. Pedro las necesidades de los fieles de Filipinas y del Japon, y tambien la multitud de infieles que no se convertian por falta de ministros, se determinó á alistarse entre los misioneros, para lo que solicitó humildemente la bendicion de sus prelados. Obtenida que fué, aun le quedaban grandes obstáculos que vencer. Les enemigos de la justificacion del hombre suelen de ordinario ser sus propios hermanos y parientes, y como los del venerable Pedro de Zúñiga eran tan poderosos, á pesar de su religion y piedad, no podian sufrir que el santo religioso abandonase á España para siempre, oponiéndose con gran teson el duque de Medina Sidonia, que sobre el parentesco inmediato, había sido su tutor, cuando su padre el Sr. Marqués de Villa Manrique pasó á México de virey.

Nadie pudo hacer variar la resolucion del caritativo misionero dispuesto á dar la vida por la salud de sus hermanos, y desoyendo todos los pareceres y opiniones se embarcó para México. Aquí tambien tuvo nuevas contrariedades, porque los amigos del Marqués su padre, quisieron lisonjearle apartando al hijo de sus santos propósitos; pero tambien aquí como en España salió de la oposicion victorioso.

Seis meses vivió en México, y en ese poco tiempo fué objeto de la admiracion y de la veneracion universal, pues traia al mundo tan debajo de los piés, que solo atendia á lo que fuese del servicio y de la gloria de Dios.

Pasados los seis meses se embarcó en Acapulco, y llegado á Manila, le destinó la obediencia al ministerio parroquial, que desempeñó con un desinterés y un celo de verdadero apóstol.

Ya hemos dicho en otra parte la ocasion con que pasó al Japon de compañero del bienaventurado Bartolomé Gutierrez, vicario provincial. Sus peligros en el mar fueron muy semejantes á los del Apóstol San Pablo, así como su caridad era la de un evangelizador del reino de Dios. Su nobleza, digámoslo así, le le persiguió hasta el mismo Japon, pues Gonro-cu, á pesar de su crueldad, entendiendo que era hijo de un virey de México, se empeñó por libertarle de la persecucion, y le dió repetidos avisos para que saliera del imperio. El santo prelado Bartolomé Gutierrez creyó que en estos avisos se descubria la voluntad de Dios, y determinó, como lo hizo, enviarle de nuevo á Manila, disfrazado en hábito seglar.

Nada puede el hombre contra el consejo de Dios, y por eso la benevolencia de los mismos perseguidores no pudo arrancar de sus sienes la corona de mártir. En el año de 1620, estando congregados en Capitulo provincial los RR. Padres agustinos de Manila, recibieron una carta patética de los fieles del Japon en que al vivo pintaban la situacion tristísima de los cristianos, privados de pastores y padres y rogaban instantemente se les enviase al venerable Padre Zúñiga. Los religiosos deliberaron con prudencia, y resolvieron al fin acceder á las súplicas de los afligidos fieles, mandándoles al Santo, que sobre la experien-

cia que tenia de los negocios del Japon, poseia el idioma, ventaja que le ponía en aptitud de servir con mas provecho de las almas. El bienaventurado obedeció con humildad y prontitud, y se embarcó en union del bienaventurado Padre Luis Flores, dominico, de quien hace poco hicimos mencion.

Dios quiso duplicar la corona de su siervo, como él habia duplicado sus viajes por su amor; y así en este segundo le mandó un trabajo mayor que los que le esperaban en el Japon. Tuvo la desgracia de caer en manos de los feroces piratas holandeses, que le tuvieron preso cerca de año y medio, atormentándole todos los dias. Quien haya leído los fueros á que el fanatismo protestante arrastró á los holandeses en la misma Europa, fácilmente comprenderá todos los actos de barbarie que en los mares de Asia cometieron con el santo mártir y sus demas gloriosos compañeros. De todas las pruebas salió victorioso, y manifestó que las aguas de la tribulacion no podian estinguir su ardiente caridad.

Del poder de los holandeses pasó al de los tiranuelos del Japon, donde despues de sufrir las pruebas, los tormentos, las seducciones y demas ardidés inventados por el infierno para alcanzar apostasias, Dios no encontró iniquidad en su alma, y vencedor del demonio y de sí mismo, recibió la corona de la vida, muriendo quemado á fuego lento el día 19 de Agosto de 1622.

Aun quedan otros cuatro gloriosos mártires que honraron á México con su presencia, pero sobre los que la historia es avara en noticias y pormenores. Del bienaventurado Padre Luis Sosanda todo lo que se sabe es, que fué natural del Japon, que estuvo en México en compañía del santo mártir Luis Sotelo, y que aquí recibió el hábito religioso de San Francisco.

Con el mismo B. Padre Sotelo estuvo en México el bienaventurado Luis Baba, japonés; le siguió en todas sus correrías apostólicas á España, Italia y Manila; y de regreso al Japon, mereció ser recibido como hermano converso entre los religiosos menores, y morir mártir con sus dos benditos compañeros el día 25 de Agosto de 1624.

Los gloriosos Padres agustinos Vicente Carvallo, portugués, y Francisco de Jesus, español, virtuosos desde la cuna y perfectos desde que abrazaron el estado monástico, solo estuvieron en México unos cuantos dias, en su tránsito por Acapulco para las Filipinas, de donde se trasladaron al Japon; pero esta circunstancia no obsta para que la piedad cristiana de los mexicanos se felicite, de que hayan visitado su suelo estos dos ilustres y santos amigos del Señor.

He terminado esta breve y sencilla noticia, escrita con la noble mira de recordar los venturosos tiempos de la robusta fé de nuestros antepasados, á fin de que ese recuerdo sea un estímulo que nos obligue á permanecer constantes en la fé, que por beneficio de Dios se nos reveló en el primer tercio del siglo XVI. Este ha sido mi objeto, el resultado vendrá de Dios.

Por lo demas, al terminar mi narracion, diré con el autor de los Libros de los Macabeos, "si está bien, "y como lo exige la historia, esto es lo que yo deseo; "pero si está escrita con menos dignidad, se me debe "disimular. Porque así como es dañoso beber siempre vino, ó siempre agua, y su uso alternativo es "agradable, del mismo modo, no siempre es grato á "los lectores un estilo limado. *Hic ergo erit consummatus.*" (Lib. 2, Macab. c. 15, v. 30.)

LAUS DEO.

INDICE.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.....	I
CAPITULO I.—Persecuciones contra la religion cristiana en el Japon; atrocidad de los tormentos, y gran número de mártires.....	3
CAPITULO II.—Martirio del bienaventurado Pedro de la Asuncion, sacerdote de la órden de San Francisco, y del bienaventurado Juan Bautista Machado de Tavora, sacerdote de la Compañía de Jesus, en 22 de Mayo de 1617.....	8
CAPITULO III.—Los bienaventurados Alfonso Navarrete, sacerdote dominico; Fernando de San José, sacerdote agustino, y Leon Janaca, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus, 1.º de Junio de 1617.....	13
CAPITULO IV.—Los bienaventurados Gaspar Fisogiro, y Andrés Giexinda, japoneses, decapitados en 1.º de Octubre de 1617.....	20
CAPITULO V.—El bienaventurado Juan de Santa Marta, sacerdote del Orden franciscano, decapitado en Méaco el 16 de Agosto de 1618.....	21
CAPITULO VI.—Muerte del bienaventurado Juan de Santo Domingo, sacerdote dominico, en la prison de Suzuta, el 19 de Marzo de 1619.....	23
CAPITULO VII.—Cinco mártires, quemados vivos en Nangasaki el 18 de Noviembre de 1619.....	25
CAPITULO VIII.—Once mártires, decapitados en Nangasaki, el 27 de Noviembre de 1619.....	31
CAPITULO IX.—El bienaventurado Ambrosio Fernandez, jesuita, muerto en la prison, á consecuencia de los malos tratamientos, el dia 7 de Enero de 1620.....	33
CAPITULO X.—Muere en los suplicios de Nangasaki el dia 22 de Mayo de 1620, el bienaventurado Matias de Arima, catequista de los Padres de la Compañía de Jesus.....	38

CAPITULO XI.—Cinco cristianos crucificados en Cocura, en el reino de Bugen, el día 16 de Agosto de 1620.....	40
CAPITULO XII.—El bienaventurado Agustín Ota, jesuita, decapitado en 10 de Agosto de 1622.....	42
CAPITULO XIII.—Tres mártires quemados vivos, y otros doce decapitados en Nangasaki el 19 de Agosto de 1622.....	44
CAPITULO XIV.—El grande martirio —Veintidos confesores de Jesucristo quemados vivos, y otros treinta decapitados en Nangasaki el 10 de Setiembre de 1622.....	50
CAPITULO XV.—El bienaventurado Gaspar Cotenda, catequista de los Padres jesuitas, fué en union de dos niños, decapitado en Nangasaki el día 11 de Setiembre de 1622.....	78
CAPITULO XVI.—Tres religiosos de Santo Domingo, y otros tres de San Francisco, quemados vivos en Omura el 12 de Setiembre de 1622.....	80
CAPITULO XVII.—Muerte maravillosa del B. Padre Camilo Costanzo de la Compañía de Jesus, quemado vivo en Firando el 15 de Setiembre de 1622.....	83
CAPITULO XVIII.—Un confesor de la fé, quemado vivo, y otros tres decapitados en Nangasaki, el día 2 de Octubre de 1622.....	93
CAPITULO XIX.—El bienaventurado Padre Pedro Pablo Navarro, jesuita, fué quemado vivo con otros tres en Ximabara, el 1 ^o de Noviembre de 1622.....	95
CAPITULO XX.—Los bienaventurados Padres Francisco Galvez, franciscano, y Gerónimo de Angelis, jesuita, quemados vivos con el bienaventurado Simon Yempo, en Yendo, el día 4 de Diciembre de 1623.....	102
CAPITULO XXI.—Muerte cruel del B. Padre Jacobo Carrallo, jesuita, belado en el agua el día 22 de Febrero de 1624.....	108
CAPITULO XXII.—Cinco religiosos de diversas órdenes quemados vivos en Ximabara el 25 de Agosto de 1624.....	112
CAPITULO XXIII.—Cayo de Corea, catequista de los Padres jesuitas, quemado vivo en Nangasaki el día 15 de Noviembre de 1624.....	120
CAPITULO XXIV.—El día 20 de Junio de 1626, son quemados vivos en Nangasaki el B. Padre Francisco Pacheco, y otros ocho religiosos de la Compañía de Jesus.....	122
CAPITULO XXV.—Julio 12 de 1626.—Muerte de los ocho	

huéspedes de los Padres Pacheco, Zola y de Torres en Nangasaki. Hecho maravilloso de uno de ellos. Muere en la prision Mancio Araki.....	133
CAPITULO XXVI.—El bienaventurado Padre Luis Beltran y dos hermanos legos de la Orden de Santo Domingo, quemados en Omura el 29 de Julio de 1627.....	137
CAPITULO XXVII.—Siete cristianos quemados y ocho decapitados en Nangasaki el día 17 de Agosto de 1627.....	138
CAPITULO XXVIII.—Son quemados en Nangasaki el 7 de Setiembre de 1627, el B. Padre Tomás Tzugi, jesuita, y otros dos seglares.....	140
CAPITULO XXIX.—Doce confesores de la fé quemados y diez decapitados en Nangasaki el día 8 de Setiembre de 1628.....	143
CAPITULO XXX.—Tres tereeros de Santo Domingo decapitados en Nangasaki el día 16 de Setiembre de 1628.....	146
CAPITULO XXXI.—Miguel Nacaxima, jesuita, recibe la corona de mártir con nuevos y horribles tormentos el 25 de Diciembre de 1628.....	147
CAPITULO XXXII.—Gran número de mártires sacrificados en cuatro años, entre los que habia seis japoneses del Tercer Orden de S. Agustín, decapitados el 28 de Setiembre de 1630.....	152
CAPITULO XXXIII.—Tres sacerdotes de S. Agustín, uno de la Compañía de Jesus, un hermano lego de S. Francisco y un sacerdote secular del Tercer Orden, atormentados, primero por las aguas ardientes del monte Ungen, y despues quemados vivos en Nangasaki el día 8 de Setiembre de 1632.....	153
CAPITULO XXXIV.—Condicion de los doscientos cinco mártires. Destruccion de la cristiandad del Japon. Esperanzas para el porvenir.....	166
CAPITULO XXXV.—Prodigios con que, en diferentes épocas, Dios ha glorificado á los bienaventurados mártires.....	169
CAPITULO XXXVI.—Actas de la beatificacion.....	173
CATALOGO de los doscientos cinco mártires, segun el orden de su martirio.....	181
APENDICE, breve compendio de la historia particular de los tres mexicanos, San Felipe de Jesus, y los Beatos Bartolomé Laurel y Bartolomé Gutierrez, y los demas santos bienaventurados que vivieron en México, por Pablo Antonio del Niño Jesus, carmelita.	



NU
BLIOT